PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

VOL. IV

EDITORIAL GREDOS

PLUTARCO

VIDAS PARALELAS

IV

ARISTIDES - CATÓN
FILOPEMÉN - FLAMININO
PIRRO - MARIO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN M. GUZMÁN HERMIDA
Y
ÓSCAR MARTÍNEZ GARCÍA



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 356

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por: HELENA RODRÍGUEZ SOMOLINOS (*Aristides - Catón* y *Filopemén - Flaminio*) y JORGE CANO CUENCA (*Pirro - Mario*)



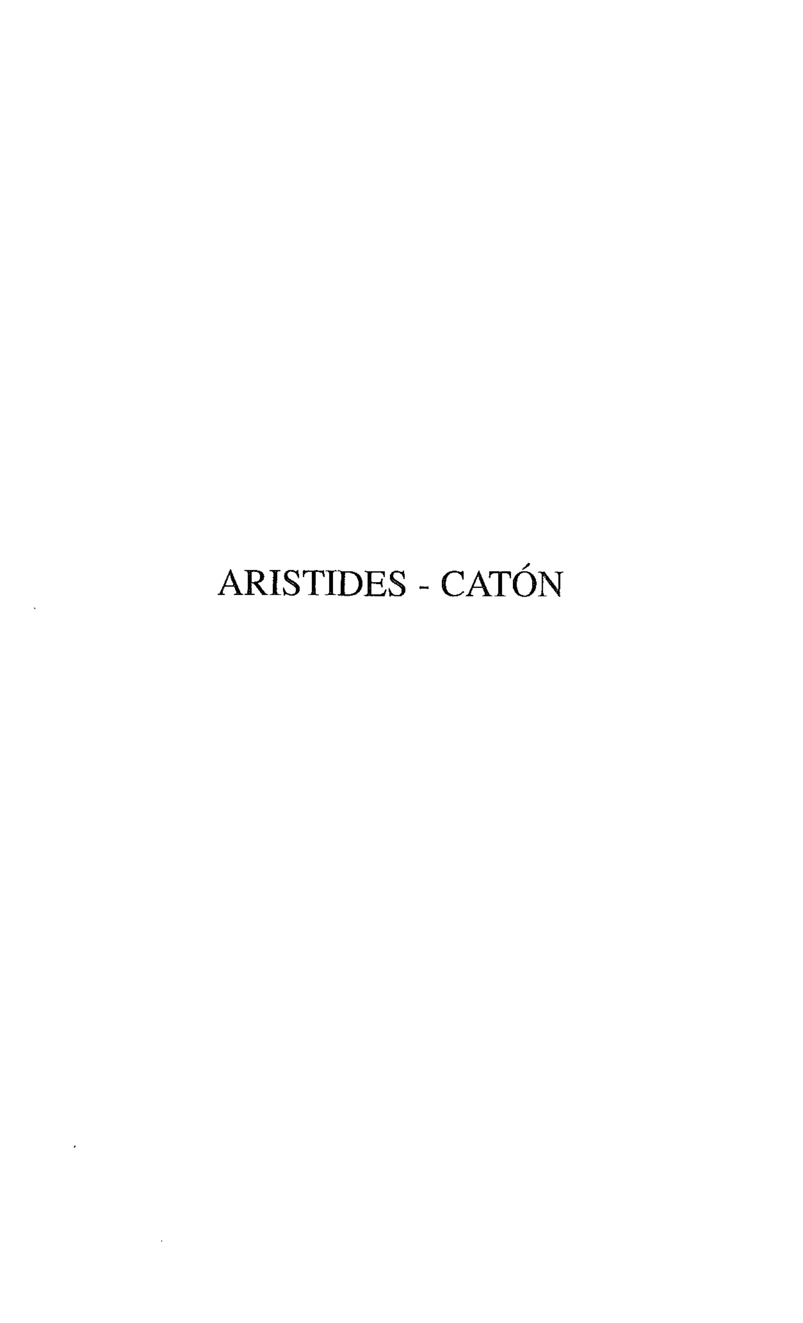
López de Hoyos, 141, Madrid, 2007
www.editorialgredos.com

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por J. M. Guzmán Hermida (*Aristides. Catón. Filopemén. Flaminino)* y Ó. Martínez García (*Pirro, Mario)*

Depósito Legal: M-3905-2007

ISBN: 978-84-249-1795-1. Obra Completa.
ISBN: 978-84-249-2867-4. Tomo IV.

Impreso en España. Printed in Spain.
Impreso en Top Printer Plus



ARISTIDES - CATÓN

INTRODUCCIÓN

I. ARISTIDES

La vida del ateniense Aristides (entre 537 y 467 a. C. aproximadamente) se desarrolló en el momento más brillante de la historia de Grecia: la creación de la democracia en Atenas, la victoria sobre los persas en las Guerras Médicas y el comienzo de la hegemonía ateniense y de uno de los períodos más fecundos intelectual y artísticamente de la humanidad. Contemporáneo de Temístocles, aunque mayor que él (Temístocles nació probablemente en el año 515), la rivalidad entre ellos va a durar casi veinte años, desde la batalla de Maratón (490), hasta el exilio de Temístocles (471/470).

Faltan en esta biografía detalles o anécdotas sobre los primeros años de la vida de Aristides (que sí aparecen, en cambio, en la de Temístocles), así como su caracterización física, tan usada por Plutarco en otras *Vidas*, como base del retrato moral del personaje. Los ejes en los que el autor se va a apoyar para su relato son la mencionada rivalidad entre Aristides y Temístocles, la voluntaria pobreza del personaje, su estricto sentido de la justicia que le valdrá el sobrenombre con el que fue conocido y que condiciona su irreprochable honestidad, y su destacado papel como jefe militar en las tres bata-

llas principales contra los persas (Maratón, Salamina y, sobre todo, Platea), aunque en este punto Plutarco ha exagerado la importancia de Aristides, según sabemos por otras fuentes.

Las que él menciona corresponden a varios autores, cuyas opiniones acepta o rebate, casi todos ellos de los siglos IV a II a. C.: Demetrio Falereo, Panecio de Rodas, Idomeneo de Lámpsaco, Aristón de Ceos, el atidógrafo Clidemo, Teofrasto de Éreso, Esquines el socrático, Calístenes, sobrino de Aristóteles, Jerónimo de Rodas, Crátero de Macedonia, el músico Aristóxeno y, con dudas del propio Plutarco, el mismo Aristóteles; hay también referencias claras al *Gorgias* platónico y a Tucídides. Nuestro conocimiento de la mayoría de estos escritores es fragmentario, pero sí tenemos la obra de Heródoto, nuestra fuente fundamental para las Guerras Médicas, al que se cita en dos ocasiones, la primera atribuyendo a Aristides un hecho no recogido por el historiador, la segunda para criticar a éste (es bien conocida la antipatía de Plutarco por Heródoto, expresada por él mismo en su obra *Sobre la malevolencia de Heródoto)*, aunque ha debido tener su obra a la vista. Hay, con todo, discrepancias, más allá de situar en primer plano a Aristides en momentos en los que Heródoto ni siquiera habla de él, lo que ha llevado a pensar que Plutarco ha seguido a autores que no menciona, quizá Éforo, y, desde luego, Fanias de Éreso, sí citado en cambio en *Temístocles*.

Aparte de estas fuentes literarias, parece claro que Plutarco ha visto personalmente monumentos, como las tumbas de los muertos en Platea, el altar de Zeus Eleuterio, el templo de Atenea, o la procesión de Platea, cuya descripción minuciosa es la de un testigo presencial. Su interés por los oráculos, por las instituciones atenienses del momento o, incluso, por la astronomía, es evidente.

Igualmente lo es la simpatía que Plutarco siente por Aristides, al que, junto con la justicia como característica

fundamental, añade la paciencia, no exenta de pedagogía, cuando soporta con calma su ostracismo, al tranquilizar a los atenienses en su disputa con los tegeatas por el lugar que ocuparían en el frente de batalla, en su calmada relación con el irascible rey Pausanias. Es el suyo el retrato de un hombre cabal, que, con ocasiones sobradas para haberse enriquecido, tuvo que ser enterrado a expensas del Estado.

El esquema seguido por Plutarco es el siguiente:

1) Origen y situación social de Aristides, 1.
2) Comienzos en la política. Su rivalidad con Temístocles, 2 - 3.
3) Su concepto de la justicia, 4.
4) Maratón, 5.
5) Insistencia en la virtud de Aristides, 6.
6) Ostracismo, 7.
7) El perdón y el regreso a Atenas ante la invasión de Jerjes. Salamina, 8-10.
8) Platea, 11 - 19.
9) Discrepancias entre los griegos tras la batalla. Institución de los Juegos Eleuterios, 20 - 21.
10) Regreso a Atenas. Plan de Temístocles frustrado por Aristides, 22.
11) Problemas con el rey espartano Pausanias. Los griegos pasan a Atenas la hegemonía, 23.
12) Aristides establece la cuantía de los impuestos a los aliados, 24.
13) Juicio de Calias, que demuestra la pobreza de Aristides, 25.
14) Muerte y enterramiento de Aristides. Situación en la que quedan sus descendientes, 26 - 27.

II. CATÓN

Marco Porcio Catón, apodado el Mayor (para diferenciarlo de su biznieto Catón el Joven o el de Útica) o el Censor

por el cargo que ocupó, vivió aproximadamente entre los años 234 a 149 a. C. Es la época de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), en la que Aníbal invadió Italia y estuvo a punto de acabar con Roma, de las victorias romanas sobre Filipo V de Macedonia (Cinoscéfalas, año 197 a. C.), sobre Antíoco III de Siria (Magnesia, 190 a. C.) y, en fin, sobre Perseo de Macedonia (Pidna, 168 a. C.), sin que faltaran tampoco otras luchas en Hispania o en la frontera con la Galia. Todo ello va a suponer el despegue del imperialismo romano en Occidente, fuera de las fronteras de Italia, y la creación de zonas de seguridad en el Mediterráneo Oriental.

Plutarco ha utilizado al comienzo de su obra, esta vez sí, la caracterización física para iniciar el retrato del personaje de Catón, el hombre de cuerpo y espíritu «casi de hierro», según la descripción que de él hace Tito Livio. Así describe sus primeros años en los campos sabinos que heredó de su familia, trabajando con sus propias manos, con una túnica corta en invierno, desnudo en verano, comiendo el mismo pan y bebiendo el mismo vino que sus servidores. Su fuerte constitución, acrecentada con este modo de vida y que mantendrá hasta una muy dilatada ancianidad, pronto va a probarse en los combates, ya que muy pronto (él mismo dirá que tenía 17 años cuando consiguió su primera distinción militar) participará en la lucha contra Aníbal, formando en el ejército que bajo las órdenes de Fabio Máximo recuperará Tarento (año 209 a. C.). Italia, España y Grecia serán los escenarios en los que desarrollará una carrera militar brillante, aunque lejos de los grandes triunfos de sus coetáneos, entre los que se encontraban algunos de los generales más capaces del momento (Fabio Máximo, Paulo Emilio, los Escipiones, etc.)

La actividad oratoria, iniciada también por Catón en su juventud en procesos de poca importancia, le llevará a desarrollar una carrera política en Roma que culminará con el consulado y, poco después, con la censura, en la que su es-

tricta y muchas veces cruel actitud hará que sea conocido con el sobrenombre de Censor que siempre le acompañará. No descuida Plutarco mencionar su obra literaria, de la que su principal referencia, además de breves alusiones al tratado *De Agri Cultura*, serán los dos capítulos que dedica (8 y 9) a recoger frases memorables de Catón, que proceden de sus *Sentencias*, muchas de ellas tomadas de los griegos, según nos indica el autor, que las llama con el nombre de *Apophthegmata*.

Destaca también Plutarco la feliz vida privada de Catón y su elección de una esposa más noble que rica; resulta conmovedor el interés que pone en la crianza de su primer hijo, sin faltar jamás a su baño, salvo que se lo impidera algún negocio público. E, igualmente, su cariñoso cuidado en su educación, escribiendo con grandes caracteres, para que el niño pudiera leer, una *Historia* que le permitiera conocer las tradiciones de Roma. También fue para su hijo instructor físico, enseñándole todos los ejercicios necesarios para su futura actividad militar y reduciendo, cuando se vio que el muchacho no tenía la misma fortaleza física del padre, la dureza de los entrenamientos.

Y junto a estas buenas cualidades, se mencionan, sin ambages, las negativas: envidioso de la rancia nobleza romana, como típico *homo novus*, perseguirá sin descanso a los Escipiones; pagado de sí mismo, no vacilará en autoalabarse constantemente; censor implacable, expulsará del senado a un hombre por haber besado a su esposa a pleno día y delante de su hija; avaricioso y mezquino, recomendará librarse de los esclavos y los animales viejos (lo que da ocasión a Plutarco a contrastar esta conducta contando la anécdota, probablemente falsa, del buen trato que dieron los atenienses a las mulas que llevaron los materiales para construir el Partenón) o empleará su dinero, a través de un testaferro, en el préstamo marítimo, considerado el más usurario de todos, o en la

compraventa de esclavos; en su casa, ante su hijo recién casado, no tendrá empacho en mantener relaciones con una esclava descarada ni, más tarde, en contraer un matrimonio *indigno de su dignidad y edad.* Y la que debe haber parecido, sin duda, la peor a Plutarco: su desprecio y odio hacia la cultura griega y hacia uno de sus hombres más ilustres como Sócrates.

Con todo, Plutarco intentará templar estos juicios negativos (al fin y al cabo, está contando, en Roma, la vida de uno de sus grandes hombres). Para ello, a veces deja al juicio del lector si fue grandeza de espíritu o mezquindad, p. ej., el haber dejado en Hispania el caballo del que se sirvió durante toda su campaña allí, con el fin de ahorrar al Estado romano el coste de su transporte. Y, especialmente, utilizará el diálogo *Sobre la vejez* de Cicerón para presentar una imagen amable del anciano Catón que alaba al joven Escipión Emiliano y le pronostica grandes triunfos ¡con un verso de Homero!

Ha usado, pues, Plutarco, la obra mencionada como una de sus fuentes; otra ha sido, sin duda, Tito Livio, al que menciona y con el que presenta discrepancias, como se indica en las notas correspondientes. Lo mismo cabe decir de Polibio, del que también hace una cita, además de relatarnos la peripecia de los ancianos rehenes de la batalla de Pidna, uno de los cuales era, precisamente, el historiador griego. Se ha pensado que Plutarco ha utilizado también la biografía que de Catón hizo Cornelio Nepote, ya que las primeras líneas de las obras de ambos coinciden tan exactamente que las palabras de Plutarco parecen traducción de las de Nepote, aunque ambos pudieron usar una fuente común perdida para nosotros.

El esquema de la obra es el siguiente:

1) Orígenes de Catón y sus primeros años, 1.
2) Carácter del personaje; comienzo de su carrera militar y de su formación, 2.

3) Amistad con Valerio Flaco que lo llevará a Roma. Empieza la rivalidad con Escipión Africano, del que es cuestor en Sicilia, 3.
4) Rasgos de su carácter: sobriedad o mezquindad, 4 - 6.
5) Elocuencia de Catón, 7
6) Sentencias y frases memorables, 8 - 9.
7) Consulado de Catón. La campaña en España. Continúan sus diferencias con Escipión, 10 -11.
8) Legado en el Danubio. Tribuno militar en Grecia. La campaña contra Antíoco, 12 -14.
9) Actividad judicial: ataques contra Escipión y su hermano Lucio. Censura de Catón, 15 -19.
10) Vida privada. Su primer matrimonio y su actividad como hombre de negocios, 20 - 21.
11) Su hostilidad hacia la cultura griega. Su segundo matrimonio, 22 - 24.
12) Últimos años. Su embajada a Cartago y su decisión de destruirla. Descendencia de Catón, 25 - 27.

III. COMPARACIÓN ARISTIDES - CATÓN

Plutarco va a hacer gala en este apartado de un gran equilibrio al enfrentar las cualidades y defectos de los dos hombres. De los seis capítulos dedicados a esta comparación, los tres primeros se dedicarán a destacar la superioridad de Catón, los tres últimos la de Aristides. Además de la actividad pública y militar que ambos desarrollaron, es su ascenso a la notoriedad pública desde unos orígenes humildes el rasgo más parecido de los dos.

Este ascenso fue más difícil para Catón, ya que hubo de sufrir la competencia de contrincantes de familias nobles, acostumbrados a mandar y, además, en Roma, una ciudad de ya considerable importancia, mientras que Aristides rivalizó con

políticos de origen más modesto, y cuando Atenas estaba lejos aún de alcanzar su grandeza posterior. Arístides hubo de sufrir el ostracismo, pero Catón siempre resultó victorioso en las querellas judiciales a las que hubo de enfrentarse.

Superior también resultó Catón en sus hazañas militares, ya que fue el jefe supremo en la campaña de España. Y, en la de Grecia, aunque bajo las órdenes del cónsul Manio Acilio, fue su victoria sobre Antíoco en las Termópilas decisiva para el resultado final de la guerra, al abrir Asia para el triunfo posterior de Lucio Escipión. Arístides, en cambio, siempre fue segundo en el mando en Maratón, Salamina y Platea (lo que se contradice con lo que Plutarco afirmó antes sobre Arístides, a saber, que fue general *autokrátor* en Platea), debiendo competir, además de con otros, con quienes se llevaron la gloria de la victoria: Milcíades, Temístocles y Pausanias.

A continuación se examina el cuidado que mostraron ambos personajes por la economía; al principio se reprocha a Arístides su excesivo desprecio por el dinero al mantenerse en la más completa pobreza y transmitirla a sus hijos y nietos. Frente a eso Catón puso la misma atención en sus asuntos privados que en los públicos y logró una considerable fortuna, que fue la base para que varios de sus descendientes alcanzaran las primeras magistraturas en Roma.

Viene ahora el elogio de Arístides, que Plutarco inicia con habilidad. La pobreza es vergonzosa sólo cuando es producto de la indolencia, y un hombre de Estado no debe distraerse con la administración de sus negocios privados; es más, su desinterés incluso por lo necesario le eleva a un rango divino. Podría plantearse a Catón la pregunta de por qué se ufanaba de conformarse con poco al mismo tiempo que se dedicaba a acumular dinero.

En cuanto a la actuación militar de los dos: las hazañas de Catón, aunque importantes, nada añadieron al imperio de Roma; la actuación bélica de Arístides se produjo en las más

brillantes victorias que jamás obtuvieron los griegos. No se puede comparar a Antíoco con Jerjes, ni las ciudades ibéricas conquistas por Catón con los miles de persas muertos en tierra y mar. El excesivo afán de Catón por alabarse contrasta totalmente con la ausencia de ambición de Aristides y con su modestia, dejando la primacía a Temístocles en Salamina, a pesar de su rivalidad. La enemistad de Catón con Escipión Africano, en cambio, casi echó a perder la campaña de África contra Aníbal.

Termina esta comparación con nuevos reproches a Catón por su segundo matrimonio, a una edad impropia y con la hija de un antiguo empleado y cliente suyo.

IV. NUESTRA TRADUCCIÓN

Para el texto hemos seguido la edición de R. Flacelière y E. Chambry, *Plutarque. Vies V: Aristide - Caton l'Ancien, Philopoemen - Flamininus*, Les Belles Lettres, París, 1969; esta cuidada edición, así como la de D. Sansone, *Plutarch, The Lives of Aristeides and Cato*, Aris & Phillips, Wiltshire, 1989, han sido la base para nuestras notas, reconociendo también la influencia de las eruditas y cuidadas Introducciones que para los dos tomos ya publicados en la B.C.G. de las *Vidas* de Plutarco ha realizado el prof. Aurelio Pérez Jiménez.

En cuanto a la traducción, no tiene la característica principal de las ediciones francesa ni inglesa (libre la primera, libérrima la segunda), sino que se ha procurado acercarla más al texto original. La traducción de A. Ranz Romanillos, útil todavía, aún con algunos errores, se ha seguido en la edición de Iberia, Barcelona, 1979.

En la *Vida de Catón* se han ajustado los términos griegos

de instituciones a los correspondientes romanos (así «senado» por asamblea, «foro» por ágora, «lictor» por sirviente), así como los de cargos públicos o militares sin equivalencia en griego: cónsul, cuestor, tribuno militar, pretor, etc., aunque se ha respetado la forma griega de las divinidades: se mantiene, pues, Zeus, y no Júpiter, p. ej.

ARISTIDES

Aristides, hijo de Lisímaco, era de la tribu Antióquide, y 1 del demo de Alopece. Sobre su fortuna ha habido opiniones diferentes; una que vivió en extrema pobreza y que, tras su muerte, dejó dos hijas que estuvieron mucho tiempo sin casar por su indigencia. Oponiéndose a esta opinión, sostenida 2 por muchos, Demetrio de Falero[1], en el *Sócrates*, afirma que conocía en Falero un terreno propiedad de Aristides, en el que éste fue enterrado, y que pruebas de la buena situación de su casa son, primero, que dirigió la magistratura de arconte epónimo, la cual ejerció tras ser designado por sorteo por medio de las habas entre las familias poseedoras de las ma-

[1] Demetrio de Falero (*ca.* 350-280 a. C.), político y filósofo, peripatético, alumno de Aristóteles. Simpatizante de Macedonia, fue nombrado por Casandro gobernador de Atenas entre los años 318/317-307. En ese último año, tras la capitulación de Atenas ante Demetrio I Poliorcetes, huyó a Egipto, donde participó en la fundación del Museo y Biblioteca en Alejandría, en la corte de Tolomeo I, aunque su sucesor, Tolomeo Filadelfo lo expulsó de la corte. De sus obras sabemos de una colección de fábulas esópicas y de sentencias de los Siete Sabios, así como un *Homerikós*, exégesis de los poemas homéricos, una exposición del gobierno de Atenas, una descripción de las constituciones atenienses, un *Registro de los arcontes*, etc.; 45 títulos y fragmentos, transmitidos por autores como Diógenes Laercio, el propio Plutarco o Polibio. Aquí precisamente Plutarco nos da el título de un diálogo suyo sobre Sócrates.

yores fortunas, a los que se llamaba *pentacosiomédimnos*[2], y, segundo, su condena al ostracismo; porque a ningún pobre, sino a los de mayores casas y a los envidiados por el esplen-
3 dor de su familia se les imponía el ostracismo. En tercer y último lugar, que dejó en el santuario de Dioniso trípodes, exvotos de una victoria como corego[3], los cuales incluso se exponían en nuestros días, y que conservaban esta inscripción: *Antióquide vencía, Aristides era el corego, Arquéstrato instruía al coro.*

4 Esto último, aunque parezca el testimonio de más peso, es el más flojo. Pues también Epaminondas, que, como saben todos, se crió y vivió en la mayor pobreza, y Platón, el filósofo, aceptaron coreguías que no dejaban de comportar honores, habiendo actuado el primero como corego de un coro masculino de flautistas, el otro de uno infantil de danza, pero a Platón costeándoselo Dión de Siracusa, y a Epaminondas los
5 amigos de Pelópidas. Porque para los hombres de bien no existe una guerra sin declarar y sin tregua con los regalos de sus amigos, sino que, aunque consideran viles y abyectos los

[2] Aristides fue arconte epónimo durante el año 489/488 a. C. Ahora bien, según ARISTÓTELES (*Constitución de los atenienses* 22, 5), fue al año siguiente, 487/486, cuando los arcontes pasaron de ser elegidos directamente por el pueblo a serlo por sorteo entre 500 candidatos designados por los demos. El sorteo por medio de habas blancas y negras es uno de los más usados, junto con el de fichas de terracota, para esta selección. Los *pentacosiomedimnos* son los que cosechan anualmente quinientas medidas de cereal (para obtenerlas debían poseerse unas 16 hectáreas, aproximadamente), a las que se llama *médimnos*, según el sistema de pesos y medidas eginético; cada *medimno* equivale a 52 litros de cereal. La clasificación de los ciudadanos según este criterio de posesión de tierra fue creada por Solón; cf. PLUTARCO, *Solón* 18.

[3] La coreguía es un servicio público *(leitourgía)*, que se impone a un hombre de fortuna, bien ciudadano, bien meteco, que debe sufragar los gastos de un coro. Durante los concursos dionisíacos que se celebraban en Atenas, se designaba a 18 coregos, 10 para los coros de ditirambos, 5 para los coros de comedia y 3 para los de tragedia.

regalos destinados al ahorro y a la usura, no rechazan cuantos comportan una distinción desinteresada y un honor.

En lo referente al trípode, Panecio[4] demuestra que De- 6
metrio se equivocó por la homonimia: pues desde las Guerras Médicas hasta el final de la Guerra del Peloponeso solamente fueron inscritos como coregos vencedores dos Aristides, ninguno de los cuales era el hijo de Lisímaco, sino que uno tenía como padre a Jenófilo, y el otro era de época mucho más reciente, como lo prueban las letras, que son del tipo de escritura posterior a Euclides[5], y el Arquéstrato nombrado a continuación en el escrito, al que nadie registra como maestro de coros durante las Guerras Médicas, pero sí muchos durante la del Peloponeso. Hay que investigar mejor esta opinión de Panecio.

Y en el ostracismo caía todo aquel considerado superior a 7
la mayoría por reputación, linaje, o fuerza oratoria: por eso precisamente Damón, el maestro de Pericles, fue condenado al ostracismo, porque parecía que era alguien extraordinaria-
mente inteligente. Y que Aristides fue arconte, pero no desig- 8
nado por el sorteo de las habas, sino por elección de los atenienses, lo afirma Idomeneo[6]. Y si ejerció como tal tras la

[4] Panecio de Rodas (*ca.* 180-110 a. C.), estoico, fue el primer filósofo griego que escribió para un círculo literario filohelénico de Roma, al que pertenecían, entre otros, P. C. Escipión Emiliano, G. Lelio, Q. Elio Tuberón, P. Rutilio Rufo y Q. Mucio Escévola; preconizaba Panecio el retorno a los antiguos, especialmente a los del s. IV a. C., como Platón o Aristóteles. Durante su estancia en Atenas, que duró más de veinte años, debió consultar los registros oficiales en los que se recogían las tribus vencedoras y los coregos del festival de Dioniso, o la, hoy perdida, obra de Aristóteles *Didascalias*, en la que el filósofo reunió materiales tomados de los archivos del arcontado, que sirvieron para muchos autores helenísticos.

[5] Arconte en 403-402 a. C., año en el que se adoptó en Atenas oficialmente el alfabeto jonio.

[6] Idomeneo de Lámpsaco (*ca.* 325-270 a. C.), discípulo de Epicuro, escribió una historia sobre los antiguos políticos atenienses desde el año 510 a. C.

batalla de Platea, según ha escrito el propio Demetrio, es
muy verosímil que, tras una reputación tan grande y éxitos
tan importantes, fuera considerado digno, por su virtud, de
una magistratura que obtenían por su riqueza los que partici-
9 paban en el sorteo. Pero es evidente que Demetrio no ya a
Aristides, sino incluso a Sócrates se esforzaba en arrancarlos
de la pobreza, como del mayor mal; porque también afirma
que éste tenía no sólo su casa, sino también setenta minas
prestadas con interés por Critón[7].

2 Aristides fue compañero de Clístenes, el que estableció la
constitución tras los tiranos, pero por imitar y admirar más de
entre los políticos a Licurgo el lacedemonio[8], tomó el parti-
do aristocrático, y tuvo como antagonista, en el partido po-
2 pular, a Temístocles, hijo de Neocles. Algunos, por cierto,
afirman que, siendo niños los dos y criándose juntos, desde
el principio disentían en todo de palabra y obra, tanto en un
asunto serio como en el juego, y que sus maneras de ser se
descubrían ya desde aquella rivalidad, al ser una de ellas
diestra, audaz y astuta, y que se lanzaba fácilmente con inten-
sidad sobre todas las cosas, mientras que la otra, fundada en
un firme carácter y fija en lo justo, no aceptaba en modo al-
guno la mentira, la bufonería y el engaño, ni siquiera en bro-
3 ma. Aristón de Ceos[9] asegura que la enemistad entre ellos,
4 que llegó tan lejos, procedía de una disputa amorosa. Pues,

[7] Sócrates afirma que no tenía dinero en Platón, *Apología* 38b.

[8] La admiración aristocrática por la constitución espartana es característica del s. IV a. C., y la conexión entre Aristides y Licurgo parece ser una invención de esa época.

[9] Fue director del Liceo tras la muerte de Licón (226 a. C.); escribió monografías analítico-descriptivas, y también son obra suya biografías de Heráclito, Sócrates y Epicuro. Esta historia amorosa, que se cita también en *Temístocles* 3, 2, pertenecía a una obra suya sobre relatos amorosos, *Erotikà hómoia* o *Erotikaì diatribaí*.

enamorados ambos de Estesíleo, natural de Ceos, el más desta-
cado con mucho de los jóvenes en aspecto y en figura corporal,
no soportaron la pasión con medida, ni, incluso al terminar la
belleza del muchacho, dejaron de lado su rivalidad, sino que
como si se hubieran ejercitado en aquélla, se lanzaron a la po-
lítica con ardor y manteniendo el desacuerdo. Temístocles, tras
entrar en una sociedad política tuvo defensa y fuerza no desde- 5
ñables, hasta el punto de que al que dijo que gobernaría bien a
los atenienses si fuera igual e imparcial con todos, le contestó:
«Nunca me sentaría yo en una silla de magistrado en la que mis
amigos no obtuvieran de mí nada más que los extraños». Aris-
tides, en cambio, avanzaba paso a paso por la política a su ma- 6
nera, como por su propio camino; en primer lugar, porque no
quería participar en injusticias con sus compañeros o resultar
molesto por no hacerles un favor; luego, al ver que la fuerza
que procede de los amigos anima a no pocos a ser injustos, se
mantenía en guardia, al considerar que el buen ciudadano con-
fía sólo en hacer y decir lo virtuoso y justo.

No obstante, al remover Temístocles muchas cosas con 3
audacia y oponerse y romper toda su política, Aristides tam-
bién se veía forzado, bien para defenderse, bien para frustrar
la fuerza de aquél que aumentaba con el favor de la mayoría,
a oponerse, en contra de su opinión, a lo que hacía Te-
místocles, por considerar que dejar a un lado algo de lo que
convenía al pueblo era mejor a que aquél se afirmase por do-
minar en todos los asuntos. Finalmente, una vez, al proponer 2
Temístocles algo necesario, tras oponerse y vencer, no se
contuvo, sino que dijo, cuando salía de la asamblea, que no
habría salvación para los asuntos atenienses a no ser que lan-
zaran al *báratro*[10] a Temístocles y a él mismo. Y, a su vez, 3

[10] El *báratro* era una antigua cantera de mármol situada al oeste de la Acrópolis, no lejos de la casa de Temístocles, desde donde se arrojaba a los condenados a muerte.

tras presentar por escrito al pueblo una propuesta, contra la
cual había objeción y rivalidad, se impuso; pero cuando el
proedro[11] estaba a punto de preguntar al pueblo, como se dio
cuenta por los mismos discursos de que era inconveniente,
4 retiró el decreto. Muchas veces presentaba propuestas a tra-
vés de otros, para que, por rivalidad hacia él, no fuera
Temístocles obstáculo a lo que era conveniente.

Algo de él que parecía admirable, en medio de los cam-
bios políticos, era su firmeza, no exaltándose por los honores
y manteniéndose con serenidad y tranquilidad en los días di-
fíciles; pensaba igualmente que del mismo modo debía po-
nerse a disposición de la patria y dedicarse a la política no ya
por dinero, sino también por fama, gratuitamente y sin re-
5 compensa. Por eso, según parece, cuando se recitaron en el
teatro los yambos compuestos por Esquilo sobre Anfiarao

Pues no quiere parecer justo, sino serlo,
obteniendo el fruto mediante su espíritu,
del surco profundo de donde brotan las decisiones nobles[12],

todos volvieron los ojos hacia Aristides, como si a aquél con-
viniera más esa virtud.

4 No sólo contra el afecto y el favor, sino contra la cólera y
la enemistad era el más firme en oponerse en defensa de lo
2 justo. Se cuenta, por ejemplo, que una vez, persiguiendo ju-
dicialmente a un enemigo en el tribunal, tras la acusación, al
no querer los jueces escuchar al acusado, sino a punto de pe-
dir el voto contra él, saltó a suplicar por el acusado, para que

[11] Error de Plutarco, ya que en la época de Aristides el presidente de la asamblea es el *epistátes*, elegido por sorteo entre los 50 prítanos; los proedros presidirán la asamblea a partir del año 378/377.

[12] ESQUILO, *Siete contra Tebas* 592-94, pero se ha cambiado el término original *áristos* «el mejor» del primer verso por *díkaios* «justo».

fuera oído y obtuviese lo que era conforme a las leyes. Otra vez, juzgando a dos particulares, al decir uno de ellos que su adversario precisamente había molestado muchas veces a Aristides, dijo: «Buen hombre, mejor di si te ha hecho algún perjuicio; pues juzgo tu causa, no la mía». Elegido intenden- 3
te de los ingresos públicos, demostraba que no sólo sus colegas, sino también los magistrados anteriores a él habían sustraído mucho, especialmente Temístocles:

Hombre sabio, en efecto, pero no dueño de su mano.[13]

Por eso Temístocles, tras reunir a muchos contra Aris- 4
tides, acusándole en la rendición de cuentas le puso en aprietos con una condena por robo, según afirma Idomeneo. Pero, indignados los primeros y mejores ciudadanos, no sólo fue librado de la multa, sino que fue designado de nuevo magistrado en el mismo puesto de la administración. Fingiendo 5
arrepentirse de sus actuaciones anteriores y mostrándose más blando, agradaba a los que robaban al Estado al no investigar ni examinar con rigor, de suerte que, colmados de dinero público, alababan exageradamente a Aristides y predisponían al pueblo en su favor, esforzándose en que fuera elegido magistrado de nuevo. Cuando estaban a punto de votar a mano al- 6
zada, reprochó a los atenienses: «Cuando ejercí el cargo fiel y honestamente para con vosotros», dijo, «fui insultado con grosería; pero cuando dejo que se pierdan muchos de los fondos públicos para los ladrones, se me considera un ciudadano admirable. Por tanto, yo me avergüenzo con el honor 7

[13] El verso es de la comedia *Los demos* de ÉUPOLIS, representada el año 412 a. C., y de la que se conservan algunos fragmentos. La acción se desarrollaba en el Hades, al que se acudía para rescatar y devolver al mundo a los mejores políticos del pasado, como Solón, Milcíades, Aristides y Pericles. Como se ve, es un precedente de la idea que ARISTÓFANES expone en *Las ranas*, del 405 a. C. (aunque esta vez se trate del regreso de poetas desde el más allá).

actual más que con la anterior condena, y me aflijo por vosotros que consideráis más normal que salvar el dinero público
8 el agradar a los malvados». Y, tras decir eso y probar los robos, redujo al silencio a los que antes gritaban en su favor y le alababan, pero obtuvo el aplauso sincero y justo de los mejores.

5 Cuando Datis, enviado por Darío con el pretexto de imponer un castigo a los atenienses porque habían incendiado Sardes[14], pero con la intención real de someter a los griegos, se dirigió a Maratón con toda la flota y saqueaba el país, de los diez estrategos nombrados por los atenienses para conducir la guerra tenía la mayor consideración Milcíades, pero el
2 segundo en fama y capacidad era Aristides[15]. Y entonces, habiéndose adherido a la opinión de Milcíades sobre el combate, tuvo no poca influencia; y como ejercía el mando cada estratego durante un día, cuando le llegó el cargo se lo entregó a Milcíades, enseñando a los colegas[16] que el obedecer y seguir a quienes tienen buen sentido no es vergonzoso, sino
3 digno y seguro. Y al apaciguar así la rivalidad e impulsarles a que aceptaran servirse de un único criterio, el mejor, dio fuerza a Milcíades, que resultó robustecido por la continuidad del mando. Pues cada uno, renunciando ya a mandar durante un día, obedecía a Milcíades.

4 En la batalla sufrió extraordinariamente el centro de los atenienses, y allí, tras resistir los bárbaros muchísimo tiempo

[14] En el año 498 a. C., cuando se produjo la rebelión de las ciudades jonias contra los persas.

[15] En el relato que hace HERÓDOTO (VI 111 ss.) de la batalla de Maratón no hay la menor mención a Aristides ni a Temístocles; por otra parte, el propio PLUTARCO (*Temístocles* 3, 4), alude al pesar de Temístocles («aún joven», pues había nacido en el 515 a. C.) ante el triunfo de Milcíades.

[16] Plutarco da énfasis al papel de educador de Aristides; en el mismo sentido cf. 8, 5; 20,1; 23, 3.

contra la tribu Leóntide y la Antióquide, combatieron con
brillantez, formados uno junto al otro, Temístocles y Aris-
tides; pues uno era de la tribu Leóntide y el otro de la
Antióquide. Y cuando, después de poner en fuga a los bárba- 5
ros, los empujaron hacia las naves y vieron que no navega-
ban hacia las islas, sino que eran forzados por el viento y el
mar hacia el Ática, temiendo no fuera a ser que tomaran la
ciudad desprovista de defensores, los atenienses se apresura-
ron hacia Atenas con nueve tribus y lo realizaron el mismo
día[17]. Habiendo sido dejado en Maratón Aristides con su pro- 6
pia tribu como guardián de los prisioneros y del botín de gue-
rra, no desmintió su buena fama, pues aunque había con
profusión plata y oro, vestiduras de toda clase y otras incon-
tables riquezas existentes en las tiendas y en las naves captu-
radas, ni él tuvo el deseo de tocarlas ni lo permitió a nadie,
aunque algunos, a escondidas suyas, se aprovecharon, entre
ellos Calias, el portador de la antorcha[18]. Pues a éste, a lo que 7
parece, un bárbaro se le echó a los pies, creyendo que era un
rey por su cabellera y su banda; y después de postrarse ante
él y tomarle de la mano le mostró mucho oro enterrado en
una fosa. Y Calias, comportándose como el más cruel e ini- 8
cuo de los hombres, cogió el oro y mató al hombre para que
no lo revelara a otros. Por eso cuentan que también los de su
familia son llamados «los ricos de la fosa» por los poetas có-

[17] Parece poco probable que, tras la batalla, los combatientes cubrieran la famosa distancia entre Maratón y Atenas (42 km.) en el mismo día. Heródoto (VI 115) recoge el rumor que corría por Atenas de que los persas se dirigieron allí para apoderarse de la ciudad, en connivencia con los Alcmeónidas.

[18] El honor de presidir la procesión en los Misterios de Eleusis llevando la antorcha *(daidoûchos)* era un derecho hereditario de la familia sacerdotal de los Cérices, a la que pertenecía Calias; también llevaban cortado el pelo de una manera particular y unas bandas como símbolo de su rango, según se dice después.

micos, aludiendo burlonamente al lugar en el que Calias encontró el oro[19].

9 Y Aristides ejerció como arconte epónimo tras la batalla, aunque Demetrio Falereo sostiene que el hombre fue arconte poco antes de su muerte, después de la batalla de Platea.
10 Pero en los registros, tras Jantípides, en cuyo arcontado Mardonio fue vencido en Platea, no es posible encontrar entre muchísimos nombres a ningún Aristides homónimo, mientras que tras Fenipo, en cuyo arcontado ganaron la batalla de Maratón, está inscrito inmediatamente Aristides como arconte.

6 De todas las virtudes de Aristides la justicia atraía más la atención de la mayoría por ser su uso más perdurable y gene-
2 ral. Por eso, siendo un hombre pobre y plebeyo adquirió el título más regio y divino de Justo; lo que ningún rey ni tirano envidió, sino que se complacían en ser denominados Poliorcetes, Ceraunos y Nicátores, y algunos Águilas y Halcones, prefiriendo, según parece, la reputación de la violencia y la
3 fuerza más que la de la virtud[20]. Y en verdad la divinidad, a la que ellos desean vivamente asociarse y asemejarse, parece que se distingue por tres cosas, incorruptibilidad, fuerza y virtud, de las que es la virtud la más venerable y divina. Porque en lo incorruptible hay coincidencia con el vacío y los elementos[21], y enorme fuerza tienen los terremotos, los

[19] El epíteto debe referirse a las explotaciones mineras, origen de la gran fortuna de la familia, anterior a la malvada anécdota aquí recogida.

[20] Todos son epítetos de monarcas helenísticos: Demetrio Poliorcetes *(el sitiador de ciudades)*, Tolomeo Cerauno *(el rayo)*, Seleuco Nicator *(el vencedor)*, Pirro Aetos *(el águila)*, Antíoco Hiérax *(el halcón)*.

[21] Los términos empleados aquí por Plutarco se han puesto en conexión con la filosofía de Epicuro, aunque es dudoso que el término «elementos» (*stoicheía*) sea equivalente a los «átomos» epicúreos; más bien parece que utiliza unas palabras de aplicación general y no adscritas a una determinada escuela filosófica.

rayos y los golpes de vientos y oleajes, pero nada participa de
la justicia y la ley, salvo lo que es divino por pensar y refle-
xionar. Por eso también, siendo tres las cosas que la mayoría 4
siente respecto a la divinidad —envidia, miedo y venera-
ción—, parece que (a los dioses) se les envidia y se les con-
sidera felices por lo incorruptible y eterno, y se les teme y
respeta por la autoridad y poder, pero se les ama, venera y
adora por la justicia. Sin embargo, aun en esta situación, de- 5
sean la inmortalidad, que no acepta nuestra naturaleza, y la
fuerza, que la mayoría de las veces reside en el azar, mien-
tras que a la virtud, el único bien divino que hay en nosotros,
la sitúan en último lugar, insensatamente, porque la justicia
hace divina la vida en el poder, en la mayor fortuna y en el
mando, pero la injusticia la hace bestial.

A Aristides, en efecto, le ocurrió que, amado al principio 7
por su sobrenombre, más tarde fue objeto de envidia, sobre
todo al divulgar Temístocles entre el pueblo el rumor de que
Aristides estaba haciendo desaparecer los tribunales al juzgar
y sentenciar todo, y preparaba en secreto para él mismo una
monarquía sin guardia personal. Y ya quizá el pueblo, engreí-
do por la victoria y teniéndose por merecedor para sí mismo
de lo más importante, se disgustó con quienes tenían nombre
y reputación por encima de la mayoría. Y tras reunirse lle- 2
gando desde todas partes a la ciudad, votaron el ostracismo
para Aristides, poniendo a la envidia de su reputación el
nombre de miedo a la tiranía[22].

[22] Según Aristóteles, *Const. de at.* 22, 7, al descubrirse las minas de Maronea (cerca de Laurio) en el año 483/2 a. C., de las que Atenas obtuvo cien talentos, Temístocles impidió que se repartiera entre el pueblo esa cantidad, cediendo en préstamo un talento a los cien atenienses más ricos, cantidad con la que cada uno construyó una trirreme; es posible, aunque Aristóteles no lo precisa, que la causa del ostracismo de Aristides fuera su oposición a esta medida.

Porque la condena al ostracismo no era castigo de una mala acción, sino que se le llamaba por conveniencia humillación y represión del orgullo y del poder más opresivo, pero era realmente un alivio humanitario de la envidia, no dirigido a causar un mal irremediable, sino a convertir la ma-
3 levolencia tendente a dañar a su víctima en un exilio de diez años. Pero cuando empezaron algunos a someter a este sistema a hombres de baja índole y malvados, tras condenar el último de todos a Hipérbolo[23], dejaron de utilizarlo. Y se cuenta que Hipérbolo fue condenado al ostracismo por el motivo siguiente. Alcibíades y Nicias, que tenían el mayor
4 poder en la ciudad, estaban enfrentados. Como el pueblo estaba a punto de votar el ostracismo y estaba claro que escribiría el nombre de uno de los dos, tras charlar entre ellos y reunir al unísono las facciones de ambos, procuraron que Hipérbolo fuera condenado al ostracismo. Y a partir de eso el pueblo, como el procedimiento había sido ultrajado e insultado, lo abandonó completamente y lo abolió.

5 Así era, para decirlo de manera general, lo que pasaba. Cada uno, después de coger un *óstrakon*[24] y escribir el nombre del ciudadano al que quería desterrar, lo llevaba a un lu-
6 gar del ágora rodeado con una barrera de vallas en círculo. En primer lugar los magistrados contaban el número total de *óstraka* que había allí; porque si los que los llevaban eran

[23] La condena al ostracismo de Hipérbolo fue el año 417 a. C.

[24] El nombre del que se quería condenar se escribía en una concha o, con más frecuencia, en un trozo de cerámica lo suficientemente plano como para grabar por incisión en él; no hay término para designar ese material, por lo que transcribimos, en cursiva, el nombre griego *óstrakon*, plural *óstraka*. En el pequeño Museo del Ágora de Atenas se conservan algunos de estos *óstraka*, y en varios está escrito el nombre de Aristides; se ha notado que algunos están escritos por la misma mano, lo que indicaría o un número grande de analfabetos, como en la anécdota que viene a continuación, o, más probablemente, que estos *óstraka* ya preparados fueran ofrecidos a los votantes por los enemigos de aquél al que se quería condenar.

menos de seis mil, la condena al ostracismo quedaba sin
efecto. A continuación, tras colocar por separado cada uno de
los nombres, al que había sido escrito por la mayoría lo des-
terraban mediante proclamación de heraldo durante diez
años, conservando el disfrute de sus bienes.

En el momento en el que se estaban escribiendo los *óstra-* 7
ka se cuenta que un analfabeto y totalmente rústico, tras en-
tregar su *óstrakon* a Aristides, que era uno de los que estaban
por allí, le pidió que escribiera el nombre de Aristides. Al
asombrarse éste y preguntar si Aristides le había causado al-
gún daño, «En absoluto», respondió, «ni conozco a ese hom-
bre, pero me molesta oírle llamar por todas partes el Justo». 8
Y que habiendo oído esto Aristides nada respondió, sino que
escribió su nombre en el *óstrakon* y se lo devolvió. Al aban-
donar la ciudad, elevó las manos al cielo e hizo un ruego, se-
gún parece, contrario al de Aquiles[25], que ninguna situación
les sobreviniera a los atenienses que obligara al pueblo a
acordarse de Aristides.

Y durante el tercer año[26], cuando Jerjes avanzaba a través 8
de Beocia y Tesalia contra Atenas, tras abolir la ley, votaron
el regreso de los desterrados, sobre todo por miedo de que
Aristides, asociado con los enemigos, corrompiese e hiciera
pasar al bando de los bárbaros a muchos ciudadanos; no juz-
gaban con acierto al hombre que, antes incluso de ese decre-
to, se pasaba la vida exhortando y animando a los griegos a

[25] Plutarco hace una referencia a las palabras de Aquiles en *Ilíada* I 240 «añoranza de Aquiles llegará un día a los hijos de los aqueos», cuando decide retirarse del combate.

[26] El ostracismo de Aristides se produjo en la primavera del 482 a. C. En la primavera del 480 a. C., a propuesta de Temístocles, se aprobó el decreto de amnistía (PLUTARCO, *Temístocles* 11, 1), pero hay discrepancias en ARISTÓTELES, *Const. de at.* 22,8, que habla del «cuarto año» y NEPOTE, *Aristides* 1, 5, que lo sitúa en el «sexto año».

la libertad, y que, tras ese decreto, cuando Temístocles era general con plenos poderes[27], en todo cooperaba y aconsejaba, haciendo, por la salvación común, famosísimo a su mayor ad-
2 versario. Porque como, al decidir Euribíades[28] abandonar Salamina, las trirremes bárbaras, conducidas durante la noche y rodeando el estrecho en círculo, ocuparon las islas antes de que nadie lo previese, llegó Aristides desde Egina, navegando audazmente a través de las embarcaciones ene-
3 migas. Y, habiendo entrado de noche en la tienda de Temístocles y llamándolo a él solo aparte, dijo: «Nosotros, Temístocles, si actuamos con sensatez, tras abandonar ya nuestra inútil e infantil disputa, hemos de empezar, compitiendo entre nosotros en una rivalidad liberadora y hermosa, a salvar a Grecia, tú como jefe y general, yo ayudando y aconsejando, porque también ahora sé que tú eres el único que adoptas las mejores decisiones al ordenar emprender con
4 la mayor rapidez una batalla naval en los estrechos. Y cuando los aliados obran en tu contra, parece que los enemigos colaboran contigo; porque en círculo y por detrás ya el mar está lleno por completo de naves enemigas, de forma que a los que no quieren la necesidad les ha obligado a ser hombres
5 valerosos y a combatir. Pues no ha quedado camino para la huida». A esas razones respondió Temístocles: «No querría, Aristides, que en eso tú resultaras mejor que yo, e intentaré, esforzándome en la hermosa iniciativa, aventajarte con los hechos». Y, al mismo tiempo, tras contarle el engaño preparado por él contra el bárbaro, le pidió que convenciera a

[27] Este título de general con plenos poderes, *autokrátor* (sobre los otros nueve estrategos atenienses) es aquí un anacronismo, pues no se habla de ello hasta la expedición a Sicilia (415 a. C.) durante la Guerra del Peloponeso, y allí aparece (TUCÍDIDES, VI 72) en la propuesta que hace Harmócrates a los sicilianos en una asamblea.

[28] Almirante espartano, comandante de la flota griega conjunta, a pesar del escaso número de barcos espartanos (sólo 16 en Salamina).

Euribíades y le demostrara que era imposible salvarse sin en-
tablar un combate naval; porque tenía más crédito que él mis- 6
mo. De ahí que, en la reunión de generales, al decir
Cleócrito, el corintio[29], a Temístocles, que ni a Aristides le
parecía bien su plan, porque, aun estando presente, callaba,
respondió Aristides que no habría callado si no hubiera dicho
Temístocles lo mejor; y que ahora estaba en silencio no por
simpatía hacia el hombre, sino porque aprobaba su plan.

Esto hacían los almirantes de los griegos. Y Aristides, al 9
ver que Psitalía, una isla no muy grande que se encuentra en
el camino delante de Salamina, estaba llena de enemigos,
embarcó en navíos auxiliares a los ciudadanos más valientes
y belicosos, desembarcó en Psitalía y tras trabar combate con
los bárbaros los mató a todos, excepto a los grandes persona-
jes que fueron capturados vivos. Entre ellos había tres hijos 2
de la hermana del rey, de nombre Sandaque, a los que de in-
mediato envió a Temístocles. Y se cuenta que, según cierto
vaticinio, por orden del adivino Eufrántides, fueron sacrifica-
dos a Dioniso Omestés antes de la batalla. Y Aristides, ha- 3
biendo rodeado la islita por todas partes con hoplitas,
vigilaba a los que eran arrastrados a ella por las olas, para que
no pereciese ningún amigo ni escapara enemigo alguno. Pues 4
la mayor acometida de las naves y lo más duro de la batalla,
según parece, se produjo alrededor de aquel lugar. Por eso
fue erigido también un trofeo en Psitalía.

Tras la batalla Temístocles, por probar a Aristides, decía 5
que era hermosa la empresa ejecutada por ellos, pero que
quedaba lo mejor, el apoderarse de Asia en Europa, navegan-
do muy rápidamente hacia el Helesponto y cortando el puen-
te de barcas. Pero cuando Aristides a voces le aconsejaba 6

[29] Mencionado también en 20, 2. HERÓDOTO (VIII 59-61) habla de un corintio con el que Temístocles tenía diferencias, pero le llama Adimanto.

dejar a un lado el plan, y examinar y buscar el modo de expulsar de la manera más rápida posible al medo de Grecia, no fuera a ser que encerrado por la imposibilidad de huida con tan enorme fuerza se aplicase a la defensa por necesidad, entonces Temístocles envía en secreto, de nuevo, al eunuco Árnaces, uno de los prisioneros, ordenándole decir al rey que, disponiéndose los griegos a navegar contra los puentes, él lo evitaría, con la intención de salvar al rey[30].

10 Muy espantado por esto Jerjes se dirigía rápidamente hacia el Helesponto, pero quedaba tras él Mardonio, con los mejores combatientes del ejército, en torno a trescientos mil, y era temible por la firme esperanza en su infantería, amenazando a los griegos y escribiendo así: «Habéis vencido con marinas maderas a hombres de tierra firme que no sabían empuñar el remo; ahora, en cambio, la ancha tierra de Tesalia y la hermosa llanura beocia se prestan para la lucha con bue-
2 nos jinetes y hoplitas». Y a los atenienses envió aparte cartas y promesas de parte del rey[31], ofreciendo reedificar su ciudad, dar mucho dinero y establecerlos como señores de los griegos, si quedaban fuera de la guerra.

3 Tras enterarse de esto los lacedemonios, temerosos, enviaron a Atenas embajadores a pedir que enviaran a Esparta a los niños y a las mujeres, ya que a los ancianos les conse-

[30] En HERÓDOTO (VIII 108-10) Temístocles recomienda destruir el puente de barcas en el Helesponto, pero Euribíades es quien se opone, con las mismas razones que da aquí Arístides; entonces Temístocles envía a su esclavo Sicino para advertir a Jerjes de que él se opone al plan griego de destruir el puente. Plutarco, aquí y en *Temístocles* 16, indica que el propósito de Temístocles es provocar la huida del rey, más que, como en Heródoto, garantizarse el favor persa para el futuro, de lo que será posteriormente acusado por sus enemigos políticos.

[31] En HERÓDOTO (VIII 140) es el rey Alejandro I de Macedonia el que lleva a Atenas el mensaje de Mardonio.

guirían alimentos por su parte; porque era dura la necesidad en el pueblo, al haber perdido tierra y ciudad. Habiendo oído 4
a los embajadores, tras proponer Aristides un decreto, dieron una respuesta admirable, afirmando que perdonaban a los enemigos si creían que todo podía comprarse con riqueza y dinero, pues nada conocían mejor que eso, pero que estaban irritados contra los lacedemonios porque sólo veían la actual pobreza y necesidad de los atenienses, pero se olvidaban de su valor y pundonor cuando pedían que combatieran por alimentos a favor de Grecia. Tras proponer ese decreto 5
Aristides e introducir a los embajadores en la asamblea, mandó que advirtieran a los lacedemonios de que no había suficiente oro ni sobre la tierra ni bajo la tierra que los atenienses pudieran aceptar a cambio de la libertad de los griegos. Y, en 6
cuanto a los de Mardonio, mostrándoles el sol, les dijo: «Mientras ese recorra ese camino, los atenienses combatirán a los persas por la tierra devastada y los templos profanados y quemados». Y además decretó que los sacerdotes pronunciaran maldiciones, si alguno entablaba negociaciones de paz con los medos o abandonaba la alianza de los griegos.

Al invadir Mardonio por segunda vez el Ática, de nuevo 7
hicieron la travesía a Salamina. Y Aristides, enviado a Lacedemonia, les echó en cara su negligencia e indiferencia al abandonar otra vez Atenas a los bárbaros, y les pidió que ayudaran a lo que aún estaba a salvo de Grecia. Tras oír es- 8
to, parecía que los éforos por el día se divertían y mantenían su despreocupación celebrando una fiesta; pues eran las Jacintias[32]. Pero, por la noche, después de elegir cinco mil

[32] Las fiestas Jacintias, en honor del héroe Jacinto, amante de Apolo, muerto accidentalmente por éste, se celebraban en todo el territorio dorio, pero el lugar de culto era, en Lacedemonia, Amiclas, a 3 km. de Esparta, ya que Jacinto era hijo del mítico rey de Esparta Amiclas; la devoción por estas fiestas es recogida por JENOFONTE, *Helénicas* IV 5, y PAUSANIAS, III 10, 1, y IV 19, 4, y sobre ellas informa con pormenor ATENEO, *Banquete de*

espartiatas, cada uno de los cuales llevaba con él siete hilo-
9 tas, los enviaron sin que lo supieran los atenienses. Y cuan-
do, de nuevo llegó Aristides a hacerles reproches, ellos, con
burla, dijeron que él desvariaba y estaba dormido, porque ya
el ejército estaba en Oresteo avanzando contra los extranje-
ros (pues extranjeros llamaban a los persas), y Aristides dijo
que no era el momento de que ellos se burlaran, engañando a
los amigos en lugar de a los enemigos. Eso es lo que dice
10 Idomeneo. Pero en el decreto de Aristides no aparece él co-
mo embajador, sino Cimón, Jantipo y Mirónides.

11 Elegido por votación general con plenos poderes[33] para la
batalla y llevando ocho mil hoplitas atenienses, llegó a
2 Platea. Y allí también Pausanias, que mandaba todo el ejérci-
to griego, se unió con los espartiatas, y afluía un gran núme-
ro de los demás griegos. La totalidad del campamento de los
bárbaros, que se extendía a lo largo del río Asopo, no parecía
tener límite por su amplitud, pero pusieron un muro alrede-
dor de los bagajes y de sus posesiones más preciadas, cada
3 uno de cuyos lados tenía una extensión de diez estadios[34].
Ciertamente Tisámeno el eleo[35] hizo un vaticinio a Pausanias
y a los griegos en conjunto y predijo la victoria si estaban a
la defensiva y no atacaban los primeros. A Aristides, que ha-
bía enviado mensajeros a Delfos, le respondió el dios que los

los eruditos IV, 139 D; hay también, en el calendario dorio, un mes que lleva el nombre de este héroe. HERÓDOTO (IX 8) dice que los éforos aplazaron su respuesta durante diez días, y explica esta dilación porque, al tener terminado el muro sobre el Istmo, ya no necesitaban a los atenienses.

[33] Cf. n. 27. Además, el propio Plutarco se contradice más tarde, en su comparación de Aristides y Catón, cuando afirma que, en Platea, Aristides era solamente uno de los diez generales (29, 1).

[34] Unos dos km.

[35] Sobre este Tisámeno hace una larga digresión HERÓDOTO en IX 34-36.

atenienses serían superiores a los adversarios si suplicaban a Zeus, a Hera Citeronia, a Pan y a las ninfas Esfragítides[36], y hacían sacrificios a los héroes Andrócrates, Leucón, Pisandro, Damócrates, Hipsión, Acteón, Poliído[37], y si hacían la batalla en su propia tierra, en la llanura de Deméter Eleusinia y de Core. Referido este oráculo, causó perplejidad 4
a Aristides. Porque los héroes a los que ordenaba hacer sacrificios eran fundadores de Platea, y la cueva de las ninfas Esfragítides estaba en una cima del Citerón, orientada hacia la puesta del sol en verano, en la cual también había un oráculo antes, según dicen; y muchos de los del lugar estaban poseídos, a los que llamaban *ninfoleptos*[38]. Pero en cuanto a 5
la llanura de Deméter Eleusinia y a que se daría la victoria a los atenienses si afrontaban la batalla en su propia tierra, de nuevo emplazaba y trasladaba la guerra al Ática. Entonces Arimnesto[39], general de los platenses, imaginó en sueños que él, interrogado por Zeus Soter sobre lo que los griegos habían decidido hacer, dijo, «Mañana conduciremos al ejército hacia Eleusis, señor, y pelearemos con energía contra los bárbaros allí, de acuerdo con la predicción pitia». El dios dijo 6
que estaban equivocados por completo; pues tenían lugar allí mismo, en el territorio de Platea, las predicciones pitias y buscando lo descubrirían. Habiéndole parecido esto evidente a Arimnesto, cuando despertó hizo venir a los más expertos y mayores de sus conciudadanos, con los cuales, al dialogar y compartir dudas, descubrió que cerca de Hisias, bajo el Citerón, hay un templo muy antiguo llamado de Deméter Eleusinia y de Core. Por tanto, de inmediato, llevando con él 7

[36] Pausanias (IX 3, 6) informa de la existencia de una cueva, llamada Esfragidio, en la que las ninfas Citerónides daban oráculos.

[37] Todos ellos antepasados míticos *(archegétes)* de las principales familias de Platea.

[38] Literalmente «poseídos por las ninfas».

[39] Arimnesto ya había mandado las fuerzas de Platea en Maratón, según nos informan Heródoto, IX 72 y Pausanias, IX 4, 2.

a Aristides lo guió al lugar, que era muy apropiado para colocar en orden de batalla la infantería frente a una caballería superior, porque la pendiente al pie del Citerón hacía impracticables para la caballería los extremos de la llanura conti-
8 guos al templo. Allí también se hallaba cerca el recinto del héroe Andrócrates, rodeado por un bosque sagrado de árboles compactos y umbrosos. Para que en nada quedara incompleto el oráculo de la esperanza en la victoria, los platenses decidieron, tras manifestar su opinión Arimnesto, eliminar las lindes de Platea junto al Ática y dar el territorio a los atenienses, para que pelearan por Grecia en su propia tierra, de acuerdo con el oráculo.

9 Sucedió que esta generosidad de los plateenses llegó a ser tan famosa que, siendo ya Alejandro rey de Asia muchos años después, al levantar las murallas de Platea, proclamó mediante un heraldo en las Olimpiadas que el rey concedía esto a los platenses por su valor y grandeza de alma, porque entregaron su tierra a los griegos en la guerra médica y se mostraron como los más animosos[40].

12 Los de Tegea creían justo disputar con los atenienses sobre su lugar en la formación; como tenían siempre los lacedemonios el ala derecha, pedían tener ellos la izquierda, ensalzando mucho a sus antepasados[41]. Al enfadarse los ate-

[40] Se encuentra otra referencia en *Alejandro* 34, 2 a este hecho, que se produjo a finales del año 331 a. C., inmediatamente después de la batalla de Gaugamela; pero las Olimpiadas no se celebraron hasta mucho después, en el verano del 328, y, además, los platenses ya se «habían puesto bajo la tutela de los atenienses» (Heródoto, VI 108, 1) en el año 519. Todo ello hace sospechosa la historicidad de esta acción.

[41] Plutarco resume mucho la versión de Heródoto (IX 26-28, 1), en la que hay sendos discursos por parte de tegeatas y atenienses, recordando ambos sus antiguos méritos para tener la preeminencia, y con una alusión final ateniense a su triunfo en Maratón.

nienses, Aristides, tras adelantarse, dijo: «El momento pre- 2
sente no permite discutir con los tegeatas sobre nobleza de nacimiento y bravura, pero a vosotros, espartiatas, y a los demás griegos decimos que el valor no lo suprime ni lo añade el lugar; en el puesto que vosotros nos deis, intentaremos, organizándolo y defendiéndolo, no deshonrar los combates antes entablados. Venimos, en efecto, no para discutir con los 3
aliados, sino para pelear con los enemigos; no para elogiar a los padres, sino para ofrecernos a nosotros mismos como hombres buenos para Grecia. Así este combate demostrará de cuánto es digna para los griegos la ciudad, el jefe, el solda- 4
do». Tras oír esto, los miembros del consejo y los generales comprendieron a los atenienses y les dieron la otra ala.

Estando Grecia en vilo y especialmente en peligro las co- 13
sas para los atenienses, hombres de familias ilustres y de grandes fortunas, reducidos a pobres por culpa de la guerra y que veían, junto con su dinero, arruinada su influencia en la ciudad y su prestigio, mientras que otros eran honrados y tenían el poder, se reunieron en secreto en una casa de Platea y conspiraron para derribar el estado democrático. Y para, si no se obtenía éxito, perjudicar al gobierno y entregarlo traidoramente a los bárbaros. Como esto ya se había tramado en el 2
campamento y ya muchos estaban corrompidos, al enterarse Aristides y temer la circunstancia actual, decidió no dejar el asunto descuidado ni descubrirlo por completo, porque ignoraba a qué número de personas ascendería la investigación, si buscaba el objetivo de lo justo en lugar de lo conveniente. Y 3
arrestó a ocho de entre muchos; y de ésos, dos a los que el juicio proclamó los primeros, quienes también tenían la mayor responsabilidad, Esquines el lamptreo y Agesias el acarneo, se fueron fugándose del campamento, y a los demás los puso en libertad, permitiendo confiar y cambiar de opinión a los que se creían aún a cubierto, tras sugerir que tenían como

el mayor tribunal la guerra, en el caso de que quisieran refutar las acusaciones con sinceridad y justicia para con la patria[42].

14 Tras esto Mardonio, con lo que le parecía que tenía mayor ventaja, hizo una tentativa contra los griegos, lanzando la caballería de una vez contra los que estaban situados a los pies del Citerón, en lugares fortificados y rocosos, excepto los me-
2 garenses. Éstos, en número de tres mil, estaban situados más cerca de las partes llanas. Por eso también lo pasaban mal por la caballería que acometía contra ellos y les atacaba por todas
3 partes. En consecuencia enviaron a toda prisa un mensajero a Pausanias solicitando que les ayudara, porque no podían resistir por sí mismos a la multitud de los bárbaros. Al oír esto
4 Pausanias, que también ya estaba viendo cubierta por una gran cantidad de dardos y flechas la posición de los megarenses y a ellos reducidos a un espacio mínimo, se encontraba él imposibilitado de rechazar a los jinetes con la pesada infantería hoplítica de los espartiatas, y entonces propuso a los demás generales y capitanes de los griegos que se hallaban a su alrededor una emulación de valor y generosidad, si es que algunos aceptaban voluntariamente combatir en primera línea y
5 ayudar a los megarenses. Mientras los otros vacilaban, Aristides, tras aceptar la empresa en nombre de los atenienses[43], despachó al más animoso de los capitanes, a

[42] Ésta es la única noticia que se tiene de una conjura aristocrática en ese momento, por lo que algunos estudiosos han cuestionado la autenticidad de todo este capítulo 13. Sin embargo, recientemente se han encontrado en Atenas *óstraka* con el nombre de Agasias de Lamptras, que se datan hacia el año 480 a. C. Plutarco, pues, habría confundido el lugar de origen de estos hombres, pero se ignora qué fuente utilizó. Todo el capítulo demuestra, por lo demás, que Aristides pone el interés general por delante de la estricta justicia.

[43] Esta intervención de Aristides no se menciona en Heródoto (IX 21, 3). Plutarco debe seguir otra fuente (¿acaso Éforo?), también usada por Diodoro (IX 30, 4), que también menciona a Aristides.

Olimpiodoro, con los trescientos elegidos que formaban a sus
órdenes y con arqueros entremezclados con ellos.
Una vez preparados rápidamente y lanzados a la carrera,
Masistio, comandante de la caballería de los bárbaros, hombre
asombroso en fuerza y tamaño, así como también notable por
su apostura física, tan pronto como los vio, tras hacer volver
grupas a su caballo, se lanzó contra ellos. Y como ellos aguan- 6
taban y atacaban, se produjo un combate duro, como si com-
prendieran que en él intentaban todo. Pero cuando, herido por
una flecha, el caballo dejó caer a Masistio, y él cayó, por el pe-
so de sus armas, estaba imposibilitado para levantarse; aún
así resultaba difícil de herir para los atenienses que le hostiga-
ban y golpeaban, al estar acorazado no sólo su pecho y cabe-
za, sino también sus miembros con oro, bronce y hierro. A éste
uno, golpeando con la contera de la lanza en la parte en la que
el casco descubría el ojo, lo mató, y los demás persas huyeron
abandonando al muerto. Los griegos se dieron cuenta de la 7
magnitud del éxito no por el número de muertos, pues eran po-
cos los que cayeron, sino por el duelo de los bárbaros. Porque
ellos se afeitaron el pelo en honor de Masistio y afeitaron a los 8
caballos y mulas, llenaron la llanura de lamento y llanto, por-
que habían perdido al primer hombre con mucho en valor e
importancia, al menos tras Mardonio.

Y tras la batalla ecuestre los dos bandos se abstuvieron 15
del combate durante mucho tiempo. Porque los adivinos, a
partir de las entrañas de las víctimas, predijeron de manera
similar, tanto a los persas como a los griegos, la victoria en
caso de que se mantuvieran a la defensiva, pero si atacaban,
la derrota. Luego Mardonio, como sólo tenía víveres para po- 2
cos días, mientras que los griegos aumentaban en número
siempre al afluir otros, sin poder contenerse, decidió no
aguantar más, sino, tras atravesar el Esopo en el momento del
amanecer, atacar a los griegos de improviso. Y dio por la tar-

3 de la orden a los generales. Pero, precisamente a mitad de la
noche, se acercó en silencio al campamento de los griegos un
hombre a caballo; interceptado por los guardias, pidió que le
llevaran junto a Aristides el ateniense. Atendido de inmedia-
to, dijo: «Soy Alejandro, el rey de los macedonios, y vengo
tomando sobre mí los mayores peligros, por simpatía hacia
4 vosotros, para que lo imprevisto no os afecte y os haga com-
batir peor. Pues Mardonio luchará mañana contra vosotros,
no por buena confianza ni valor, sino por escasez de provi-
siones, aunque los adivinos ante los funestos sacrificios y
respuestas de los oráculos le prohíben la batalla, y al ejército
lo posee un enorme desánimo y consternación. Pero por nece-
sidad se arriesga a probar la fortuna en vez de soportar la ex-
5 trema dificultad permaneciendo inactivo»[44]. Tras avisar esto,
Alejandro pidió a Aristides que pensara en ello y lo recorda-
ra, pero que no lo dijera a nadie. Y éste contestó que no esta-
ría bien ocultárselo a Pausanias, pues a aquél correspondía la
jefatura, pero que para los demás quedaría en secreto antes de
la batalla, y que, si Grecia vencía, nadie ignoraría la buena vo-
6 luntad y el valor de Alejandro. Dicho esto, el rey de los ma-
cedonios partió de nuevo, y Aristides, habiéndose acercado a
la tienda de Pausanias, expuso en detalle la conversación. E
hicieron venir a los demás generales y les ordenaron tener en
orden al ejército, como para una inminente batalla.

[44] En el relato de HERÓDOTO (IX 44) Alejandro manifiesta a los centinelas su deseo de entrevistarse con los generales, sin mencionar a Aristides. Este Alejandro I de Macedonia también transmitía, en la narración de Heródoto, las condiciones de Mardonio a los atenienses (cf. n. 31); vasallo del rey persa, Alejandro mantiene una actitud ambigua entre ambos bandos, aunque tanto Heródoto como Plutarco intentan ensalzar a la monarquía macedonia, exculpándola de la acusación de medismo.

En eso, según relata Heródoto, Pausanias envía un mensaje a Aristides pidiéndole que, trasladando a los atenienses al ala derecha, los coloque frente a los persas, pues lucharían mejor al ser expertos en el combate y animosos por haber vencido con anterioridad, y para él mismo se concede el ala izquierda, en donde iban a atacar los griegos que estaban de parte de los medos. 16
Por cierto que los demás generales atenienses consideraban terco e insoportable a Pausanias, porque mientras mantenía a la restante formación en su sitio, sólo a ellos los cambiaba arriba y abajo, como a hilotas, dirigiéndolos contra la parte más belicosa. 2
Pero Aristides les decía que se equivocaban por completo, si muy recientemente rivalizaban con los tegeatas por el ala izquierda y se vanagloriaban al haber sido preferidos, y ahora, en cambio, al cederles los lacedemonios voluntariamente el ala derecha y permitirles de alguna manera el mando, ni amaran la gloria ni consideraran ganancia el no tener que combatir con individuos de la misma raza y parientes, sino con los bárbaros, enemigos por naturaleza[45]. 3
A partir de esto los atenienses cambiaban muy animosamente el puesto con los espartiatas; y un discurso corría entre ellos transmitiéndose de boca en boca, a saber, que «ni los enemigos avanzan con mejores armas ni espíritus mejores a los de Maratón, sino que son iguales los arcos, iguales los adornos del vestido, y el oro sobre cuerpos blandos y almas cobardes. 4
Nosotros, en cambio, tenemos las mismas armas y cuerpos, y mayor valor por las victorias, y el combate no es sólo por la tierra y la ciudad, como para aquéllos, sino por los trofeos de Maratón y Salamina, para que no parezca que aquéllos son de Milcíades o de la suerte, sino de los atenienses». 5
Por tanto, ellos esta- 6

[45] Este último párrafo no figura en el relato de Heródoto, pero responde a una idea que PLUTARCO expresa con frecuencia: deplorar las luchas fratricidas entre griegos, como hace también en *Timoleón* 29, 6, y *Arato* 45, 7.

ban presurosos en el cambio de posiciones; pero, al enterarse los tebanos por medio de desertores[46], se lo cuentan a Mardonio. Y aquél rápidamente, bien por temor a los atenienses, bien por aspirar al honor de chocar contra los lacedemonios, llevó a los persas al ala derecha, y ordenó a los
7 griegos que estaban con él situarse contra los atenienses. Al producirse el cambio de posición de manera evidente, Pausanias, desviándose de nuevo, ocupó el ala derecha, y Mardonio, como estaba desde el principio, recobró la izquierda, quedando frente a los lacedemonios, y el día acabó
8 sin actividad. Y deliberando los griegos les pareció bien mover el campamento más hacia adelante y ocupar un lugar abundante en agua, porque los manantiales habían sido enturbiados y destruidos por los bárbaros que tenían superioridad en la caballería[47].

17 Al caer la noche y conducirlas los generales hacia el campamento señalado, las tropas no estaban muy bien dispuestas a seguir y a mantenerse compactas, sino que, según se trasladaron desde sus primeras defensas, la mayoría se lanzó hacia la ciudad de los platenses y allí se produjo una confusión al dispersarse y acampar sin orden. Y a los lacedemonios les ocurría que, sin querer, quedaban atrás de los demás. Pues
2 Amonfáreto[48], hombre animoso y temerario, que estaba lleno de deseo hacia el combate desde hacía mucho tiempo y

[46] La existencia de desertores tampoco aparece en HERÓDOTO, IX 47.

[47] HERÓDOTO (IX 49) nos informa de que la fuente Gargafia fue enturbiada y cegada por la caballería persa, lo que afectó sobre todo a los lacedemonios, que se encontraban cerca de ella, y también al resto, que no podían tomar agua del Asopo al ser hostigados por los persas. Por eso decidieron trasladarse de lugar.

[48] Amonfáreto, hijo de Políadas, estaba al frente del batallón de Pitana (HERÓDOTO, IX 53), aunque TUCÍDIDES (I 20, 3) afirma que este batallón jamás existió. Pitana era una de las aldeas que se integraron posteriormente en la ciudad de Esparta.

soportaba mal los numerosos aplazamientos y dilaciones, en-
tonces, después de aplicar sin dudar el nombre de fuga y
deserción al cambio de posiciones, dijo que no abandonaría
su puesto de batalla, sino que, quedándose allí mismo con los
soldados de su compañía, resistiría a Mardonio. Y como 3
Pausanias, llegándose a él, decía que esto que se hacía esta-
ba votado y resuelto por los griegos, Amonfáreto, tras levan-
tar con las dos manos una gran piedra y arrojarla delante de
los pies de Pausanias, dijo que él ponía ésta como su voto
respecto a la batalla y que mandaba a paseo las cobardes de-
cisiones y resoluciones de los demás. Apurado Pausanias por 4
la situación, envió a llamar a los atenienses, que ya se aleja-
ban, para que le esperaran, deseando marchar con ellos a la
vez, y él guiaba la restante fuerza hacia Platea, con la idea de
hacer que Amonfáreto se moviera.

En esto le cogía el día y Mardonio (pues no le pasó desa- 5
percibido que los griegos habían abandonado el campamen-
to) con su fuerza dispuesta en orden de batalla se lanzaba
contra los lacedemonios, con mucho griterío y estruendo de
los bárbaros, no con la intención de entablar combate, sino
de tomar por asalto a los griegos que huían. Lo que poco faltó 6
para que ocurriera. Pues, cuando vio Pausanias lo que suce-
día, retuvo la marcha y ordenó que cada uno tomara su pues-
to para el combate, pero se le olvidó, bien por el enfado con
Amonfáreto, bien confundido por la rapidez de los enemigos,
dar la señal a los griegos. Por eso acudían en ayuda no con 7
rapidez ni compactos, sino en grupos y separadamente. Y co-
mo al hacer un sacrificio no obtuviera auspicios favorables,
ordenó a los lacedemonios que, tras colocar los escudos ante
los pies, se quedaran quietos sin moverse y que pusieran en
él su atención sin rechazar a enemigo alguno, mientras que
él, de nuevo, sacrificaba. Y los jinetes atacaban; y ya también 8
llegaba un dardo, y algún espartiata había sido alcanzado.
Pero en ese momento Calícrates, del que dicen que era en as-

pecto el más hermoso de los griegos y el de mayor talla corporal en aquel ejército, alcanzado por una flecha y moribundo, decía que no lamentaba la muerte, porque había venido de su casa para morir por Grecia, sino porque moría sin ha-
9 ber utilizado su mano[49]. Era, pues, terrible la situación, pero admirable la contención de los hombres. Porque no rechazaban a los enemigos atacantes, sino que, esperando la ocasión de parte de la divinidad y del general, aguantaban mientras estaban siendo alcanzados y caían en sus puestos.

10 Algunos afirman[50] que a Pausanias, mientras sacrificaba un poco fuera de la línea de batalla y hacía preces, algunos lidios, tras caer contra él de improviso, le quitaban y tiraban los útiles del sacrificio, y que Pausanias y los que estaban con él, al no tener armas, les golpeaban con bastones y látigos. Por eso incluso ahora, como recuerdo de aquella irrupción, se celebran en Esparta las flagelaciones de los efebos en torno al altar, y, tras eso, la procesión de los lidios.

18 Desgarrado, pues, Pausanias por las circunstancias presentes, mientras abatía el adivino víctimas una tras otra, se dirigió con la vista lloroso hacia el templo de Hera y, alzando las manos, suplicó a Hera Citeronia y a los demás dioses que protegen la tierra de Platea que, si no estaba determinado por el destino que los griegos vencieran, al menos, sufrir tras haber hecho algo y demostrar con obras a los enemigos que marcharon contra hombres valerosos y ansiosos de luchar.
2 Mientras Pausanias hacía esas invocaciones a los dioses, si-

[49] Plutarco cuenta la muerte de Calícrates en el momento en el que ocurrió; su fuente es HERÓDOTO (IX 72) aunque éste incluye el relato al final de la batalla, cuando enumera a los griegos que tuvieron una muerte gloriosa en Platea.

[50] No está claro a qué autores se refiere Plutarco. El ritual espartano en honor a Ártemis Ortia es, desde luego, anterior a las Guerras Médicas; sobre la flagelación de los efebos, cf. *Licurgo* 18, 2.

multáneamente con las súplicas, las víctimas se mostraron favorables, y el adivino anunció la victoria. Y dada a todos la consigna de formar contra los enemigos, la falange tuvo de pronto el aspecto de un animal fiero dispuesto al ataque y erizado, y a los bárbaros les infundió el pensamiento de que tendrían que combatir con hombres que lucharían hasta la muerte. Por ello también, después de poner delante muchos 3
de sus escudos de mimbre, lanzaban flechas contra los lacedemonios. Pero éstos, al tiempo que guardaban su formación con los escudos apretados, se adelantaban y, al atacar, rechazaban los escudos de mimbre, golpeando con las lanzas los rostros y pechos de los persas, derribaban a muchos, que caían no inútilmente ni sin valor. Porque, cogiendo las lanzas con 4
las manos desnudas, rompían muchísimas y corrían hacia las espadas desenvainadas no sin diligencia, sino que, utilizando los puñales y los sables cortos y apartando los escudos y viniendo a las manos, resistían mucho tiempo.

Los atenienses, entretanto, permanecían sin moverse espe- 5
rando a los lacedemonios, pero cuando se esparcía el enorme griterío de los combatientes y se presentaba, según dicen, un mensajero de parte de Pausanias contando lo que estaba ocurriendo, se pusieron en marcha a toda prisa para ayudar. Y al avanzar a través de la llanura hacia el tumulto se les echaron en- 6
cima los griegos que estaban de parte de los medos. Tan pronto como los vio Arístides, habiéndose adelantado mucho, gritaba, poniendo por testigos a los dioses griegos, que se apartaran del combate y no fuesen un obstáculo para ellos ni estorbaran a los que ayudaban a quienes corrían peligro en favor de Grecia; pero cuando vio que no le hacían caso y se disponían en orden de batalla para el combate, entonces, tras desistir de la ayuda allí, se lanzó contra ellos, que eran unos cincuenta mil[51].

[51] Plutarco reproduce la estimación de HERÓDOTO (IX 32, 2) sobre el número de griegos que servían en el ejército de Mardonio.

7 Pero la mayor parte cedió y se retiró, por haber escapado también los bárbaros, y se dice que el combate más encarnizado fue contra los tebanos, al estar entonces entre ellos los principales y más influyentes ardentísimos partidarios de los medos, y conducían a la masa no de buen grado, sino por estar gobernada por una oligarquía[52].

19 Trabado de esta forma el combate en dos puntos, primero los lacedemonios rechazaron a los persas. Y un espartiata llamado Arimnesto mató a Mardonio tras pegarle en la cabeza con una piedra[53], como le había profetizado el oráculo
2 de Anfiarao. Pues Mardonio envió a un lidio allí, y a otro cario a Ptoo. Y a éste el profeta le hizo la predicción en lengua caria, pero el lidio, al quedarse dormido en el santuario de Anfiarao, creyó que un sirviente del dios se acercaba y le ordenaba marcharse, y que, al no querer, le arrojó una gran piedra a la cabeza, de suerte que al hombre le pareció que moría golpeado. Y se dice que eso pasó así. En cuanto a los fugiti-
3 vos, los encerraron en sus fortificaciones de madera. Un poco después los atenienses pusieron en fuga a los tebanos, tras matar en el mismo combate a trescientos, los más distinguidos y principales. Una vez producida la victoria les llegó un mensajero para que sitiaran al ejército bárbaro encerrado en
4 sus fortificaciones. Así, tras dejar que los griegos se salvaran, corrieron a ayudar ante los parapetos. Y apareciendo de pron-

[52] HERÓDOTO (IX 15 y 38) da los nombres de dos de estos oligarcas, Atagiro y Timegénidas; posteriormente, en el año 427, los tebanos justificaron su anterior alianza con los persas debido al régimen casi tiránico que sufrían (TUCÍDIDES, III 62, 3 y PAUSANIAS, IX 6, 2). Es, con todo, evidente que Plutarco quería justificar la conducta de los tebanos, beocios como él.

[53] HERÓDOTO (IX 64) cuenta también la muerte de Mardonio, aunque no explica cómo se produjo; sí menciona que el que lo mató fue Arimnesto, del que nos informa que era un espartiata de cierto prestigio, muerto más tarde, en el año 464 a. C., en Estenesiclero, al frente de trescientos hombres, durante la revuelta hilota conocida como «tercera guerra mesenia».

to junto a los lacedemonios, que eran totalmente impotentes
e inexpertos para el asalto a una fortificación[54], tomaron el
campamento con una enorme mortandad de bárbaros. Pues
se dice que de los trescientos mil escaparon cuarenta mil con 5
Artabazo, mientras que de los que combatieron por Grecia
cayeron en total unos mil trescientos sesenta[55]. De ellos eran 6
atenienses cincuenta y dos, todos de la tribu Ayántide, según
dice Clidemo[56], que combatió muy bien; por eso los ayánti-
des hacían a las ninfas Esfragítides el sacrificio prescrito por
la Pitia en honor a la victoria, costeando el gasto del tesoro
público. Y los lacedemonios más de noventa, y los tegeatas
dieciséis. Por cierto, es sorprendente lo de Heródoto, cómo 7
sostiene que sólo éstos llegaron a las manos contra los ene-
migos, y ninguno de los demás griegos. Porque el número de
caídos y los monumentos atestiguan que el éxito fue una em-
presa común. Y no habrían grabado el altar de la siguiente
manera, si sólo tres ciudades hubieran combatido y el resto
hubiera permanecido inactivo:

Cuando los griegos por la fuerza de la victoria, obra de Ares,
confiados en la atrevida audacia de su espíritu,
expulsaron a los persas, erigieron este altar común a Zeus Eleuterio
en honor de una Grecia libre[57].

[54] Lo mismo dice HERÓDOTO (IX 70).

[55] Se desconoce la fuente que usa Plutarco para dar esta cifra, muy superior a la de 159 que da HERÓDOTO (IX 70), que podría subir hasta 759 si se suman los 600 de Mégara y Fliunte muertos por la caballería tebana. Quizá se trata de Clidemo, cf. nota siguiente.

[56] Clidemo, del s. IV a. C., del que sabemos que escribió una obra sobre la historia de Atenas, titulada *Atthis* o *Protogonia*, en cuatro libros y un *Exegético* sobre asuntos de culto.

[57] Epigrama atribuido a Simónides, que Plutarco vuelve a repetir en *Sobre la malevolencia de Heródoto* 873 B, aunque suprimiendo el segundo verso; el epigrama se encuentra también en la *Antología Palatina* VI 50.

8 Esta batalla tuvo lugar en el cuarto día del mes boedromión según el calendario de los atenienses, y según los beocios en el veintisiete del mes panemo, en el cual, todavía ahora, se reúne el Consejo helénico en Platea y los platenses hacen un sacrificio a Zeus Eleuterio en honor a la victoria. La
9 diferencia de días no debe sorprender, porque incluso actualmente, cuando los conocimientos de astronomía son más exactos, cada uno fija de manera diferente el principio y el final del mes[58].

20 Después de esto, al no conceder los atenienses el premio de la victoria a los espartiatas ni consentirles levantar un trofeo, por poco casi llegaron a destruirse los asuntos de los griegos enemistados en armas, de no ser porque Aristides, apaciguando y aconsejando a sus colegas en el mando del ejército, sobre todo a Leócrates y Mirónides, los contuvo y persuadió para que confiaran la resolución a los griegos.
2 Deliberando entonces los griegos, Teogitón, megarense, dijo que habría que dar a otra ciudad el premio de la victoria, si no querían provocar una guerra entre compatriotas. Tras éste, cuando se levantó Cleocrito el corintio[59], produjo la impresión de que solicitaría el premio para los corintios; porque Corinto tenía la mayor consideración tras Esparta y Atenas. Pero pronunció un discurso sorprendente que agradó a todos en favor de los platenses y aconsejó eliminar la rivalidad,

[58] El propio PLUTARCO (*Camilo* 19, 5, y *Sobre la gloria de Atenas* 349 E) fecha la batalla de Platea el día 3 del mes boedromión (septiembre); el error puede haberse producido al pasar de la fecha beocia a la ateniense. Se sabe, por otra parte, que Plutarco había escrito una obra sobre el calendario, hoy perdida, y que estaba muy interesado en la astronomía.

[59] Teogitón era sin duda el jefe de los megarenses; Cleócrito ya fue mencionado en 8, 6; según Heródoto los corintios no combatieron en Platea, pero Plutarco duda de esta afirmación en *Sobre la malevolencia de Heródoto* 873 A.

dando el premio a aquellos a los que ninguno de los dos se disgustaría en honrar. Pronunciadas estas palabras, Aristides 3 fue el primero que estuvo de acuerdo en nombre de los atenienses, y después Pausanias, en nombre de los lacedemonios. Así reconciliados, separaron ochenta talentos para los platenses, con los cuales reedificaron el santuario de Atenea, erigieron su estatua y adornaron el templo con pinturas, que hasta hoy se mantienen en buen estado[60], y por su cuenta erigieron un trofeo los lacedemonios y otro, aparte, los atenienses.

Cuando le preguntaron sobre el sacrificio, les respondió 4 el Pitio que construyeran un altar de Zeus Eleuterio, pero que no hicieran sacrificios antes de apagar el fuego en el territorio, porque había sido contaminado por los bárbaros, y de encender un fuego puro traído del común hogar de Delfos. Por 5 consiguiente, los jefes de los griegos, yendo por todas partes, rápidamente obligaban a apagar todos los fuegos a quienes los utilizaban, y un plateense, Euquidas, tras prometer que, tan pronto como fuera posible, uno de Platea traería el fuego del dios, marchó a Delfos. Purificó su cuerpo y después de rociarse, se coronó con laurel. Y tras coger el fuego del altar[61], de nuevo a la carrera volvió a Platea y antes de la puesta del sol llegó en el mismo día, habiendo recorrido mil

[60] La enorme suma de ochenta talentos (cada uno valía 6.000 dracmas) había sido obtenida del botín tomado a los persas en Maratón; según la costumbre, se reservaba una décima parte para los dioses. PAUSANIAS (IX 4, 1-2) describe el santuario de Atenea Alea, erigido en Platea, en el que había una estatua de la diosa, obra de Fidias, y unas pinturas de Polignoto y Onasias, así como una estatua retrato de Arimnesto, situada a los pies de la imagen de la diosa.

[61] En Delfos, en el templo de Apolo Pitio, ardía sobre un altar un fuego perpetuo (cf. PLUTARCO, *Numa* 9, 10-12).

6 estadios[62]. Una vez que saludó a los ciudadanos y entregó el fuego, al punto cayó al suelo y en breve expiró. Por admiración a él los platenses lo enterraron en el santuario de Ártemis Euclea, grabando este tetrámetro:

Euquidas tras correr hacia Pitó regresó en el mismo día.

7 En cuanto a Euclea, la mayoría llama y considera así a Ártemis[63], pero algunos afirman que fue hija de Heracles y Mirtó, hija a su vez de Menecio y hermana de Patroclo, que murió virgen
8 y recibe honores entre los beocios y los locrios. Porque tiene erigido un altar y una estatua en toda plaza pública y le hacen un sacrificio las novias y los novios antes de casarse.

21 Después de esto, en la asamblea común de los griegos que se celebró[64], Aristides propuso un decreto para que se reunieran en Platea cada año diputados y embajadores de Grecia, y que se celebrara cada cuatro años el concurso de los
2 Eleuterios. Y que hubiera un contingente griego de diez mil hoplitas, mil jinetes y cien naves para la guerra contra los

[62] Unos 200 km., distancia absolutamente imposible de recorrer por un hombre a pie en un solo día. La carrera del *hemerodrómos* Euquidas, en opinión de FLACELIÈRE, *op. cit.*, pág. 214, debe ser una leyenda etiológica para explicar el origen de la *lampadephoría*, la "carrera de antorchas", una prueba de relevos que se celebraba en honor a Hefesto (HERÓDOTO, VIII 98). Con todo, la anécdota de este corredor se parece demasiado a la de Fidípides, el de Maratón, como para no ser una imitación exagerada de aquélla.

[63] El epíteto de culto Euclea («la gloriosa») para Ártemis está atestiguado en Beocia (PAUSANIAS, IX 17, 1).

[64] HERÓDOTO no dice nada de esta asamblea (IX 86, 1), sino que los griegos, tras un intercambio de opiniones, decidieron ir contra Tebas. Pero, según DIODORO (XI 29, 1), antes de que la batalla de Platea empezara, los griegos juraron que, si derrotaban a los persas, celebrarían las fiestas Eleuterias en Platea; parece que Diodoro utilizó una fuente del s. IV a. C., quizá Éforo. El papel atribuido a Aristides es, desde luego, una invención de Plutarco o de su fuente. TUCÍDIDES (II 71, 2-4, y III 58, 4-5) da importancia a Pausanias y no a Aristides.

bárbaros, y dejar a los platenses inviolables y sagrados, haciendo sacrificios a la divinidad en favor de Grecia. Aprobadas estas propuestas, los de Platea se encargaron de hacer sacrificios cada año en honor de los que cayeron y yacen allí mismo. Y eso lo hacen hasta ahora de la siguiente 3
manera. En el mes de memacterion, que es entre los beocios alalcomenio[65], el día dieciséis, forman una procesión al amanecer, a la que precede un trompeta tocando la señal de combate, y siguen carros llenos de ramas de mirto y de coronas, un toro blanco, y libaciones de vino y leche en ánforas, y cántaros de aceite y perfume que llevan muchachos libres; pues a ningún esclavo le está permitido unirse a aquella ce- 4
remonia, porque los hombres murieron por la libertad. Después de todos, el arconte de los plateenses, al que no le está permitido en ningún otro momento tocar el hierro ni llevar otro vestido que uno blanco, en esa ocasión viste una túnica púrpura[66] y, provisto de una hidria del depósito de los archivos, avanza armado de una espada hacia las tumbas a través de la ciudad. A continuación, tras tomar agua de la 5
fuente, personalmente lava las estelas y las unge con perfume, y, después de inmolar al toro sobre el fuego del altar e invocar a Zeus y a Hermes Ctonio[67], invita a los hombres valerosos que murieron por Grecia al festín y a la libación de sangre. Luego, una vez que mezcla en una crátera vino y lo

[65] Entre noviembre y diciembre, más de dos meses después del sacrificio a Zeus Eleuterio en el día del aniversario de la batalla, el 4 de boedromión (cf. n. 57); esta discrepancia de fechas puede deberse a que existiera un ritual anterior a la batalla que se adaptara para commemorar ésta.

[66] El color púrpura del oficiante, así como la espada y la trompeta son, claramente, un reflejo militar; por otra parte, el rojo es un color apropiado para la muerte y los poderes ctónicos. La profusión de detalles que da Plutarco demuestra que vio personalmente la ceremonia.

[67] Se trata de Hermes Psicopompo, el que guía al Hades las almas de los muertos.

derrama, dice: «Bebo a la salud de los hombres que murieron por la libertad de los griegos». Esto es, por tanto, lo que todavía ahora mantienen los platenses.

22 Y cuando volvieron a la ciudad los atenienses, Aristides vio que deseaban recobrar la democracia, y considerando que el pueblo era merecedor de atención por su valor, pero, al mismo tiempo, que no era fácil de contener cuando tenía fuerza por las armas y estaba lleno de soberbia por las victorias, promulgó un decreto para que el gobierno fuese común a todos y los arcontes fueran elegidos de entre todos los atenienses[68].

2 Al decir Temístocles ante el pueblo que tenía un proyecto y una propuesta secreta, pero útil y provechosa para la ciudad, mandaron que sólo Aristides la oyera y examinase con
3 él. Cuando Temístocles contó a Aristides que maquinaba incendiar la anclada flota de los griegos, pues así serían los atenienses los más poderosos y señores de todos, Aristides, tras acercarse ante el pueblo, dijo que no había otra acción más útil, pero tampoco más injusta que la que Temístocles pensa-
4 ba ejecutar. Al oír esto, los atenienses ordenaron que Temístocles desistiese; pues tanto era el pueblo amante de la justicia como Aristides era para el pueblo digno de confianza y fiel[69].

[68] Este cambio de la actitud política de Aristides, desde sus iniciales tendencias aristocráticas (cf. 2, 1) está tomado de ARISTÓTELES (*Const. de at.* 23, 3), según el cual los "líderes populares" tras las Guerras Médicas fueron Aristides y Temístocles; en cuanto a que se permitiera a todas las clases sociales de Atenas acceder al arcontado es un error de Plutarco, ya que fue sólo en el año 457-456 a. C. (ARISTÓTELES, *Const. de at.* 23, 3) cuando el arcontado se abrió a los zeugitas, además de a los *pentacosiomédimnos* y a los caballeros, pero no a los *thêtes*.

[69] Lo mismo dice Plutarco en *Temístocles* 20, 1-2. La versión es diferente en VALERIO MÁXIMO, VI 5, *Ext.* 2 y CICERÓN, *Sobre los deberes* III,

Cuando, enviado, junto con Cimón, como general para la guerra, vio que Pausanias y los demás jefes de los espartiatas eran desagradables y molestos con los aliados, él personalmente, al tratarlos con afabilidad y cortesía y procurar que Cimón estuviera acorde y sociable en las expediciones militares, arrebató a los lacedemonios, sin que lo advirtieran, la hegemonía no con armas, naves o jinetes, sino con la generosidad y la diplomacia[70]. Pues al ser queridos los atenienses por los griegos gracias a la justicia de Aristides y a la moderación de Cimón, la ambición y el carácter desagradable de Pausanias los hacía aún más dignos de ser amados. Porque a los jefes de los aliados siempre los trataba con cólera y severamente, y a muchos los castigaba con azotes, o, poniéndoles encima un ancla de hierro, los obligaba a estar de pie durante todo el día. A nadie le estaba permitido proveerse de paja ni forraje ni acercarse a una fuente para abastecerse de agua antes que los espartiatas, sino que con látigos unos servidores expulsaban a los que se acercaban. Y, en cierta ocasión, al querer Aristides reprochar y aconsejar por estos hechos, Pausanias, frunciendo el ceño, dijo que no tenía tiempo que perder y no le escuchó.

23 (margin: 23; 2 at "rosidad y la diplomacia"; 3 at "te todo el día")

A partir de entonces se acercaron los almirantes y generales de los griegos, especialmente los quiotas, samios y lesbios, y convencieron a Aristides de que aceptara el mando y atrajera bajo sus órdenes a los aliados, que, desde hacía tiem- 4

11, 49, ya que, según ellos, Temístocles propone incendiar las naves espartanas en el puerto de Giteo y no las naves griegas que se encuentran en Págasas. La anécdota, a todas luces falsa, parece una invención de las escuelas retóricas para contrastar los caracteres de ambos personajes.

[70] Aristides, reelegido estratego, fue enviado, en el año 478-77 a. C., con treinta trirremes para unirse a las veinte comandadas por Pausanias, con la intención de liberar Chipre de los persas y tomar Bizancio. Sobre la actitud despótica de Pausanias ante los aliados, cf. *Cimón* 6, 2, TUCÍDIDES, I 95 y 120, DIODORO, XI 44.

po, deseaban separarse de los espartiatas y pasarse a los ate-
5 nienses[71]. Al responder aquél a sus razones que advertía su necesidad y justicia, pero que se necesitaba una acción que, logrando la confianza, no dejase a la mayoría cambiar otra vez de opinión, entonces, conjurados Uliades de Samos y Antágoras de Quíos, cerca de Bizancio embistieron la trirreme de Pausanias, que salía del puerto la primera, cogiéndola
6 en medio. Y como al verlo aquél se pusiera fuera de sí y con cólera amenazara que en breve demostraría que los hombres habían atacado no a su nave, sino a sus propias patrias, le ordenaron que se marchase y diera gracias a la Fortuna que había combatido con él en Platea. Pues por sentir respeto ante aquélla no le imponían los griegos un castigo apropiado. Y, finalmente, tras hacer defección, se pasaban a los atenienses.
7 Entonces también brilló el admirable temple de Esparta; porque, cuando se enteraron de que por la extensión de su poder se habían corrompido sus jefes, renunciaron voluntariamente a la hegemonía y dejaron de enviar generales para la guerra, prefiriendo tener ciudadanos sencillos y firmes en sus tradiciones a poseer el mando de toda Grecia[72].

24 Los griegos pagaban cierto tributo para la guerra mientras mandaban los lacedemonios, y, queriendo que fuera organizado para cada uno por ciudad de modo equitativo, solicitaron de entre los atenienses a Aristides y le encargaron que tras examinar el territorio y los recursos fijase lo de cada uno,

[71] También ARISTÓTELES (*Const. de at.* 23, 2) y NEPOTE (*Aristides* 2, 2-3) atribuyen a la justicia de Aristides y a la soberbia de Pausanias el deseo de los griegos de aceptar la hegemonía ateniense en lugar de la de Esparta; sin embargo TUCÍDIDES (I 95 y 130-2), al contar los excesos de Pausanias, no menciona a Aristides.

[72] ARISTÓTELES (*Const. de at.* 23, 2) afirma lo contrario; Plutarco debe apoyarse aquí en TUCÍDIDES, I 95.

de acuerdo con su valor y riqueza[73]. Y aunque llegó a ser due- 2
ño de tan enorme poder y, a que, de algún modo, Grecia depo-
sitó sobre él solo todos los asuntos, marchó pobre y regresó
más pobre, después de realizar el registro de las riquezas no
sólo con limpieza y justicia, sino con agrado y acuerdo de to-
dos. Pues igual que los antiguos celebraban cómo era la vida 3
en tiempos de Crono, así los aliados de los atenienses celebra-
ban «el impuesto de Aristides», llamándolo buena fortuna de
Grecia, y más cuando en no mucho tiempo se duplicó, y luego
se triplicó. Porque lo que Aristides fijó fue una suma de cua- 4
trocientos sesenta talentos[74]; y a eso Pericles añadió casi un
tercio; pues Tucídides afirma que, al empezar la guerra, seis-
cientos talentos llegaban a los atenienses de parte de los alia-
dos. Y cuando Pericles murió, los demagogos, aumentándolo, 5
elevaron poco a poco el capital hasta mil trescientos talentos[75],
no tanto por la duración de la guerra que produjo vicisitudes
de mucho gasto y coste, como porque indujeron al pueblo a
los repartos de dinero[76], a los fondos para espectáculos y a las
construcciones de estatuas y santuarios[77].

[73] La Liga del Peloponeso, dirigida por Esparta, no imponía un tributo regular a sus miembros, aunque, en caso de conficto, podían sustituir con dinero los soldados que debían enviar. Tras Salamina, Temístocles había exigido contribuciones a las islas que estaban sometidas a los persas (Heródoto, VIII 111-112).

[74] La misma cantidad aparece en Tucídides (I 96, 2) y Nepote (*Aristides* 3, 1). Diodoro (XI 47, 1) eleva la suma a 560 talentos, aunque en XII 40, 2 da la cifra de 460 para el año 431 a. C., en los inicios de la Guerra del Peloponeso.

[75] La cantidad máxima fue de 1.460 talentos en el año 425 a. C. y, según informa Andócides (*Sobre la paz* 9), el tributo ascendía cada año tras la Paz de Nicias (421 a. C.) a más de 1.200 talentos, y este mismo autor dice que en el tesoro de la Acrópolis había más de 7.000 talentos en metálico.

[76] La palabra empleada por Plutarco, *dianomás*, se refiere tanto al reparto de cereales como a las dietas que percibían los ciudadanos por su participación en los tribunales y asambleas.

[77] Fue Pericles quien inició esta política de grandes obras públicas financiadas con los impuestos de los aliados; cf. *Pericles* 12, 1-4.

6 Así pues, al gozar Aristides de un gran y admirable renombre por la distribución de los impuestos, Temístocles decía, burlándose, que el elogio no era propio de un hombre, sino de un saco de guardar dinero; se vengaba de manera
7 desigual de la franqueza de Aristides. Porque éste, cuando Temístocles afirmó en cierta ocasión que consideraba la mayor virtud de un general conocer y prever los planes de los enemigos, dijo: «Esto es necesario, Temístocles, pero lo hermoso y realmente propio de un general es el dominio de sus manos»[78].

25 Aristides hizo jurar a los griegos y juró en nombre de los atenienses, tras arrojar hierros candentes en el mar después de las imprecaciones[79], pero más tarde, al obligar las circunstancias a gobernar con más dureza, según parece, mandó a los atenienses que hicieran recaer sobre él el perjurio con el
2 que convenía tratar los asuntos. En una palabra, sostiene Teofrasto, este hombre extremadamente justo en su vida privada y con sus conciudadanos, en los asuntos públicos actuó muchas veces de acuerdo con el objetivo de su patria, que re-
3 quería una injusticia frecuente[80]. Pues afirma que, cuando decidieron transportar a Atenas el tesoro desde Delos, en contra de los tratados, e hicieron los samios la proposición, aquél dijo que eso no era justo, pero sí útil[81]. Y, finalmente, aunque llevó a la ciudad a gobernar sobre tantos hombres, él perma-

[78] La misma acusación de venalidad que se hace a Temístocles en 4, 3.

[79] El mismo rito aparece en Heródoto (I 165) cuando los focenses arrojan un trozo de hierro candente al mar y juran no volver a su patria hasta que esa masa volviera a la superficie. La imposibilidad de que esto ocurra subraya el carácter irrevocable del juramento.

[80] Cf. 13, 1-3.

[81] El traslado del tesoro de la Liga Marítima desde la isla de Delos a Atenas se hizo, por orden de Pericles, en el año 454 a. C., cuando ya había muerto Aristides.

neció en la pobreza y vivió amando la gloria de ser pobre no menos que la de sus trofeos. Y está claro por la historia que 4
sigue: Calias, el portador de la antorcha, era pariente suyo; a él sus enemigos le citaron a juicio en causa capital; y después de acusarle ciñéndose a lo que habían denunciado por escrito, pronunciaron ante los jueces un argumento ajeno a la causa: «Sabéis», dijeron, «que Aristides, hijo de Lisímaco, es 5
admirado entre los griegos. ¿Qué bienes creéis que tiene cuando le veis presentarse ante el público con semejante capa raída? ¿No es acaso verosímil que quien visiblemente tirita de frío también pase hambre en casa y carezca de las demás cosas necesarias? Pues bien, a ése, Calias, su primo, 6
que es el más rico de los atenienses[82], le permite pasar necesidad junto con sus hijos y esposa, aunque se ha servido mucho del hombre y muchas veces se ha aprovechado de su influencia entre vosotros». Y al ver Calias que por eso se al- 7
borotaban los jueces y estaban encolerizados con él, llamó a Aristides pidiéndole que testificara ante los jueces cómo con frecuencia ya ofreciéndole muchas cosas, ya rogándole que las aceptara, no había querido, respondiendo que más le convenía a él enorgullecerse por su pobreza que a Calias por su 8
dinero. Porque es posible ver a muchos que utilizan bien y provechosamente el dinero, pero no es fácil topar con quien soporte noblemente la pobreza: se avergüenzan de la pobreza los que son pobres a su pesar. Y cuando Aristides testificó a favor de Calias, no hubo entre los oyentes quien se marchara sin preferir ser pobre como Aristides a rico como Calias. 9
Y esto es lo que ha registrado Esquines el socrático[83]. Y

[82] Su fortuna estaba evaluada en 200 talentos, según Lisias, *Sobre los bienes de Aristófanes* 48.

[83] Esquines de Esfeto, discípulo de Sócrates, fue autor de diálogos en los que aparece su maestro, de los que tenemos títulos como *Alcibíades, Aspasia, Calias, Milcíades*, etc.

Platón, de los de gran fama y renombre en Atenas, sólo declara digno de mención a este hombre. Porque Temístocles, Cimón y Pericles llenaron la ciudad de pórticos, riquezas y mucha bagatela, pero Aristides dirigió su política hacia la virtud[84].

Grandes señales de su equidad son sus relaciones con Temístocles. Porque aunque le trató como enemigo durante casi toda su carrera política, y fue condenado al ostracismo por su culpa, cuando Temístocles ofreció el mismo desquite al haber sido acusado ante la ciudad, no pensó en vengarse, sino que, mientras Alcmeón, Cimón y muchos otros lo maltrataron y acusaron, Aristides fue el único que ni hizo ni dijo nada malo, ni disfrutó con la desgracia de su enemigo, igual que tampoco antes le envidió cuando le iban bien las cosas[85].

26 Algunos sostienen que Aristides murió en el Ponto, adonde navegó por asuntos públicos, y otros que en Atenas, a causa de la vejez, honrado y admirado por sus conciudadanos. En cambio Crátero el macedonio[86] ha dicho lo siguiente so-
2 bre la muerte del hombre. Afirma, en efecto, que tras el exilio de Temístocles, dado que el pueblo estaba lleno de

[84] Aunque cita de memoria, Plutarco recuerda las palabras de Platón en dos pasajes de *Gorgias*, 519a y 526b; en el primero Sócrates atempera el entusiasmo de Calicles hacia hombres como Temístocles, Cimón y Pericles que, sin moderación ni justicia, hincharon Atenas con puertos, arsenales, murallas, etc., y, en el segundo, Sócrates alaba a Aristides por mantenerse justo durante toda su vida.

[85] Aquí Plutarco confunde dos procesos diferentes contra Temístocles; éste ya había sido condenado al ostracismo en el año 471 o 470 a. C., y se encontraba en Argos cuando fue acusado de alta traición (cf. Tucídides, I 128-135); aunque aquí se cita a Alcmeón como uno de sus acusadores, en *Temístocles* 24, 6, aparece en su lugar Leobotes, hijo de Alcmeón.

[86] No se sabe si este Crátero es el hijo del famoso general de Alejandro homónimo; sí es seguro que publicó una *Colección de decretos*, que Plutarco usa con frecuencia. En cualquier caso, su vida se sitúa entre los siglos IV-III a. C.

arrogancia hizo crecer una multitud de sicofantas, que, persiguiendo a los hombres mejores y más poderosos, los sometían a la malevolencia de muchos exaltados por su prosperidad e influencia. Entre estos también Aristides fue condenado por 3
un delito de corrupción, acusándole Diofanto de Anfitropé de que, cuando fijaba los impuestos, había recibido dinero de los jonios. Y al no tener el importe de la multa, que era de cincuenta minas[87], se embarcó y murió en Jonia. De esto 4
Crátero nada ha presentado por escrito como prueba, ni juicio ni decreto, aunque acostumbra a escribir puntualmente cosas así y a citar a los informadores. Todos los demás, para 5
decirlo con brevedad, cuantos exponen con exactitud las ofensas hechas por el pueblo a los generales, recogen y repiten el destierro de Temístocles, la prisión de Milcíades, la multa de Pericles y la muerte de Paques en el tribunal, quien se suicidó sobre el estrado según fue condenado, y muchas cosas semejantes, pero de Aristides refieren la condena al ostracismo, y en ninguna parte mencionan semejante multa.

Ciertamente existe su tumba que se muestra en Falero, la 27
que dicen que construyó la ciudad al no dejar él fondos para un servicio fúnebre[88]. En cuanto a sus hijas, informan que 2
desde el Pritaneo fueron dadas en matrimonio a sus esposos, una vez que la ciudad financió la boda con dinero público y votó por decreto una dote de tres mil dracmas para cada una; a Lisímaco, el hijo, el pueblo le dio cien minas de plata y otras tantas fanegas de tierra cultivable, y, además, le asignó otras cuatro dracmas diarias mediante un decreto presentado por Alcibíades. Al dejar Lisímaco una hija, Policrita, se- 3

[87] Una mina valía 100 dracmas.

[88] Cf. las afirmaciones de Demetrio de Falero en 1, 2-3. Los gastos de un funeral iban desde las diez minas (Demóstenes, *Contra Beoto* 52) hasta las tres (Lisias, *Contra Filón* 21).

gún cuenta Calístenes, el pueblo votó también para ella la misma manutención que para los vencedores en Olimpia[89]. Demetrio Falereo, Jerónimo el rodio, Aristóxeno el músico y Aristóteles (si el libro *Sobre la nobleza* debe ponerse entre los auténticos de Aristóteles) informan que Mirtó, nieta de Aristides por parte de madre, estuvo casada con Sócrates, el sabio, quien, aunque tenía otra mujer, tomó a ésta, que se
4 mantenía viuda por su pobreza y carecía de lo necesario[90]. Pero a estos autores se ha opuesto apropiadamente Panecio en sus obras sobre Sócrates. El de Falero, en el *Sócrates*, dice que recuerda a un Lisímaco, nieto de Aristides por vía materna, hombre muy pobre, que se ganaba la vida con una tablilla para la interpretación de sueños, sentado junto al tem-
5 plo de Yaco[91]. Tras presentar Demetrio un decreto a favor de la madre y de la hermana de ésta, convenció al pueblo para que diera una pensión alimenticia de tres óbolos diarios. El propio Demetrio afirma que, como legislador[92], fijó una dracma, en lugar de los tres óbolos, para cada una de estas
6 mujeres. Y no hay que admirarse de que el pueblo se preocupara así de sus conciudadanos, puesto que, al enterarse de que una nieta de Aristogitón[93] vivía modestamente en Lemnos, falta de marido por su pobreza, la llevaron de vuel-

[89] Los vencedores en Olimpia («olimpiónicos») eran mantenidos a expensas públicas en el Pritaneo.

[90] Sobre esta pretendida bigamia de Sócrates cf. DIÓGENES LAERCIO, II 5, 10; y ATENEO, XIII 555d.

[91] Tenemos noticia sobre estos interpretadores de sueños, que se sentaban a la entrada del templo de Yaco (Baco), en ALCIFRÓN, *Cartas* III 23, quien fija en dos dracmas el precio de la consulta, aunque ARISTÓFANES, *Avispas* 52-3, lo rebaja a dos óbolos.

[92] Durante su etapa como gobernador de Atenas, (cf. n. 1).

[93] Conocido, junto con Harmodio, como los «tiranicidas», por haber matado al tirano ateniense Hiparco en el año 514 a. C.; celebrado como liberador había una estatua suya en el ágora de Atenas.

ta a Atenas y, tras casarla con un hombre de buena familia, le 7
dieron como dote un terreno en Pótamo. Por mostrar incluso en nuestros días muchos ejemplos de esta humanidad y misericordia, la ciudad es, con justicia, admirada y envidiada.

MARCO CATÓN

Afirman que la familia de Marco Catón procedía de 1
Túsculo, pero que tenía su residencia y medios de vida, antes de su carrera militar y política, en unos campos heredados de sus antepasados en territorio de los sabinos. Parece que sus antepasados fueron totalmente desconocidos, aunque el propio Catón alaba a su padre Marco como hombre bueno y experto militar, y afirma que su bisabuelo Catón obtuvo muchas veces premios al valor y que, al haber perdido cinco caballos de guerra en los combates, cobró su precio del dinero público debido a su bravura. Los romanos acostumbran a llamar hombres 2
nuevos a quienes, sin tener fama por su familia, empiezan a ser conocidos por sí mismos, y así también llamaban a Catón, aunque él decía que era nuevo para el mando y la fama, pero muy antiguo por las hazañas y virtudes de sus antepasados. Al prin- 3
cipio tenía como tercer nombre no Catón, sino Prisco, pero después tuvo el sobrenombre de Catón por su capacidad; pues los romanos llaman *catus* al hombre experimentado[1].

[1] Plutarco se equivoca aquí: el tercer nombre de Catón *(cognomen)* nunca cambió, ya que su bisabuelo paterno ya se llamaba *Cato*. El *cognomen* Prisco no aparece en la familia Porcia; el propio Plutarco le llama a veces Prisco para diferenciarlo de Catón el Joven. VARRÓN (*La lengua latina* VII 46) dice que el adjetivo *catus*, en lengua sabina, es equivalente al latín *acutus*.

4 En su apariencia física era pelirrojo y de ojos claros, como muestra el que hizo el epigrama no con benevolencia:

Al pelirrojo, al siempre presto a morder, al de los ojos claros,
a Porcio, ni muerto acepta Perséfone en el Hades[2].

5 Y la constitución de su cuerpo, criado desde el principio en el trabajo manual, en una moderada manera de vivir y en las campañas militares, la tenía muy útil, conformada por igual para la fuerza y para la salud. En cuanto a la elocuencia, la preparaba como un segundo cuerpo y como un hermoso instrumento casi imprescindible para un hombre que iba a vivir no de manera humilde ni inactiva, y la ejercitaba en las aldeas y poblados vecinos, defendiendo siempre a quienes lo solicitaban, y al principio se le tenía por un animoso litigante, luego también por un orador capaz[3].

6 A partir de eso se hacía evidente a quienes más lo trataban una seriedad y sensatez en su carácter que requería asuntos im-
7 portantes y un liderazgo político. Porque, según parece, no sólo se mostraba libre de recibir dinero por los juicios y pleitos, sino que ni siquiera se le veía que deseara como lo más importante la fama de tales pleitos, prefiriendo mucho más ser estimado en las batallas contra los enemigos y en las campañas militares; tenía, cuando era aún un muchacho, el cuerpo lleno
8 de heridas recibidas de frente. Porque él mismo cuenta que tenía diecisiete años cuando hizo su primera campaña militar en la época en la que Aníbal, con éxito, incendiaba Italia[4]. En los

[2] Epigrama de autor desconocido que sugiere que el aspecto y carácter de Catón eran los de un animal.

[3] Tito Livio, XXXIX 40, 4-12, ha dejado un retrato del personaje en el que destaca lo áspero de su carácter y su fortaleza física casi de hierro *(ferrei prope corporis animique)*.

[4] Catón, nacido en el año 234 a. C., había obtenido su primera condecoración militar en el 217 a. C., año de la batalla de Trasimeno (Nepote, *Catón* 1, 2).

combates se ofrecía con mano agresiva, pero con pie firme y sólido, y orgulloso en el rostro. Utilizaba ante los enemigos amenaza de palabra y aspereza de voz, pensando con razón y demostrando que muchas veces cosas así espantan a los contrarios más que la espada. Durante las marchas él iba a pie, 9
llevando sus armas, y un único criado le seguía, transportando sus víveres; se dice que con éste jamás se enfadó ni le reprendió cuando le servía el almuerzo o la comida, sino que incluso él mismo ayudaba la mayoría de las veces y la preparaba con él cuando terminaba las tareas militares. En las 10
campañas bebía agua, excepto, cuando por estar muy sediento, pedía vinagre[5], o, al fallarle las fuerzas, tomaba un poco de vino flojo.

Cerca de sus campos estaba la granja propiedad de Manio 2
Curio, quien había celebrado tres veces el triunfo[6]. A ella iba caminando con frecuencia y, al ver el pequeño tamaño del terreno y la sencillez de la residencia, comprendía el talento del hombre que, tras llegar a ser el más grande de los romanos, el que había sometido a los pueblos más belicosos, y el que había expulsado a Pirro de Italia[7], labraba personalmente este terrenito y vivía en esta granja después de tres triunfos. Allí, sentado junto al hogar para cocer nabos lo en- 2
contraron los embajadores sabinos y le ofrecieron mucho

[5] Agua con vinagre era la bebida habitual del soldado romano (llamada en latín *posca*), la misma que, empapada en una esponja, ofrecieron a Cristo en la cruz (*Evangelio* de *San Lucas* 23, 26).

[6] Manio Curio Dentato, cónsul en 290, 275 y 274 a. C., celebró su triunfo sobre samnitas y sabinos en el año 290 y sobre Pirro en 275.

[7] Pirro, rey de Epiro y primo de Alejandro Magno, tras hacerse con el trono de Macedonia en el año 287, fue invitado por los tarentinos para que los ayudara contra Roma en el 281. En el año 280 derrotó al cónsul Levino en Heraclea, con tan enormes pérdidas que, a partir de entonces, se acuñó la frase «victoria pírrica». Derrotado definitivamente en Malvento en el 275 por el cónsul M. Curio Dentato, abandonó Italia.

oro. Pero él los despachó tras decir que ningún oro le hacía fal-
ta a quien se conformaba con semejante comida, y que para él
3 era más hermoso que tener oro vencer a quienes lo tenían[8].
Catón volvió a casa meditando esto, y al pasar revista de nue-
vo a su casa, campos, sirvientes y modo de vida, aumentó en
intensidad el trabajo manual y cortó el despilfarro.

Cuando Fabio Máximo[9] tomó la ciudad de Tarento,
ocurrió que Catón servía en el ejército bajo sus órdenes a una
edad muy temprana; trabó relación de amistad con Nearco, un
4 pitagórico, y se aplicó a participar de sus enseñanzas[10]. Tras
escuchar a este hombre dialogar sobre lo que había tratado
también Platón, llamar al placer el mayor cebo del mal, al
cuerpo la primera desgracia para el alma, y liberación y puri-
ficación a las reflexiones con las que más se separa y se aleja
al alma de los sufrimientos del cuerpo, aún más amó la senci-
5 llez y la moderación[11]. Además, se dice que estudió tarde la
cultura griega y que, cuando ya muy viejo tomó en sus manos
libros griegos, utilizó para su oratoria un poco a Tucídides, y
6 más a Demóstenes[12]. Realmente sus discursos escritos están
bastante adornados con opiniones y relatos griegos, y hay mu-
chas traducciones literales en sus preceptos y sentencias[13].

[8] Catón dice lo mismo en CICERÓN, *Sobre la vejez* 16, 55.

[9] Fabio Máximo Verrucoso Cunctátor fue cónsul en los años 228, 215, 214 y 209 a. C. y dictador entre 221 y 219 a. C.

[10] Fabio Máximo recuperó Tarento en el año 209 a. C., cuando Catón tenía veinticinco años. La presencia de Catón junto a Fabio fue posiblemente inventada por CICERÓN (*Sobre la vejez* 4, 10; 12, 39) para propiciar el encuentro con el filósofo Nearco, del que sólo se conoce este testimonio de Cicerón que Plutarco toma de él.

[11] Cf. PLATÓN, *Timeo* 69d y CICERÓN, *Sobre la vejez* 13, 44.

[12] CICERÓN, *Sobre la vejez* 8, 2: «*litteras Graecas senex didici*»; cf. 12, 5.

[13] Cf. CICERÓN, *Sobre los deberes* 1, 29, dice que Catón compuso dos colecciones de preceptos, *Apophthégmata*; es la fuente que Plutarco utiliza en los capítulos 8 y 9. Muchas de ellas las repite Plutarco en sus *Obras morales y de costumbres* 198 D-199 F.

Había un patricio entre los más importantes romanos, y 3
persona influyente, ducho en ver un valor en ciernes, y bien
dispuesto a formarlo y conducirlo hacia la fama, Valerio
Flaco[14]. Éste tenía unos terrenos lindantes con los de Catón, 2
y tras enterarse por sus servidores de su trabajo manual y de
su modo de vida y maravillarse cuando le contaban que por
la mañana iba a pie al foro y atendía a quienes le requerían,
y que regresaba a su campo, en invierno llevando una blusa
de trabajo, y, en verano, desnudo, y que, después de trabajar
con sus servidores, comía el mismo pan, sentándose con
ellos, y bebía el mismo vino, y cuando mencionaban su otra
mucha moderación y templanza, así como algunos de sus di-
chos sentenciosos, ordenó que fuera invitado a comer. A par- 3
tir de entonces lo trataba y, al observar su manera de ser
pacífica y agradable, que necesitaba, como una planta, cul-
tivo y terreno propicio, lo impulsó y alentó a dedicarse a la
política en Roma. Así, cuando Catón bajó a Roma, pronto ad-
quirió por sí mismo admiradores y amigos debido a sus de-
fensas judiciales, y, al proporcionarle Valerio prestigio e
influencia, obtuvo primero el cargo de tribuno militar, y lue-
go fue cuestor[15]. Desde ese momento, ya ilustre y conocido, 4
concurrió con el mismo Valerio a las máximas magistraturas,
y con aquél llegó a ser cónsul, y, a continuación, censor.

Y de entre los ciudadanos de más edad se relacionó con
Fabio Máximo, que tenía enorme prestigio y la mayor in-
fluencia, pero, sobre todo, prefiriendo su manera de ser y su
vida como los más hermosos ejemplos. Por eso también no 5
le importó hacerse rival del gran Escipión que, aunque joven
entonces, se enfrentaba a la influencia de Fabio y daba la im-
presión de envidiarle; por el contrario, cuando fue enviado

[14] Lucio Valerio Flaco, colega de Catón en el consulado el año 195 a. C. y en la censura el 184 a. C. (cf. 3, 4; 10, 1, y 16, 7).

[15] NEPOTE, *Catón* 1, 1.

con él como cuestor a la guerra de África[16], tan pronto como vio que el hombre practicaba su acostumbrado despilfarro y que gastaba dinero despreocupadamente con el ejército, le hablaba con toda libertad, diciendo que lo más importante no era el gasto, sino que corrompía la frugalidad tradicional de los soldados al dedicarse ellos a unos placeres y lujos que so-
6 brepasaban su necesidad. Y al responder Escipión que para nada necesitaba un cuestor muy severo, cuando dirigía la guerra con las velas desplegadas, porque debía dar razón a la ciudad de sus acciones y no de sus gastos, Catón se fue de Sicilia y, junto con Fabio, proclamando a gritos en el senado la incontable corrupción de Escipión y sus pueriles pérdidas de tiempo en palestras y teatros, como si estuviera no en una campaña, sino celebrando una fiesta, consiguió que fueran enviados tribunos de la plebe junto a él, para conducirle a
7 Roma si las acusaciones parecían ciertas[17]. En todo caso Escipión, tras poner a la vista la victoria en la preparación de la guerra y mostrar que era amable cuando se reunía con los amigos en el tiempo libre, pero en absoluto negligente para lo serio e importante por lo desprendido de su género de vida, zarpó a la guerra.

4 Y aumentó mucho la influencia de Catón por su elocuencia, y la mayoría le llamaba el Demóstenes romano[18], pero su
2 modo de vivir le hizo más renombrado y famoso. Porque la habilidad en el hablar ofrecía ya a los jóvenes una rivalidad común y muy solicitada, pero uno que aguantase el trabajo

[16] En el año 204 a. C. Publio Cornelio Escipión fue a Sicilia para preparar su desembarco en África. Sobre las relaciones entre Escipión y Catón, NEPOTE, *Catón* 1, 3.

[17] Según TITO LIVIO, XXIX 19, 25, Catón no se fue de Sicilia, sino que Q. Metelo obtuvo del senado el envío de una comisión de control sobre Escipión.

[18] APIANO, *Iberia* 39.

manual tradicional, que buscase una comida sencilla, un
desayuno frío, una vestidura simple y una vivienda plebeya
y que admirase el no necesitar lo superfluo más que el pose-
erlo, era raro; ya entonces la república, por su tamaño, no
conservaba la pureza, sino que, al gobernar muchos asuntos
y hombres, había mezclado muchas costumbres y aceptado
ejemplos de todo tipo de maneras de vivir. Lógicamente, por 3
tanto, admiraban a Catón cuando veían a los demás debilita-
dos por los trabajos y ablandados por los placeres, y a aquél,
en cambio, no vencido por ninguno de los dos, no sólo mien-
tras era aún joven y ambicioso, sino anciano y ya canoso tras
el consulado y el triunfo, como un atleta victorioso que se
mantiene firme en la serie de entrenamiento y aguanta hasta
el final. En cuanto a vestido, sostenía que nunca había usado 4
uno más caro de cien dracmas, que bebía el mismo vino que
sus trabajadores, incluso cuando era pretor y cónsul, y que se
proveía de carne y pescado para la comida en el mercado por
treinta ases[19], y eso a causa de la ciudad, para fortalecer su
cuerpo con vistas a las campañas militares. Al haber adquiri-
do por herencia un cobertor bordado de Babilonia[20], pronto 5
lo vendió, ninguna de sus granjas estuvo jamás revocada con
cal, y nunca compró un esclavo por más de mil quinientas
dracmas, porque no los necesitaba delicados ni hermosos, si-
no trabajadores y robustos, como palafreneros y boyeros; y
pensaba que era preciso venderlos cuando se hacían viejos
y no alimentar inútiles[21]. En una palabra, que nada de lo su- 6

[19] El denario romano equivalía a la dracma ática, y el as a una décima parte.

[20] La anécdota del tapiz de Babilonia parece que corresponde más a Catón el Menor, unido a la rica familia de los Livios Drusos; PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural* VIII 196, cuenta que Metelo Escipión acusó a Catón de haber vendido tapices babilónicos por 800.000 sestercios.

[21] El propio Catón, en *Sobre la agricultura* 2, 7 recomienda esta práctica cruel, que a continuación le reprocha Plutarco.

perfluo es barato, sino que ha de considerarse caro aquello que no se necesita, aunque se haya comprado por un as; y que hay que adquirir campos de siembra y de pasto mejor que los que hay que regar y barrer.

5 Unos atribuían esto a la mezquindad del hombre, otros en cambio admitían que economizaba en sí mismo más estrictamente con vistas a la corrección y moderación de los demás. Pero echar y vender a los criados como a bestias de carga tras haberlos utilizado hasta la vejez, yo, al menos, lo atribuyo a un carácter excesivamente duro y que cree que no existe en-
2 tre hombre y hombre más relación que el interés. Por eso vemos que la bondad abarca un espacio más amplio que la justicia; porque estamos por naturaleza inclinados a servirnos de la ley y la justicia sólo con los hombres, pero respecto a la buena conducta y los favores hay ocasiones en que, incluso con los animales irracionales, fluyen de un carácter dulce como de una fuente abundante[22]. Porque es propio del hombre bueno alimentar a los caballos impedidos por la edad y a los perros, no sólo cuando son cachorritos, sino cuando necesitan cuidados por su vejez.

3 El pueblo ateniense, cuando construía el Hecatómpedon[23], dejó libres a cuantas mulas supo que se habían mantenido más firmes en los trabajos, para que pastaran libres y sueltas; una de ellas, cuentan, bajando por sí misma a las obras, corría al lado de las acémilas que conducían los carros

[22] De manera indirecta Plutarco aquí sugiere una inferioridad de Catón con respecto a Aristides.

[23] Hecatómpedon, el templo de «cien pies» de longitud; esto es lo que dice literalmente Plutarco, aunque en *Pericles* 13, 7 habla del Hecatómpedon Partenón; por tanto se refiere al Partenón, y no al templo anterior, destruido por los persas en el año 480 a. C., cuando aún no estaba terminado, que también estaba dedicado a Atenea, y al que se conoce generalmente como Hecatómpedon.

hacia la acrópolis, e iba delante como animando y empujan-
do al mismo tiempo; por ello votaron por decreto que ésta
fuera alimentada con fondos públicos hasta su muerte[24]. Y 4
las tumbas de los caballos de Cimón[25], con los que venció
tres veces en Olimpia, están próximas a su monumento fune-
rario. Así hicieron otros muchos con perros criados en casa y
como de la familia, entre ellos Jantipo el Viejo[26], que dio se-
pultura en los promontorios que hasta ahora llaman Túmulo
del Perro al que nadó junto a su trirreme hacia Salamina,
cuando el pueblo abandonó la ciudad.

Porque no hay que servirse de los seres vivos como de za- 5
patos o vestidos, desechándolos cuando están rotos y ajados
por el uso, sino que hay que acostumbrar a uno mismo a ser
con ellos manso y amable, si no por otra razón, por la prácti-
ca de lo humano. Yo, desde luego, no vendería a un buey de 6
labor por su vejez, ni mucho menos a un hombre anciano,
apartado de su lugar de crianza y de su modo de vida habi-
tual a cambio de unas pequeñas monedillas, y que será, ade-
más, tan inútil para los compradores como para los que lo
venden. Pero Catón, del mismo modo que si se comportara 7
como un jovenzuelo en esto, afirma que abandonó en Iberia
incluso al caballo que utilizó en las campañas mientras era
cónsul, para que el precio de su pasaje no se le incluyera a la
ciudad. Si esto ha de atribuirse a magnanimidad o a mezquin-
dad, es posible utilizar argumentos para convencer.

En otros aspectos de su moderación el hombre era ex- 6
traordinariamente admirable, quien, cuando era general, to-

[24] La anécdota, seguramente falsa, muestra la admiración de Plutarco por la generosidad y bondad de los atenienses.

[25] Cimón, padre de Milcíades y abuelo del Cimón cuya biografía también escribió Plutarco. (Cf. HERÓDOTO, VI 103).

[26] Jantipo el Viejo, padre de Pericles; la misma anécdota aparece en *Temístocles* 10, 10.

maba para sí y los suyos no más de tres medimnos áticos de trigo por mes, y diariamente, para los animales de carga, me-
2 nos de medimno y medio de cebada[27]. Tras recibir como provincia Cerdeña[28], mientras que los pretores anteriores a él acostumbraban a utilizar habitaciones, lechos y vestidos pagados con fondos públicos, gravando además con mucho servicio y multitud de amigos, y con gastos y preparativos para
3 banquetes, aquél hizo increíble la diferencia de economía. Porque jamás pidió al tesoro público para gasto alguno, y visitaba las ciudades caminando, sin carruaje, y le acompañaba un único servidor público que le llevaba la ropa y el vaso
4 de libaciones para el sacrificio. Pero mostrándose en eso bien dispuesto y llano con los que estaban bajo su mando, por otra parte ponía en compensación solemnidad y gravedad, al ser inexorable en los juicios y recto y severo en las órdenes de gobierno, de suerte que nunca para aquéllos fue ni más temible ni más amado el dominio romano[29].

7 La elocuencia del hombre parece que tiene un carácter semejante: porque era al mismo tiempo agradable y temible, suave e impactante, burlona y seria, sentenciosa y polémica, como Platón afirma que Sócrates parecía desde fuera a quienes le trataban vulgar, semejante a un sátiro e insolente[30], pero que, por dentro, estaba lleno de seriedad y de asuntos que provocaban las lágrimas en los oyentes y conmovían su co-
2 razón. Por eso no sé lo que les ha sucedido a los que sostie-

[27] El medimno ático equivalía a 52 litros de cereal. Según Polibio (VI 39, 13), la ración mensual de un soldado de infantería era de dos tercios de un medimno, y la de un jinete, siete medimnos de cebada y dos de trigo.

[28] Como pretor en el año 198 a. C., a los 36 de edad; cf. Tito Livio, XXXII 8, 5.

[29] Cf. Tito Livio, XXXII 27, 3-4.

[30] Recuérdese la comparación que hace Alcibíades de Sócrates con un sileno en Platón, *Banquete* 215a-e.

nen que a la elocuencia de Lisias se parece sobre todo la de
Catón[31]. No obstante, por otra parte, conviene que eso lo juz- 3
guen quienes conocen mejor los procedimientos de la orato-
ria romana; en cambio nosotros escribiremos unos pocos de
los dichos memorables, pues sostenemos que se hace visible
la manera de ser de los hombres mucho más que por el ros-
tro, según algunos opinan, por la palabra[32].

En cierta ocasión, cuando quería disuadir al pueblo roma- 8
no que deseaba inoportunamente raciones de trigo y repartos,
comenzó así sus palabras: «Es difícil, ciudadanos, hablar a
vientres que no tienen oídos». Denunciando el lujo, dijo que 2
era difícil salvar a una ciudad en la que un pez se vendía más
caro que un buey[33]. Dijo que los romanos se parecían a las 3
ovejas, porque aquéllas una por una no obedecen, pero todas
juntas siguen a los que las conducen: «así también vosotros»,
dijo, «individualmente consideráis que no hay que hacer ca-
so a los consejeros, pero, cuando os reunís, os dejáis guiar
por ellos»[34]. Hablando sobre el poder de las mujeres, dijo: 4
«Todos los hombres mandan sobre sus mujeres, nosotros, en
cambio, sobre todos los hombres, pero somos mandados por
nuestras mujeres». Esto está tomado de las sentencias de
Temístocles. Pues éste, al imponerle su voluntad su hijo mu- 5
chas veces por medio de la madre, dijo: «Mujer, los atenien-
ses gobiernan a los griegos; yo, a los atenienses; a mí, tú, y a
ti, tu hijo, de forma que evita su poder gracias al cual, aun-
que no tiene aún juicio, es de los griegos quien tiene la ma-

[31] La comparación entre Catón y Lisias la hace CICERÓN, *Bruto* 16, 63.

[32] Compárese con la descripción que el propio Plutarco hace en *Alejandro* 1, 2-3, en la que compara al biógrafo con el pintor.

[33] Parece ser una variante que hace Plutarco de una frase de Catón recogida en POLIBIO, XXXI 25, 5a, cuando habla de la indignación de Catón ante los jóvenes que prefieren las jarras de salazón a los arados.

[34] Puede verse aquí una huella de ISÓCRATES, *Sobre la paz* 52.

6 yor autoridad».[35] Catón dijo que el pueblo romano señalaba los precios no sólo a las púrpuras, sino también a las costumbres. «Pues como los tintoreros», dijo, «tiñen con más frecuencia ese que ven que gusta, así los jóvenes aprenden y buscan esas cosas a las que acompaña elogio por vuestra
7 parte». Les aconsejaba que, si habían llegado a ser grandes por la virtud y la templanza, no cambiaran a peor, y si por la incontinencia y la maldad, que cambiaran a mejor; porque ya se habían hecho grandes gracias a aquéllas. En cuan-
8 to a los que aspiraban muchas veces a ejercer magistraturas dijo que, como si no conocieran el camino, siempre procuraban caminar con lictores, para no perderse. Reprochaba a los ciudadanos que eligieran con frecuencia a los mismos
9 como magistrados. «Pues parece», dijo, «que pensáis que ejercer magistraturas no vale mucho, o que no hay muchos
10 dignos de ejercer magistraturas». Al parecerle que uno de sus enemigos llevaba una vida vergonzosa y despreciable, dijo: «Su madre cree que es una maldición, no un ruego, de-
11 jar a éste sobre la tierra». Señalando a uno que había vendido los campos heredados situados junto al mar, fingía admirarse de que fuera más fuerte que el mar y decía: «Porque lo que el mar apenas cubría, éste se lo ha bebido
12 fácilmente». Cuando el rey Éumenes estuvo de paso en Roma, el senado lo acogió extraordinariamente y se produjo en torno a él una rivalidad y porfía de los primeros ciudadanos, fue evidente que Catón lo miraba con desconfianza y
13 prevención[36]. Y, cuando uno le dijo, «Pero, no obstante, es un

[35] Cf. lo afirmado en 2, 6, sobre el origen griego de muchas máximas y anécdotas de Catón.

[36] Éumenes II, rey de Pérgamo, visitó Roma en los años 189 y 172 a. C.; es a esta segunda ocasión a la que aquí se hace referencia, ya que la opinión de Catón sobre el rey puede ser un reflejo de sus simpatías por los rodios, enemigos de Eumenes, a los que Catón defendió en un discurso pronunciado en 167 a. C.

hombre valioso y amigo de los romanos», contestó: «Sea, pe-
ro, por naturaleza, este animal es carnívoro». Y dijo que nin- 14
guno de los reyes más celebrados era digno de compararse
con Epaminondas, Pericles, Temístocles, Manio Curio o
Amílcar, de sobrenombre Barca. Decía que sus enemigos lo 15
aborrecían porque cada día se levantaba de noche y, descui-
dando sus asuntos particulares, se ocupaba de los públicos.
Y añadía que prefería verse privado de gratitud por obrar 16
bien a no ser castigado por hacerlo mal. Y dijo que disculpa- 17
ba a todos los que cometían errores, excepto a él mismo.

Habiendo elegido los romanos tres embajadores para 9
Bitinia, de los cuales uno era gotoso, otro tenía la cabeza
hundida por una trepanación y corte, y el tercero daba la im-
presión de ser tonto, Catón, burlándose, dijo que había sido
enviada por los romanos una embajada que no tenía pies, ni
cabeza, ni corazón[37]. Cuando Escipión, a instancias de 2
Polibio, solicitó que se intercediera en favor de los desterra-
dos aqueos[38], se produjo una larga discusión en el senado,
concediendo unos su regreso, y oponiéndose otros. Entonces
Catón se levantó y dijo: «¡Como si no tuviéramos otra cosa
que hacer! Estamos en asamblea todo el día, investigando so-
bre si unos viejecitos griegos[39] van a ser enterrados por se-
pultureros nuestros o por los de Acaya». Tras ser aprobado 3

[37] Esta embajada fue enviada el año 169 a. C. para mediar entre el rey Prusias II de Bitinia y su hijo Nicomedes, apoyado por Átalo II de Pérgamo en su intento de deponer a su padre. La palabra «corazón» *(kardían)* traduce el latín *cor*, que se consideraba el lugar en el que se asentaba la inteligencia.

[38] Más de mil aqueos, entre ellos el historiador Polibio, fueron deportados a Italia tras la batalla de Pidna (año 168 a. C.), de los que sólo quedaban unos trescientos en el año 151.

[39] Plutarco escribe aquí *Graicón*, siguiendo al latín, en lugar de *Hellénon*.

por votación el regreso de los hombres, Polibio dejó pasar
unos pocos días e intentaba de nuevo comparecer ante el se-
nado, para que los desterrados pudieran recobrar los honores
que antes tenían en Acaya, y trataba de conocer la opinión de
Catón. Y él sonriendo dijo que Polibio, como Odiseo, quería
entrar de nuevo en la cueva del Cíclope, al haberse olvidado
4 allí el gorro y el cinturón. Decía que los juiciosos sacaban
más provecho de los insensatos que los insensatos de los jui-
ciosos, porque éstos se guardaban de los errores de aquéllos,
5 pero aquéllos no imitaban los aciertos de éstos. De los jóve-
nes decía que le gustaban más los que se ponían colorados
que los que palidecían, y que no necesitaba a un soldado que
moviera las manos al caminar y los pies al luchar, y que ron-
6 cara más fuerte que al lanzar el grito de guerra. Regañando a
un hombre muy gordo dijo: «¿Cómo podría ser útil a la pa-
tria un cuerpo así, cuyo espacio entre el cuello y las ingles es-
7 tá todo ocupado por el vientre?»[40]. A un amigo del placer que
quería tener trato con él, apartándose le dijo que no podía vi-
8 vir con un hombre que tenía el paladar más sensible que el
9 corazón. Del que estaba enamorado decía que su alma vivía en
un cuerpo ajeno. Y que él se arrepentía en toda su vida de tres
cosas: una, haber confiado a su mujer un secreto; otra, haber
navegado cuando podía haber ido a pie, y la tercera, que pa-
10 só todo un día indispuesto[41]. A un anciano que obraba mal le
dijo: «Hombre, ya que la vejez tiene muchas desgracias, no
11 le añadas la vergüenza de la maldad». A un tribuno, incurso

[40] Según Aulo Gelio, *Noches áticas* VII 22 y XVII 2, Catón, durante su censura, excluyó del censo de los caballeros a un cierto L. Velurio por inmoralidad y porque su obesidad le impedía participar en tareas militares.

[41] Creemos que tiene razón Flacerière (*op. cit.* pág. 223) cuando sugiere que el término *adiáthetos* debe traducirse como “indispuesto”, significado que tiene en el griego actual, en lugar de “sin testar”, que es el suyo habitual en clásico. Las objeciones de Sansone (*op. cit.* pág. 212) no parecen convincentes.

en una calumnia por envenenamiento, que proponía una mala
ley y presionaba con violencia, dijo: «Jovencito, no sé qué es
peor, si beber lo que preparas o ratificar lo que propones por 12
escrito». Insultado por un hombre que había vivido con desenfreno y maldad, dijo: «Desigual es para mí la disputa contigo; porque escuchas sin inmutarte los insultos y los dices con soltura, pero para mí decirlos es insufrible y escucharlos una rareza». En resumen, tal es el tenor de sus dichos memorables.

Designado cónsul con su amigo y confidente Valerio Fla- 10
co, eligió como provincia la que los romanos llaman Hispania Citerior[42]. Allí, mientras sometía algunos pueblos y ganaba otros por medio del diálogo, le cayó encima un numeroso ejército de bárbaros, y hubo riesgo de que fuera vergonzosamente sometido por la fuerza; por eso pidió la
alianza de los cercanos celtíberos. Y al pedir ellos doscientos 2
talentos como pago de la ayuda, mientras todos los demás consideraban intolerable que los romanos acordaran con los bárbaros un pago por su ayuda, Catón, sin embargo, dijo que no era nada indigno, porque, en caso de vencer, pagarían con lo de los enemigos, no con lo suyo, y, vencidos, no habría ni
deudores ni acreedores[43]. Esta batalla la venció con autori- 3
dad y progresó en las otras con brillantez. Al menos Polibio

[42] El consulado de Catón y Valerio Flaco fue el año 195 a. C. Según Tito Livio (XXXIII 43, 1-4), el senado decidió que, ante la magnitud de la guerra en España por la sublevación de los turdetanos, uno de los cónsules se hiciera cargo de la Hispania Citerior con dos legiones, 15.000 aliados, 800 jinetes y 20 barcos. Catón, pues, se hizo cargo de Hispania y V. Flaco recibió Italia como provincia.

[43] Los celtíberos eran una tribu de origen celta que servían como mercenarios en la guerra contra Roma. Tito Livio (XXXIV 19, 4) cuenta, con más pormenor que Plutarco, que Catón les dio a elegir entre tres opciones: pasarse a los romanos recibiendo el doble de la paga que habían pactado con los turdetanos, marcharse en paz a sus casas sin temor a represalias o fijar el día y lugar para una batalla decisiva.

afirma que, por orden suya, fueron derribadas en un solo día las murallas de las ciudades a este lado del río Betis[44]; y que éstas eran muchísimas y repletas de hombres belicosos. El propio Catón afirma que conquistó más ciudades que días pasó en Iberia. Y esto no es jactancia, si es verdad que su número era de cuatrocientas[45].

4 A los soldados, que ya habían sacado provecho en la campaña, les repartió, además, una libra de plata por hombre[46], tras decir que sería mejor que muchos romanos volvieran con plata a que unos pocos lo hicieran con oro; en cuanto a él, decía que nada le llegó de lo capturado, excepto lo que había
5 bebido y comido. «Y no censuro», afirmaba, «a los que buscan sacar provecho de eso, sino que prefiero disputar en virtud con los mejores a hacerlo en riqueza con los muy ricos,
6 o con los muy codiciosos en codicia». Y no sólo a él, sino también a los de su entorno preservaba puros de toda ganancia. Le acompañaban cinco servidores durante la campaña. Uno de ellos, llamado Paccio, compró tres muchachos de entre los prisioneros; pero, cuando se enteró Catón, antes de ponerse ante su vista, se ahorcó. Y Catón volvió a vender a los muchachos y reintegró el precio al tesoro público.

[44] Plutarco sigue a POLIBIO (XIX 1) que habla del río Betis (Guadalquivir), pero APIANO (*Iberia* 41) y LIVIO (XXXIV 17, 11) se refieren al río Ebro, con razón, ya que la campaña se desarrolló al NO de la Península, en territorio de los bergistanos, cuya capital, Berga, se encontraba no lejos de Barcelona.

[45] Catón debía de hablar de ello en sus *Orígenes*; el "si es verdad" (*eíper*) de Plutarco le parece a FLACELIÈRE (*op. cit.* pág. 85, n. 3) una reserva del autor que, en 14, 2, reconoce la tendencia de Catón a autoalabarse sin medida.

[46] Según TITO LIVIO (XXXIV 46, 3) Catón dio a cada soldado 270 ases de bronce y el triple a cada jinete. El botín de la campaña, que Catón llevó en su desfile triunfal del año 194 a. C. ascendió, también según LIVIO (XXXIV 46, 2), a 25.000 libras de plata en bruto, 123.000 de plata acuñadas con la *biga*, 540.000 de plata oscense y 1.400 libras de oro.

Mientras aún permanecía en Iberia, Escipión el grande, 11
que era enemigo suyo, quería oponerse a su éxito y recibir
los asuntos de Iberia, logró ser designado sucesor de aquella
provincia. Y apresurándose cuanto le fue posible, hizo cesar
el mando de Catón[47]. Pero éste, tras llevar como escolta cin- 2
co cohortes de infantería y quinientos jinetes, sometió al pue-
blo de los lacetanos[48], y, al recoger seiscientos desertores, los
hizo matar. A Escipión, que se quejaba por esto, le dijo ha- 3
blando con ironía que así Roma sería más grande, si los fa-
mosos y poderosos no cedían los primeros puestos del valor
a los más desconocidos, y, a su vez, los plebeyos como él
competían en valor con quienes eran los primeros por linaje
y fama. Y no obstante el senado decretó que ni se cambiara 4
ni se alterara lo dispuesto por Catón, y el mando de Escipión,
estorbando más su propia reputación que la de Catón, transcurrió inútilmente en la inacción y en el ocio; Catón, en cambio, tras obtener el triunfo, no aflojó ni puso fin a la virtud, como hace la mayoría de los que compiten no por la virtud, sino por la fama, y cuando han llegado a los más elevados honores y obtenido consulados y triunfos, preparados ya durante el resto de su vida para el placer y el ocio, se apartan de los asuntos públicos; Catón al contrario, igual que los que tocan por vez primera la política y tienen sed de honor y fama, esforzándose desde otro comienzo se ofrecía a servir a amigos y ciudadanos, sin rehusar ni las defensas judiciales ni las campañas militares.

[47] Las fuentes no coinciden en este hecho. Tito Livio, XXXIV 43, informa que Publio Escipión Africano, cónsul por segunda vez en el año 194 a. C., recibió Italia como provincia junto con su colega Tiberio Sempronio Longo y que fue el pretor Sexto Digicio quien obtuvo la Hispania Citerior. Es posible que el error de Plutarco venga motivado, aparte de por destacar la rivalidad entre Escipión y Catón, por el hecho de que Publio Cornelio Escipión Nasica obtuvo la Hispania Ulterior, y Plutarco confundiera nombres y provincias.

[48] Los lacetanos vivían entre los Pirineos y Tarragona.

12 Y así colaboró con el cónsul Tiberio Sempronio como legado en lugares de Tracia y del Danubio[49], y como tribuno militar fue junto a Manio Acilio a Grecia contra Antíoco el Grande[50], que inspiraba miedo a los romanos más que ningún otro después
2 de Aníbal. Pues faltó poco para que ganara de nuevo toda Asia, cuanta tenía Seleuco Nicátor[51], y al hacer súbditos a muchísimos y belicosos pueblos bárbaros, se veía impulsado a caer sobre los romanos, como si fueran los únicos dignos combatir con él. Tras
3 poner como motivo simulado el liberar a los griegos, que nada necesitaban, ya que recientemente habían quedado libres e independientes de Filipo y los macedonios gracias a los romanos[52], pasó con un ejército. Y de inmediato Grecia estaba agitada y había expectación, alterada por los demagogos por las esperanzas puestas en el rey. Manio enviaba embajadas a las ciudades. Y a
4 la mayoría de los que tramaban sublevarse los contuvo Tito Flaminino sin ruido, y los mantenía tranquilos, como está escrito en la biografía de aquél, mientras que Catón ponía de su lado a los habitantes de Corinto, Patras e incluso Egion[53].

[49] Parece que aquí hay una confusión de Plutarco o de su fuente, ya que, como se ha dicho (cf. n. 46), el cónsul Tiberio Sempronio Longo obtuvo, como su colega Escipión, Italia como provincia. La realidad es que este cónsul se enfrentó con una invasión de los boyos, un pueblo asentado cerca del Danubio, en Panonia (no en Tracia). Tito Livio (XXXIV 46-47), que cuenta por extenso esta campaña, no menciona a Catón en ella.

[50] Antíoco III el Grande gobernó el reino seleúcida en Asia desde el año 223 a. C. hasta su muerte en el 187.

[51] Seleuco Nicátor, general de Alejandro Magno, fue el fundador de la dinastía siria (312-280 a. C.). Sobre su apodo, cf. *Arístides* 6, 2.

[52] Tras la derrota definitiva de Filipo V de Macedonia en Cinoscéfalas, Grecia fue declarada libre por Flaminino en los Juegos Ístmicos del año 196 a. C. (cf. *Flaminino* 15, 1, Tito Livio, XXXIII 32).

[53] Según Tito Livio XXXVI 50, fue Flaminino y no Catón quien mantuvo a los aqueos fieles a los romanos. La referencia que hace Plutarco a su biografía de Flaminino ha hecho pensar si las Vidas de *Filopemén-Flaminino* son anteriores a las de *Arístides-Catón*, o si fue añadida con posterioridad a la publicación original, por Plutarco u otro.

Pero la mayor parte del tiempo la pasó en Atenas. Y se di- 5
ce que corre un discurso suyo, que pronunció en griego ante
el pueblo, de que admiraba la virtud de los antiguos atenien-
ses, y que con gusto había sido espectador de la ciudad por
su hermosura y grandeza. Pero eso no es cierto, sino que tra-
tó con los atenienses a través de un intérprete, aunque era ca-
paz de hablar personalmente, y que permanecía fiel a sus
costumbres patrias, riéndose de los que admiraban las grie-
gas[54]. Por cierto que se burló de Postumio Albino quien es- 6
cribió una historia en griego y solicitaba indulgencia,
diciendo que había que concederle la indulgencia si empren-
dió su obra obligado por un decreto de los anfictiones[55]. 7
Afirma que los atenienses admiraron la rapidez e intensidad
de su lenguaje. Porque lo que él exponía con brevedad lo re-
fería el intérprete prolijamente y con muchas palabras; y que
todos pensaban que a los griegos les salían las palabras de los
labios, y a los romanos, en cambio, del corazón.

Cuando Antíoco, tras cerrar los desfiladeros de las 13
Termópilas con el ejército y aplicar empalizadas y fortificaciones a las defensas naturales del lugar, se mantenía quieto creyendo que había alejado la guerra, y los romanos desesperaban completamente de forzar por el frente, Catón, sin em-

[54] Parece difícil que Catón fuera a Atenas antes de la batalla de las Termópilas, ya que Antíoco cierra precisamente este paso porque espera a los romanos que vienen desde el norte. Por otra parte, tiene razón Plutarco al dudar de este supuesto discurso en griego de Catón. Aparte del explícito testimonio de Cicerón (cf. n. 11) de que Catón aprendió griego en su vejez, Tito Livio (XLV 8, 6) destaca como algo poco frecuente el hecho de que Paulo Emilio hablase en griego a Perseo, y Valerio Máximo (II 2, 2) indica que la práctica normal era que los oficiales romanos usaran intérpretes.

[55] La Anfictionía a la que aquí se hace referencia es la de Delfos, que agrupaba doce pueblos del norte y centro de Grecia en torno al santuario de Apolo, para asegurar la integridad del mismo y proteger el culto. Aunque sin actividad en la época de Catón, representaba para él la autoridad suprema.

bargo, al traer a su memoria aquel cerco y envolvimiento per-
2 sa, partió de noche con una parte del ejército[56]. Después que llegaron arriba, el prisionero que hacía de guía perdió el camino, y, al extraviarse en lugares infranqueables y escarpados, una tremenda angustia y miedo se produjo entre los soldados; al percibir Catón el peligro, ordenó que todos los demás no se movieran y aguardasen, mientras que él tras tomar consigo a un cierto Lucio Malio, hombre experto en caminar por el monte, avanzaba con mucho trabajo y audacia en medio de una noche sin luna y profunda, por olivos silvestres y rocas que alzados producían muchas interrupciones de la visión que era confusa, hasta que después de desembocar en un sendero que, según creían, terminaba abajo sobre el campamento enemigo, pusieron señales en algunas puntas de rocas bien visibles que se levantaban sobre el monte
3 Calídromo. De esta manera volvieron atrás, recogieron el ejército y, avanzando hacia las señales, alcanzaron aquel sendero y reanudaron la marcha, pero, cuando avanzaron un poco, les faltó al interrumpirlo un precipicio. Y de nuevo se produjo incertidumbre y miedo, al no saber ni observar que
4 casualmente habían llegado cerca de los enemigos. Ya brillaba el día y les pareció oír un rumor, y, de inmediato, pudieron observar la empalizada griega y un puesto avanzado bajo lo escarpado. Así, tras apostar allí al ejército, Catón ordenó que se acercaran a él, prescindiendo de los demás, los firmianos[57],

[56] Antíoco quería repetir la maniobra del rey Leónidas ante los persas el año 480 a. C. Pero Catón conocía a Heródoto y pretendía seguir el mismo sendero que el traidor Efialtes indicó a Jerjes (Heródoto, VII 213 ss.). Tito Livio (XXXVI 17, 1) dice simplemente que el cónsul Manio Acilio envió a Catón con dos mil hombres contra los etolios que habían ocupado el monte Calídromo.

[57] Firmio era una colonia de Piceno, junto a la costa, al sur de Ancona. En la batalla de Pidna la *Firmana cohors* tuvo un papel decisivo (Tito Livio, LIV 40, 6).

a los que siempre consideró fieles y valerosos. Cuando co- 5
rrieron y se agruparon a su alrededor, dijo: «Necesito que sea
capturado un enemigo vivo, y saber quiénes son esos que
guardan las posiciones avanzadas, cuál es su número y, de los
demás, cuál es la disposición, emplazamiento y preparación
con la que nos aguardan. Es preciso que esta tarea sea una
captura rápida y audaz, igual que los leones, sin armas, avan-
zan confiados contra los animales cobardes». Tras decir eso 6
Catón, los firmianos se lanzaron inmediatamente como esta-
ban, y corrieron desde lo alto de los montes contra los pues-
tos avanzados; y, al caer inesperadamente, desconcertaron a
todos y los dispersaron, y después de capturar a uno de ellos
con armas, lo entregaron a Catón. Informado por éste de que 7
la fuerza restante estaba situada en los desfiladeros junto al
propio rey, y de que los que guardaban los pasos eran seis-
cientos etolios escogidos, mostró desprecio a la vez por su
corto número y por su negligencia, y con rapidez se echó en-
cima, al son de la trompeta y con el grito de guerra, desen-
vainando la espada el primero. Y éstos, tan pronto como
vieron a los que se les venían encima desde las cumbres,
puestos en fuga hacia el grueso del ejército, llenaron por
completo a todos de confusión[58].

En ese momento también Manio desde abajo presionaba 14
con fuerza contra las fortificaciones y lanzaba su fuerza com-
pacta por los desfiladeros, y Antíoco, herido en la boca por
una piedra, arrancados sus dientes, hizo retroceder el caballo
al sentir un gran dolor, y ninguna parte del ejército resistió a
los romanos, sino que, aunque la fuga era por caminos sin sa-
lida e impracticables y por desvíos, por lo que sufrían caídas
y resbalones en pantanos profundos y rocas escarpadas, se

[58] El relato de TITO LIVIO (XXXVI 18) es un poco diferente, aunque destaca la acción de Catón.

lanzaron hacia esos lugares a través de los desfiladeros y, empujándose unos a otros por miedo de la herida o del hierro de los enemigos, se aniquilaron a sí mismos.

2 Catón siempre fue alguien, según parece, que no ahorraba alabanzas personales y que no rehuía el elogio público[59], como acompañante de la grandeza de las acciones, pero se atribuyó el mayor orgullo por estas hazañas y decía que a quienes lo vieron persiguiendo y golpeando a los enemigos se les ocurriría que Catón no debía al pueblo tanto como el pueblo debía a Catón, y que el propio cónsul Manio, acalorado por la victoria, abrazándole con calor aún, lo tuvo en sus brazos mucho tiempo y gritaba, por la alegría, que ni él ni el pueblo entero podrían igualar en recompensas los servicios de Catón.
3 Tras la batalla, fue enviado de inmediato a Roma a llevar personalmente noticia de los combates. Navegó hacia Bríndisi felizmente y desde allí atravesó en un día a Tarento y tras viajar otros cuatro, llegó a Roma en el quinto día desde que sa-
4 lió del mar y fue el primero que anunció la victoria[60]. Llenó la ciudad de alegría y sacrificios, y de orgullo al pueblo, como si pudiera gobernar sobre toda la tierra y el mar.

15 Estas son quizá las más famosas hazañas militares de Catón. Y de su vida pública parece que consideró parte digna de no pequeña importancia la referida a las acusaciones y refutaciones de los malvados[61]. Porque personalmente persi-

[59] Cf. 10, 3.

[60] Un viaje demasiado rápido, ya que la distancia entre Bríndisi y Roma era de 364 millas romanas. En época imperial, cuando el servicio postal era muy eficiente, un despacho de Roma a Bríndisi tardaba unos siete días. Tito Livio (XXXVI 21, 5) dice que Catón desembarcó en Hidrunto, desde donde, en un rapidísimo recorrido por tierra, llegó a Roma al quinto día.

[61] Según Cicerón, *En defensa de S. Roscio Amerino* 20, 56: «Es útil que haya abundantes acusadores en una ciudad para que el miedo ponga freno a la audacia».

guió judicialmente a muchos, cooperó con otros acusadores y los preparó sobre todo, como a Petilio contra Escipión[62].
2 A éste, en efecto, que por la grandeza de su casa y por su auténtico temple destruyó las acusaciones, al no poderlo matar, lo dejó en paz. Pero a Lucio, su hermano, tras juntarse con sus acusadores, le impuso una multa de mucho dinero para el tesoro público, y al no pagar aquél por no tener la suma, y cuando estaba a punto de ser encarcelado, a duras penas fue perdonado por una apelación a los tribunos.
3 Y se cuenta que a cierto jovencito que había hecho despojar de sus derechos de ciudadanía a un enemigo de su padre muerto y que atravesaba el foro tras el juicio, Catón le salió al encuentro, le dio la mano y dijo que en honor de los padres no era preciso sacrificar corderos ni cabritos, sino lágrimas y condenas de enemigos.

4 Tampoco él se mantuvo indemne en la vida pública, sino que, cuando ofrecía algún punto flaco a sus enemigos, vivía citado ante los tribunales y corriendo riesgos. Porque se dice que fue acusado cerca de cincuenta veces[63], la última cuando tenía ochenta y seis años. Y en ésta pronunció la recordada sentencia de que es difícil a quien ha vivido entre unos hombres defenderse ante otros[64].
5 Y esto no puso término a

[62] Sobre los procesos de los dos Escipiones, Publio Escipión Africano y su hermano Lucio Escipión Asiático, véase Tito Livio, XXXVIII 50-60, y, especialmente 54, 2. Dos tribunos de la plebe, que tenían el nombre idéntico de Quinto Petilio, acusaron a los Escipiones de haber recibido dinero de Antíoco III durante la campaña de Asia. El Africano ganó a sus acusadores (Tito Livio, XXXVIII 51 y 55; Polibio, XXIII 14, 2), pero los tribunos no dejaron de perseguirlo y se retiró finalmente a Campania, a su villa de Literno, donde murió el año 183 a. C. En cuanto a Lucio Escipión, la *intercessio* del tribuno Tiberio Sempronio Graco le salvó de la prisión.

[63] Exactamente cuarenta y cuatro, según Plinio el Viejo, *Historia Natural* VII 27, 100.

[64] La misma frase aparece en *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 784 D.

sus pleitos judiciales, sino que, transcurridos otros cuatro años, acusó a Servio Galba[65], cuando tenía noventa años. Pues estaba a punto, como Néstor, de llegar a la tercera ge-
6 neración en su vida y en sus acciones[66]. En efecto, habiendo sido muchas veces rival del gran Escipión en la vida pública, como se ha dicho, prolongó su vida hasta Escipión el joven, que era nieto de aquél por adopción, e hijo de Paulo, el que venció a Perseo y a los macedonios[67].

16 Diez años después del consulado Catón solicitó la censura. Esta magistratura era una cima del mayor honor y en alguna manera la consagración de la vida pública, y entre otras muchas facultades tenía el examen de lo concerniente a las
2 costumbres y modos de vida. Porque creían que ni el matrimonio, ni la procreación ni el régimen de vida ni el banquete debían quedar sin arbitrio ni examen, dejando que cada uno hiciera su deseo y voluntad. Y al considerar que en esos asuntos se advierte la manera de ser de un hombre mucho más que en las acciones públicas y políticas, como guardia, consejero y reprensor de que nadie se dejase desviar por el placer y se alejase de la vida tradicional y ordinaria, eran ele-

[65] Servio Sulpicio Galba, pretor de la Hispania Citerior, había asesinado o vendido como esclavos a 7.000 lusitanos ya sometidos a Roma (el número se eleva a 30.000 en Suetonio, *Galba* 3, 2). El proceso se celebró el año 149 a. C. y Galba no sólo fue absuelto, sino que obtuvo el consulado el 144 a. C.

[66] Hay aquí un recuerdo homérico. En *Ilíada* I 250-252 se dice de Néstor: «Durante su vida ya se habían consumido dos generaciones / de míseros mortales que con él se habían criado y nacido / en la muy divina Pilo, y ya de los terceros era soberano».

[67] P. Escipión, hijo del gran Escipión, había adoptado al segundo hijo de Paulo Emilio, que se llamaría Publio Cornelio Escipión Africano Menor Emiliano Numantino. Este Escipión Emiliano es, junto con C. Lelio, el interlocutor de Catón en el diálogo de Cicerón *Sobre la vejez*, que se supone tuvo lugar en el año 150 a. C.

gidos uno de los llamados patricios y otro de los plebeyos. A 3
estos llamaban censores, y tenían la facultad de despojar del
orden ecuestre y de expulsar del senado al que viviera con
desenfreno y desorden. Ellos también, tomando las tasacio-
nes de las fortunas, las inspeccionaban y decidían por los re-
gistros las familias y los derechos de ciudadanía[68]. Y otras
grandes facultades tiene la magistratura.

Por eso también se enfrentaron con Catón ante su candi- 4
datura oponiéndose los que eran casi los más ilustres y prin-
cipales de los senadores. Pues a los patricios les afligía la
envidia al pensar todos sin excepción que la nobleza de naci-
miento sería ultrajada si hombres oscuros por su origen eran
elevados al más alto honor e influencia, y, por su parte, los
que tenían conciencia de llevar un modo de vida perverso y
de su alejamiento de las costumbres tradicionales temían que
la severidad del hombre fuera inexorable y dura en el po-
der[69]. Por ello, tras entenderse y concertarse, llevaron a siete 5
como rivales de Catón para la candidatura[70], que halagaban
con buenas esperanzas a la masa, como si ella necesitase ser
gobernada con blandura y para el placer. Por el contrario, 6
Catón no mostraba moderación alguna, sino que amenazan-
do públicamente a los malvados desde la tribuna y vociferan-

[68] Al igual que el latín *census* (la clasificación de electores y contribuyentes que reparte a los ciudadanos en clases y tribus) da su nombre a los *censores*, su nombre griego *timetaí* procede de esta estimación de las fortunas *(tímema tón ousión)*. Sobre la *censura* cf. *Paulo Emilio* 38, 7, y *Camilo* 14, 1.

[69] El primer argumento de la resistencia patricia a que un plebeyo fuera censor parece anacrónico, ya que el primer censor plebeyo fue elegido el año 403 a. C. y, desde el 339, la censura se repartía regularmente entre un patricio y un plebeyo; es más probable que la oposición partiera del miedo al rigor con el que Catón la ejercería.

[70] Tito Livio, (XXXIX 40, 2-3) da los nombres de estos siete candidatos, entre ellos los dos hermanos Escipiones acusados anteriormente por Catón.

do que la ciudad necesitaba una gran purificación, pedía que
la mayoría, si eran sensatos, escogieran no al médico más
7 complaciente, sino al más severo. Y que ése era él y uno de
los patricios, Valerio Flaco. Pues creía que era únicamente
con aquel, cortando y quemando el lujo y la molicie como a
la Hidra[71], con quien podría hacer algo útil, y, en cambio, ve-
ía a cada uno de los demás obligado a gobernar mal, porque
8 temía a los que gobernarían bien. Entonces el pueblo roma-
no fue realmente grande y digno de grandes jefes, porque sin
temer la inflexibilidad y el orgullo del hombre, sino al con-
trario, rechazando a aquellos agradables y que parecía que
iban a hacer todo para dar gusto, eligieron a Flaco junto con
Catón, escuchado no como si solicitara la magistratura, sino
como si ya la tuviera y diera órdenes.

17 Así, Catón inscribió en la lista del senado a su colega y
amigo Lucio Valerio Flaco[72], y expulsó del senado entre
otros senadores a Lucio Quincio, que había sido cónsul siete
años antes, y que tenía como fama más que el consulado, que
2 era hermano de Tito Flaminino, el que venció a Filipo[73]. La
causa de la expulsión fue la siguiente. Lucio había tomado
como amante a un jovencito desde que éste era niño, lo tenía
siempre con él y lo llevaba cuando mandaba el ejército con
tanto honor e influencia como no tenía ninguno de sus prin-
3 cipales amigos y familiares. Ocurría que se hallaba al mando

[71] La imagen de la Hidra de Lerna es elaboración del propio Plutarco, que también la utiliza en *Graco* 42, 2, y *Pirro* 19, 7.

[72] En consecuencia, Valerio Flaco resultó *princeps senatus*, una posición de considerable influencia, en la que sucedió a Escipión Africano.

[73] Lucio Quincio Flaminino había sido cónsul el año 192 a. C.; su hermano Tito había vencido a Filipo V de Macedonia en Cinoscéfalas el año 197 a. C. Era prerrogativa de los censores expulsar del senado a aquellos de sus miembros considerados indignos por su moral u otras razones. Según Tito Livio (XXXIV 42) Catón expulsó a siete senadores.

de una provincia consular; en un banquete, el jovencito, tum-
bado a su lado, como acostumbraba, excitaba con algún que
otro mimo al hombre, fácil de llevar por el vino, y le decía
que le amaba tanto «que» —dijo— «habiendo en casa un
combate de gladiadores que no he visto antes, corrí hacia ti,
aunque tenía deseos de ver a un hombre degollado». Y Lucio, 4
devolviéndole el testimonio de amor, dijo: «Pero por eso no
estés triste reclinado junto a mí, porque yo pondré remedio».
Y tras ordenar que fuera llevado al banquete uno de los con-
denados a muerte, y que se pusiera cerca un servidor con un
hacha, de nuevo preguntó a su amado si quería verlo golpea-
do. Y cuando respondió que quería, ordenó cortar el cuello
del hombre. La mayoría cuenta eso, pero Cicerón, en su diá- 5
logo *Sobre la vejez*, ha hecho que el propio Catón lo cuente.
Livio, por su parte, afirma que el muerto era un desertor ga-
lo, y que Lucio no mató al hombre por medio de un servidor,
sino que lo hizo él con su propia mano, y que esto está escri-
to en un discurso de Catón[74].

Expulsado Lucio del senado por Catón, su hermano lo so-
portaba mal, recurrió al pueblo y ordenó que Catón explica-
ra la expulsión. Cuando habló y contó el banquete, Lucio 6
intentaba negarlo, pero al proponerle Catón un compromiso
pecuniario, rehusó. Y entonces se reconoció que había sido
castigado merecidamente. Sin embargo al celebrarse un es-

[74] Hay, como dice Plutarco, diferentes versiones del asunto. Tito Livio (XXXIX 42, 8-12) cuenta con detalle el suceso, revistiéndolo de mayor gravedad: el joven, Filipo el Cartaginés, recriminó a Lucio Quincio haberlo sacado de Roma (el *oíkoi* que dice el joven no se referiría, como en la versión de Flacelière [*op. cit.,* pág. 94], a la patria del joven) en el momento en el que se celebraba un combate de gladiadores; se anuncia entonces la llegada de un desertor, un noble boyo que, acompañado de sus hijos, quería entrevistarse con el cónsul y recibir garantías de él; es el propio Quincio quien, mientras hablaba el boyo, le golpeó en la cabeza con la espada y luego le atravesó el costado. En Cicerón (*Sobre la vejez* 12, 42) el joven es púdicamente sustituido por una cortesana.

pectáculo en el teatro y dejar atrás Lucio el lugar de los cónsules y sentarse en un lugar más alejado, provocó el lamento del pueblo, y, gritando, le obligaron a acercarse, como si fuera posible enmendar y paliar lo sucedido[75].

7 Expulsó del senado a otro, probable candidato al consulado, Manilio, porque en pleno día besó a su mujer en presencia de su hija[76]. Y dijo que a él nunca le abrazaba su mujer excepto cuando se producía un gran trueno, y añadió en broma que era feliz cuando Zeus tronaba.

18 Acusó a Catón de ser objeto de su envidia también Lucio, hermano de Escipión, varón que había obtenido el triunfo, por haber sido despojado del orden ecuestre por él[77]. Pues pareció que lo había hecho para afrentar a Escipión el Africano.

2 A muchos irritó extraordinariamente con la reducción del lujo, que resultaba imposible suprimir abiertamente, por estar muchos afectados ya y corrompidos por él; pero, dando un rodeo, obligaba a que elevasen diez veces su precio el vestido, carruaje, adorno femenino, ajuares de mesa, cada uno de los cuales superaba el precio de mil quinientas dracmas[78], con la intención de que, al ser mayores los precios, tu-
3 viesen los dueños también mayores impuestos. E impuso tres ases por mil, para que, gravados por las tasas y viendo que las personas sencillas y frugales en iguales condiciones paga-

[75] Este relato de la parcial rehabilitación de Lucio Quincio aparece también en *Flaminino* 19, 8.

[76] Lo mismo recoge Plutarco en *Deberes del matrimonio* 139 E, aunque aquí encuentra demasiado severa esta condena. También en Amiano Marcelino, 28, 4, 9, aunque en ninguno de estos dos testimonios se da el nombre del senador.

[77] Lucio Escipión, llamado Asiático por su triunfo sobre Antíoco III en la batalla de Magnesia (año 189 a. C.).

[78] Las 1.500 dracmas que dice Plutarco se corresponden con los 15.000 ases del relato de Tito Livio (XXXIX 44, 2-3).

ban menos al erario público, renunciaran[79]. Se enemistaron
por tanto con él los que soportaban los impuestos por su
género de vida, e igualmente los que evitaban ese género de
vida por los impuestos. Porque la mayoría considera sustrac- 4
ción de su riqueza la acción de impedir su exhibición, y la ex-
hibe con lo superfluo, no con lo necesario. Y esto, afirman,
es lo que más admiración causaba al filósofo Aristón[80], que
se considerase a quienes habían adquirido cosas superfluas
más felices que a los que tenían abundancia de cosas necesa-
rias y útiles. Y Escopas el tesalio[81], cuando uno de sus ami- 5
gos le pidió algo suyo que a aquél no le era de utilidad,
diciéndole que nada le pedía de lo necesario y útil, respon-
dió: «Es que yo soy feliz con estas cosas, con las inútiles y
superfluas». De esta manera el ferviente amor por la riqueza,
al no estar ligado a ningún sentimiento natural, es un acceso-
rio que procede de la opinión vulgar y ajena.

No obstante, preocupándose poquísimo de las reclama- 19
ciones, Catón aumentaba más aún la tensión, cortando los canales que tomaban furtivamente el agua corriente pública y la llevaban a las casas y jardines particulares, destruyendo y derribando cuantas edificaciones llegaban hasta la propiedad pública, reduciendo los honorarios en los contratos de obras, y elevando hasta los valores más extremos los impuestos por las ventas[82]. Por estas cosas se le reunió mucha animosidad.

[79] Los objetos de lujo, por tanto, pagaban una tasa de 3/1.000, mientras los ordinarios sólo 1/1.000.

[80] Puede tratarse de Aristón de Ceos, filósofo peripatético citado en *Arístides* 2, 3; o de Aristón de Quíos, estoico que vivió en la primera mitad del s. III a. C.; el tono moral parece más propio del estoico.

[81] Escopas, tesalio de Cranón, fue uno de los protectores del poeta Simónides de Ceos. La fortuna de su familia era proverbial; en *Cimón* 19, 5, se recoge un dístico de Critias que hace alusión a ello. La misma historia sobre Escopas la recoge Plutarco en *Sobre el amor a la riqueza* 527 C.

[82] Lo mismo dice Tito Livio, XXXIX 44, 4 y 7.

2 Y los amigos de Tito, coligados contra él, anularon en el se-
nado los arrendamientos y contratas de templos y de edificios
públicos que se habían hecho, como si se hubieran produci-
do desventajosamente, y azuzaron a los más atrevidos de los
tribunos para que acusaran a Catón ante el pueblo y le mul-
3 taran con dos talentos[83]. Y también se opusieron mucho a la
construcción de la basílica, que aquél edificó con dinero pú-
blico en el foro bajo la curia, y que fue llamada Basílica
Porcia[84].

4 Parece, sin embargo, que el pueblo aceptó su censura de
manera maravillosa. Por lo menos le erigió una estatua en el
templo de la Salud y grabó en la inscripción no las campa-
ñas militares ni el triunfo de Catón, sino como se podría tra-
ducir: «Porque, hecho censor, a la república romana, que se
había inclinado y abocado a lo peor, restableció de nuevo a
lo correcto con métodos útiles y con prudentes costumbres e
5 instrucciones».[85] Por cierto que antes él se burlaba de quie-
nes amaban cosas así y decía que olvidaban, al enorgullecer-
se por las obras de escultores y pintores, que las más
hermosas estatuas de él las llevaban los ciudadanos en sus
6 almas[86]. Y a quienes se asombraban de que, teniendo esta-

[83] Cf. *Flaminino* 19, 6-7, donde Plutarco reprocha a T. Flaminino haber querido realizar así una venganza privada *contra un magistrado fiel y un excelente ciudadano.*

[84] La Basílica Porcia estaba situada al oeste de la Curia Hostilia (*bouleutérion* la llama Plutarco) donde se reunía el senado. Ambos edificios fueron quemados en el año 52 a. C. durante los disturbios que se produjeron en el entierro de Clodio, el tribuno enemigo de Cicerón.

[85] Se trata del templo dedicado a *Salus*, palabra que Plutarco confunde con *Sanitas*. El templo estaba construido en la colina del Quirinal y fue dedicado en el año 303 a. C. La inscripción de la estatua (que Plutarco parece conocer en su forma latina) no está atestiguada en otra parte.

[86] La misma idea aparece en *Pericles* 2, 1-4, y, es, en líneas generales, platónica (cf. *Filebo* 39b, cuando Sócrates, dialogando con Protarco, habla de los escribanos y pintores del alma).

tuas muchos desconocidos, aquél no tuviera, decía: «Prefiero que se pregunte por qué no hay estatuas mías a por qué las hay». En general, no le parecía bien que el buen ciudadano aceptase ser alabado, a no ser que eso fuera útil al Estado. Sin
embargo, se alabó a sí mismo en el más alto grado de todos; 7
él, al menos, afirmaba que quienes cometían algún fallo en su vida y después eran acusados, decían que no era justo acusarlos, porque no eran Catones; y que a quienes intentaban sin éxito imitar algunas de las acciones realizadas por él, se les llamaba Catones torpes. Y que el senado dirigía la vista hacia él en las ocasiones más peligrosas igual que al timonel en una navegación[87], y que muchas veces, al no estar presente, aplazaba las que merecían la mayor atención. Estas cosas le están 8
testimoniadas por otros. Pues tuvo gran consideración en la ciudad tanto por su vida como por su oratoria y por su vejez.

Fue buen padre, buen marido para su esposa y un hombre 20
de negocios no desdeñable, que administró semejante cuidado no de paso como algo pequeño o insignificante. Por eso creo que debe contarse también en estos aspectos cuanto estuvo bien hecho. 2

Desposó, pues, a una mujer más noble que rica[88], pensando que ambas tienen por igual consideración y sensatez, pero que las nobles, al avergonzarse de los vicios, son más dóciles a sus maridos con respecto a la virtud. 3

Decía que quien golpea a la esposa o al hijo pone sus manos sobre los objetos sagrados más santos. Y que elogiaba

[87] La imagen del hombre de Estado como timonel aparece también en *Arato* 38, 5, *Bruto* 40, 4, *Cleómenes* 15, 1, *Pericles* 2, 1-4, y *Filopemén* 17, 3.

[88] Se llamaba Licinia, y de ahí el *cognomen* de su hijo, Liciniano, y murió mucho antes que su marido (cf. 24, 1-2). La boda debe situarse hacia el año 192 a. C., de acuerdo con la fecha aproximada del nacimiento de su hijo. AULO GELIO (*Noches áticas* XIII 20, 8), informa que Licinia murió cuando su hijo era aún joven (*adulescens*).

más el ser un buen marido que un gran senador. Porque también del antiguo Sócrates admiraba no otra cosa sino que pasó la vida tratando con bondad y dulzura a una mujer difícil y a unos hijos estúpidos[89].

4 Al nacer su hijo, ninguna tarea había tan necesaria, salvo alguna pública, como para que no estuviera presente cuando
5 su mujer lavaba y envolvía en pañales a la criatura. Pues ella le criaba con su propia leche. Y muchas veces también acercando su pecho a los hijos de los esclavos preparaba el afecto hacia su hijo a partir del sustento común. Cuando empezó a comprender, tomándole consigo le enseñaba las letras, aunque tenía como esclavo a un maestro de buen gusto, llamado
6 Quilón, que enseñaba a muchos niños. Porque no le parecía bien que su hijo, como él mismo afirma, fuese reprendido o tirado de la oreja por un esclavo, caso de que resultase torpe en aprender, ni que hubiera de agradecer a un esclavo una enseñanza tan importante, sino que él personalmente era el maestro, el profesor de leyes, el instructor de gimnasia, enseñando a su hijo no sólo a lanzar la jabalina, a combatir con armamento pesado y a montar a caballo, sino también a golpear a puñetazos con la mano, a soportar el calor ardiente y el frío, y a abrirse paso atravesando los remolinos y turbulen-
7 cias del río[90]. Y afirma también que había escrito relatos históricos con su propia mano y en letras grandes para que desde casa le fuera posible al niño aprovecharse para su conocimiento de las cosas antiguas y tradicionales. Y que, estando presente el niño, evitaba las palabras malsonantes no menos que ante las vírgenes sagradas, a las que llaman Ves-
8 tales; y que nunca se bañó con él. Y esto parece que es una

[89] La opinión desfavorable de Catón sobre Sócrates se repite en 23, 1. El carácter insoportable de Jantipa es proverbial. En cuanto a los hijos de Sócrates, cf. Platón, *Apología* 34d, y Diógenes Laercio, 2, 26; sobre su trivialidad e indolencia, Aristóteles, *Retórica* II 15.

[90] El Tíber, sin duda.

costumbre común de los romanos; pues los suegros se cuidaban de bañarse con los yernos, avergonzándose de quitarse la ropa y quedar desnudos[91]. Luego sin duda, habiendo aprendido de los griegos a estar desnudos, a su vez ellos contaminaron a los griegos de hacerlo incluso con mujeres.

De esta manera fue una hermosa tarea para Catón el mo- 9
delar y labrar a su hijo para la virtud, y ya que lo referente a
su celo era irreprochable y su espíritu obedecía por su buen
natural, pero el cuerpo se mostraba más blando para sufrir, le
aflojó lo excesivamente intenso y severo de su régimen de vi-
da. Y el hijo, aún siendo así, fue un hombre valeroso en las 10
campañas y peleó con brillantez en la batalla contra Perseo[92],
siendo Paulo el general. Entonces, disgustado al dejar caer su
espada sacudida por un golpe o resbalársele por el sudor de
la mano, se volvió a algunos de sus íntimos y, tomándolos
con él, de nuevo cargó contra los enemigos. Y tras haber des- 11
pejado el lugar con mucho combate y gran violencia, la en-
contró con dificultad entre muchos montones de armas y
cuerpos apilados juntos de amigos y enemigos. Por ello tam-
bién Paulo, el general, admiró al muchacho, y se cita una car-
ta del propio Catón a su hijo en la que alaba muchísimo su
pundonor y celo respecto a la espada. Más tarde el joven des- 12
posó a Tercia, hija de Paulo y hermana de Escipión[93], habién-
dose mezclado con una familia tan importante no menos por
sí mismo que por su padre. Así, la solicitud de Catón con su
hijo tuvo un digno final.

[91] Cf. CICERÓN, *Sobre los deberes* 35, 129.

[92] En la batalla de Pidna el año 168 a. C.; véase *Paulo Emilio* 21.

[93] Tercia era hija de L. Emilio Paulo y hermana de Escipión Emiliano (cf. *Paulo Emilio* 10, 6-9 y 21, 1). El hijo de Catón, Marco Porcio Catón Liciniano, murió en el año 152, tres años antes que su padre, cuando había sido elegido pretor. En el diálogo de CICERÓN *Sobre la vejez* (5, 15; 19, 68 y 23, 34), Catón habla de su hijo con elogio y emoción.

21 Adquirió muchos esclavos, comprando de los prisioneros de guerra sobre todo a los jóvenes y capaces aún de lograr crianza y educación, como los cachorros o los potros. Ninguno de ellos entró en casa ajena, a no ser que lo enviaran allí Catón o su esposa. Una vez que le preguntaron a uno qué hacía Catón,
2 nada respondió sino que no lo sabía. Deseaba que el esclavo hiciera algo necesario en la casa o que durmiera. Y estaba más contento con los que dormían, por pensar que eran más dóciles que quienes estaban en vela, y mejores de utilizar en cualquier tarea los que habían disfrutado del sueño que los necesitados de
3 él. Y como creía que los esclavos se comportan con indolencia la mayoría de las veces debido a los placeres amorosos, estableció que se unieran a las esclavas por una cantidad fijada, pero que ninguno tuviese relaciones con otra mujer.

Al principio, cuando aún era pobre y servía como soldado, en nada se enojaba por las cosas de comer, sino que declaraba lo más vergonzoso pelear con un servidor a causa del
4 vientre. Después, cuando progresaron sus asuntos, al ofrecer banquetes a amigos y colegas, castigaba de inmediato tras la comida con el látigo a los que habían servido o preparado cualquier cosa descuidadamente. Y siempre procuraba que los esclavos tuvieran alguna querella o diferencia entre ellos, porque sospechaba y temía su concordia. Juzgaba a los sospechosos de haber cometido algo digno de pena capital, y, una vez juzgados, si eran condenados, los ejecutaba en presencia de todos los sirvientes.

5 Al dedicarse con más empeño a ganar dinero, consideraba que la agricultura era más una distracción que una fuente de ingresos, y situando su capital en negocios seguros y sólidos, adquirió estanques, aguas termales, lugares a propósito para curtidores, fábricas de pez[94], terreno con pastos natura-

[94] Hay aquí un problema de texto en los mss. FLACELIÈRE lee *pissi<n>a* sobre la lección del ms. S (Seitenstettensis) *érga píssia*, y se apoya en la

les y bosques, de todo lo cual le venía mucho dinero sin que ni Zeus, como afirmaba él, pudiera perjudicarle. Hacía tam- 6 bién uso del más desacreditado de los préstamos, el marítimo, de la siguiente manera[95]. Animaba a quienes tomaban préstamos a que fomentasen una asociación de muchos; cuando llegaban a ser cincuenta y otros tantos barcos, él tenía una parte a través de Quinción, su liberto, que colaboraba en los negocios con los deudores y navegaba con ellos. El riesgo, por tan- 7 to, no era sobre el total, sino sobre una parte pequeña, con grandes beneficios. Daba también dinero a cuantos de sus servidores lo deseaban; y ellos compraban jóvenes esclavos, y después de ejercitarlos y educarlos a expensas de Catón, los revendían al cabo de un año. A muchos conservaba Catón, y 8 los compraba pagando el precio más alto que se había ofrecido por ellos[96]. Animando a su hijo a estas cosas, afirmaba que no era propio de un hombre, sino de una mujer viuda disminuir algo de su fortuna. Pero aún más severo es aquello de Catón, cuando se atrevió a decir que el hombre admirable y divino para la fama es quien deja en sus cuentas más bienes añadidos por él que los que recibió en herencia.

Siendo ya anciano, llegaron a Roma como embajadores 22 de Atenas los filósofos Carnéades el académico y Diógenes

existencia de palabras como *pissourgeíon* (ESTRABÓN, *Geografía* V 1, 12), *pissourgéo, pissourgía, pissourgós*, equivalentes al latín *picariae*.

[95] Hay dos testimonios que acreditan la aversión de Catón por los préstamos: el prólogo de su tratado *Sobre la agricultura* y una frase suya conservada por CICERÓN en *Sobre los deberes* 2, 89. En ambos casos, el préstamo se asocia con alguna clase de delito. El préstamo marítimo, cuyo interés podía llegar al 33% era más usurario que el ordinario, generalmente con un interés del 12%. Catón debía considerar estos préstamos marítimos de manera más favorable que los ordinarios.

[96] Como Catón había adelantado el dinero para la compra y manutención, estos esclavos le pertenecían, y los demás esclavos que se dedicaban a este tráfico debían reembolsarle el precio más alto.

el estoico para rechazar cierta multa contra el pueblo ateniense, a la que fueron condenados sin comparecencia, siendo sus acusadores los de Oropo, y los sicionios quienes los conde-
2 naron, una multa de quinientos talentos[97]. Pronto los jóvenes más aficionados a la dialéctica corrían junto a estos hombres y los frecuentaban, escuchando sus lecciones y admirándolos. Especialmente el encanto de Carnéades, cuya fuerza era enorme y su fama no inferior a su fuerza, después de alcanzar grandes y amables auditorios, llenó la ciudad como un
3 viento de clamor. Y dominaba el rumor de que un griego, prodigioso hasta el asombro, seduciendo y conquistando todo, había lanzado a los jóvenes un deseo formidable, bajo el cual, apartándose de otros placeres y ocupaciones, se entu-
4 siasmaban por la filosofía. A los demás romanos les parecía bien lo que ocurría y contemplaban con agrado que los jóvenes participasen de la cultura griega y que tuviesen trato con
5 hombres admirables. Pero Catón se disgustaba desde el principio con el fervor que por las palabras fluía hacia la ciudad, temiendo no fuera a ser que los jóvenes, tras alejarse de lo que hasta entonces era el amor a la gloria, amaran la fama por la elocuencia más que la que procede de acciones y expediciones militares[98]; y cuando crecía la fama de los filósofos en la ciudad y tradujo sus primeros discursos ante el senado un

[97] Esta embajada llegó a Roma el año 155 a. C. y, además de Carnéades y Diógenes, figuraba en ella también el filósofo peripatético Critolao. Los atenienses habían saqueado la ciudad de Oropo, en la frontera con Beocia; al quejarse sus habitantes al senado romano, éste confió a los sicionios la resolución del pleito, y Atenas fue condenada por ellos a pagar una multa de 500 talentos. Los embajadores lograron que fuera rebajada a 100. Cf. Pausanias, VII 11, 4 ss.

[98] Según Quintiliano (XII 1, 35), Catón oyó un día a Carnéades defender la justicia, y al día siguiente, con no menos convicción, atacarla (cf. también Plinio el Viejo, *Historia Natural* VII 112-113). Puede pensarse que Catón sentiría por este filósofo la misma aversión que muchos griegos contra los sofistas del s. v a. C.

hombre distinguido, Gayo Acilio[99], que se aplicó personalmente
y lo pidió, Catón decidió que todos los filósofos fueran alejados
de la ciudad con decoro. Se presentó ante el senado y reprochó a 6
los magistrados que permaneciese inactiva tanto tiempo una em-
bajada de hombres que podían fácilmente persuadir de todo lo
que querían. Por tanto, era preciso resolver de la manera más rá- 7
pida y votar sobre la embajada, para que ellos, volviendo a sus
escuelas, tratasen con niños griegos, y los jóvenes romanos escu-
charan, como antes, las leyes y a los magistrados.

Y esto lo hizo, como creen algunos, no porque estuviese 23
disgustado con Carnéades, sino que, en general, estaba en
desacuerdo con la filosofía e insultaba, por rivalidad, todo el
arte y la cultura griegas; él, incluso, afirmaba que Sócrates,
por ser un charlatán y hombre violento, intentó, en la mane-
ra que pudo, tiranizar a su patria, destruyendo las cos-
tumbres, arrastrando a opiniones contrarias a las leyes, y
transformando a los ciudadanos[100]. Y, riéndose del método 2
de enseñanza de Isócrates, afirmaba que sus discípulos enve-
jecían junto a él para utilizar sus artes y contar sus causas en
el Hades, junto a Minos. Indisponiendo a su hijo hacia la cul-
tura griega, utilizaba una voz más resuelta de la que corres-
pondía a su vejez, como emitiendo un oráculo y profetizando
que los romanos perderían sus gobiernos cuando estuvieran
contaminados por los libros griegos. Pero el tiempo muestra 3
vanas estas palabras suyas de mal agüero[101], porque la ciu-

[99] Gayo Acilio compuso una *Historia romana* en griego (CICERÓN, *Sobre los deberes* 32, 115) que PLUTARCO cita en *Rómulo* 21, 9.

[100] La opinión de Catón sobre Sócrates, por lo que se ve, no discrepaba mucho de la de los acusadores del filósofo; en él sólo admiraba su comportamiento como esposo y padre (20, 3).

[101] La palabra empleada por Plutarco es *dysphemían* «blasfemia»; PLINIO EL VIEJO (*Historia Natural* XXI 7, 14), recuerda las palabras de Catón a su hijo: «Considera, Marco hijo mío, que un adivino ha dicho esto: cuando este pueblo nos dé su literatura, todo se corromperá».

dad subió a lo más alto en sus asuntos cuando tuvo como algo familiar tanto los conocimientos griegos como toda su educación.

Él no sólo odiaba a los filósofos griegos, sino que sospe-
4 chaba de los que ejercían la medicina en Roma. Por haber oí-
do, según parece, el discurso de Hipócrates, el que dijo
cuando le llamó el Gran Rey[102] a cambio de muchos talentos,
que nunca se pondría a disposición de los bárbaros enemigos
de los griegos, decía que este era un juramento común de to-
dos los médicos y recomendaba a su hijo guardarse de todos.
5 Y que él tenía escrito un recetario[103] y, según él, cuidaba y
trataba a los que estaban enfermos en su casa, sin prescribir
jamás ayuno a nadie, al contrario, alimentando con legum-
bres y con trozos pequeños de carne de pato, o de paloma o
6 de liebre. Pues esto era fácil de digerir y conveniente para los
enfermos, excepto que producía muchos sueños a los que co-
mían. Y usando semejante cuidado y régimen, él mismo te-
nía salud y mantenía sanos a los suyos.

24 Sobre este aspecto, al menos, parece que no quedó sin
castigo[104]; pues perdió a su mujer y a su hijo. Pero él, de fir-
me constitución corporal en buena salud y fuerza, aguantó lo
más posible, de forma que, siendo viejo, mantenía relaciones
sexuales con una mujer y contrajo matrimonio, no apropiado
2 a su edad, por el motivo siguiente. Tras perder a su mujer, ha-
bía casado a su hijo con la hija de Paulo y hermana de

[102] Se trata del rey persa Artajerjes, ya que Hipócrates había nacido hacia el año 460 a. C.

[103] Plinio el Viejo (*Historia Natural* XXIX 15) menciona también este recetario, pero no dice que lo escribiera el propio Catón.

[104] La palabra empleada por Plutarco, *aneméseto*s, indica que estas muertes fueron obra de Némesis, para castigar la soberbia de Catón. La misma idea aparece también en *Agesilao* 22, 3; *Camilo* 13, 2; *Demóstenes* 22, 4; *Mario* 10, 2; 26, 5; y *Pericles* 37, 5.

Escipión, y él, viudo, tenía relaciones con una esclava que le
visitaba a escondidas. En todo caso, en una casa pequeña con
una recién casada, se sabía el asunto. Y una vez, al pasar la
mujer desdeñosamente ante la habitación con aspecto más
descarado, el joven nada dijo, pero la miró con aborrecimien-
to y se dio la vuelta, lo que no se le escapó al viejo. Como 3
comprendió que ellos rechazaban esa relación, no hizo repro-
ches ni se quejó, sino que bajando, como acostumbraba, al
foro con amigos, a Salonio, uno de sus secretarios, que esta-
ba cerca y formaba parte de su cortejo[105], lo llamó a grandes
voces y le preguntó si había concertado un novio para su hi-
jita. Pero al contestar el hombre que ni lo haría antes de con- 4
sultar con él, dijo: «Pues yo te he encontrado un yerno
apropiado, a no ser que cause disgusto su edad; porque en lo
demás no es reprochable, pero es muy viejo». Y como 5
Salonio le pedía que se ocupara de ello y diera la muchacha
al que eligiera, por ser ella servidora suya[106] y necesitada de
su protección, Catón, sin más dilación, dijo que era él quien
pedía a la joven para sí mismo. Y al principio, como es lógi- 6
co, la propuesta turbó al hombre, al considerar lejos del ma-
trimonio a Catón, y lejos a él mismo de parentescos con la
familia de un cónsul y triunfador. Pero, al ver que lo trataba
en serio, aceptó alegre, y bajando enseguida al foro, formali-
zaron los esponsales[107]. Celebrada la boda, tomó a sus ami- 7
gos íntimos el hijo de Catón y preguntó a su padre si traía a

[105] Uno de los rituales de la vida pública romana era la práctica de que los clientes escoltaran a su patrón cuando éste iba al foro *(deducere ad forum)*. Salonio había sido uno se sus *scribae* o *apparitores* cuando Catón ejerció sus magistraturas.

[106] Porque la muchacha era su cliente *(pelátis)* al ser Catón «patrón» de su padre.

[107] AULO GELIO (*Noches áticas* XIV 4) cita al jurista Servio Sulpicio Rufo para el procedimiento: ambas partes hacían un contrato público de matrimonio.

casa a una madrastra porque él le hubiera hecho algún re-
proche o causado alguna tristeza. Pero Catón gritando dijo:
«Cuida tu lengua, hijo; pues todo tu comportamiento con-
migo es digno de admiración y en nada reprobable. Pero de-
seo más hijos para mí y dejar a la patria ciudadanos
8 parecidos a ti». Dicen que esta sentencia la dijo antes
Pisístrato, tirano de los atenienses, al dar a sus hijos adultos
como madrastra a Timonasa de Argos, de la que dicen que
le nacieron Yofón y Tésalo.

9 Catón tuvo de este matrimonio un hijo, al que pusieron
Saloniano, derivado del nombre de la madre[108]. El hijo mayor
10 murió siendo pretor[109]. Y Catón recuerda muchas veces en sus
libros cómo fue un hombre bueno, y se dice que soportó la
desgracia con tranquilidad y filosofía, y que no por ella se hi-
11 zo más débil hacia los asuntos de gobierno. Pues no, como hi-
cieron después Lucio Lúculo y Metelo Pío, se despidió por la
vejez de los intereses públicos, al considerar la política un ser-
vicio[110], ni, como antes Escipión el Africano que, por la envi-
dia que se oponía contra su fama, desatendió al pueblo y, por
un cambio de conducta, pasó en la inactividad su vida restan-
te; al contrario, igual que alguno convenció a Dionisio de que
considerase la tiranía como la más hermosa mortaja[111], Catón,
tras hacer de la política el más hermoso alivio de la vejez,

[108] Aunque los mss. dan como nombre *Salónios* ya AULO GELIO (*Noches áticas* XIII 20, 8) le llama Saloniano. Este Catón Saloniano será el abuelo de Catón de Útica.

[109] Véase n. 92.

[110] Plutarco escribe *leitourgían*, recordando los antiguos impuestos directos atenienses. Lucio Licinio Lúculo, al ser privado de su mando en Asia el año 66 a. C., se retiró a su villa de Túsculo dejando toda actividad pública (cf. *Lúculo* 38-39); Quinto Cecilio Metelo Pío, cónsul en el año 80 a. C., que celebró un triunfo en el 71 a. C., hizo lo mismo (cf. *Lúculo* 6, 5). Sobre el retiro de Escipión Africano, véase n. 61.

[111] Como Dionisio estuviera desesperado por un ataque cartaginés y

cuando tenía tiempo, se sirvió de la escritura de tratados y de las tareas agrícolas como descargo y entretenimiento.

Componía, pues, tratados de todo tipo e historias[112]. Se de- 25
dicaba a la agricultura cuando era joven aún y por necesidad (pues afirma que se había valido de dos únicos medios para ganarse la vida, la agricultura y el ahorro), pero, luego, lo que ocurría en el campo le proporcionaba distracción y contem-
plación. Y compuso un libro sobre la agricultura, en el que ha 2
escrito tanto sobre la preparación de las tortas como sobre la conservación de los frutos, ufanándose de ser excelente y par-
ticular en todo. Y la comida en el campo era también muy 3
abundante; pues invitaba siempre a sus allegados de entre los agricultores vecinos y de los de la comarca, y lo pasaba alegremente, al entretenerse siendo amable y deseado no sólo por los de su edad, sino también por los jóvenes, por ser experto en muchos asuntos, y por haberse encontrado con mu-
chos hechos y relatos dignos de oír. Consideraba la mesa entre 4
las cosas que hacen amigos; y había introducido el elogio de los ciudadanos excelentes, pero había también olvido de los inútiles y malvados, al no permitir Catón en el banquete la entrada ni al reproche ni al elogio en favor de ellos[113].

una sublevación de los siracusanos contra él, un amigo le dijo que la tiranía era una bella mortaja; la anécdota se encuentra también en *Sobre si el anciano debe intervenir en política* 783 C, DIODORO, XIV 8 e ISÓCRATES, *Arquidamo* 44-45.

[112] Catón compuso una extensa obra literaria. Tenemos noticia de 150 discursos, siete libros de historia, a los que llamó *Orígenes*, dos libros de sentencias, *Apophthegmata*, un *Carmen de moribus* y tratados técnicos sobre medicina, jurisprudencia, arte militar y agricultura. Sobre esta última trata su única obra conservada, *De Agri Cultura*, también llamada *De Re Rustica*.

[113] El pasaje parece sacado del *Sobre la vejez* 45-46 de CICERÓN, en el que Catón aparece idealizado, imagen que no cuadra mucho con el Catón que se describe con anterioridad.

26 Creen que lo último de su vida pública fue la destrucción de Cartago, empresa a la que puso fin el joven Escipión[114], pero preparándose la guerra sobre todo por el consejo y opi-
2 nión de Catón a partir de la causa siguiente. Catón fue enviado junto a los cartagineses y Masinisa el Númida, que se hacían la guerra entre sí, para examinar los motivos del desacuerdo[115]. Porque Masinisa era desde el principio amigo del pueblo romano[116], y los cartagineses habían llegado a aliarse con Roma por un pacto, tras su derrota a manos de Escipión, después de ser castigados con el despojo de su imperio y con
3 un pesado tributo de dinero. Cuando Catón encontró la ciudad no devastada ni en miserable situación, como creían los romanos, sino abundante en hombres valerosos de edad juvenil, llena de enormes riquezas, repleta de armas de toda clase y de material bélico y sin ser humilde en absoluto por esto, pensaba que para los romanos no era el momento de establecer y tratar los problemas de los númidas ni de Masinisa, sino que, si no se apoderaban de una ciudad enemiga desde antiguo y que, rencorosa, había prosperado de manera in-
4 creíble, se hallarían de nuevo en los mismos peligros. Por tanto, regresó rápidamente e informó al senado de que las derrotas y desgracias anteriores de los cartagineses, al haber socavado menos su poder que su insensatez, parecía que los transformaban no en más débiles sino en más entrenados pa-

[114] Escipión Emiliano conquistó Cartago el año 146 a. C., tres después de la muerte de Catón.

[115] Desde el año 201 a. C., por el tratado firmado con Roma tras la derrota de Zama, Cartago no podía emprender una guerra sin el permiso romano. Como los númidas de Masinisa les causaban muchos perjuicios, recurrieron al senado que envió una embajada en la que iban Catón y Publio Escipión Nasica hacia el año 152 a. C.

[116] Esto no es cierto. Masinisa había sido aliado de los cartagineses y combatido contra Roma en España hacia el año 206 a. C. Fue Escipión Africano quien le hizo cambiar de bando.

ra guerrear, y que ya los combates contra los númidas preludiaban[117] los que harían contra los romanos, y que la paz y los pactos eran un nombre para el retraso de la guerra que esperaba su ocasión.

Además de esto, afirman que Catón, a propósito, dejó caer unos higos de Libia en el senado, sacudiendo su toga; y que cuando, a continuación, admiraron su tamaño y hermosura, dijo que la tierra que los producía distaba de Roma tres días de navegación. Pero ya lo más fuerte era aquello de que, al dar a conocer su opinión sobre cualquier asunto, añadía a lo dicho lo siguiente: «Me parece bien que Cartago no exista». Pero, en sentido contrario, Publio Escipión, llamado Nasica[118], siempre terminaba diciendo y declarando: «Me parece bien que Cartago exista». Porque, según parece, al ver éste con frecuencia al pueblo ya descuidándose por la soberbia y por su prosperidad y orgullo inmanejable para el senado, y arrastrando violentamente, debido a su poder, a la ciudad entera adonde se inclinase por sus deseos, quería que este miedo oprimiera, como un freno que sujeta, la audacia de la mayoría; pensaba que los cartagineses tenían poca fuerza para vencer a los romanos, pero mucha para ser despreciados. Pero a Catón esto mismo le parecía peligroso, que al pueblo dominado por el furor y engañado por su enorme poder le amenazase una ciudad siempre grande, y ahora aplacada y castigada por las desgracias, y que no hiciese desaparecer por completo los miedos externos para su hegemonía,

27 (dejó) · 2 (que,) · 3 (ver) · 4 (al)

[117] El término que aquí utiliza Plutarco, *proanakineísthai*, es muy raro; aparece también en *Sobre el principio del frío* y en ARISTÓTELES, *Retórica* 1416a3. Significa «ejercitarse en actividades que intentan levantar el espíritu»; para su aplicación militar cf. *Lúculo* 5. 1 y *Pompeyo* 16, 1. Su significado original está relacionado con la práctica musical, como en PLATÓN, *Leyes* 722d, o con la actividad atlética, PLATÓN, *Leyes* 789a.

[118] Publio Escipión Nasica era hijo de un primo de Escipión Africano.

después de dejarse recursos para los errores de casa. De esta
5 manera se dice que Catón provocó la tercera y última guerra contra los cartagineses, pero cuando empezaron a pelear murió, tras profetizar sobre el futuro que la guerra la terminaría un hombre, joven entonces, que servía en el ejército como tribuno militar y mostraba acciones de prudencia y audacia
6 en los combates. Cuando se dieron a conocer estos hechos a Roma, afirman que al enterarse Catón dijo:

Sólo él tiene una mente sagaz, los demás vagan por allí como sombras[119].

7 Y en verdad esta declaración pronto la confirmó Escipión con sus hazañas.

Y Catón dejó como descendencia un hijo de su segunda mujer, cuyo nombre derivado dijimos que era Saloniano[120], y *un nieto del hijo que murió*. Y Saloniano murió siendo pretor, y el hijo que tuvo, Marco, fue cónsul[121]. Y éste, a su vez, fue abuelo del filósofo Catón[122], varón que por su virtud y fama llegó a ser el más brillante de su época.

[119] Con un cambio en la primera parte, es el verso 495 del canto X de la *Odisea* de HOMERO, cuando Circe aconseja a Odiseo ir al Hades para consultar al adivino Tiresias (a él se refiere el verso) sobre el regreso a su hogar.

[120] Cf. 24, 9.

[121] Error de Plutarco. Saloniano tuvo dos hijos, Marco y Lucio, de los que sólo el último fue cónsul el año 89 a.C., mientras que el primero no pasó de tribuno de la plebe. Seguramente se ha confundido por los dos idénticos nombres de los nietos de Catón. M. Porcio Catón, primogénito de Catón Liciniano, fue cónsul el año 118 a.C.

[122] Catón el Joven o Catón de Útica, cuya biografía también escribió Plutarco, es llamado aquí «el filósofo» por su relación con el estoicismo.

COMPARACIÓN ENTRE ARISTIDES Y CATÓN

Escritas acerca de éstos las cosas dignas de recuerdo, 28
comparada la vida entera del uno con la vida entera del otro,
no resulta fácil de ver la diferencia al estar escondida en mu-
chas y grandes semejanzas[123]. Pero si hay que dividir la com- 2
paración por partes, como un poema o una pintura, es común
a ambos el que no desde un punto de partida ventajoso acce-
dieron a la política y a la fama por virtud y capacidad. Parece
que Aristides llegó a ser famoso cuando Atenas aún no era
grande y las fortunas de los políticos y generales con los que
trataba eran todavía proporcionadas e iguales. Porque la ren- 3
ta mayor era entonces de quinientos medimnos, la segunda
de trescientos, y la última y tercera de doscientos[124]. Catón,
en cambio, partiendo de una pequeña población y de un tipo de vida considerado rústico, se lanzó a sí mismo, como a un mar inmenso, a la política en Roma, cuando ella ya no tenía como gobernantes a Curiones, Fabricios ni Atilios[125] ni aceptaba como magistrados y políticos a pobres que desde el arado y la azada y trabajando con sus propias manos se subían a la tribuna, sino que estaba acostumbrada a mirar con respeto a las familias importantes y ricas, a los donativos y a las intrigas por los cargos, y a burlarse, por orgullo y poder, de
los que pedían gobernarla. Y no era igual tener como rival a 4
Temístocles, que no era de ilustre linaje y había adquirido una fortuna modesta (pues dicen que tenía unos bienes de

[123] Esta expresión la repite Plutarco al comienzo de otras comparaciones: *Alcibíades* 40, 1; *Cicerón* 50, 1; *Eumenes* 20, 1; *Marcelo* 31, 1; *Rómulo* 30, 1.

[124] Para esta clasificación agraria, véase *Solón* 18, 1.

[125] Sobre Manio Curio, cf. *Catón* 2, 1-2; Gayo Fabricio Luscino, cónsul en los años 282 y 278 a. C., censor en 275, rechazó las ofertas de Pirro (cf. *Pirro* 18-20); C. Atilio Régulo, apodado Serrano, fue cónsul en 257 y 250 a. C.

cinco o tres talentos cuando por primera vez se dedicó a la política)[126], que competir por el primer puesto con Escipiones Africanos, Servios Galbas y Quincios Flamininos, sin tener más punto de apoyo que una voz que hablaba con franqueza en pro de lo justo.

29 Además, Aristides era en Maratón y, de nuevo, en Platea, uno de los diez generales[127], pero Catón fue elegido segundo cónsul entre muchos competidores, y segundo censor tras
2 aventajar a siete muy ilustres y principales oponentes. Y, por cierto, Aristides en ninguno de los éxitos fue el primero, sino que Milcíades tiene la preeminencia de Maratón, Temístocles la de Salamina, y, en cuanto a Platea, Heródoto afirma que Pausanias obtuvo la bellísima victoria[128], y a Aristides, en cambio, le disputan el segundo puesto los Sófanes, Aminias, Calímacos y Cinégiros, que sobresalieron
3 brillantemente en aquellos combates[129]. Pero Catón no sólo, siendo él mismo cónsul, fue el primero en fuerza y consejo durante la guerra ibérica, sino que también, sirviendo como tribuno militar en las Termópilas, siendo otro el cónsul, obtuvo la gloria de la victoria, al haber abierto a los romanos las grandes puertas contra Antíoco y haber lanzado por la reta-

[126] Cf. *Temístocles* 25, 3: «Antes de dedicarse a la política Temístocles no tenía un patrimonio que alcanzase siquiera el valor de tres talentos».

[127] Sin embargo, en *Arístides* 11, 1, PLUTARCO hace de él un general con plenos poderes.

[128] HERÓDOTO, IX 64.

[129] Sófanes, hijo de Eutíquidas, se distinguió en Platea (HERÓDOTO, IX 73); Aminias de Palene, al frente de una trirreme, embistió en Salamina a una nave enemiga y, más tarde, casi alcanzó el barco en el que huía la tirana de Halicarnaso, Artemisia, que combatía junto a los persas (HERÓDOTO, VIII 84 y 93); Calímaco de Afidnas, arconte polemarco, convencido por Milcíades para presentar batalla a los persas en Maratón, murió en ella con valor, al igual que Cinégiro, hijo de Euforión, el hermano de Esquilo (HERÓDOTO, VI 109-114).

guardia la guerra contra el rey que miraba al frente. Porque aquella victoria, que era claramente obra de Catón, expulsó de Grecia a Asia y la hizo accesible a su vez a Escipión[130].

Ambos resultaron invencibles cuando guerreaban, pero 4
mientras que Aristides fracasó en política, condenado al ostracismo y derribado por Temístocles, Catón, que tenía como adversarios a todos, por decirlo en una palabra, cuantos eran en Roma los más poderosos e importantes, y que luchaba como un atleta hasta su vejez, se mantuvo sin caer. Y después de ser 5
tanto acusado como acusador de muchísimos juicios públicos, ganó la mayoría, y de todos salió libre, teniendo como defensa e instrumento activo la elocuencia, a la que con más justicia que al azar o al genio tutelar del hombre uno atribuiría el que no sufriera nada en contra de su dignidad. Pues un importante testimonio a favor del filósofo Aristóteles dio Antípatro[131], escribiendo acerca de él que, hasta su muerte, además de otros, el hombre también tuvo el don de persuadir.

Que, sin duda, el hombre no adquiere nada más emi- 30
nente que la virtud política, es cosa reconocida; y los más establecen como una parte no pequeña de ella la economía. Porque la ciudad, al ser un conjunto y suma de casas, se robustece para lo público con las vidas privadas de los ciudadanos que prosperan[132]; de ahí que también Licurgo, tras echar fuera de Esparta la plata y el oro, y establecerles como moneda una de hierro estropeado por el

[130] Se refiere a Lucio Cornelio Escipión, llamado luego Asiático, hermano de Escipión Africano, que derrotó a Antíoco III en Magnesia el año 189 a. C.

[131] Antípatro de Macedonia, general de Filipo y Alejandro, fue discípulo de Aristóteles y dejó una colección de cartas en dos volúmenes, incluidas algunas dirigidas a su hijo Casandro.

[132] Hay aquí una idea tomada de ARISTÓTELES, *Política* 1252b16 y 1253b3.

fuego[133], no apartó a los ciudadanos de la economía, sino que suprimió lo desordenado, corrompido e inflamado de la riqueza, para que todos tuvieran en abundancia lo necesario y útil, como ningún otro legislador lo previó, pues temió para la comunidad del estado más al necesitado, al sin hogar y
2 al pobre que al rico y al orgulloso. Pues bien, parece que Catón en nada resultó más inepto administrador de su casa que de la ciudad; porque él también incrementó sus propios recursos y llegó a ser maestro de economía y agricultura para los demás, al haber prescrito muchas y útiles cosas sobre estos temas. Pero Aristides, por su pobreza, desacreditó a la justicia, como arruinadora de casas y productora de mendigos y como provechosa más para otros que para quienes la
3 poseen[134]. Aunque Hesíodo mucho ha dicho invitándonos a la justicia al mismo tiempo que a la economía, y ha censurado la pereza como principio de injusticia, y también en Homero está bien expresado:

No me gustaba el trabajo
ni faenar en la casa, eso que produce espléndidos hijos.
Pero siempre me agradaban las naves de remos,
las guerras, las lanzas pulidas y las flechas [...][135];

[133] Cf. *Licurgo* 9, 3, donde Plutarco cuenta con detalle cómo el hierro al rojo, al ser enfriado con vinagre, se volvía inútil para cualquier uso práctico. Es bastante posible que el uso de la plata y el oro para las monedas sea posterior a estas reformas de Licurgo, quien pretendía, con estas medidas sobre la moneda y el reparto de tierras, arrojar de Esparta la pobreza y la riqueza.

[134] Esto recuerda la opinión de Trasímaco en Platón, *República* 343 c-e, cuando afirma que la justicia y lo justo es un bien ajeno al que lo practica, y que al justo le toca vivir miserablemente por descuidar sus asuntos particulares.

[135] Homero, *Odisea* XIV 222-225. Son palabras de Odiseo hablando con Eumeo.

como si fueran los mismos los que descuidan sus casas y los
que viven de la injusticia. Porque no es verdad, como los mé- 4
dicos afirman que el aceite es lo que más ayuda al exterior
del cuerpo, pero lo más perjudicial para el interior[136], que, de
igual manera, el justo sea útil para los demás, y despreocupa-
do de sí mismo y de sus propiedades; pero parece que en eso
está lisiada la conducta política de Aristides si realmente, co-
mo dicen muchísimos, no previó dejar una dote a sus hijas ni
una sepultura para él mismo[137]. Por eso la casa de Catón pro- 5
porcionó a Roma pretores y cónsules hasta la cuarta genera-
ción; pues sus nietos e incluso los hijos de éstos ejercieron
las más altas magistraturas[138]. Pero de la descendencia de
Aristides, que ocupó el primer puesto entre los griegos, la ex-
trema y ardua pobreza echó a unos a las tablillas de charlata-
nes, a otros obligó a alargar las manos para una limosna
pública, por necesidad, y a ninguno permitió intentar nada
brillante ni digno de aquel varón.

¿Quizá eso, en principio, tiene discusión? La pobreza, en 31
efecto, no es por sí misma vergonzosa en absoluto, sino
cuando es muestra de indolencia, falta de dominio, despilfa-
rro, insensatez[139], y si está unida a un hombre prudente, tra-
bajador, justo, valiente y que presta un servicio público con
todas sus virtudes, lo es de grandeza de espíritu y elevación
de sentimientos. Porque no es posible que realice grandes co- 2
sas quien se ocupa de las pequeñas, ni que ayude a muchos
necesitados quien tiene muchas necesidades propias. La gran

[136] Lo mismo se lee en PLATÓN, *Protágoras* 334 b-c.
[137] Cf. *Aristides* 27, 2 y 27, 5.
[138] Los dos hijos de Catón fueron pretores y tres de sus nietos, cónsules.
[139] Pericles, en el famoso *lógos epitáphios* (TUCÍDIDES, II 40, 1), dice: «[...] entre nosotros no es un motivo de vergüenza para nadie reconocer su pobreza, sino que lo es más bien no hacer nada para evitarla».

provisión para la política no es la riqueza, sino la autosuficiencia, que, al no necesitar en lo privado cosa alguna de las superfluas, no conduce a ninguna distracción de los asuntos públicos. Y pues la divinidad carece por completo de necesidades, aquello de la virtud humana que lleva la necesidad a
3 la mínima expresión es lo más perfecto y lo más divino[140]. Porque como un cuerpo bien constituido para el vigor no necesita ropa ni alimento superfluo, así también una vida y una casa saludables se administran con lo que hay. Pero es preciso armonizar los bienes con la necesidad. Ya que quien acumula muchas cosas y necesita poco, no es autosuficiente, sino que si no tiene necesidad, es un necio con los bienes que no desea, o, si los desea, un desdichado al impedir su disfru-
4 te por mezquindad. Gustosamente preguntaría al propio Catón: si la riqueza es para disfrutarla, ¿por qué te vanagloriaste de contentarte con poco cuando habías adquirido mucho? Y si es glorioso, como lo es, consumir un pan cualquiera, beber el vino que beben trabajadores y sirvientes, no necesitar vestidos de púrpura ni una casa revocada con cal[141], en nada descuidaron su deber Aristides ni Epaminondas ni Manio Curio ni Gayo Fabricio, cuando renunciaron a desear
5 la adquisición de aquello cuyo uso rechazaban. Porque no era necesario para un hombre que había hecho de los nabos su más gustoso alimento y que los cocía él mismo[142], mientras su mujer amasaba la harina de cebada[143], parlotear tantas ve-

[140] En JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates* I 6. 10, Sócrates dice: «yo creo que no necesitar nada es algo divino y necesitar lo menos posible es estar cerquísima de la divinidad».

[141] Cf. *Catón* 15, 1-2. Sobre Gayo Fabricio y Manio Curio cf. 28, 3 y n. 3.

[142] Como Manio Curio, *Catón* 2, 2.

[143] Aunque esto no se dice de la mujer de Manio Curio en el pasaje de *Catón* al que Plutarco está haciendo referencia, sí se hace en *Foción* 18, 3, hablando de la mujer de este personaje.

ces sobre el as y escribir con qué ocupación alguien llegaría
a ser rico de la manera más rápida[144]. Grande es, pues, lo fru-
gal y el contentarse con lo que se tiene, porque, al mismo
tiempo, se aparta del deseo y de la preocupación por lo su-
perfluo. Por eso también afirman que, en el proceso de 6
Calias, Aristides dijo que convenía afear la pobreza a los que
son pobres involuntariamente, pero a los que, como él, lo
eran por propia voluntad, había que glorificarlos. Pues sería
ridículo pensar que la pobreza de Aristides era por indo- 7
lencia, cuando le fue posible enriquecerse sin hacer nada
vergonzoso, sólo con despojar a un único bárbaro o con apo-
derarse de una única tienda[145]. Y sobre estos asuntos baste
con esto.

Las campañas militares de Catón, aún con grandes ac- 32
ciones, nada añadieron, pero en las de Aristides están las
más hermosas, brillantes y principales empresas griegas:
Maratón, Salamina y Platea. Y no sería, sin duda, justo com- 2
parar a Antíoco con Jerjes, ni los muros conquistados de las
ciudades de Iberia con tantos inumerables muertos en la tie-
rra y tantos en el mar; en lo cual Aristides no era inferior a
nadie en la acción, y la fama y coronas, igual que se despreo-
cupaba de riqueza y dinero, las cedió a los que más las nece-
sitaban, porque también estaba por encima de todo eso. Y yo 3
no reprocho a Catón el que se envanezca siempre y que se si-
túe a sí mismo como el primero de todos; aunque afirma en
alguna obra que es inconveniente tanto el alabarse así como
el censurarse a uno mismo; pero me parece más perfecto
frente a la virtud el que no necesita que otros lo hagan que

[144] Parece una crítica a los consejos que Catón daba a su hijo mayor en *Catón* 21, 8.

[145] Tras la batalla de Maratón, cuando Aristides y los hombres de su tribu custodiaban a los prisioneros y el botín (*Aristides* 5, 6).

4 quien con frecuencia se alaba a sí mismo. Pues el desinterés por los honores es no pequeña provisión para la paciencia política, y lo contrario, el deseo de honores, difícil y muy capaz de engendrar envidia; de esto último Aristides se apartaba por completo, pero Catón participaba muchísimo. Aristides, aun colaborando con Temístocles en cosas muy importantes y siendo, en algún modo, su escolta durante su generalato, enderezó Atenas, pero Catón, actuando contra Escipión, por poco echó abajo y mutiló su campaña contra los cartagineses, en la que derribó al invencible Aníbal, y, finalmente, tramando siempre algunas asechanzas y calumnias, lo echó de la ciudad, y a su hermano lo envolvió con una condena muy vergonzosa por robo[146].

33 Si, por tanto, Catón ha adornado siempre su templanza con muchísimos y bellísimos elogios, Aristides la guardó verdaderamente intacta y pura, pero el matrimonio del propio Catón, en contra a la vez de su dignidad y de su edad, esparció un des-
2 crédito no pequeño ni sin importancia a este respecto. Y que ya tan viejo diera como madrastra a su hijo adulto y a la esposa de éste a la hija de un padre empleado y que prestaba un servicio público por un sueldo no fue en absoluto conveniente, sino que, bien lo hiciera por placer, bien por cólera para castigar a su hijo por medio de la amante, es una vergüenza tanto la acción como el pretexto. Y la respuesta que utilizó al hablar con
3 ironía al hijo no fue sincera. Porque si quería engendrar buenos hijos como él, era preciso que contrajera un noble matrimonio examinado desde el principio, no que se contentara, mientras pasaba desapercibido, con acostarse con una mujer ilegítima y vulgar, y cuando fue descubierto, que pensara convertir en suegro al que fácilmente convencería, no al que le proporcionaría una unión muy provechosa.

[146] Cf. *Catón* 15, 1-2.

FILOPEMÉN - TITO FLAMININO

INTRODUCCIÓN

I. FILOPEMÉN

Filopemén vivió entre los años 253 y 183 a. C. Arcadio de Megalópolis fue, sin duda, un hombre de acción, lo que está acreditado por las ocho veces que fue elegido estratego por sus conciudadanos aqueos, por las otras ocasiones en las que, sin tener cargo alguno, no tuvo empacho en dirigir militarmente a sus conciudadanos en contra, incluso, de la política oficialmente establecida por la Liga Aquea, o por sus dos campañas en Creta (entre los años 221-211 y 200-193 a. C.). Le tocó vivir el momento del declive de Grecia cuando Macedonia primero y Roma después, y esta última vez de manera definitiva, suprimieron su libertad.

Con todo, durante un tiempo y gracias a él una parte de Grecia, el Peloponeso, pudo mantenerse en una relativa independencia al conseguir su unidad a través de la Confederación o Liga Aquea. El impulsor de este logro había sido Arato de Sición, cuya vida también escribió Plutarco, aunque hubo de contar con la ayuda de Macedonia o de los Tolomeos de Egipto, mientras que fue obra exclusiva de Filopemén que los propios aqueos alcanzaran una capacidad militar que no necesitaba el apoyo de ninguna fuerza ajena.

Al final todo resultó inútil porque las circunstancias habían cambiado y la nueva potencia que era Roma continuaba su impulso hacia el dominio del mundo mediterráneo; esto acentúa la visión casi de héroe trágico que traza Plutarco de Filopemén.

Siguiendo su costumbre, Plutarco cuenta la formación inicial del personaje, muy pronto huérfano, guiado por dos tutores, Écdelo y Demófanes, ambos filósofos ligados a la Academia platónica, pero orientados hacia la política y la acción. La educación de Filopemén estará basada en lo militar: sus lecturas de los libros sobre táctica de Evángelo, de las campañas de Alejandro, de los pasajes homéricos que ensalzan la gloria guerrera o su estudio personal de los lugares y sus accidentes para ser usados en la estrategia de un ejército, dejando a un lado los mapas hechos por otros, del armamento más adecuado, etc., todo ello va a contribuir a hacer de él un gran general. Estas excelentes cualidades quedan, sin embargo, oscurecidas por su torpeza para la política, para ser realmente un hombre de Estado como lo fue Epaminondas, citado en dos ocasiones (3, 1 y 14, 2) como el modelo en el que se fijaba Filopemén. Propenso en exceso a la cólera, Filopemén es criticado con dureza por su comportamiento con Esparta (16), de la que Plutarco se manifiesta gran admirador, o por haber desgajado de Megalópolis varias poblaciones como castigo por haber criticado su segundo viaje a Creta (13, 7-8); su propia muerte es contemplada como una venganza divina, obra de la Némesis, castigo por las palabras imprudentes que Filopemén pronunció (18, 3-4). Por cierto que Tito Livio (XXXIX 50, 11) hace notar cómo el año 183 a. C., en el que muere Filopemén, es el mismo en el que desaparecen otros dos grandes generales, Aníbal y Escipión Africano.

El propio Plutarco cita como fuentes a Polibio y a Aristócrates; este último es un historiador espartano que es-

cribió, hacia el siglo I a. C., una *Historia de Laconia*, perdida para nosotros, que se vuelve a citar en *Licurgo* 4, 8 y 31, 10, y del que tenemos también una referencia en Ateneo, *Banquete de los eruditos* III 82 E. En cuanto a Polibio, sabemos que escribió un *Elogio de Filopemén*, en tres libros, obra igualmente perdida, pero que Plutarco debió utilizar en su relato de los primeros años del personaje; sin duda, la vida de Filopemén hubo de ejercer una considerable fascinación en su paisano Polibio, que, además, le conoció y participó en su cortejo fúnebre. Las *Historias* del propio Polibio, que sí conservamos, aunque fragmentariamente, fueron asimismo utilizadas, y sus lagunas quedan completadas para nosotros por la *Historia de Roma desde su fundación* de Tito Livio, que, evidentemente, tuvo delante la obra de Polibio. Se aprecian, al comparar los relatos, diferencias de tratamiento de algunos asuntos, lo que se destaca en las notas, así como la brevedad de la que hace gala Plutarco al describir algún suceso, mucho más desarrollado en el historiador de Roma. Como en otras ocasiones Plutarco hace gala también de su erudición, citando a Homero en dos ocasiones, o haciendo referencias a Platón y a Esquilo.

El esquema seguido es el siguiente:

1) Primeros años de Filopemén; sus tutores y educación: 1- 4.
2) Las primeras empresas militares: 5 - 6.
3) Primer viaje a Creta. A su regreso es nombrado hiparco y estratego: 7.
4) Breve digresión sobre la Liga Aquea: 8.
5) Los cambios introducidos por Filopemén en el ejército aqueo: 9.
6) Batalla de Mantinea: 10.
7) Honores para Filopemén en los Juegos Nemeos; su fama se extiende entre amigos y enemigos: 11 -12.
8) Segundo viaje a Creta: 13.
9) Sucesos de Esparta: 14 -16.

10) Relaciones con los romanos: 17.
11) Última campaña y muerte de Filopemén: 18-20
12) Sus honras fúnebres: 21.

II. FLAMININO

La vida de Tito Quincio Flaminino, al que Plutarco llama casi siempre simplemente Tito, transcurrió entre los años 228 y 174 a. C. Fue cónsul en el 198, con apenas treinta años de edad y, como destaca su biógrafo, sin haber pasado previamente por las magistraturas inferiores del *cursus honorum* romano. Poco se nos dice sobre sus primeros años ni sobre su formación, salvo que muy pronto, a los veinte años, el 208 a. C., participó como tribuno militar a las órdenes de Claudio Marcelo en la guerra contra Aníbal, y que fue nombrado gobernador de Tarento. Allí posiblemente aprendió o perfeccionó la lengua griega, siendo uno de los pocos jefes militares romanos de su época que pudo expresarse en ella. Vencedor de Filipo V de Macedonia en la batalla de Cinoscéfalas, el año 197 a. C., proclamó en los Juegos Ístmicos del 196 un decreto que declaraba a los corintios y a otros siete pueblos griegos libres del dominio de Macedonia. Censor en el año 189 a. C., tuvo problemas con Marco Porcio Catón, censor a su vez en el 184, debido a la conducta de su hermano Lucio Quincio Flaminino, descrita con detalle en *Catón el Mayor* 17, y que le valió a Lucio su expulsión del senado.

Es evidente la intención de Plutarco de ensalzar la figura de Flaminino; así, minusvalora la actuación de su predecesor P. Sulpicio Galba en la campaña griega (3, 1), exagera la adhesión de las ciudades griegas hacia los romanos (6, 1) o atribuye a Flaminino todo el mérito de la victoria en Cinoscéfalas, silenciando la actuación del tribuno militar que ata-

có el ala derecha del ejército macedonio y contribuyó decisivamente al triunfo, según sabemos por Tito Livio. No deja, sin embargo, Plutarco de criticar el carácter cambiante de Flaminino, su propensión a la cólera o sus celos ante los honores que se tributaban a Filopemén. Y, sobre todo, aparte de la ambición desmedida que le lleva a solicitar un nuevo tribunado militar cuando nadie se lo pedía (19, 7), su gran responsabilidad en la muerte de Aníbal, de lo que se sentía muy orgulloso (21, 1), y que le granjeó la repulsa de no pocos de sus compatriotas.

Las fuentes citadas por el propio Plutarco son el diálogo *Sobre la vejez* de Cicerón (18, 10), a propósito de la acusación de Catón el Mayor contra Lucio Flaminino, Tito Livio (18, 9 y 20, 10), Valerio Antias (18, 8) y C. Sempronio Tuditano (14, 2). Sigue casi literalmente a Livio en los capítulos 3 y 4, aunque su versión es diferente de la del historiador romano en otros momentos, como se indica pormenorizadamente en las notas. Su información personal es buena en cuanto a monumentos y restos de la época que describe: así debe de haber copiado personalmente las dedicatorias de los exvotos que Flaminino consagró en Delfos (12, 11-12), ha conocido sin duda la estatua de Flaminino en Roma, frente al Circo Flaminio (1, 1) y su transcripción de las dedicatorias a Flaminino en el gimnasio y el Delfinio de Calcis en Eubea demuestran un conocimiento directo.

El esquema de la narración es el siguiente:

1) Carácter y comienzo de la carrera militar de Flaminino: 1.
2) Cónsul nombrado para la guerra de Macedonia: 2.
3) Campaña en Epiro y Tesalia: 3-6.
4) Batalla de Cinoscéfalas: 7-8.
5) Rivalidad entre etolios y romanos: 9.
6) Liberación de Grecia. Honores a Flaminino. Su triunfo en Roma: 10-14.

7) Guerra contra Antíoco: 15 -16.
8) Anécdotas sobre el carácter cambiante del personaje: 17.
9) Flaminio censor. Problemas con Catón: 18 -19.
10) Muerte de Aníbal. Juicio sobre la actuación de Flaminino: 20 -21.

III. COMPARACIÓN FILOPEMÉN - FLAMININO

La breve comparación, muy retórica en su expresión, que se hace de Filopemén y Flaminino, señala las cualidades y defectos de ambos: mejor general fue Filopemén, como demostró en innumerables combates, tanto en la Grecia continental como en Creta, haciendo buenos soldados de los que no lo eran, y en un momento en el que Grecia estaba en su declive; se destaca también el valor personal de Filopemén, frente a la inactividad de Flaminino en plena batalla en Cinoscéfalas. Pero los triunfos del general aqueo fueron siempre sobre griegos, en una lucha fratricida que tanto critica Plutarco, y su cólera, incontenible, perjudicó sus éxitos al castigar duramente a Esparta y su propia patria, e, incluso, causó su muerte, por arriesgarse sin necesidad en la que sería su última campaña.

Flaminino, en cambio, no hubo de inventar nuevas estrategias, ya que contaba con un ejército bien entrenado, cuando Roma comenzaba a ser una potencia universal y, además, sólo hubo de librar dos batallas importantes. Su clemencia con Filipo de Macedonia y con los griegos en general se manifestó en la generosidad con la que los trató. Por otra parte, Flaminino siempre actuó desde la legalidad de su cargo de cónsul, mientras que Filopemén hizo poco caso de ello cuando se enfrentó, como simple particular, con Nabis o se opuso al propio Flaminino en su intento de atacar a Esparta.

Con ser generosa la actuación de Flaminino, Plutarco cierra la comparación haciendo ver que fue mayor la de Filopemén al intentar mantener la libertad de los griegos; sea para el romano la corona de la justicia y de la bondad, y para el griego la de la experiencia militar y la aptitud en el mando.

IV. NUESTRA TRADUCCIÓN

Como en el caso de las *Vidas* de Aristides y Catón el Mayor, seguimos el texto de la edición de R. Flacelière y E. Chambry, *Plutarque. Vies V: Aristide - Caton l'Ancien, Philopoemen - Flamininus*, Les Belles Lettres, París, 1969, y se ha utilizado también la reedición de 1988 de la Loeb Classical Library *Plutarch's Lives X: Agis and Cleomenes, Tiberius and Gaius Gracchus, Philopoemen and Flamininus*, de B. Perrin. La base de nuestras notas se encuentra en la edición francesa, y, a partir de ellas, se han consultado los tomos correspondientes de Pausanias, *Descripción de Grecia*; Polibio, *Historias*, y Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, publicados ya en esta Biblioteca Clásica Gredos. Se ha procurado ajustarse más al texto griego que en las ediciones citadas, sin caer tampoco en una excesiva literalidad.

FILOPEMÉN

Cleandro era de familia principal y de los ciudadanos de mayor influencia en Mantinea[1], pero tras sufrir una mala racha escapó de su ciudad y fue a Megalópolis, especialmente a causa del padre de Filopemén, Craugis, hombre ilustre en todos los aspectos, que tenía con aquél una relación particularmente familiar. 1
Así, mientras vivió Craugis, tenía de todo, pero, tras su muerte, compensando el favor, crió a su hijo, que había quedado huérfano, como dice Homero que Aquiles fue criado por Fénix[2], consiguiendo una formación y crecimiento excelente y regio de su carácter ya desde el principio. 2
Y apenas Filopemén salió de la niñez, los megalopolitanos Écdelo y Demófanes se turnaron en su cuidado, estrechamente unidos ambos a Arcesilao en la Academia[3] y quienes 3

[1] Sobre este Cleandro nos informan también POLIBIO (X 22, 1) y PAUSANIAS (*Descripción de Grecia* VIII 49, 2) en las breves biografías que ambos hacen de Filopemén.

[2] Sobre el papel de Fénix como tutor de Aquiles, cf. HOMERO, *Ilíada* IX 442 ss. y 478 ss. El parecido entre Fénix y Cleandro reside en que ambos, expulsados de sus patrias, fueron acogidos por Peleo y Craugis respectivamente, y en que los dos fueron tutores de los hijos de sus benefactores. Sin embargo, Peleo aún vivía cuando encargó a Fénix que acompañara a su hijo a Troya, por lo que Aquiles no era huérfano, como Filopemén.

[3] Los nombres de estos dos personajes son dudosos en la tradición ma-

más de los de su época habían dirigido la filosofía hacia la po-
4 lítica y los asuntos públicos. Éstos también liberaron a su patria de la tiranía, preparando en secreto a los que mataron a Aristodemo[4], y ayudaron a Arato a echar fuera a Nicocles[5], tirano de los sicionios; también, al pedirlo los cireneos, cuando los asuntos en su ciudad estaban agitados y enfermos, después de navegar allí, establecieron la legalidad y organizaron la
5 ciudad de la mejor manera posible. Ellos, entre las demás tareas, también se dedicaban a la educación de Filopemén, para hacer a este hombre, mediante la filosofía, una ayuda
6 común para Grecia. Porque Grecia, como al último hijo, el que nace en la vejez, tras criarle en las virtudes de los antiguos generales, lo amó de manera singular y aumentó su fuerza con
7 la fama. Un romano, al hacer su elogio, lo llamó el último de los griegos, como si después de él Grecia no hubiera engendrado a ningún gran hombre ni que fuera digno de ella[6].

2 No era feo de aspecto, como algunos creen[7]; pues vemos una estatua de él que se conserva en Delfos[8]. Y el error de la

nuscrita, que vacila entre Écdelos y Écdemos, Demófanes o Megalófanes. En cuanto a Arcesilao de Pitane (316-246 a. C.), estudió primero matemáticas con Autólico y después filosofía en Atenas con Teofrasto, pero terminó orientándose hacia la Academia de Platón, aunque introdujo una nota de escepticismo en el estudio y debate filosóficos de esta escuela; es considerado el fundador de la Academia Media.

[4] Tirano de Megalópolis, muerto seguramente hacia el año 250 a. C. PAUSANIAS (VIII 27, 11 y 36, 5) habla de este Aristodemo, al que describe como un «buen» tirano.

[5] Sobre el derrocamiento de Nicocles, cf. PLUTARCO, *Arato* 2, 10 y POLIBIO, II 43.

[6] Cf. PLUTARCO, *Arato* 24, 2 y PAUSANIAS (VIII 52, 1). Bruto también llama a Casio «el último de los romanos» en PLUTARCO, *Bruto* 44, 1.

[7] Entre otros PAUSANIAS (VIII 49, 3): «En talla y fuerza corporal no era inferior a ningún peloponesio, pero de aspecto era feo de cara».

[8] De este monumento nos ha llegado sólo el pedestal con la inscripción: «La Confederación aquea a Filopemén, hijo de Craugis, megalopolitano,

huésped de Mégara dicen que ocurrió por cierta buena dispo-
sición y llaneza de él. Porque, enterada de que llegaba junto 2
a ellos el general de los aqueos, estaba alborotada preparan-
do la comida, al no estar presente casualmente su marido. Y
en eso llegó Filopemén que llevaba una pequeña clámide ba- 3
rata, y, creyendo ella que era uno de los criados que se había
adelantado, le pidió que echara una mano en el servicio. Y, de
inmediato él, tras quitarse la clámide, se puso a partir leña. 4
Cuando el huésped llegó y lo vio, dijo: «¿Qué es esto, Filo-
pemén?». «¿Qué otra cosa», contestó, hablando en dorio,
«sino que pago la multa por mi mal aspecto?». Al considerar
la constitución del resto de su cuerpo, dijo Tito[9]: «Filo- 5
pemén, ¡qué buenas manos y piernas tienes! Pero no tienes
vientre». Pues era más estrecho en la mitad del cuerpo.
Realmente la burla se refería más a su ejército; porque aun- 6
que tenía buenos hoplitas y jinetes, muchas veces no andaba
bien de dinero. Esto, al menos, se dice sobre Filopemén en
las escuelas[10].

El amor a la gloria de su carácter no estaba en absoluto 3
exento de la afición a disputar ni libre de cólera; al contrario,
aunque quería ser sobre todo emulador de Epaminondas, e
imitaba con rigor su actividad e inteligencia, así como su
desinterés por el dinero, en cambio, al no ser capaz de perse-
verar en su afabilidad, reflexión y humanidad en las querellas
políticas, debido a su carácter colérico y a su afición a dispu-
tar, parecía más apropiado para la virtud militar que para la
política. Pues desde su primera infancia era amigo de la vida 2
del soldado y se sometía animosamente a las disciplinas

por su valor y buena disposición hacia los aqueos» (E. Bourguet, *Fouilles de Delphes* III, 1, París, École Française d'Athènes, núm. 47).

9 Tito Flaminino, cuya vida se compara con la de Filopemén.

10 La misma expresión la utiliza Plutarco en *Pericles* 35, 2.

apropiadas para ello, a instruirse con armas y a practicar la
3 equitación. Y como parecía también bien dotado para luchar
y le animaban al atletismo algunos de sus amigos y tutores,
les preguntó si para su entrenamiento militar no resultaría
4 perjudicado algo por el atletismo. Y ellos contestaron, como
era cierto, que el cuerpo y vida del atleta difieren de los
del militar en todo, y que es muy distinto el modo de vida y
el ejercicio; los atletas con mucho reposo, con abundantes
comidas y con movimientos organizados y descansos aumen-
tan y mantienen su forma, que está inclinada al cambio por
todo tipo de causa y desviación de lo habitual[11], mientras que
a los soldados conviene estar entrenados en cualquier tipo de
cambio y en toda anomalía, y, sobre todo, en soportar con fa-
5 cilidad la frecuente carencia de comida y sueño. Cuando lo
oyó Filopemén no sólo él rehuyó la ocupación y se burló, si-
no que, después, siendo ya general, con cuantos desprecios e
insultos fue capaz, rechazó todo tipo de atletismo porque ha-
cía a los cuerpos más idóneos inútiles para los combates
necesarios.

4 Liberado de maestros y preceptores, en las expediciones
militares de la ciudad, que hacían lanzándose sobre Lace-
demonia en busca de botín y saqueo[12], se acostumbró a
marchar el primero de la vanguardia y el último de la reta-
2 guardia. Cuando había tiempo libre trabajaba su cuerpo y lo
ejercitaba ligero a la vez que vigoroso bien cazando bien la-
3 brando la tierra. Pues tenía un hermoso campo a veinte esta-

[11] Un punto de vista parecido sobre la excesiva especialización en los ejercicios de los atletas la expresa Sócrates en Jenofonte, *Banquete* 2, 17.

[12] Megalópolis había sido fundada por Epaminondas hacia el año 368 a. C. para que sirviera de amenaza constante contra Esparta; de ahí las frecuentes incursiones que los megalopolitanos hacían contra Laconia. Por otra parte, en el año 229, cuando Filopemén tenía 24 años, se reanudó la guerra entre aqueos y espartanos.

dios de la ciudad. Iba a él cada día tras el desayuno o la co-
mida, y dormía echado sobre cualquier yacija, como cual-
quiera de los trabajadores. Tras levantarse al rayar el alba y 4
emprender la tarea con los vendimiadores o boyeros, volvía
otra vez a la ciudad y estudiaba los asuntos públicos con ami-
gos y magistrados[13]. Los ingresos de las expediciones los 5
gastaba en caballos, armas y rescates de prisioneros, e inten-
taba aumentar su hacienda a través de la agricultura, la más
justa de las ganancias[14], y eso no lo consideraba accesorio,
sino que pensaba que era muy conveniente adquirir propie-
dades para abstenerse de las ajenas.

Escuchaba las lecciones y leía los libros de los filóso- 6
fos, no todos, sino aquellos que le parecía que serían de
provecho para la virtud. Y de los poemas de Homero po- 7
nía atención en cuanto consideraba que movía al valor
y estimulaba la imaginación. De las demás lecturas se 8
aplicaba especialmente a los libros sobre la táctica de
Evángelo[15] y se ocupaba de las historias de Alejandro,
pensando que las palabras terminan en acciones, a no ser
que acaben en pereza y en estéril charla. Porque, dejando 9
de lado los esquemas teóricos de táctica reproducidos en
las tablillas, hacía comprobaciones y prácticas en los pro-
pios lugares, examinando personalmente en las marchas y
discutiendo con los suyos las irregularidades de los terre-
nos, los cortes de las llanuras y cuantas cosas referentes a
los cauces de un río o fosos o desfiladeros son problemas
y posibilidades para situar una falange, ya desplegada, ya

[13] Un tipo de vida muy parecido al que Plutarco describe que hacía Catón el Censor.

[14] Puede haber aquí una referencia a JENOFONTE (*Económico* V 1-17) en el elogio de la agricultura que se pone en boca de Sócrates.

[15] Los tratados sobre táctica militar de Evángelo son también citados por ELIANO (*Teoría de la táctica* 1) y ARRIANO (*Arte táctica* 1).

10 de nuevo replegada[16]. Porque parecía que este hombre buscaba ilustrarse en los asuntos militares más allá de lo necesario, gustar de la guerra como fundamento más variado de la virtud y mostrar desprecio, en general, por los que no se ocupaban de ello como seres inútiles.

5 Cuando Filopemén tenía ya treinta años, Cleómenes, el rey de los lacedemonios, de improviso, por la noche cayó sobre Megalópolis y, tras forzar las guardias entró dentro y
2 ocupó el ágora[17]. Aunque acudió en ayuda, Filopemén no pudo expulsar a los enemigos, pese a pelear con firmeza y audacia, pero de algún modo logró sacar de la ciudad a los ciudadanos, combatiendo contra los perseguidores y atrayendo sobre él a Cleómenes, de forma que escapó el último, tras
3 perder su caballo y resultar herido. Y cuando Cleómenes les envió recados a ellos[18], que se habían ido a Mesene[19], devolviéndoles, junto con sus bienes, la ciudad y el territorio, al ver Filopemén que los ciudadanos aceptaban de buen grado y se apresuraban a regresar, se opuso y lo impidió con razones, demostrándoles que Cleómenes no devolvía la ciudad, sino que adquiría además a los ciudadanos para tener la ciu-
4 dad con más firmeza. Pues no tendría forma de guardar, es-

[16] Tito Livio (XXXV 28, 1-7) informa con detalle sobre la especial habilidad de Filopemén para dirigir el ejército y estudiar a fondo sus posiciones sobre el terreno.

[17] Esta guerra entre Esparta y la Confederación aquea, que empezó en el 223 a. C., duró seis años; el propio Plutarco nos da más información sobre ella en *Cleómenes* 23-25, y Polibio, II 55, 61 y 62.

[18] Cleómenes envió para comunicar esta oferta a dos importantes ciudadanos de Megalópolis que habían sido hechos prisioneros, Lisándridas y Teáridas (Plutarco, *Cleómenes* 24, 2-8).

[19] Al igual que Megalópolis, Mesene había sido fundada por Epaminondas, como nueva capital para el área del monte Itome, en el año 369 a. C., cuando liberó a Mesenia del control espartano y desbarató de esta manera sus bases económicas.

tableciéndose allí, casas y murallas vacías, sino que se iría
por la soledad de éstas. Al hablar así disuadió a los ciudada- 5
nos, pero dio a Cleómenes pretexto para destrozar y derribar
la mayor parte de la ciudad y para que se fuera dueño de
enormes riquezas[20].

Después, el rey Antígono[21], acudiendo en ayuda contra 6
Cleómenes, llevó a cabo una expedición militar junto con los
aqueos, y al tener aquél ocupadas las alturas y los pasos alre-
dedor de Selasia, formó a su ejército cerca, con la idea de ata-
car y presionar. Entre los jinetes estaba formado Filopemén 2
con sus conciudadanos[22], y tenía como infantes compañeros a
los ilirios, con los que se habían cubierto los extremos del
frente de batalla, y que eran muchos y valerosos. Se les había 3
dicho que, vigilantes, se mantuvieran tranquilos hasta que,
por el ala opuesta, fuera levantada por el rey una tela de color
púrpura, dispuesta sobre una sárisa[23]. Pero, al intentar los ge- 4
nerales presionar a los lacedemonios con los ilirios y mante-
ner los aqueos la vigilancia en formación, como se había
ordenado, Euclidas, hermano de Cleómenes, vio la brecha 5

[20] Según Polibio (II 62), el botín ascendió a trescientos talentos y no a los seis mil que fija el historiador Filarco, del que critica su tendencia a la exageración.

[21] Antígono Dosón, rey de Macedonia entre los años 227-221 a. C., hermano de Demetrio II y tutor del joven Filipo V. Llamado por Arato de Sición para que ayudase a la Confederación aquea contra el espartano Cleómenes, accedió si se devolvía a Macedonia el Acrocorinto; en el año 222 derrotó a Cleómenes en la batalla de Selasia, en la que la actuación de Filopemén se describe a continuación.

[22] Según Polibio (II 66, 7) los mil megalopolitanos que combatieron en Selasia eran soldados de infantería.

[23] Cf. Polibio (II 66, 10-11). La sárisa era una lanza macedonia de entre 4 a 6 m. de largo, que hacía de la falange una formación impenetrable. Precisamente su gran longitud es lo que hace que aquí se utilice para colocar sobre ella la señal.

que se producía entre los enemigos, y rápidamente envió por todas partes a los más rápidos de su infantería ligera con orden de atacar por detrás a los ilirios y desviarlos, al estar pri-
6 vados de la caballería. Esto era lo que ocurría y la infantería ligera caía sobre los ilirios y los desordenaba; tras comprender Filopemén que no sería empresa difícil atacar a los infantes y que la ocasión lo aconsejaba, primero se lo advertió a los
7 oficiales del rey. Pero como no lograba convencerlos, sino que era despreciado pues pensaban que estaba loco, y todavía no existía en torno a él una gran fama ni era digno de confianza para semejante maniobra, él mismo se lanzó tras arrastrar
8 consigo a los ciudadanos. Al principio surgió la confusión, luego se produjo la huida y una gran matanza de la infantería ligera; queriendo Filopemén animar aún más a los del rey y atacar rápidamente a los confundidos enemigos, dejó el caballo y mientras luchaba a pie con dificultad y fatiga en unos terrenos tortuosos y llenos de corrientes y barrancos, con la coraza de jinete y un equipo demasiado pesado, fue atravesado de parte a parte a la vez en los dos muslos por una jabalina, sin que la herida fuera mortal, pero sí grave porque la
9 punta pasó de un lado al otro. En un primer momento se hallaba completamente desorientado, colgado como en un lazo; pues era difícil sacar la correa de la jabalina, ya que había que
10 tirar de ella para sacarla de la herida[24]. Como los presentes vacilaban en tocarlo y la batalla estaba en su punto más álgido, se agitaba por la cólera y su deseo hacia el combate, y tras romper por la mitad la jabalina con el estiramiento y el movimiento de ambas piernas, mandó que le arrancaran por sepa-

[24] Esta jabalina tenía una correa en su centro de gravedad que servía para propulsarla y doblar su alcance. Polibio (II 69, 2) dice simplemente que el caballo de Filopemén resultó muerto y que fue herido gravemente en ambos muslos; Pausanias (VIII 49, 6), en cambio, coincide con la versión de Plutarco.

rado cada uno de los pedazos. Así liberado y desenvainando la 11
espada, corrió a través de las primeras filas contra los enemigos,
de manera que causó mucho entusiasmo y emulación de valor a
los combatientes. Venció, pues, Antígono, y puso a prueba a los 12
macedonios preguntando por qué, sin haberlo mandado él, ha-
bían movido la caballería. Y ellos, decían, defendiéndose, que fue- 13
ron obligados, contra su opinión, a llegar a las manos con los
enemigos, al atacar el primero un muchachito megalopolitano;
después de reirse, Antígono dijo: «Así que aquel muchachito ha
realizado la empresa de un gran general»[25].

A partir de entonces Filopemén tuvo fama, como es natu- 7
ral. Y al desear Antígono que combatiera con él, dándole un
mando y dinero, se excusó[26], principalmente porque sabía
que su naturaleza era áspera y difícil para ser mandada, pero, 2
como no quería estar sin hacer nada y ocioso, a causa del
ejercicio y estudio de las ciencias de la guerra se embarcó ha-
cia Creta en una expedición militar. Y allí se ejercitó mucho 3
tiempo en manejar la guerra con hombres valerosos y hábi-
les, y, además, sensatos y sobrios en el régimen de vida[27], y
regresó con los aqueos con tanta distinción que pronto fue
hecho hiparco[28]. Tras enterarse de que los jinetes se servían 4
de forma improvisada de jamelgos inútiles, cuando surgía
una expedición; que ellos mismos esquivaban la mayoría de
las expediciones militares, enviando a otros en su lugar; que

[25] Polibio (II 68, 1-2) da la anécdota completa: «Antígono repuso que el tal muchacho había cumplido la obra de un buen general, pues había visto la oportunidad; en cambio él, Alejandro, el general, se había comportado como un chiquillo».

[26] Cf. Pausanias, VIII 49, 6-7.

[27] Según Pausanias (VIII 49, 7) la primera actuación de Filopemén en Creta fue como jefe de mercenarios; allí estuvo diez años, desde el 221 al 211 a. C.

[28] Esto es, jefe de la caballería, en el año 209-208 a. C.

era tremenda la falta de experiencia junto con la cobardía de
todos, que los magistrados veían esto con indiferencia siem-
pre porque, entre los aqueos, los jinetes tienen la mayor in-
fluencia y son, con mucho, dueños del premio y del castigo,
5 no lo permitió ni se acomodó; por el contrario, fue a las ciu-
dades y moviendo hacia el deseo de honores a cada uno de
los jóvenes, hombre por hombre, reprendiendo a los que ne-
cesitaban castigo, utilizando ejercicios, desfiles y combates
de unos con otros, en donde pudieran contemplarlos muchí-
6 simos, en breve tiempo estableció entre todos una fuerza y
resolución admirables; y, lo que era más importante en las
tácticas, los hizo ágiles y rápidos para las evoluciones y gi-
ros a derecha e izquierda por escuadrón y para dar la vuelta
y media vuelta a caballo, y los acostumbró a que, como en un
solo cuerpo que se mueve en ataque, pareciera espontánea la
destreza de todo el conjunto en las evoluciones[29].

7 En la dura batalla que se les presentó alrededor del río
Lariso contra etolios y eleos[30], Damofanto, el hiparco de los
8 eleos, se lanzó a caballo contra Filopemén. Y éste, tras
aguantar su ataque y adelantarse, golpeó y derribó con la lan-
9 za a Damofanto. Inmediatamente después de caer éste, los
enemigos huyeron y Filopemén brilló, porque no era aventa-
jado en fuerza por ninguno de los jóvenes ni en sagacidad por
los mayores, sino que era el más capaz tanto a la hora de lu-
char como de mandar un ejército.

8 En cuanto a la Liga aquea, Arato fue el primero que la
elevó a la dignidad y pujanza desde lo insignificante y dis-
perso de sus ciudades, tras reunirlas y dotarlas de un sistema
2 político griego y humano. Luego, como en las corrientes de

[29] Esta reforma de la caballería aquea aparece descrita con más amplitud en Polibio (X 22, 6-23).

[30] Cf. Pausanias (VIII 49, 7).

agua, cuando unos pocos y pequeños cuerpos empiezan a po-
sarse y ya los que fluyen por encima de los primeros al engan-
charse y chocar hacen una materia sólida fuerte y firme entre
unos y otros, de la misma manera, en aquella época en la que 3
Grecia estaba débil y fácil de destruir ciudad por ciudad, los
aqueos, en primer lugar, se unieron y, protegiendo a algunas
de las ciudades de su entorno, al ayudarlas y liberarlas de los
tiranos, aliando con ellos a otras mediante la concordia y la
forma de gobierno, proyectaban organizar el Peloponeso co-
mo un solo cuerpo y una sola potencia. Pero, mientras vivía 4
Arato, todavía la mayoría estaban sometidos a las armas de
los macedonios, y servían a Tolomeo[31], luego, a su vez, a
Antígono y a Filipo, que se mezclaban en los asuntos griegos.
Sin embargo, cuando Filopemén llegó a ocupar el primer 5
puesto[32], al ser ya por sí mismos capaces de combatir con los
más fuertes, dejaron de utilizar protectores extranjeros. Pues
parece que Arato era más perezoso para las contiendas milita- 6
res, y la mayor parte de sus éxitos la alcanzó con el diálogo,
la paciencia y sus amistades con los reyes, como está escrito
en lo que trata sobre aquél[33], mientras que Filopemén, buen 7
guerrero y enérgico en las armas, que además resultó pronto
afortunado y victorioso en sus primeras batallas, aumentó
junto con la fuerza el espíritu de los aqueos, acostumbrados a
vencer con él y a tener éxito en la mayoría de los combates.

Así, en un primer momento, cambió las formaciones y el 9
armamento de los aqueos, que eran flojos. Pues utilizaban es- 2

[31] Se refiere a Tolomeo III Evergetes (284-221 a. C.), hijo mayor y sucesor de Tolomeo II Filadelfo. Participó en los asuntos griegos apoyando a la Confederación aquea y a Arato de Sición hasta el año 227, cuando Arato buscó la ayuda de Macedonia.

[32] Esto es, cuando alcanzó por primera vez el cargo de estratego, en el año 208-207 a. C. Arato había muerto en el 213.

[33] Cf. PLUTARCO, *Arato* 10.

cudos grandes, cómodos por su poco peso pero muy estre-
chos para rodear el cuerpo, y lanzas mucho más cortas que
3 las sárisas. Y, debido a eso, eran aptos para golpear y comba-
tir desde lejos por su ligereza, pero cuando se trababan con
4 los enemigos quedaban en inferioridad. En cuanto a la dispo-
sición de su línea de batalla y esquema de combate, no esta-
ban acostumbrados a la formación cerrada, y al emplear una
falange que no tenía actitud de ataque ni la marcha con los
escudos apretados, como la de los macedonios, fácilmente
5 eran aplastados y desordenados. Después de enseñarles eso,
Filopemén los convenció para que cogieran el escudo normal
y la sárisa en lugar del escudo grande y la lanza, y que, prote-
gidos con cascos, corazas y canilleras se ejercitaran en la pe-
lea constante y a pie firme, en lugar del combate a la carrera
6 típico de los peltastas[34]. Cuando convenció de que se armaran
los que estaban en edad militar, primero les animó a confiar
en que resultaban invencibles, luego modificó muy bien sus
7 lujos y despilfarros. Porque no era posible suprimir por com-
pleto la pasión vacía e inútil a los que la padecían desde hacía
mucho, los vestidos recargados a los que los amaban, las ro-
pas de cama teñidas de púrpura a los que se cubrían con ellas
y lo que atañe a la comida y festines a quienes se ufanaban de
8 ello[35]. Pero él empezó a tornar la ostentación de lo no necesa-
rio hacia lo útil y bello, y pronto persuadió a todos y animó a
que, disminuyendo los gastos diarios en su cuerpo, fueran vis-
tos como distinguidos y bien equipados en los pertrechos mi-
9 litares y guerreros. Así, se podían ver los talleres llenos
de vasijas y de copas de Tericles rotas[36], de corazas doradas, de

[34] Los peltastas eran la infantería ligera griega; su nombre deriva del pequeño escudo con el que se protegían, la *pélte*.

[35] Cf. Polibio, XI 18, 10.

[36] Tericles fue un famoso alfarero corintio, contemporáneo de Aristófanes. Según Ateneo (*Banquete de los eruditos* XI 470 e-f) con su nombre era designado un cierto tipo de copa.

escudos grandes y de frenos plateados, así como los estadios de potros que se estaban domando y de muchachos practicando la esgrima, y, en las manos de las mujeres, cascos y penachos adornados con tintes, y bordadas túnicas de jinetes y clámides de soldados. Este espectáculo, al aumentar el valor 10
e invitar al esfuerzo, lograba el amor al riesgo y la buena disposición para los peligros. Porque el lujo en los demás aspec- 11
tos produce libertinaje y revela blandura en los que lo usan, como una sensación que por medio de picaduras y cosquilleos destruye a la vez el juicio; pero el de cosas así vigoriza 12
y engrandece el espíritu, como Homero hizo que Aquiles, cuando fueron colocadas las nuevas armas bajo su vista, se apasionase y inflamase ante la fuerza que tendría con ellas[37].
Equipando de esta manera a los jóvenes los entrenaba y tra- 13
bajaba con empeño los ejercicios a los que se sometían con buena disposición y empeño. Y, en efecto, la formación de 14
combate era extraordinariamente querida, porque parecía conseguir una masa compacta indestructible, y las armas resultaban manejables y ligeras para los cuerpos, cogiéndolas y llevándolas con gusto por su brillo y belleza, y querían combatir y probarlas cuanto antes contra los enemigos.

Hubo entonces guerra entre los aqueos y Macánidas, tira- 10
no de los lacedemonios, que con una fuerza numerosa y potente maquinaba contra todos los peloponesios. Tan pronto 2
como se anunció que se había dirigido a Mantinea, rápidamente Filopemén condujo al ejército contra él. Y cerca de la 3
ciudad formaron en orden de batalla, con muchos mercenarios cada uno de ellos y a la vez con todas las fuerzas de las ciudades[38]. Y cuando se trabó combate, Macánidas con los 4

[37] Homero, *Ilíada* XIX 15-23.

[38] Sobre la batalla de Mantinea, que tuvo lugar en mayo del año 201 a. C., cf. Polibio, XI 11-18.

mercenarios, tras poner en fuga a los tiradores de jabalina
aqueos que estaban en primera fila y a los tarentinos[39], en lu-
gar de ir enseguida contra los combatientes y romper la for-
mación, se apartó lanzándose a la persecución y sobrepasó la
falange de los aqueos que se mantenían en orden de batalla,
5 pero Filopemén, al producirse semejante derrota al principio
y cuando parecía que las cosas estaban totalmente perdidas y
arruinadas, sin embargo fingía despreciar eso y no conside-
6 rarlo nada malo; y cuando comprendió cuánto se equivoca-
ban los enemigos en la persecución, al separarse de la
falange y entregar un espacio vacío, no avanzó ni se opuso a
los que los conducían contra los fugitivos, sino que dejó que
se alejaran e hicieran una gran brecha y, de inmediato, se en-
caminó hacia los hoplitas lacedemonios, al ver que la falan-
ge había quedado desguarnecida, y embistió corriendo contra
el flanco, porque ni tenían jefe ni esperaban combatir. Porque
creían que vencían y dominaban por completo al ver a
Macánidas entregado a la persecución. Cuando chocó contra
7 ellos, con enorme mortandad (pues se dice que murieron más
de cuatro mil), se lanzó contra Macánidas que regresaba de
perseguir con los mercenarios[40]. Como se interponía en me-
8 dio un foso grande y profundo, cabalgaban en paralelo desde
cada uno de los lados, intentando uno atravesar y huir, mien-
9 tras el otro deseaba impedirlo. Y el espectáculo no parecía un
combate de generales, sino una fiera que se pone a la defen-
siva por necesidad ante un temible cazador que la hace fren-
10 te[41]. Entonces el caballo del tirano, que era robusto y fogoso
y estaba ensangrentado en ambos lados por las espuelas, se

[39] No se trata de los habitantes de Tarento, sino que se llamaba así a una caballería ligera, armada de jabalinas y entrenada para hostigar al enemigo.

[40] Cf. POLIBIO, X 12.

[41] El relato del combate entre Macánidas y Filopemén coincide totalmente con el que hace POLIBIO (XI 18, 1-5), pero esta comparación es original de Plutarco.

atrevió al cruce y aplicando el pecho al foso se esforzaba en
apoyarse al otro lado con las patas delanteras. Pero en ese
momento Simias y Polieno, que siempre estaban al lado de 11
Filopemén cuando luchaba y juntaban con él sus escudos, ca-
balgaron ambos a la vez inclinando de frente las lanzas. Sin
embargo llegó antes que ellos Filopemén para enfrentarse a 12
Macánidas, y, viendo que el caballo de éste al alzar la cabe-
za quedaba delante de su cuerpo, inclinó un poco el suyo y,
aferrando con la mano la lanza, la hundió y derribó al hom-
bre atravesándolo. En esa actitud fue erigido en bronce por 13
los aqueos en Delfos[42], que admiraron muchísimo tanto su
acción como aquella campaña.

Se cuenta que, al celebrarse la fiesta en Nemea[43], 11
Filopemén era general por segunda vez y había ganado no
hacía mucho la batalla de Mantinea, y que, ocioso a causa de
la fiesta, mostró primero a los griegos la falange bien equipa-
da y poniendo en movimiento, según estaba acostumbrada,
las disposiciones tácticas con rapidez y vigor. Después, cuan- 2
do competían los citaristas, entró al teatro en compañía de los
jóvenes, con sus clámides militares y sus vestidos purpúreos,
todos con los cuerpos en la flor de la edad y con edades si-
milares, mostrando un enorme respeto a su jefe y un temple
juvenil por los muchos y bellos combates. Y según acababan 3
de entrar, por casualidad, Pílades, el citarista, cantando, ini-
ciaba *Los Persas* de Timoteo[44]:

[42] Cf. n. 8.

[43] Los Juegos Nemeos se celebraban cada dos años, el segundo y cuarto de cada Olimpíada; había en ellos concursos gimnásticos, hípicos y musicales.

[44] Timoteo de Mileto, nacido a mediados del s. v a. C., al que la tradición hace amigo de Eurípides. En el año 1902 se descubrió en un sepulcro en Abusir, en el Bajo Egipto, un papiro, el 1206 P, con grandes fragmentos de la obra que aquí se cita, *Los Persas*; se trata de un *nómos*, un tipo de

El que crea la gloria de la libertad, gran adorno de Grecia.

4 Junto con la brillantez de la voz que armonizaba con la majestad del poema, se produjo la mirada desde todas las partes del teatro hacia Filopemén y un aplauso con muestras de alegría, al recobrar los griegos en sus esperanzas la antigua dignidad y por verse muy cerca de confiar en el espíritu de entonces.

12 En las batallas y en los peligros, igual que los potros por añorar a sus habituales jinetes, si llevan a otro, se espantan y asustan, de la misma forma el ejército aqueo, al mandarlo otro, se desanimaba, y buscaba a aquél con la vista y, solamente cuando se le veía, de inmediato volvía a estar firme y activo debido a que confiaba, como si supiera también que este general era el único al que los enemigos no podían mirar de frente, por temer su fama y renombre, como era evi-
2 dente por lo que hacían. En efecto, Filipo, el rey de los macedonios, al creer que si Filopemén fuera eliminado los aqueos de nuevo temblarían ante él, envió a Argos, en secreto, a unos para que lo quitaran de en medio; pero, al ser descubierta la trama, fue absolutamente detestado y desa-
3 creditado ante los griegos[45]. Cuando los beocios asediaban Mégara y esperaban tomarla pronto, al llegarles de repente la noticia, que no era cierta, de que Filopemén, viniendo en ayuda de los asediados, estaba cerca, abandonaron las escalas, ya apoyadas en los muros, y se marcharon huyendo[46]. Y

composición cuya creación se atribuye nada menos que a Terpandro, una antiquísima forma de canto consagrado a Apolo, dividida en siete partes y que se acompañaba con la cítara. El relato que hace PAUSANIAS (VIII 50, 3) de la aparición de Filopemén en el teatro coincide con el de Plutarco.

[45] PAUSANIAS (VIII 50, 4) dice que este intento de asesinato tuvo lugar en la propia Megalópolis.

Nabis, tirano de los lacedemonios después de Macánidas, se 4
había apoderado repentinamente de Mesene; Filopemén era
entonces un simple ciudadano y no tenía autoridad sobre
ejército alguno. Pero como no lograba convencer a Lisipo, 5
general de los aqueos, de que ayudara a los mesenios, diciendo una y otra vez que la ciudad estaba totalmente perdida al estar dentro los enemigos, él personalmente fue en su ayuda, tras tomar consigo a sus conciudadanos, que no aguardaron ni ley ni votación, sino que seguían, como ocurre siempre, al que por naturaleza era el mejor jefe[47]. Y cuando ya estaba
cerca, al enterarse Nabis no resistió, aunque estaba acampa- 6
do en la ciudad, sino que, deslizándose por otras puertas, rápidamente retiró a su ejército, y le parecía que disfrutaría de buena suerte si lograba escapar. Y logró escapar, pero Mesene fue liberada.

Estas son, pues, las bellas acciones de Filopemén. Pero su 13
viaje a Creta, otra vez, ante la súplica de los gortinenses que, estando en guerra, lo necesitaban como general, trajo consigo una calumnia porque, cuando su patria estaba sometida a la guerra por Nabis, se marchaba rehuyendo el combate o por
pretender honores de otros inoportunamente[48]. Y es verdad 2
que en aquel tiempo continuamente los megalopolitanos sufrieron la guerra tanto que habitaban en los muros y sembra-

[46] La narración que de este hecho hace POLIBIO (XX 6, 7, 12) es casi idéntica a la de Plutarco.

[47] Lo mismo se dice en la *Comparación entre Filopemén y Flaminino* 3, 2. Debía de tratarse de un grupo de ciudadanos de Megalópolis ligados a Filopemén por una lealtad personal.

[48] Tras la expedición a Mesene, Filopemén fue estratego por tercera vez en el año 201-200 a. C., cuando empezó la segunda guerra de Macedonia (200-196). Al recurrir los aqueos de nuevo a Macedonia para una alianza, Filopemén vio debilitada su posición y aceptó la oferta de Gortina. Esta segunda estancia en Creta duró unos siete años, desde el 200 al 193 a. C.

ban las calles, al estar el territorio desvastado y los enemigos
3 acampados cerca de las puertas. Pero él, en aquel momento, mientras guerreaba con los cretenses y dirigía un ejército del otro lado del mar, proporcionaba reproches contra él a los
4 enemigos, como si rehuyera la guerra en su casa. Había algunos que decían que, al haber elegido los aqueos a otros generales, Filopemén, ya simple particular, dedicaba su tiempo
5 libre al mando de un ejército, a petición de los gortinenses. Porque era ajeno al ocio, y, lo mismo que si se tratara de cualquier otra adquisición, quería continuamente tener en uso y ejercicio la virtud militar y guerrera, como lo demostró
6 lo que en cierta ocasión dijo sobre el rey Tolomeo[49]. En efecto, alabando unos a aquél, porque cada día entrenaba bien al ejército, y también adiestraba bien su cuerpo activamente en las armas, dijo: «¿Quién admiraría a un rey que, a esa edad, no hace demostraciones, sino que continúa estudiando?».
7 Como se ha dicho, los megalopolitanos llevaban a mal su conducta y, creyendo que había desertado, votaron desterrarlo. Pero los aqueos lo impidieron, y enviaron a Megalópolis a Aristeno como general, el cual, aunque era adversario de Filopemén en la política, no permitió que se realizara la con-
8 dena. A partir de entonces, despreciado Filopemén por los ciudadanos, movió a defección a muchas de las aldeas cercanas, tras instruirlas para que dijeran que no formaban parte ni eran de aquéllos desde el principio, y abiertamente ayudó a las que esto decían y al mismo tiempo sublevó contra su ciu-
9 dad en la asamblea de los aqueos. Pero esto fue después. En Creta combatía al lado de los gortinenses, no como un hombre peloponesio y arcadio en una guerra franca y noble, sino que, adoptando la costumbre cretense y utilizando contra ellos sus propias trampas, engaños, raterías y asechanzas,

[49] *Se trata de Tolomeo III Evérgetes (cf. n. 31).*

pronto demostró que, como niños, cometían fechorías estúpidas e inútiles frente a una auténtica experiencia[50].

Admirado por estos hechos y glorioso por sus hazañas 14
allí, cuando regresó al Peloponeso encontró que Filipo había
sido vencido por Tito y Nabis había sido llevado a la guerra
por los aqueos y los romanos[51]. Elegido de inmediato gene- 2
ral contra este último[52] y arriesgándose a un combate naval,
dio la impresión de sufrir lo mismo que Epaminondas, al lu-
char en el mar de manera muy inferior a su valía y fama[53]. 3
Aunque algunos dicen que Epaminondas por vacilar en que
los ciudadanos probasen las ventajas del mar, no fuera a ser
que se olvidasen de ser firmes hoplitas, según la frase de
Platón[54], para transformarse en marineros y corruptos, regre-
só desde Asia y las islas sin haber querido hacer nada. Pero 4
Filopemén, convencido de que la ciencia en los combates de
infantería le bastaría para luchar bien también en el mar, se
dio cuenta de qué gran parte de la perfección es la práctica y
de cuánta fuerza añade en todo a los que están habituados a
ella. Porque no sólo fue inferior en el combate naval por la 5
inexperiencia, sino que, además, equipó, tras ponerla a flote
después de cuarenta años, cierta nave, vieja aunque céle-

[50] Era proverbial una cita del poeta Calímaco sobre los cretenses, en su *Himno a Zeus*, v. 8: «Los cretenses, siempre embusteros».

[51] En junio del año 197 a. C. Tito Flaminino había vencido a Filipo V de Macedonia en la batalla de Cinoscéfalas. Nabis había sido obligado a retirarse a Lacedemonia, pero cuando Tito retiró sus legiones a Italia, volvió a luchar contra los aqueos. Cf. *Flaminino* 13, 1-3.

[52] Filopemén fue estratego por cuarta vez en el año 193-192 a. C.

[53] Epaminondas había construido una flota de cien trirremes con la que se dirigió al Helesponto en la primavera del año 364 a. C.; su intención era perjudicar los intereses de Atenas, cosa que logró parcialmente. Por tanto, la expedición no fue el desastre que dice Plutarco, pero no consiguió todo lo que se proponía.

[54] Cf. PLATÓN, *Leyes* IV 706 c.

bre[55], de manera que, cuando hizo agua, corrieron peligro los
6 tripulantes. Tras eso, al enterarse de que los enemigos lo despreciaban como si hubiera sido expulsado completamente del mar, y que sitiaban Gitio[56] con arrogancia, de inmediato navegó contra ellos, que no lo aguardaban y además estaban
7 descuidados por la victoria. Y, tras desembarcar por la noche a los soldados y acercarse, prendió fuego a las tiendas, que-
8 mó el campamento y mató a muchos. Y unos pocos días más tarde, durante la marcha, en unos terrenos difíciles, apareció de pronto Nabis ante él y atemorizó a los aqueos, que pensaban que era imposible la salvación desde unos lugares desfavorables y que estaban en poder de los enemigos; pero él se paró un pequeño rato y, tras abarcar con la vista la naturaleza del terreno, demostró que la táctica es de las cosas más so-
9 bresalientes del arte militar. De esta manera movió un poco a su falange y la reajustó a las circunstancias, y con serenidad y facilidad escapó de la situación apurada y, atacando a los enemigos, les causó una gran derrota. Pero cuando vio que
10 no huían hacia la ciudad, sino que cada uno se dispersaba por un sitio diferente del lugar (pues todo estaba cubierto de bosques y rodeado de colinas, y poco favorable para la caballería debido a torrentes y barrancos), cesó la persecución y estableció su campamento cuando todavía había luz. Con-
11 jeturando que los enemigos, después de huir, se retirarían poco a poco hacia la ciudad por la noche de uno en uno o de dos en dos, emboscó en los torrentes y colinas alrededor de la
12 ciudad a muchos aqueos con puñales. Sucedió que allí pereció la gran mayoría de los hombres de Nabis; pues por no ha-

[55] Tito Livio (XXXV 26, 5 ss.) dice que se trataba de una vieja cuadrirreme, capturada ochenta años atrás, cuando transportaba a Nicea, esposa de Crátero, desde Naupacto a Corinto.

[56] Gitio, el puerto de Esparta, había sido arrebatado a Nabis el año 195 a. C. Todos estos sucesos son contados con detalle por Tito Livio (XXXV 26-27) que debía seguir el relato de Polibio.

cer la retirada en masa, sino como a cada uno le pillaba la huida, eran cogidos como pájaros alrededor de la ciudad llegando a las manos de los enemigos[57].

Por estas hazañas amado y honrado extraordinariamente 15
por los griegos en los teatros[58], molestaba a Tito, que estaba
envidioso, en secreto[59]. Porque, como cónsul romano, creía 2
que debía ser más admirado por los aqueos que un hombre de
Arcadia[60], y consideraba que lo sobrepasaba no poco en be-
neficios, al haber liberado mediante un único decreto[61] la
parte de Grecia esclavizada por Filipo y los macedonios. Por
eso Tito cesó la guerra con Nabis, pero Nabis murió asesina- 3
do a traición por los etolios[62]. Al estar Esparta en desorden, 4
Filopemén, aprovechando la oportunidad, cayó sobre ella
con un ejército y ganó a unos a su pesar, a otros mediante la
persuasión, y atrajo a la ciudad hacia los aqueos. Por este he-
cho tuvo un renombre increíble entre éstos, al haber adquiri- 5
do para ellos el prestigio y fuerza de una ciudad tan
importante (pues no era poco que Esparta llegara a ser parte
de Acaya), y tomó a su cargo a los mejores lacedemonios,
que confiaban en que aquél sería el guardián de su libertad.
Por eso también cuando se convirtió en dinero la casa y ha- 6
cienda de Nabis y proporcionó ciento veinte talentos, votaron
dárselo como regalo, y enviaron una embajada para ello.
Entonces ya quedó meridianamente claro que aquel hombre 7

[57] Se trata de la batalla del monte Barbostene; también sobre ella es muy precisa la narración de TITO LIVIO (XXXV 27-30).

[58] Cf. 11, 1-4.

[59] Cf. *Flaminino* 13, 1-3 y 17, 2.

[60] Los arcadios tenían mala fama.

[61] Se trata del decreto que proclamaba la libertad de Grecia, leído en los Juegos Ístmicos del año 196 a. C. (cf. *Flaminino* 10).

[62] Cf. TITO LIVIO, XXXV 35-36, y PAUSANIAS, VIII 50, 10.

no sólo lo parecía, sino que era el mejor[63]. Al principio nin-
guno de los espartiatas quería tratar sobre el regalo con seme-
jante hombre, sino que, por tener miedo y echarse atrás,
9 enviaron por delante a Timolao, que era huésped de él[64].
Después, el propio Timolao, tan pronto como llegó a
Megalópolis, fue invitado a comer en casa de Filopemén y
tras observar la dignidad de su trato, la sencillez de su modo
de vida y de cerca su carácter en absoluto accesible ni fácil de
conquistar por el dinero, nada dijo del regalo, y se marchó,
10 poniendo un pretexto para su viaje junto a él. Y, enviado de
nuevo una segunda vez, le pasó lo mismo. En un tercer via-
je, tratándolo con dificultad, descubrió el deseo de la ciudad.
11 Y Filopemén, que lo escuchó con agrado, fue personalmente
a Lacedemonia y les aconsejó que no corrompiesen a los
amigos y a los buenos, cuya virtud se puede disfrutar gratis,
sino que compraran y sobornasen a los malvados y a los que
debilitaban con maquinaciones de partido a la ciudad en el
Consejo, para que, amordazados al haberlo cogido, les mo-
12 lestasen menos. Pues era mejor quitar la libertad de lenguaje
a los enemigos que a los amigos. Así era de noble respecto al
dinero.

16 Cuando Diófanes, general de los aqueos[65], se enteró de
que los lacedemonios de nuevo tramaban una revolución,
quería castigarlos, pero ellos, entrando en guerra, trastorna-
ban el Peloponeso; Filopemén intentaba calmar y contener la
2 cólera de Diófanes, explicándole la situación, porque, debido
a que el rey Antíoco y los romanos habían formado ejércitos

[63] Recuerda el v. 592 de la tragedia de ESQUILO *Siete contra Tebas*, que Plutarco citaba literalmente en *Arístides* 3, 5.

[64] POLIBIO (XX 12, 2): «Timolao era huésped paterno y muy familiar a Filopemén».

[65] Diófanes, estratego en el año 192-191 a. C., había sucedido en este cargo a Filopemén.

muy numerosos en Grecia[66], convenía que el general pusiera
atención allí, sin remover las cosas internas, sino más bien mi-
rar de reojo y no prestar atención a los errores. Pero Diófanes no 3
hacía caso, sino que se lanzó hacia Lacedemonia con Tito y mar-
charon al punto contra la ciudad; irritado Filopemén, se atrevió
a una acción no legal ni ajustada según el derecho, pero grande
y de elevada inteligencia: pasó a Lacedemonia y, aunque era un
particular, cerró el paso al general de los aqueos y al cónsul de
los romanos[67], hizo cesar los disturbios en la ciudad y devolvió
otra vez a los lacedemonios a la Liga, como estaban al principio.
Tiempo después, cuando, siendo general[68], recibió alguna 4
acusación de los lacedemonios, hizo volver a los desterrados
a la ciudad y mató a ochenta espartiatas, según afirma
Polibio, y, según Aristócrates, a trescientos cincuenta[69]. 5
Derribó las murallas[70] y, después de cortar mucho territorio,
se lo asignó a los megalopolitanos[71], y a cuantos habían sido

[66] Antíoco había desembarcado en Grecia a finales de octubre del año 192, y fue vencido en abril del 191 por el cónsul M. Acilio Glabrio en la batalla de las Termópilas (cf. *Catón el Mayor* 13 y *Flaminino* 15).

[67] Tito Flaminino no era cónsul ese año, sino su hermano Lucio Quincio Flaminino; Tito había sido enviado a Grecia en misión especial como *vir consularis* (cf. Tito Livio, XXXV 23, 5).

[68] Sexto generalato de Filopemén, el año 189-188 a. C.

[69] Polibio (XXI 32 c) dice que éstos eran servidores de la dinastía de los tiranos, pero no se conserva el texto donde da el número. Tito Livio (XXXVIII 33, 10-11) habla de diecisiete muertos, apedreados durante un tumulto provocado por los exiliados, que, con otros sesenta y tres que fueron ajusticiados al día siguiente, hacen el número de ochenta que da Plutarco. En cuanto a Aristócrates, era un espartiata, hijo de Hiparco, del que sabemos que escribió hacia el s. I a. C. una *Historia de Laconia*, cuyo cuarto libro cita Ateneo (III 82 E).

[70] Aunque Esparta era la única de las ciudades griegas que nunca había tenido murallas, debía de haber construido algunas a finales del s. IV a. C.

[71] Según Tito Livio (XXXVIII 34, 8) se devolvió a los aqueos el territorio de Belbina, en la Laconia noroccidental, que los tiranos lacedemonios habían ocupado ilegalmente.

establecidos como ciudadanos de Esparta por los tiranos los hizo emigrar a todos, llevándolos a Acaya, excepto a tres mil.
6 A los que desobedecían o no querían irse de Lacedemonia los vendió, y a continuación, como queriendo ultrajarlos, edificó
7 con ese dinero un pórtico en Megalópolis[72]. Cansado de los lacedemonios y pisoteando a los que habían sufrido sin merecerlo, llevó a cabo la acción más cruel e injusta contra su
8 Constitución. En efecto, abolió y destruyó la instrucción de Licurgo, obligando a que sus niños y efebos se cambiaran a la educación aquea en lugar de la tradicional, porque nunca
9 llegarían a ser humildes con las leyes de Licurgo. Entonces bajo enormes desgracias, tras dejar a Filopemén cortar como los nervios de la ciudad, se volvieron mansos y humildes, pero tiempo después consiguieron que los romanos les permitieran escapar a la educación aquea, y recuperaron y establecieron la tradicional, en la medida en la que era factible tras tantos males y destrucción.

17 Cuando se produjo en Grecia la guerra de los romanos contra Antíoco y Filopemén era un simple particular, cuando veía al propio Antíoco establecido en Calcis entreteniéndose inoportunamente en un matrimonio y en amores con muchachas[73], y a los sirios en enorme desorden y sin generales, extraviándose y viviendo con desorden, se disgustaba por no ser entonces general de los aqueos y decía que envidiaba la victoria a los romanos: «Porque yo», dijo, «si fuera general cortaría en pedazos a todos esos en las tabernas».

2 Después de que los romanos vencieran a Antíoco, ya se inmiscuían más en los asuntos griegos y rodeaban con su fuerza a los aqueos, mientras que los líderes populares se so-

[72] En realidad se trató de una reconstrucción del pórtico de Megalópolis que habían demolido los lacedemonios (Tito Livio, XXXVIII 34, 8).

[73] Cf. *Flaminino* 16, 1; Polibio, XX 8, y Tito Livio, XXXVI 11, 1-4.

metían a ellos; y su enorme poder se extendía por todas par-
tes, con la ayuda de la divinidad, y estaba cerca el final hacia
el que era preciso que llegaran al girar la fortuna en su fa- 3
vor[74]; como un buen piloto resistiendo a la ola, Filopemén se
veía obligado por las circunstancias a ceder y permitir algu-
nas cosas, pero contrario a la mayoría, intentaba apartar ha-
cia la libertad a los que tenían fuerza para hablar y actuar. 4
Aristeno, el megalopolitano, tenía la mayor influencia entre
los aqueos, y, siempre servicial con los romanos, creía preci-
so que los aqueos no se les enfrentaran ni fueran desagrada-
bles con ellos. Se cuenta que, en el Consejo, Filopemén, le 5
escuchaba en silencio y lo soportaba mal, y que, finalmente,
sin poderlo sufrir por la cólera, dijo a Aristeno: «Hombre,
¿por qué te apresuras a mirar con tranquilidad a Grecia mar-
cada por el destino?»[75]. Manio, el cónsul de los romanos que 6
había vencido a Antíoco[76], pedía a los aqueos que permitie-
sen regresar a los desterrados lacedemonios, y Tito reclama-
ba a Manio lo mismo sobre los desterrados, pero Filopemén
se opuso, no por atacar a los exiliados, sino porque quería
que esto se hiciera por él mismo y por los aqueos, no por in-
fluencia de Tito ni de los romanos. Y como general, al año si- 7
guiente[77], personalmente volvió a traer a los desterrados.
Hasta tal punto tenía algo pendenciero y porfiado contra los
poderes debido a su orgullo.

[74] Para Plutarco la victoria de los romanos sobre Antíoco es un anticipo de su futuro dominio sobre el mundo; al fin y al cabo Roma había sido fundada por un designio divino *(theían tin' archén)*, como escribe en *Rómulo* 8, 9.

[75] En POLIBIO (XXIV 13, 6-7) Filopemén dice que él intenta detener con todas sus fuerzas el momento en el que los griegos deberán ceder y obedecer, mientras que Aristeno quiere acelerarlo.

[76] Manio Acilio Glabrio, vencedor de Antíoco en el año 191 a. C.

[77] Séptimo generalato de Filopemén (187-186 a. C.).

18 Ya con setenta años y general de los aqueos por octava
vez[78], esperaba no sólo que aquel puesto pasaría sin guerra,
sino también que los asuntos le permitirían pasar el resto de
2 su vida con tranquilidad. Porque, igual que las enfermedades
parece que se debilitan con las fuerzas corporales, también
en las ciudades griegas, al faltar la fuerza, cesaba la afición a
3 disputar. Sin embargo cierta Némesis lo abatió en los límites
4 de su vida, como a un atleta que corre rápido. Pues se cuen-
ta que en una reunión, al alabar los presentes a un individuo
que parecía excelente en la estrategia, dijo Filopemén: «Y
¿cómo va a ser digno de tener fama aquel hombre, que fue
5 capturado vivo por los enemigos?»[79]. Pocos días después el
mesenio Dinócrates, hombre que estaba particularmente eno-
jado con Filopemén y era desagradable para los demás por su
maldad y desenfreno[80], hizo separarse a Mesene de los
aqueos y se anunció que iba a apoderarse de la aldea llama-
6 da Colónides. Filopemén se encontraba en Argos, aquejado
de fiebre, pero, al enterarse de esto, se apresuró hacia
Megalópolis, más de cuatrocientos estadios en un solo día[81].
7 Desde allí rápidamente fue en auxilio con unos jinetes, los
más ilustres de los ciudadanos, pero eran todos jóvenes que
combatían como voluntarios por afecto y amor a Filope-
8 mén[82]. Marcharon a caballo hacia Mesene y en torno a la co-

[78] En 183-182 a. C. Plutarco no dice nada de los años 187 a 183, cuando fue mayor la tensión entre la Liga aquea y Filopemén con los romanos.

[79] Como se ve, Plutarco creía firmemente en la venganza divina (Némesis); estas imprudentes palabras de Filopemén atraerán sobre él el mismo castigo por el error que achacaba al anónimo general.

[80] Cf. *Flaminino* 17, 6.

[81] Unos 70 km.

[82] Según Pausanias (VIII 51, 5) Filopemén tenía con él sólo unos sesenta jinetes y peltastas; Tito Livio (XXXIX 49, 1-2) dice que le acompañaban unos pocos jinetes, y que habría podido salvarse con la ayuda de tracios y cretenses, pero que no quiso abandonar a sus jinetes.

lina de Eva[83] tras chocar con Dinócrates que les salía al encuentro, lo pusieron en fuga, pero quinientos hombres, que vigilaban el territorio de los mesenios, de pronto se echaron encima, y los vencidos anteriormente, tan pronto como los vieron, se agruparon sobre las colinas. Filopemén temió ser 9
rodeado y, protegiendo a sus jinetes, se retiró por lugares difíciles, conduciendo él mismo la retaguardia. Muchas veces cargó contra los enemigos y los atrajo sólo contra él, aunque aquéllos no se atrevían a lanzarse a su vez, sino que se limitaban a gritos y correrías a su alrededor desde lejos. Como se detenía con frecuencia debido a sus jóvenes y los escoltaba 10
de uno en uno, se le pasó por alto que se había quedado solo entre muchos enemigos. Ninguno se atrevió a llegar a las ma- 11
nos con él, pero, alcanzado de lejos y forzado a retroceder hacia terrenos rocosos y escarpados, a duras penas manejaba y espoleaba a su caballo. Ya que había hecho mucho ejerci- 12
cio, tenía agilidad en su vejez, que en absoluto era obstáculo para que se salvara, pero entonces se hallaba débil por la enfermedad de su cuerpo, roto de cansancio por la marcha y, al estar ya torpe y lento, cuando tropezó el caballo, lo tiró a tierra. Como la caída fue dura y su cabeza sufrió, yació duran- 13
te mucho tiempo sin habla, de tal suerte que los enemigos pensaron que estaba muerto e intentaron dar la vuelta a su cuerpo y despojarlo. Pero cuando al levantar la cabeza miró 14
fijamente, cayendo en tropel sobre él, le retorcieron las manos hacia atrás y, después de amarrarlo, lo llevaron, con mucha insolencia y ultraje contra un hombre que jamás, ni en sueños, hubiera pensado sufrir eso a manos de Dinócrates[84].

[83] Cf. PAUSANIAS (IV 31, 4), con su curiosa etimología sobre el nombre de la colina de Eva.

[84] TITO LIVIO (XXXIX 49) dice, por el contrario, que los mesenios trataron a Filopemén con respeto, como si fuera su propio general.

19 Los que estaban en la ciudad, singularmente impulsados
por la noticia, se apiñaban a las puertas; y cuando vieron a
Filopemén arrastrado de manera desproporcionada a su fama
y hazañas anteriores y trofeos, la mayoría se compadeció y
sufrió con él, hasta el punto de llorar y despreciar el poder
2 humano por ser poco de fiar y no valer nada. Y así, poco a
poco, a muchos se extendía un razonamiento humanitario,
porque debían recordarse los beneficios anteriores y la liber-
tad que les restituyó, al haber expulsado al tirano Nabis[85].
3 Pero había unos pocos que, por complacer a Dinócrates,
mandaban que se diera tormento y se matara al hombre, co-
mo a un enemigo poderoso y difícil de amansar, y más temi-
ble para el propio Dinócrates, si lograba escapar tras haber
4 sido injuriado y hecho prisionero por él. No obstante, lo lle-
varon al llamado Tesoro, una prisión subterránea que no re-
cibía aire ni luz desde fuera ni tenía puerta, sino que se
cerraba con una gran piedra que movían haciéndola rodar, y
allí lo pusieron y, tras echar la piedra, colocaron hombres ar-
mados alrededor.

5 Los jinetes aqueos, una vez recobrados de la huida, como
por ninguna parte se veía a Filopemén, sino que parecía que
estaba muerto, durante mucho tiempo se detuvieron. Lo lla-
maron y se decían entre ellos que estaban sanos y salvos gra-
cias a una salvación vergonzosa e injusta por haber
abandonado a los enemigos al general que había despreciado
6 la vida por causa de ellos; después, al seguir adelante y, al
mismo tiempo, hacer averiguaciones, se enteraron de su
7 apresamiento y lo mandaron decir a las ciudades aqueas. Los
aqueos, juzgándolo una gran desgracia, decidieron reclamar-
les a los mesenios enviando una embajada, mientras ellos se
preparaban a combatir.

85 El relato de TITO LIVIO (XXXIX 49, 7-12 y 50, 1-2) es mucho más detallado.

Por tanto, ellos actuaban así. Pero Dinócrates, especial- 20
mente temeroso de que el tiempo fuera el salvador de
Filopemén, y con la intención de anticiparse a los planes
de los aqueos, cuando llegó la noche y se fue la multitud de
los mesenios, tras abrir la cárcel introdujo subrepticiamente
a un servidor público que llevaba un veneno, y le ordenó que
se lo ofreciera y estuviera a su lado hasta que lo apurara. Lo 2
encontró tendido sobre su clámide, sin dormir, sino conte-
niéndose por el dolor y la confusión; cuando vio la luz y que
estaba a su lado un hombre con una copa de veneno, se recu-
peró con dificultad debido a su debilidad y se incorporó. Tras 3
aceptar la copa le preguntó si sabía algo de los jinetes y so-
bre todo de Licortas[86]. Al responder el hombre que muchos 4
habían huido, aprobó con la cabeza y, después de mirar con
dulzura al hombre, dijo: «Dices una buena noticia, si no he-
mos perdido todo». Sin decir nada más ni emitir un sonido, 5
bebió hasta el fondo y de nuevo se recostó; no ocasionó mu-
chas dificultades al veneno, sino que se extinguió pronto por
la debilidad.

Cuando la noticia sobre su final llegó a los aqueos, una 21
común tristeza y dolor embargó a sus ciudades, y, después de
reunirse en Megalópolis los jóvenes con los consejeros, no
aplazaron en absoluto el castigo, sino que eligieron como ge-
neral a Licortas, invadieron Mesenia y arruinaron el territo-
rio hasta que acordaron recibir a los aqueos[87]. Dinócrates, 2
anticipandose, se mató, y de los demás, cuantos opinaron que
fuera eliminado Filopemén murieron a sus manos, y cuantos

[86] Licortas, padre del historiador Polibio, había sido hiparco en el año 193, y heredaría más tarde, en el 183, el cargo de estratego que tenía Filopemén (cf. 21, 1).

[87] Esto es, a volver a formar parte de la Liga aquea. Cf. PAUSANIAS, VIII 51, 8.

que fuera torturado, a ésos arrestó Licortas para que perecie-
ran entre suplicios.

3 Allí mismo quemaron el cuerpo y, una vez introducidas
las cenizas en una hidria, las trajeron de vuelta, no sin orden
ni de cualquier manera, sino mezclando una procesión triun-
4 fal junto con las honras fúnebres. Pues había que verlos lle-
vando coronas, y también llorando y había que ver a los
5 enemigos llevados con cadenas. La propia hidria, apenas vi-
sible por la gran cantidad de bandas y coronas, la llevaba el
hijo del general de los aqueos, Polibio[88], y a su alrededor los
6 principales aqueos. Los soldados, revestidos de armadura,
iban detrás con los caballos engalanados, ni tristes, como era
lógico en un duelo tan grande, ni orgullosos con la victoria.
7 Desde las ciudades y aldeas por las que se pasaba salían al
encuentro, como si lo recibieran al volver de una expedición,
tocaban la hidria y avanzaban juntos hacia Megalópolis.
8 Cuando se mezclaron con ellos los ancianos con las mujeres
y los niños, un lamento se extendía ya por todo el ejército
hasta la ciudad, que añoraba al hombre y sufría con pena, al
pensar que, al mismo tiempo, perdía el predominio entre los
9 aqueos. Fue enterrado, como era lógico, con esplendor y al-
rededor del sepulcro fueron lapidados los prisioneros mese-
nios.

10 Como había muchas estatuas de él y grandes honores que
las ciudades le votaron, un romano, durante las desgracias de
Grecia a causa de Corinto[89], intentó suprimir todas y acusar-
lo, demostrando, como si aún viviera, que había sido enemi-
11 go y hostil a los romanos. Expuestos los argumentos, Polibio

[88] Polibio, el futuro historiador, nacido hacia el año 208 a. C., tenía entonces unos veinticinco años.

[89] El cónsul L. Mumio, en el año 146 a. C., reprimió una última revuelta aquea y destruyó Corinto.

replicó al calumniador[90], y ni Mumio ni los embajadores[91] soportaron que desaparecieran los honores de un hombre famoso, aunque se hubiera enfrentado un poco con Tito y Manio, sino que aquéllos distinguían, como es lógico, la vir- 12
tud de la necesidad y lo bello de lo útil, por considerar, con acierto y conveniencia, que a los benefactores se les debe recompensa y gratitud por parte de los que fueron beneficiados, mientras que a los buenos se les debe siempre honor por parte de los buenos. Esto en lo que se refiere a Filopemén.

[90] POLIBIO (XXXIX 3) ha conservado un resumen de su discurso y dice que logró que las estatuas de los héroes Aqueo, Arato y Filopemén fueran restituidas a sus lugares originales.

[91] Estos embajadores eran comisionados del senado romano (POLIBIO, XXXIX 3 y 4, los llama «los diez»), encargados de reorganizar Grecia junto con Mumio.

TITO FLAMININO

Tito Quincio Flaminino es al que comparamos con 1
Filopemén; en cuanto a su aspecto, quienes lo deseen pueden verlo por la estatua de bronce que hay en Roma, cerca del gran Apolo de Cartago[1] y frente al hipódromo, grabada con una inscripción en caracteres griegos. En lo que respecta a su carácter, 2
se dice que resultaba de genio pronto tanto para la cólera como para el favor, pero no de igual manera, sino blando en el castigar y no inflexible, y, en cambio, eficaz en los favores; con los que recibían sus servicios, constantemente benévolo y bien dispuesto como si fueran sus benefactores, de manera que se rodeaba siempre con los beneficiados por él y también los protegía como si fuesen sus más preciadas adquisiciones[2]. Siendo muy amante de la gloria y de la fama, quería conseguir por sí mis- 3
mo las mejores y más grandes hazañas, y disfrutaba pasándolo mejor con los que le necesitaban que con los que podían hacerle bien, por considerar a los primeros ocasión para la virtud, y a los segundos rivales para su fama.

[1] La estatua de Apolo fue traída de Cartago tras la conquista de la ciudad el año 146 a. C.; el hipódromo que se cita a continuación debía ser el *Circus Flaminius*.

[2] Cf. TITO LIVIO (XXXVI 32, 5): «Quincio era tan benévolo con los que cedían como inflexible con los que le hacían frente».

4 Fue educado a través de los usos militares, porque Roma
peleaba por entonces muchos y grandes combates, y los jó-
venes aprendían desde muy pronto a mandar un ejército sir-
viendo en el mismo. Hizo su primera campaña como tribuno
militar con el cónsul Marcelo en la guerra de Aníbal[3].
5 Marcelo murió tras caer en una emboscada y Tito, nombrado
gobernador del territorio alrededor de Tarento y del propio
Tarento, cuando éste fue conquistado por segunda vez[4], ganó
una excelente consideración no menos por sus actos de justi-
6 cia que por su ciencia militar. Por eso, al ser enviados colo-
nos a dos ciudades, Narnia y Cosa, fue elegido jefe y
fundador[5].

2 Esto le impulsó muchísimo a que, pasando por alto las magistraturas intermedias y ordinarias para los jóvenes, el tribunado de la plebe[6], la pretura y la edilidad, pronto se considerase digno del consulado; y lo anhelaba contando con la

[3] Esto sucedió en el año 208 a. C., durante el cuarto consulado de Marcelo, cuando Flaminino tenía veinte años.

[4] Tarento había sido conquistada por los romanos en el año 272 a. C., y, a su vez, por Aníbal en el 213; fue reconquistada por Fabio Cunctator en el 207. Durante los años 205 y 204 Flaminino fue comandante de Tarento y de su territorio como propretor (cf. TITO LIVIO, XXXIX 13, 6). Es posible que allí aprendiera o mejorara su conocimiento del griego.

[5] La colonia de Narnia había sido fundada en Umbría el año 299 a. C., la de Cosa, en la costa de Etruria, lo fue en el 273. Sin embargo Flaminino no intervino en absoluto en el incremento de colonos que ambas solicitaron, que se concedió a Narnia y no a Cosa (TITO LIVIO, XXXII 2, 6-7). El error de Plutarco debe de tener su origen en que la noticia de que Flaminino tomó parte, en el año 201, en la distribución de tierras en territorio samnita y en Apulia a los veteranos de Escipión en la guerra de África (TITO LIVIO, XXXI 4, 1-3), y en el aumento, el año 200, del número de colonos en Venusia, al haber sido mermados sus efectivos durante la guerra de Aníbal (TITO LIVIO, XXXI 49, 6).

[6] Se equivoca Plutarco, porque el tribunado de la plebe no formaba parte del *cursus honorum* de los patricios como Flaminino.

buena disposición de los de sus colonias. Pero como Fulvio 2
y Manio, tribunos de la plebe, se oponían, diciendo que era indignante que un hombre joven entrara por la fuerza en la más grande magistratura[7], en contra de las leyes[8], cuando aún no estaba iniciado en los primeros cultos y misterios del gobierno, el senado traspasó el voto al pueblo, y el pueblo lo hizo cónsul junto con Sexto Elio, aunque todavía no había cumplido los treinta años[9].

Obtuvo por sorteo la guerra contra Filipo y los macedo- 3
nios[10], resultando elegido a la vez, con cierta buena suerte para los romanos, para unos asuntos y unos hombres que no necesitaban a un jefe que utilizara siempre la guerra y la violencia, sino que eran más fáciles de ganar con la persuasión
y la diplomacia. Pues para Filipo era suficiente el reino de 4
Macedonia como frente de ejército para una batalla, pero los recursos de una guerra que se prolongara, el gasto, el refugio y en una palabra, la máquina de guerra de la falange eran el poderío de los griegos, y mientras no se desligaran de Filipo,
no era la guerra contra él empresa de una única batalla. 5
Grecia todavía no había tenido muchas relaciones con los romanos, sino que entonces, por vez primera, estaba mezclada en sus asuntos; y si el general no hubiera sido por naturaleza

[7] Cf. Tito Livio, XXXII 7, 8-10.

[8] Nuevo error de Plutarco; Tito Livio (XXXII 7, 11): «Los senadores dictaminaron que era justo que el pueblo tuviera la facultad de elegir a quien quisiera siempre que el candidato pretendiese un cargo que la ley le permitiera asumir. Los tribunos acataron la decisión del senado». La elección, por tanto, no fue contra las leyes; además, el *cursus honorum* fue regulado en el año 180 a. C., por la *Lex Villia Annalis*.

[9] Tito Flaminino fue elegido cónsul el año 198 a. C.; su colega fue Sexto Elio Peto Catón. En cuanto a su edad coincide con Polibio (XVIII 12, 5).

[10] La segunda guerra de Macedonia había comenzado en el año 200 a. C., dos años antes del consulado de Flaminino. Filipo V (238-179 a. C.), hijo del rey Demetrio II e hijo adoptivo de Antígono III Dosón, sucedió a este último en el año 221, a los diecisiete años de edad.

benévolo, usando más de la palabra que de la guerra, y no poseyera el arte de la persuasión con el que se encontraba y la amabilidad con el ya encontrado, y el mayor énfasis a favor de lo justo, Grecia no habría aceptado tan fácilmente un dominio extranjero en lugar de los habituales. Y esto se demuestra en sus acciones.

3 Se enteró Tito de que los generales anteriores a él, uno Sulpicio, y el otro Publio, se habían lanzado sobre Macedonia mucho después de la estación apropiada para operaciones militares; que habían emprendido la guerra con lentitud y perdido el tiempo en combates locales que se entablaron en
2 escaramuzas para disputar caminos y víveres con Filipo[11]. Creía que no debía, como aquéllos que habían gastado el tiempo en casa durante el año en honores y políticas, y luego se habían ido al ejército, añadirse un año al cargo, uno ha-
3 ciendo de cónsul, otro guerreando. Por el contrario, al poner toda su ambición en procurar una magistratura fecunda junto con la guerra, abandonó los honores y presidencias de la ciudad y pidió al senado que su hermano Lucio tomara parte en la campaña con él como jefe de las naves. A continuación tomó como frente de su ejército a los que estaban en mayor plenitud de fuerzas y eran más animosos de entre aquellos que habían vencido a Asdrúbal en Iberia con Escipión, y al
4 mismo Aníbal en Libia, que eran tres mil, y luego pasó al Epiro con seguridad. Cuando encontró a Publio con su ejército acampado frente a Filipo, que guardaba desde hacía mucho tiempo los pasos y las Gargantas en torno al río Apso[12],

[11] P. Sulpicio Galba, cónsul el año 200 a.C., había vencido a Filipo en una escaramuza en un lugar llamado Otolobo; Publio Vilio Tápulo, cónsul el 199 a. C., tampoco hizo nada digno de mención (Tito Livio, XXXII 6, 1-8).

[12] El Apso es un río de Iliria, en los límites de Epiro. Tito Livio (XXXII 5, 8-13) habla, en cambio, del valle del río Aoo, que está más al sur, y de los pasos de acceso a la ciudad de Antigonea. Tanto aquí como en 5, 2, los

y vio que éste nada progresaba por la fuerte posición de los
lugares, se hizo cargo del ejército, y tras despachar a Publio,
examinó con cuidado los territorios. Son lugares fuertes, no
menos que los que hay alrededor de Tempe, pero no tienen 5
hermosos árboles como aquéllos, ni verdor de bosques ni lu-
gares de entretenimiento ni prados agradables[13]. Grandes y
elevadas montañas convergen a uno y otro lado en un barran- 6
co grande y profundo, por el que el Apso se precipita y se ha-
ce igual al Peneo en forma y velocidad, y cubre toda la
restante región al pie de la montaña, dejando un sendero es-
carpado y estrecho junto a la corriente, difícil de atravesar a
un ejército en cualquier caso, y, si estuviera vigilado, total-
mente impracticable.

Había, sin embargo, quienes intentaban conducir a Tito, 4
dando un rodeo a través de la Dasarétide[14] a lo largo del
Lico, por un camino practicable y fácil. Pero él, por temor a 2
que, metiéndose lejos del mar en unos lugares pobres y mal
cultivados mientras Filipo rehuía el combate, llegase a care-
cer de víveres, y que de nuevo sin lograr nada, como el ge-
neral anterior a él, se viera obligado a retirarse hacia el mar,
decidió atacar con violencia para forzar un paso a través de
las cimas. Pero Filipo ocupaba los montes con la falange, caían 3
desde los flancos jabalinas y flechas sobre los romanos, se
producían heridas y duras luchas y caían los muertos por am-
bos lados, y parecía que el combate no iba a terminar nunca.
Entonces llegaron unos hombres de los que allí se dedicaban 4

editores escriben con mayúscula *Stená*, «las Gargantas», lo que nosotros respetamos.

[13] El valle del Tempe, por el que corre el río Peneo, entre los montes Olimpo y Osa en Tesalia, fue celebrado por los poetas por la belleza de su frondosa vegetación.

[14] La Dasarétide es una región de Iliria, entre los valles de los ríos Apso y Áoo.

al pastoreo e indicaron un camino de ronda descuidado por
los enemigos, por el que aseguraban que conducirían al ejér-
cito y que harían que llegase al tercer día como mucho sobre
5 las cimas. Presentaban como testigo y garante de su buena fe
a Cárope, hijo de Macatas, que era hombre principal de los
epirotas, estaba bien dispuesto con los romanos y les ayuda-
6 ba en secreto por miedo a Filipo[15]. Tito, que confiaba en él,
envió a un tribuno militar con cuatro mil infantes y trescien-
7 tos jinetes. Y aquellos pastores, encadenados, los guiaban;
durante el día descansaban, protegiéndose en oquedades y en
8 lugares cubiertos de bosque, y marchaban por la noche bajo
la luz de la luna, pues era plenilunio. Tito, después de enviar-
los, durante los días siguientes dejó descansar al ejército, a
9 cuantos no estaban ocupados en escaramuzas con los enemi-
gos, y en el día en el que estaban a punto de mostrarse sobre
las cimas los que habían dado el rodeo, puso en movimiento,
10 junto con el alba, toda su infantería, pesada y ligera. Tras di-
vidir en tres columnas su ejército, él mismo hizo subir en lí-
nea recta a las cohortes hacia lo más estrecho, a lo largo de
la corriente, recibiendo proyectiles de los macedonios y lu-
chando contra los que le hacían frente en torno a los lugares
difíciles, y los demás, de uno y otro lado a la vez, intentaban
11 trabar combate y se agarraban animosamente a los riscos. El
sol se levantó y un humo no definido, sino como una bruma
de montaña que se produce desde lejos y se extiende, pasaba
desapercibido a los enemigos, pues estaba a su espalda, ya
ocupadas las cimas; y los romanos estuvieron dudosos en
medio de la lucha y del esfuerzo, aunque tenían esperanza en
12 lo que deseaban. Entonces en el momento en que más au-
mentaba y ennegrecía por completo el aire, propagándose
mucho hacia arriba, y estaba claro que se trataba de una se-

[15] POLIBIO (XXVII 15, 2) explica que Cárope, amigo de los romanos, fue la causa de que Filipo V se viera obligado a dejar la región y de que Flaminino dominara Epiro.

ñal de fuego amiga, ellos dieron el grito de guerra, atacaron animosos y empujaron a los enemigos hacia los sitios más escabrosos, y los otros desde arriba, desde las cimas, respondieron con gritos.

De inmediato se produjo una huida precipitada de todos, 5
y cayeron no más de dos mil; pues las dificultades del terre-
no impedían la persecución[16]. Los romanos, tras saquear el 2
dinero, las tiendas y los esclavos, se apoderaron de las
Gargantas y atravesaron el Epiro con tanto orden y tanta mo-
deración que aún estando lejos de los barcos y del mar, y sin
habérseles distribuido la ración mensual de grano ni procu-
rársela ellos mismos del mercado, se mantuvieron apartados
de las tierras, que ofrecían grandes recursos. Pues Tito, al en- 3
terarse de que Filipo, que atravesaba Tesalia como un fugiti-
vo, expulsaba a los hombres de las ciudades a las montañas,
prendía fuego a las ciudades y exponía al saqueo las riquezas
abandonadas por su cantidad o peso, cediendo de alguna ma-
nera el territorio a los romanos, tenía como punto de honor y
exhortaba a los soldados a que marcharan con cuidado como
por un lugar propio y que les había sido cedido. Y realmente 4
también percibían pronto los resultados de su moderación.
Porque las ciudades, desde que se acercaron a Tesalia[17], se
unían a ellos, los griegos del lado de acá de las Puertas[18] es-
taban anhelantes y temblaban de excitación ante Tito; y los
aqueos, renunciando a la alianza de Filipo, votaron luchar

[16] La descripción de Tito Livio (XXXII 11, 7–12, 8) es bastante más extensa, pero Plutarco coincide con él en lo esencial.

[17] En las regiones de las dos Lócrides y la Fócide, salvo Elatea (Tito Livio, XXXII 18, 4-9).

[18] Es lo que dice el texto griego, aunque se ha de entender las Termópilas (*Puertas calientes*, llamadas así por los numerosos manantiales de aguas termales que hay allí).

5 con los romanos contra él[19]. Los opuntios, aunque los etolios entonces luchaban al lado de los romanos valerosamente y les ofrecían encargarse de la ciudad y guardarla, no hicieron caso, sino que mandaron buscar a Tito, se confiaron a él y se le entregaron[20].

6 Cuentan que Pirro, cuando por primera vez observó desde una altura al ejército de los romanos ordenado, dijo que no le parecía bárbara la formación de los bárbaros[21]. Y los que por vez primera se encontraban con Tito se veían obligados
7 a dejar caer palabras similares. Pues habían oído a los macedonios que un general de un ejército bárbaro avanzaba para someter todo por las armas y hacer esclavos, y luego, al toparse con un hombre en edad juvenil, de aspecto afable, griego en la voz y la lengua, y apasionado del honor auténtico, quedaban singularmente fascinados, y, al irse, dejaban las ciudades llenas de buena disposición hacia él, como si tuvie-
8 ran un guía de la libertad. Y como Filipo daba la impresión de tener una postura conciliadora, Tito fue a su encuentro y le propuso paz y amistad sobre la base de que dejase independientes a los griegos y apartase las guarniciones, pero éste no aceptó[22]. Ya entonces se mostró absolutamente, incluso a los que servían la causa de Filipo, que los romanos venían para luchar no contra los griegos, sino contra los macedonios a favor de los griegos.

[19] Esta decisión se tomó en una asamblea celebrada en Sición, por consejo de Aristeno, ya que Filopemén estaba entonces en Creta, en el transcurso de su segundo viaje a la isla (cf. *Filopemén* 13, 8).

[20] Filipo había conquistado Opunte a los etolios el año 208 a. C.

[21] Cf. *Pirro* 16, 7.

[22] Las conversaciones entre Tito y Filipo tuvieron lugar en la playa del golfo Malíaco, cerca de Nicea. TITO LIVIO (XXXII 32 y 33) las cuenta con detalle.

Así las demás partes se acercaban a él tranquilamente[23], y 6
cuando marchaba por Beocia en paz, le salieron al encuentro los principales tebanos que estaban en buena relación con el macedonio a causa de Bráquiles[24], pero que acogían cariñosamente y honraban a Tito, como si tuvieran amistad hacia ambos. Él les recibió afablemente y, tras saludarlos, continuó 2
tranquilamente su camino, preguntando y enterándose de unas cosas, explicando e introduciendo otras a propósito, en tanto que los soldados se recobraban de la marcha. De esta manera 3
entró en la ciudad juntamente con los tebanos, que no se alegraban mucho, pero no se atrevían a impedirlo, porque detrás de él iba un número considerable de soldados[25]. Y sin embargo cuando entró Tito, como si no tuviera la ciudad, intentaba 4
convencer de que eligieran el bando romano, algo que el rey Átalo apoyaba y en lo que se unía a él ante los tebanos[26]. Pero Átalo, a lo que parece, deseando ofrecerse como orador a Tito 5
de manera más resuelta que lo que permitía su vejez, en el mismo momento de estar hablando le sobrevino un mareo o un ataque, y de inmediato, tras perder el conocimiento, cayó, y transportado en sus naves a Asia murió no mucho después. Entonces los beocios se pasaron a los romanos.

Filipo mandó embajadores a Roma, y también Tito los 7
despachó por su parte, para que consiguieran que el senado

[23] Cf. la n. 17. Resistían al dominio romano Calcis en Eubea, Elatea y Corinto.

[24] Bráquiles era el jefe del partido promacedonio en Beocia y Antífilo el del prorromano (Polibio, XVIII 43, 5-12 y Tito Livio, XXXII 1-2). Bráquiles fue más tarde asesinado con el consentimiento de Flaminino.

[25] Según Tito Livio (XXXIII 1, 2), los acompañantes de Flaminino eran dos mil *hastati*.

[26] Átalo I, rey de Pérgamo, fue fiel aliado de los romanos desde el comienzo de la primera guerra de Macedonia en el año 215 a. C. Cuando murió, en el 197, tenía setenta y dos años de edad.

decretara por votación tiempo para él mientras durara la gue-
2 rra; y si no, que la paz se hiciera por su mediación. Porque, al ser enormemente ambicioso, tenía miedo de que, enviado otro
3 general para la guerra, fuera despojado de la gloria. Y cuando sus amigos consiguieron que Filipo no alcanzase lo que solicitaba y que el mando de la guerra fuera conservado para aquél, después de recibir el decreto y reforzado en sus esperanzas[27], al punto se lanzó hacia Tesalia contra Filipo, con más de veintiséis mil soldados, de los que los etolios proporcionaban seis mil infantes y cuatrocientos jinetes. El ejército de Filipo era
4 parecido en número[28]. Cuando avanzaban unos contra otros y llegaron a las cercanías de Escotusa[29], donde pensaban arriesgarse, no temieron los soldados el ataque entre ellos, como era
5 natural, sino que más bien estaban llenos de ardor y rivalidad: los romanos por si vencían a los macedonios, cuyo renombre de fuerza y poder era el mayor entre ellos a causa de Alejandro; y los macedonios porque, si superaban a los romanos que, a su parecer, aventajaban a los persas, demostrarían que Filipo era
6 más brillante que Alejandro. Por eso Tito animaba a los soldados a que fueran valientes y animosos, porque iban a combatir en el más hermoso teatro de Grecia contra los mejores antago-
7 nistas. Pero Filipo equivocándose, bien por mala suerte, bien por una prisa intempestiva, se subió a un cementerio que había sobre una elevación fuera de la empalizada y empezó a hablar y a exhortar desde allí como se acostumbra a hacer antes de una batalla. Eso produjo un terrible desaliento ante el presagio, y, desconcertado, lo retrasó hasta el día siguiente[30].

[27] Cf. Polibio, XVIII 12 y Tito Livio, XXXII 28.

[28] Según Tito Livio (XXXIII 4, 2-6), Filipo tenía 16.000 soldados de falange, 2.000 peltastas, 4.000 tracios e ilirios, 1.500 mercenarios y 2.000 jinetes; en total, unos 25.000 hombres.

[29] Plutarco llama con más frecuencia batalla de Escotusa a la de Cinoscéfalas (junio del año 197 a. C.); cf. *Paulo Emilio* 8, 5.

[30] Plutarco es la única fuente que habla de este mal presagio.

Al día siguiente al rayar el alba, tras una noche suave y 8
húmeda, las nubes se transformaban en niebla y toda la lla-
nura se llenaba de una profunda oscuridad y bajaba de las
montañas hacia el espacio intermedio entre los ejércitos un
aire espeso, que ocultaba los lugares nada más empezar el 2
día. Los enviados por ambas partes para vigilancia y recono-
cimiento, en un corto espacio de tiempo se atacaron mutua-
mente y luchaban alrededor de las llamadas Cinoscéfalas,
que son las cimas pequeñas de unas colinas compactas y
paralelas y reciben este nombre por el parecido con esta figu- 3
ra[31]. Se produjeron alternativamente huidas y persecuciones,
como es lógico en terrenos difíciles, y unos y otros enviaban
ayuda constantemente desde sus posiciones a los que se fati-
gaban y a los que retrocedían, y cuando ya el aire se aclara-
ba y veían lo que ocurría, se atacaron con todo el ejército. En 4
el ala derecha se imponía Filipo, que había lanzado desde te-
rrenos favorables toda la falange contra los romanos, y ellos
no resistieron la carga de los escudos apretados ni la violen-
cia del ataque de las sárisas. Pero el ala izquierda se encon- 5
traba desperdigada y desunida en las colinas, y Tito, tras
dejar el ala vencida, rápidamente se pasó a la otra y atacó a
los macedonios[32], que no podían organizar la falange y darle
consistencia para una formación en profundidad, que es don-
de residía su fuerza, por la irregularidad y la aspereza de los
lugares; además para la lucha individual cuerpo a cuerpo uti-
lizaban un armamento pesado y difícil de manejar. Porque la 6
falange se parece a un animal de un vigor invencible mien-

[31] Es decir, con cabezas de perro. Cf. Polibio (XVIII 22, 9): «Las lomas citadas se llaman Cinoscéfalas, son escarpadas y cortadas a pico y su altura es considerable».

[32] Según Tito Livio (XXXIII 9, 8), fue uno de los tribunos militares con los soldados de veinte manípulos quien cargó por la espalda sobre el ala derecha del enemigo y provocó el pánico de la falange macedonia.

tras es un solo cuerpo y guarda la disposición de los escudos
apretados en una única formación, pero si resulta disgregada,
cada uno de los combatientes pierde su fuerza individual por
la clase de su armamento y porque es poderosa por las partes
7 de todo el conjunto unidas entre sí, más que por sí misma.
Cuando éstos fueron derrotados, unos perseguían a los que
huían, otros, lanzándose a la carrera desde los flancos contra
los macedonios que luchaban, los mataban, de manera que
incluso los vencedores se desordenaban pronto y huían tiran-
8 do las armas. Cayeron, pues, no menos de ocho mil y captu-
9 raron en torno a cinco mil[33]. De que Filipo huyera sin
problemas tuvieron la culpa los etolios, dedicados al pillaje y
saqueo del campamento, mientras los romanos todavía con-
tinuaban la persecución, por lo que éstos nada encontraron
cuando regresaron.

9 Así surgieron por primera vez injurias y diferencias entre
unos y otros; los etolios molestaban a Tito al atribuirse a ellos
mismos la victoria y ponerse por delante en fama ante los
griegos[34], hasta el punto de que eran los primeros en ser ci-
tados en poemas y canciones por poetas y particulares cuan-
2 do celebraban la hazaña. Y de estas obras corría de boca en
boca sobre todo este epigrama:

Sin sepulcro ni llantos[35]*, viajero, yacemos en esta*
colina de Tesalia treinta mil soldados,
vencidos por el Ares etolio y las fuerzas latinas,
que se trajo Tito de la espaciosa Italia.

[33] Las cifras coinciden con las que dan Polibio (XVIII 27, 6) y Tito Livio (XXXIII 10, 7); los romanos sólo perdieron setecientos hombres.

[34] Polibio (XVIII 22, 4-5), aunque sentía, como aqueo, poca simpatía por los etolios, elogia, sin embargo, la actuación de su caballería en la batalla.

[35] Los restos de los vencidos en Cinoscéfalas no fueron enterrados hasta seis años más tarde, en el 191 a. C., según Tito Livio (XXXVI 8, 3-5).

¡Gran dolor para Ematia[36]*. Y Filipo, aquel alma valiente*
corrió más deprisa que los rápidos ciervos.

Este lo compuso Alceo[37], afrentando a Filipo y falsifican- 3
do el número de los que murieron[38], y al recitarse en todas
partes y por muchos irritaba más a Tito que a Filipo. Porque 4
éste respondiendo en burla a Alceo contestó al dístico:

Sin corteza y sin hojas, viajero, en esta cresta
está plantada una enorme estaca para Alceo.

A Tito, que deseaba honores ante los griegos, estas cosas 5
le exasperaban sin medida. Por eso también llevó a cabo él
solo los asuntos restantes, sin atender lo más mínimo a los
etolios. Y ellos se disgustaron, y cuando Tito recibió del ma- 6
cedonio proposiciones y una embajada para unos tratados,
recorriendo las demás ciudades decían a gritos que se vendía
la paz a Filipo, cuando era posible extirpar por completo la
guerra y hacer desaparecer el poder por el cual fue primero
esclavizada Grecia. Mientras los etolios iban diciendo esto y 7
produciendo confusión entre los aliados, el propio Filipo,
cuando llegó para los términos de paz, hizo desaparecer la
sospecha al confiar sus cosas a Tito y los romanos. Mas Tito 8
puso fin a la guerra de la siguiente manera: le devolvió el rei-
no de Macedonia, pero le ordenó renunciar a Grecia, le mul-
tó con mil talentos, le quitó todas las naves salvo diez, y a

[36] Ematia era una región de Macedonia, con las ciudades de Egas, Pela y Berea, que fue la cuna del poder de sus reyes.

[37] Se trata de Alceo de Mesene, poeta epigramático de finales del s. III a. C. El epigrama se conserva en la *Antología Palatina*, con el número VII 247, aunque en ella faltan los versos 3-4, retirados, según parece, por el propio Alceo a petición de Flaminino, molesto porque los etolios se adjudicaran el triunfo y aparecieran citados antes que los romanos.

[38] El epigrama, en efecto, aumenta a treinta mil el número de los muertos, que fueron ocho mil.

uno de sus dos hijos, Demetrio, lo tomó como rehén y lo envió a Roma, utilizando de la mejor forma la oportunidad y
9 adelantándose al futuro[39]. Porque Aníbal el Libio, el mayor enemigo de los romanos, desterrado, en ese momento había llegado junto al rey Antíoco[40] y le animaba a ir hacia delante, al encontrarse ya su fuerza con la fortuna y por las grandes hazañas que realizó por sí mismo y por las que fue denominado el Grande, y a que pusiera los ojos en el dominio universal, especialmente levantándose contra los
10 romanos; si Tito, previendo esto, no hubiera cedido prudentemente en los términos de paz, sino que a la guerra de Filipo se hubiera añadido la de Antíoco en Grecia y se hubieran asociado por causas comunes los que entonces eran los más grandes y más poderosos reyes contra Roma, habría soportado desde el principio combates y peligros no menores que los
11 de Aníbal. Pero ahora, al haber puesto Tito la paz oportunamente en medio de las guerras y al haber cortado la presente antes de que empezara la futura, suprimió la última esperanza de uno y la primera de otro.

10 Cuando los diez embajadores que el senado envió a Tito le aconsejaron liberar a los demás griegos, pero mantener guarniciones en Corinto, Calcis y Demetríade para seguridad contra Antíoco, entonces los etolios, brillantes en sus acusa-
2 ciones, soliviantaron brillantemente a las ciudades, pidiendo a Tito que soltara los grilletes de Grecia (pues así Filipo solía llamar a las ciudades antes mencionadas), y preguntando a los griegos si se alegraban ahora de tener un collar más pe-

[39] En realidad las condiciones de paz fueron elaboradas por los diez enviados del senado romano, de acuerdo con la propuesta de Flaminino (cf. Polibio, XVIII 44-45, y Tito Livio, XXXIII 30-31). Las naves que se dejaron a Filipo fueron seis y no diez, como dice Plutarco.

[40] Fue en el otoño del año 195 a. C., el siguiente a estos sucesos, cuando Aníbal se refugió en la corte de Antíoco (Tito Livio, XXXIII 47).

sado pero más pulido que el de antes, y si admiraban a Tito como benefactor, porque, tras soltar el pie de Grecia, la había atado por el cuello. Dolido por estas afirmaciones Tito y 3
soportándolo mal, suplicó al Consejo[41], y, finalmente, lo persuadió para librar de vigilancia esas ciudades, de modo que fuera completo el favor de su parte para los griegos.

Cuando se celebraban los Juegos Ístmicos[42] una muche- 4
dumbre de personas estaba sentada en el estadio para contemplar la competición gimnástica, puesto que, apaciguada Grecia de guerras después de años con esperanzas de libertad, estaba reunida en una paz segura. La trompeta dio la se- 5
ñal de silencio a todos, y, poniéndose en medio un heraldo proclamó que el senado romano y Tito Quincio, general y cónsul[43], tras haber derrotado al rey Filipo y a los macedonios, dejaban libres, sin guarniciones y exentos de tributos, y en uso de sus leyes tradicionales a los corintios, focenses, locrios, eubeos, aqueos, ptiotas, magnetes, tesalios y perrebos.
Al principio no lo escucharon ni todos ni con claridad, sino 6
que había un movimiento desigual y confuso en el estadio de los que estaban sorprendidos, de los que preguntaban y de los
que pedían que se hiciera la proclama de nuevo. Cuando otra 7
vez se produjo la calma, una vez que al elevar el heraldo la voz con más resolución había alcanzado a todos y expuso el decreto, un griterío de increíble volumen por la alegría se ex-

[41] Este Consejo era el de los diez enviados romanos mencionados en 10, 1.

[42] Los Juegos Ístmicos se celebraban cada dos años (como los Nemeos, cf. *Filopemén* 11, 1) en el Istmo de Corinto, junto al templo de Posidón. Aquí se trata de los Juegos celebrados en el verano del año 196 a. C.

[43] Flaminino no era cónsul (lo había sido en el año 198 a. C.), sino procónsul. Tito Livio (XXXIII 32, 5) le llama simplemente con el título militar *Titus Quinctius imperator* y Polibio (XVIII 48, 1-3), como aquí, *strategós hýpatos*; es posible que se tratara de algún título honorífico concedido por el senado romano, del tipo general con rango consular, que ni Polibio ni Plutarco pudieran recoger exactamente en griego.

tendió hasta el mar, el teatro se puso en pie, no se hacía caso alguno de los atletas que competían, y todos se apresuraban a abrazar, estrechar la mano y saludar al salvador y defensor
8 de Grecia. Y la potencia de su voz, tantas veces mencionada, se vio entonces en su grado máximo; pues unos cuervos que
9 casualmente sobrevolaban cayeron al estadio. La causa fue la rotura del aire; pues cuando se lanza una voz poderosa y grande, desgarrado por ella no sostiene a las aves que vuelan, sino que se produce un deslizamiento como si se movieran en el vacío, a no ser que, ¡por Zeus!, por obra de un golpe mayor que si hubieran sido traspasadas por una flecha, caigan y
10 mueran. Puede ser también un giro del aire, como un remolino en el mar y un movimiento en sentido inverso del flujo de las olas provocado por su tamaño.

11 Así pues Tito, si al terminar rápidamente el espectáculo no hubiera previsto el movimiento de la multitud y evitado la pista, parece que no hubiera sobrevivido a tantos como le ro-
2 deaban y desde todas partes. Cuando se cansaron de gritar alrededor de su tienda ya era de noche, y saludando a cuantos veían, amigos o conciudadanos, y dando abrazos, se iban para comer y beber unos con otros.

3 Y allí, como es natural, les producía un placer extraordinario reflexionar y charlar sobre Grecia, cuántas guerras había peleado por la libertad, sin que de ningún modo la hubiera alcanzado con más solidez y satisfacción que ahora mientras que, al defenderla otros, había obtenido casi sin sangre y sin luto el premio más hermoso y más disputa-
4 do. Pues eran raros el valor y la sensatez entre los hombres,
5 pero el hombre justo es el bien más raro de todos. En efecto, los Agesilaos, Lisandros, Nicias y Alcibíades sabían dirigir bien las guerras y vencer batallas por tierra y mar como generales, pero no supieron utilizar para un noble beneficio y
6 para lo bueno aquello en lo que tenían éxito; por el contrario,

si alguien suprimiera la gesta de Maratón, la batalla naval de
Salamina y las de Platea y Termópilas, así como las empre-
sas de Cimón junto al Eurimedonte y en torno a Chipre, to-
das las batallas que Grecia ha combatido contra sí misma por
la esclavitud, al igual que todo trofeo que ha erigido como
desgracia y vergüenza suya, no han conseguido sino destruir-
la por la maldad y rivalidad de los dirigentes[44]. Hombres de 7
otros pueblos, que parecían tener pequeños destellos e insig-
nificantes relaciones de un antiguo parentesco[45], y de quie-
nes era sorprendente que existiera algún argumento y opinión
útil para Grecia, ésos, tras descargar sobre sí los más grandes
peligros y sufrimientos, liberan a Grecia de amos duros y de
tiranos.

Esto les venía al pensamiento a los griegos; y había concor- 12
dancia de los hechos con los decretos. Porque al mismo tiempo 2
enviaba Tito a Léntulo a Asia para liberar los bargilietas, y a
Esterninio a Tracia para librar las ciudades e islas de allí de las
guarniciones de Filipo. Y Publio Vilio navegaba para tratar con 3
Antíoco sobre la libertad de los griegos que estaban bajo su poder.
El propio Tito, tras llegar a Calcis y navegar después desde allí a 4
Magnesia, hacía salir las guarniciones y devolvía a los pueblos sus
formas de gobierno[46]. Nombrado *agonotetes* de los Juegos
Nemeos en Argos, organizó muy bien la reunión y de nuevo allí 5
proclamó públicamente la libertad a los griegos por un heraldo[47].
En sus visitas a las ciudades les procuraba legalidad y profunda

[44] Plutarco proclama aquí su devoción panhelénica, al criticar las guerras fratricidas entre griegos.

[45] Este parentesco entre Grecia y Roma estaba basado en la tradición que aseguraba la llegada del arcadio Evandro a Roma (cf. *Rómulo* 13, 4; 21, 2, 4) antes incluso que la del troyano Eneas.

[46] Sobre todas estas misiones informan con pormenor POLIBIO (XVIII 48, 1-3) y TITO LIVIO (XXXIII 35, 1-2).

[47] Plutarco da a entender que en los Juegos Nemeos se repitió la proclama que se había hecho en los Ístmicos; pero de lo que se trataba era de

6 justicia y también concordia y disposición amistosa de unos con otros, de modo que cesaban las querellas. Hizo retornar a los desterrados, enorgulleciéndose de convencer y reconciliar a los griegos no menos que de haber vencido a los macedonios, de manera que la libertad parecía el más pequeño de los favores recibidos.

7 Se cuenta que el filósofo Jenócrates, cuando le arrestaron los recaudadores por el impuesto de los metecos, fue liberado por el orador Licurgo y se impuso un castigo por su insolencia a los que lo llevaban, y que, al encontrarse con los hijos de Licurgo, dijo: «Hijos, un hermoso favor devuelvo a vuestro pa-
8 dre; pues todos le aplauden por lo que hizo»[48]. Pero Tito y los romanos por los beneficios que hicieron a los griegos, no sólo recibieron la gratitud en forma de aplausos, sino también, con justicia, en la confianza e influencia entre todos los hombres.
9 Porque no aceptaban simplemente a sus gobernantes, sino que incluso confiaban en ellos, y les mandaban a buscar para invi-
10 tarlos y no sólo los pueblos y las ciudades, sino que también los reyes, injuriados por otros reyes, se refugiaban en las manos de aquéllos, de suerte que, en breve tiempo, quizá también por intervención de un dios, todo llegó a estarles sometido.

11 Y el mismo Tito se enorgulleció muchísimo por la liberación de Grecia. Pues cuando fue a Delfos para consagrar unos escudos de plata y su propio escudo largo, grabó encima:

la celebración de la liberación de Argos de Esparta durante la guerra contra Nabis el tirano lacedemonio, guerra de la que se habla más adelante (13, 1-4). Por eso esta celebración hubo de ser posterior y, desde luego, no fue una repetición de la de Corinto (cf. *Filopemén* 11, 1).

[48] Jenócrates de Calcedonia, discípulo de Platón y director de la Academia entre los años 339-314 a. C., era tan pobre que no podía pagar el impuesto de los extranjeros residentes en Atenas, el *metoíkion*. En *Foción* 29, 6, Plutarco da otra versión diferente a ésta, pues dice que fue Foción quien, para eximir a Jenócrates de este impuesto, quiso darle el derecho de ciudadanía, pero que el filósofo rehusó. DIÓGENES LAERCIO (IV 14) afirma que Jenócrates, al no poder pagar el impuesto, fue vendido como esclavo y liberado por Demetrio Falereo.

¡Ió, hijos de Zeus, que gozáis con las rápidas carreras de caballos!
¡Ió, reyes Tindáridas[49] *de Esparta!,*
el Enéada Tito os dio el mayor regalo
cuando procuró a los hijos de los griegos la libertad.

Consagró también una corona de oro a Apolo y grabó sobre ella: 12

Sobre tus inmortales cabellos rizados puso
a descansar, hijo de Leto, esta corona con resplandor de oro,
la que te dio el gran comandante de los Enéadas. Pero, tú que hieres a tu voluntad, procura al divino Tito la gloria del valor.

Por cierto que a la ciudad de los corintios con respecto a los griegos le ha pasado ya dos veces la misma cosa; pues 13
Tito en Corinto entonces y Nerón de nuevo en nuestra época[50], cuando se celebraban en parecidas circunstancias los Juegos Ístmicos, dejaron a los griegos libres e independientes: el primero a través de un heraldo, como se ha dicho, y Nerón hablando personalmente al pueblo en conjunto, en la tribuna del ágora. Pero esto fue más tarde.

Tito luego comenzó la guerra más hermosa y más justa contra Nabis[51], el tirano más depravado e inicuo de los lace- 13
demonios, pero al final engañó las esperanzas de Grecia, al no querer destruirlo cuando se le presentó la ocasión, sino que hizo pactos con él y permitió que Esparta siguiera escla-

[49] Los Dióscuros, Cástor y Pólux, eran hijos de Zeus y Leda, esposa de Tindáreo, rey de Esparta; por eso se les llama también Tindáridas.

[50] En el año 67 d. C.

[51] Para la guerra con Nabis, cf. *Filopemén* 14 y Tito Livio, XXXIV-XL.

2 vizada sin merecerlo, bien porque temiera que, si la guerra se alargaba, otro general venido de Roma le arrebataría la fama, bien por envidia y celos de los honores de Filopemén[52], que era entre todos los demás el hombre más diestro de los griegos y que había mostrado en la guerra contra Nabis hazañas admirables de audacia y habilidad; los aqueos lo honraban y
3 reverenciaban en los teatros igual que a Tito[53], lo que molestaba a éste por considerar que a un cónsul romano que había luchado por Grecia no debían rendirle igual tributo de admiración que a un arcadio, general de guerras pequeñas y con-
4 tra vecinos. Y por otro lado el propio Tito justificaba el haber acabado la guerra por hacerles un favor, porque veía que el tirano perecería con gran daño para los demás espartiatas[54].

5 Los aqueos votaron en su honor muchas otras cosas, pero parecía que nada se igualaba a sus beneficios excepto un úni-
6 co regalo, que aquél prefirió ante todos. Y fue el siguiente: algunos romanos que habían fracasado en la guerra contra Aníbal servían como esclavos tras haber sido vendidos y dis-
7 persados por muchos sitios. En Grecia su número era de mil doscientos[55], siempre dignos de piedad por la situación en la que se hallaban, y entonces más todavía, como es natural, cuando se encontraban unos con sus hijos, otros con sus hermanos, otros con sus parientes, esclavos con libres y prisio-
8 neros con vencedores. A ésos Tito no los liberó de los que los

[52] Cf. *Filopemén* 15, 2-3.

[53] Cf. *Filopemén* 11, 1-4 y 15, 1.

[54] Tito Livio (XXXIV 49, 1-3) afirma que la opinión de Flaminino era que no se habría hablado de paz con Nabis si hubiera sido posible continuar la guerra sin destruir Esparta, pero que, como no se podía arruinar una ciudad tan importante, se había preferido dejar subsistir a un tirano debilitado y casi sin fuerzas para hacer daño a nadie.

[55] Según Tito Livio (XXXIV 50, 5-7), estos prisioneros que se hallaban en Grecia debían ser más numerosos, ya que los mil doscientos rescatados fueron solamente los que había en Acaya.

habían adquirido, aun afligiéndose por ellos, pero los aqueos rescataron a cada hombre por cinco minas, los reunieron a todos en un mismo lugar y se los entregaron a Tito cuando ya estaba para embarcar, de forma que se hizo a la mar contento por haber obtenido por sus bellas acciones recompensas bellas y convenientes para un gran hombre y un buen patriota. Parece que esto fue lo más brillante de todo en su triunfo. 9
Porque esos hombres, como tienen por costumbre los esclavos cuando son liberados, iban con las cabezas afeitadas y llevaban unos pequeños bonetes de fieltro, cuando marchaban tras Tito en su triunfo[56].

Pero también ofrecía una hermosa vista el botín que los 14
acompañaba: cascos griegos, escudos y sárisas macedonias.
Y no era pequeño el número de riquezas; según escribe 2
Tuditano[57], en el triunfo fueron llevadas tres mil setecientas trece libras de oro en barras, cuarenta y tres mil doscientas setenta de plata, y catorce mil quinientos catorce filipos de oro. Además de esto, los mil talentos que debía Filipo. 3
Pero más tarde los romanos fueron convencidos, especialmente por la intervención de Tito, de que dejaran a Filipo libre de ese tributo[58], lo declararon aliado y liberaron a su hijo de la condición de rehén.

[56] Cf. TITO LIVIO, XXXIV 52, 12.

[57] C. Sempronio Tuditano, cónsul el año 129 a. C., escribió unos *Libri Magistratuum*; CICERÓN, en *Bruto* 25, 95, le cita como orador. En cuanto a las cantidades de metales preciosos y al número de los filipos de oro que da aquí Plutarco, son casi idénticas a las que da TITO LIVIO (XXXIV 52, 4-7), que cita, además, las ciento catorce coronas de oro que las ciudades griegas concedieron a Flaminino y que también presentó en su triunfo.

[58] Según TITO LIVIO (XXXIII 30, 7), la mitad de la suma que debía Filipo debía ser pagada al contado y el resto en diez anualidades. En el año 191 a. C., tras la batalla de las Termópilas, Filipo obtuvo la condonación de la deuda, seguramente como compensación por no haberse unido a Antíoco y haber luchado al lado de los romanos.

15 Cuando Antíoco pasó a Grecia con muchas naves y un
numeroso ejército, movía a defección a las ciudades y pro-
movía la discordia entre unos y otros. Entonces acudieron en
su ayuda los etolios que, desde hacía tiempo, se encontraban
2 en actitud hostil y belicosa contra el pueblo romano, y daban
como razón y pretexto de la guerra el liberar a los griegos,
que no lo necesitaban —pues eran libres—, enseñándole a
aquél a servirse del más bello de los nombres, a falta de un
motivo más apropiado[59]; y los romanos, por temor a la vio-
lencia y fama del ejército del rey, enviaron como general de
3 la guerra al cónsul Manio Acilio[60], y como legado a Tito[61],
por a los griegos; de ellos a unos, nada más ser visto, Tito los
hizo más fieles, y en otros, que empezaban a enfermar, como
alguien que administra una medicina en el momento oportu-
4 no, suscitó simpatía hacia él e impidió que errasen. Unos po-
cos se le escaparon, ya conquistados de antemano y echados
a perder totalmente por los etolios, a los que, aun irritado y
5 exasperado, sin embargo salvó tras la batalla. Pues Antíoco,
vencido en las Termópilas y fugitivo, navegó en seguida a
Asia, y el cónsul Manio, marchando en persona contra algu-
6 nos etolios, los sometió a asedio, y consintió al rey Filipo
aniquilar a otros[62]. Cuando eran acosados y saqueados por el

[59] Tito Livio (XXXV 12, 1 ss.) achaca también a los etolios la responsabilidad de esta nueva guerra al haber intentado enfrentar con los romanos no sólo a Antíoco, sino también a Nabis y a Filipo. En el verano del año 192 a. C. Antíoco partió de Asia con cuarenta naves cubiertas y sesenta descubiertas, seguidas de doscientas de transporte con provisiones y material bélico. Desembarcó en Demetríade unas tropas que constaban de diez mil infantes, quinientos jinetes y seis elefantes (Tito Livio, XXXV 43, 3-6).

[60] Manio Acilio fue cónsul el año 191 a. C.

[61] Con Tito fue también M. Catón (cf. *Catón el Mayor* 12, 4-7) que combatió después en las Termópilas.

[62] Como se ve, Filipo no se unió a Antíoco, sino que combatió aliado a los romanos (cf. n. 58).

macedonio tanto los dólopes y los magnetes como los atamanes y aperantes, y el mismo Manio, tras destruir por completo Heraclea, sitiaba Naupacto que estaba en poder de los etolios[63], Tito, que tenía lástima de los griegos, navegó des- 7
de el Peloponeso junto al cónsul. Y en primer lugar le reprochó que, si era él el que había vencido, permitiera que Filipo se llevara los premios de la guerra, y que estuviera quieto perdiendo el tiempo en torno a una sola ciudad por cólera, mientras los macedonios se apoderaban de no pocos pueblos 8
y reinos. Luego, cuando los sitiados, tan pronto como lo vieron, lo llamaban desde la muralla, le tendían las manos y le suplicaban, en ese momento nada dijo, sino que se dio la 9
vuelta y se alejó llorando; pero, más tarde, tras dialogar con Manio y calmar su enojo, trató con los etolios que se anunciara un armisticio y un tiempo durante el cual, mediante una envajada a Roma, pidiesen obtener un trato moderado[64].

Pero el mayor pleito y trabajo se lo causaban las súplicas 16
que hacían a Manio los calcidios, que habían incurrido en la cólera (de este último) a causa del matrimonio que había celebrado Antíoco entre ellos cuando ya había estallado la guerra, inapropiado por la edad y por la ocasión, pues era un hombre viejo enamorado de una joven, que era hija de Cleoptólemo y, según se dice, la más hermosa de las mucha- 2
chas[65]. Esto hizo que los calcidios fueran entusiastas partidarios del rey y que le ofrecieran su ciudad como base de operaciones para la guerra. En todo caso aquél, tras la bata- 3
lla, huyendo a toda prisa, llegó a Calcis, y después de tomar a la muchacha, el dinero y sus amigos, navegó a Asia. Y a 4

[63] Los asedios de Heraclea y Naupacto son contados con detalle por Tito Livio, XXXVI 22-30.

[64] Cf. Tito Livio, XXXVI 34-35.

[65] Cf. *Filopemén* 17, 1.

Manio que de inmediato avanzaba colérico contra los calcidios, al acompañarlo Tito, lo calmaba e intercedía, y, por fin,
5 lo convenció y tranquilizó, suplicándole a él y a las autoridades romanas. De esta manera salvados los calcidios, consagraron a Tito sus más bellos y más grandes monumentos, en los que hasta hoy se ven inscripciones como: «El pueblo dedica a Tito y a Heracles este gimnasio», y en otra parte también: «El
6 pueblo dedica a Tito y a Apolo este Delfinio». E incluso en nuestros días se designa un sacerdote de Tito, elegido por votación a mano alzada, y, tras haber hecho sacrificios en su honor y realizadas las libaciones, cantan un peán compuesto para él, del que nosotros, al ser imposible hacerlo entero a causa de su extensión, transcribimos su final:

7 *A la Buena Fe de los romanos adoramos*
a la que, como dignísima de la mayor veneración[66]*, guardan con juramentos;*
cantad, muchachas,
al gran Zeus, a Roma y a Tito junto a la Buena Fe de los romanos.
¡Ieié Peán!, ¡oh Tito salvador!.

17 Y hubo también de parte de otros griegos honores apropiados, y lo que hace sinceros los honores, un admirable
2 afecto debido a la benignidad de su carácter. Pues si en algunas ocasiones por circunstancias o por rivalidad estuvo en desacuerdo con Filopemén y otra vez con Diófanes, cuando era general de los aqueos[67], su cólera no era duradera ni se

[66] El término *megaleuktotátan*, superlativo del adjetivo *megaleuktós*, que aquí aparece, es conjetura, mejor que las lecturas que dan los mss., aunque el hecho de que sólo aparezca esta vez en toda la literatura griega *(hápax)* le resta verosimilitud.

[67] Diófanes, estratego de los aqueos en el año 192-191 a. C., fue obligado por Flaminino a levantar el asedio de Mesene (Tito Livio, XXXVI 31, 6-8).

extendía a los actos, sino que se calmaba en una conversación que tenía cierta franqueza política. Así pues, con ningu- 3
no era duro, y a muchos les parecía que era cortante y desconsiderado en su manera de ser, pero por lo demás, al tener trato con él, el más amable de todos y agradable en el hablar por su ingenio[68]. Porque a los aqueos que se intentaban 4
apropiar de la isla de Zacinto, dijo, intentando disuadirlos, que corrían peligro si, como las tortugas, extendían la cabeza más allá del Peloponeso. Y cuando por primera vez se jun- 5
taron para hablar sobre las treguas y la paz, al decirle Filipo que venía con muchos y él, en cambio solo, Tito, atajándole, dijo: «Pues te buscaste tu propia soledad, al haber matado a tus amigos y parientes»[69]. Cuando en Roma el mesenio 6
Dinócrates[70], borracho en un banquete, bailó con un vestido femenino y al día siguiente pidió a Tito que le ayudara en su proyecto de separar a Mesene de los aqueos, le contestó que lo examinaría, pero que se sorprendía de que él, que intentaba tan importantes empresas, pudiera bailar y cantar en un banquete. Al exponer con detalle los embajadores de Antíoco 7
ante los aqueos los numerosos cuerpos del ejército real y enumerar sus muchas denominaciones, Tito dijo que, una vez que estaba comiendo con un amigo, le reprochó la cantidad de platos de carne y se extrañó de dónde se había procurado tan variada mercancía, y que el amigo contestó que todo era carne de cerdo, diferente en su preparación y condimentos. «Por eso», dijo, «tampoco vosotros, aqueos, admiréis la fuer- 8
za de Antíoco al oír lanceros, piqueros y guardias de infante-

[68] Cf. 1, 2-3.

[69] Esto ocurrió en la conferencia de Lócride; lo transmite también Polibio, XVIII 7, 3-6.

[70] Polibio (XXIII 5, 12) nos informa de que este Dinócrates de Mesene es el mismo que fue responsable de la muerte de Filopemén el año 183 a. C.

ría[71]; pues todos estos son sirios que se diferencian en sus pequeñas armas.»

18 Tras los asuntos griegos y la guerra de Antíoco, fue desig-
nado censor, que era la magistratura más importante y, de al-
2 guna manera, la consagración de la carrera política[72]. Fue su
colega Marcelo, hijo del Marcelo que fue cinco veces cón-
sul[73]; expulsaron del senado a cuatro no demasiado distingui-
dos, y concedieron el derecho de ciudadanía a todos cuantos,
registrándose, eran de padres libres, obligados por el tribuno
de la plebe Terencio Culeo, que, por ofender a los partidarios
de los aristócratas, convenció al pueblo para que votara eso.
3 Los hombres más conocidos e importantes de entonces
tenían diferencias entre ellos, Escipión Africano y Marco
Catón[74]. Tito proclamó al primero príncipe del senado, por-
que era un hombre excelente y superior, pero con Catón lle-
4 gó a la enemistad al sucederle la siguiente circunstancia. Tito
tenía un hermano, Lucio Flaminino[75], que no se le parecía en
nada en su manera de ser, terriblemente grosero en sus pla-
5 ceres y muy descuidado de lo conveniente. Con él vivía un
jovencito amante, al que, incluso cuando dirigía una expedi-
ción militar, llevaba con él y al que tenía siempre a su lado al

[71] Estos infantes *(pezetaírous)* eran los miembros de la falange macedónica.

[72] Tito Flaminino fue censor el año 189 a. C.

[73] El colega de Flaminio en la censura fue M. Claudio Marcelo (Tito Livio, XXXVII 38, 2), hijo del Marcelo cuya vida también escribió Plutarco, comparándola con la de Pelópidas. En cuanto a este último, fue cuatro veces cónsul (en los años 222, 214, 210 y 208 a. C.), y no cinco, como afirma Plutarco.

[74] Cf. Tito Livio, XXVIII 38, 2.

[75] Ya se ha citado a este Lucio como comandante de la flota que acompañó a Tito a Grecia (3, 3). Lucio ejerció el consulado el año 192 a. C. y recibió como provincia la Galia cisalpina, donde ocurrió el episodio que se relata a continuación.

administrar las provincias[76]. Así, en un banquete, coquete- 6
ando con Lucio, le dijo que le amaba tanto como para haber dejado un espectáculo de gladiadores, aunque nunca había visto morir a un hombre, y que había puesto en mayor aprecio el placer de aquél al suyo propio. Y Lucio, complacido, 7
dijo: «Nada está perdido; porque yo atenderé tu deseo». Y, tras ordenar que fuera traído de la cárcel uno de los condenados y hacer venir a un lictor, ordenó que cortara el cuello del hombre en medio del banquete. Valerio Antias[77] afirma 8
que Lucio dio gusto en esto no a un amante, sino a una amante. Livio, en cambio, dice que estaba escrito en un dis- 9
curso de Catón que a un desertor galo, que llegó con sus hijos y su mujer a las puertas, Lucio hizo pasar al banquete y lo mató con su propia mano para agradar a su amante. Sin 10
embargo, es lógico que Catón dijera esto para agravar la acusación; que el muerto no era un desertor sino un prisionero y de los condenados, lo han dicho otros muchos y también Cicerón el orador, que atribuyó el relato al propio Catón en *Sobre la vejez*.

Por eso, cuando Catón llegó a ser censor, al depurar el se- 19
nado, expulsó de él a Lucio, aunque tenía la dignidad consular y parecía que al mismo tiempo deshonraba a su hermano con él[78]. Por esta razón se presentaron ambos ante el pueblo, 2
abatidos y llorosos y daban la impresión de pedir cosas razonables a los ciudadanos al reclamar que Catón dijera la cau-

[76] Cf. *Catón el Mayor* 17, 1-4.

[77] Valerio Antias, o de Anzio, es un historiador de la época de Sila, prototipo del analista poco riguroso, con tendencia a alterar los hechos para favorecer los intereses de la familia Valeria. Se sabe que escribió una extensísima *Historia de Roma*. Tito Livio lo cita a menudo, pero generalmente rechazando sus versiones de los hechos. Plutarco lo vuelve a citar en *Rómulo* 14, 7, y *Numa* 22, 6.

[78] En el año 184 a. C.; cf. *Catón el Mayor* 16, 1.

sa y el motivo del que se había servido para cubrir una casa
3 ilustre con tanto deshonor. Inmediatamente, sin demorarse en
absoluto, Catón se presentó y, tras colocarse junto a su cole-
4 ga[79], preguntó a Tito si conocía lo del banquete. Al negarlo
aquél, lo contó, y desafió a Lucio a un compromiso moneta-
rio[80] si afirmaba que no era verdad algo de lo que había di-
5 cho. Cuando Lucio guardó silencio, el pueblo supo que había
sido justo el deshonor y escoltó desde la tribuna a Catón con
6 entusiasmo. Pero Tito, muy afectado por la desgracia de su
hermano, se alió con los que desde hacía tiempo odiaban a
Catón, y, al tener influencia en el senado, anuló y derogó to-
dos los contratos públicos, alquileres y ventas que Catón ha-
7 bía hecho, y preparó muchos e importantes procesos contra
él, guardando una enemistad implacable, no sé si correcta y
política, contra un magistrado justo y un ciudadano excelen-
te[81] en defensa de un hombre que, aunque de la familia, era
indigno y había recibido su merecido. No obstante, en cierta
8 ocasión en la que el pueblo romano asistía a un espectáculo
en el teatro y el senado ocupaba la primera fila en su lugar,
como era la costumbre, al verse a Lucio sentado en las últi-
mas gradas, con deshonor y humillación, provocó lástima. Y
la plebe no soportó la vista, sino que gritaba animándole a
cambiar de sitio, hasta que se cambió y los consulares le aco-
gieron entre ellos[82].

20 La ambición natural de Tito, mientras tenía suficiente ocasión para emplearla en las guerras antedichas, era bien

[79] Su colega era L. Valerio Flaco; cf. *Catón el Mayor* 16, 8.

[80] Este compromiso monetario, en griego *horismós*, es el equivalente del latín *sponsio*; cf. *Catón el Mayor* 17, 6.

[81] Cf. *Catón el Mayor* 18-19 y Tito Livio, XXXIX 44, 9: «Fue una censura notable y plagada de enemistades, de las que fue objeto durante toda su vida Marco Porcio, al que era atribuido aquel rigor».

[82] Cf. *Catón el Mayor* 17, 6.

considerada; pues fue de nuevo tribuno militar tras el consulado, sin que nadie lo apremiara[83]. Pero, cuando dejó de man- 2
dar y era anciano[84], fue censurado por estar lleno del deseo de gloria durante el resto de su vida cuando no tenía cosas que hacer, y porque, comportándose como un joven, no podía contenerse en ese deseo. Pues al dar la impresión de que 3
actuó por algo así en lo referente al trato a Aníbal, resultó desagradable para muchos. Aníbal, en efecto, tras escapar de 4
su patria, de Cartago, vivía junto a Antíoco, pero cuando aquél, tras la batalla de Frigia[85], consiguió una paz aceptable, de nuevo huyó y después de andar errante por muchos sitios, finalmente se estableció en Bitinia, como servidor de Prusias; ningún romano lo ignoraba, pero todos miraban a otro lado, debido a su debilidad y vejez, como a alguien abandonado por la fortuna. Pero Tito, cuando llegó junto a 5
Prusias como embajador del senado para otros asuntos[86] y vio a Aníbal allí, se irritó de que aún viviera, y aunque Prusias suplicaba mucho e imploraba con insistencia en favor de un suplicante y amigo íntimo, no cedió. Había, según 6
parece, cierto viejo oráculo sobre el final de Aníbal que decía así:

La tierra libisa cubrirá el cuerpo de Aníbal,

[83] Flaminino ya había sido tribuno militar cuando tenía veinte años (cf. 1, 4); también Catón el Censor fue tribuno militar después de haber sido cónsul (*Catón el Mayor* 12, 1).

[84] Flaminino no era demasiado viejo, pues murió en el año 174 a. C., a los cincuenta y cinco de edad.

[85] Antíoco resultó vencido el año 189 a. C. cerca de Magnesia de Sípilo, que está en Lidia, no en Frigia.

[86] Sin embargo, más adelante (21, 14) se afirma que la embajada no tenía más objetivo que conseguir la muerte de Aníbal. Tito Livio (XXXIX 51, 1-3) dice que, además de la queja ante Prusias por haber acogido al mayor enemigo de Roma, también se reprochó al rey de Bitinia el haber reemprendido la guerra contra Éumenes.

Aníbal pensaba en Libia y en una sepultura en Cartago,
en la idea de que allí terminaría su vida; pero hay en Bitinia
un lugar cubierto de dunas junto al mar, y junto a él una al-
dea no grande que se llama Libisa; y dio la casualidad de que
7 Aníbal vivía en sus alrededores. Por desconfiar siempre de la
debilidad de Prusias[87] y por temor a los romanos, tenía, ya
desde antes, la casa perforada con siete salidas subterráneas
desde su propia habitación, cada galería en una dirección di-
8 ferente y todas ellas le podían conducir lejos en secreto[88]. Y
así, cuando oyó la orden de Tito, se dispuso a escapar por los
subterráneos pero, al toparse con guardias del rey, decidió
9 morir por su propia mano. Algunos, en efecto, dicen que se
mató tras enrollarse el manto alrededor del cuello y ordenar
a un servidor que, apoyando la rodilla en su cadera y tirando
con fuerza hacia arriba, lo hiciese girar hasta que le cortase
el aliento. Pero otros que, imitando a Temístocles y a Mi-
10 das[89], bebió sangre de toro. Y Livio afirma que, teniendo
veneno, lo mezcló y que, después de coger la copa, dijo:
«Pongamos fin ya de una vez a la gran preocupación de los
romanos, que consideraron largo y pesado esperar la muerte
11 de un anciano odiado. Pero Tito no se llevará una victoria
merecedora de envidia ni digna de sus antepasados, los que,
comunicaron en secreto a Pirro, su enemigo y vencedor, el
aviso de que le acechaba el veneno»[90].

[87] Tito Livio (XXXIX 51, 4) dice lo mismo: «(Aníbal), en el caso de Prusias, había comprobado ya su falta de seriedad».

[88] Cf. Tito Livio, XXXIX 51, 5.

[89] Cf. *Temístocles* 31, 6; Midas, rey de Frigia, se suicidó a mediados del s. viii a. C. cuando los cimerios invadieron su país.

[90] Tito Livio (XXXIX 51, 9-11) dice que las últimas palabras de Aníbal, antes de darse muerte, ya que fueron para constatar cuánto habían cambiado las costumbres de Roma, los padres de los actuales romanos habían advertido a Pirro que se guardase del veneno, a pesar de que éste era un enemigo armado con un ejército en Italia.

Dicen que así murió Aníbal. Cuando estos sucesos se re- 21
firieron al senado, Tito les pareció desagradable a no pocos,
demasiado orgulloso y cruel por haber matado a Aníbal co-
mo a un pájaro sin alas ni cola por la vejez, al que se deja vi-
vir domesticado, sin que nadie lo apremiara a ello, sino por
la fama, para resultar renombrado por esa muerte. Y admira- 2
ban aún más a Escipión el Africano al comparar su carácter
amable y su magnanimidad, porque, después de derrotar en
Libia a Aníbal, que era invencible y temible, ni lo desterró ni
reclamó su entrega a sus conciudadanos, sino que, cuando se
entrevistó con él antes de la batalla, le dio la mano, y, al pac-
tar tras el combate, no se encorajinó ni maldijo la fortuna del
hombre[91]. Y se cuenta que se encontraron de nuevo en Éfe- 3
so; en un primer momento, al pasear juntos, Aníbal tomó el
sitio que correspondía a la mayor categoría y el Africano se
contentaba con ello y paseaba con sencillez. Luego, cuando 4
la conversación recayó sobre los generales, Aníbal declaró
que el mejor de los generales había sido Alejandro, después
Pirro, y él mismo el tercero. Entonces el Africano, sonriendo
levemente, dijo: «¿Y si yo no te hubiera vencido?». Aníbal 5
contestó: «Escipión, en ese caso no me consideraría el terce-
ro, sino el primero de los generales»[92]. Admirando la mayo- 6
ría estas cosas de Escipión, reprochaban a Tito que había
puesto las manos sobre un muerto ajeno. Pero había algunos 7

[91] Tito Livio recoge estas entrevistas entre Aníbal y Escipión, que tuvieron lugar antes de la batalla de Zama, en el año 202 a. C. (XXX 29, 31), y las negociaciones posteriores a la misma (XXX 32, 13).

[92] La misma anécdota la transmite Tito Livio (XXXV 14, 5-12) citando como su fuente a Claudio Cuadrigario, autor de finales del s. II a. C., que tradujo la *Historia Romana* de C. Acilio (senador en el año 155 a. C.), escrita en griego. Fue en el año 193 a. C. cuando Escipión Africano, embajador en la corte de Antíoco, se encontró en Éfeso con Aníbal. Sin embargo, el propio Plutarco (*Pirro* 8, 5) da una versión diferente: Aníbal habría situado a Pirro como el mejor general, a Escipión en segundo lugar, y a él mismo en el tercero.

que aplaudían lo hecho por considerar a Aníbal, mientras vi-
8 vía, como un fuego al que faltaba que se soplara para atizarlo; porque, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas, no eran su cuerpo ni su mano temibles para los romanos, sino su
9 astucia y experiencia que se unían a una dureza y hostilidad innatas, cualidades que no merma la vejez; al contrario, la naturaleza se mantiene en el carácter, pero como no persiste la misma fortuna, sino que cambia, invita a tener esperanzas en
10 los ataques a los que constantemente hacen la guerra por odio. Y los sucesos posteriores, de algún modo, aún testificaron más a favor de Tito: el que Aristónico, hijo de un citarista, por la fama de Éumenes llenara toda Asia de sediciones y guerras[93], y el que Mitrídates, después de Sila y Fimbria y de tan enorme pérdida de ejércitos y generales, se levantara otra vez
11 tan poderoso contra Lúculo por tierra y mar a la vez[94]. Tampoco Aníbal se encontraba más abatido que Cayo Mario; pues tenía como amigo a un rey, su vida era normal y sus ocu-
12 paciones eran el cuidado de naves, caballos y soldados. En cambio, los romanos, que se burlaban de las desgracias de Mario cuando estaba desterrado y mendigaba en Libia, poco tiempo después en Roma, degollados y azotados, lo saludaban
13 prosternándose[95]. Por tanto, nada de lo presente es pequeño ni

[93] Cuando Átalo III, rey de Pérgamo, murió en el año 133 a. C., dejó en herencia su reino a Roma, pero un hijo bastardo de Éumenes II, llamado Aristónico, se opuso a este testamento y reclamó el trono para él, provocando una guerra que duró cuatro años. Venció a M. Licinio Craso en el año 131 a. C., pero fue a su vez vencido por M. Perpenna y M. Aquilio. Los orígenes de este Aristónico fueron discutidos; JUSTINO, en su *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo* (XXXVI 6) precisa que Aristónico era efectivamente hijo de Éumenes, habido de una concubina, hija ésta de un citarista.

[94] Mitrídates Éupator, rey del Ponto, se sometió a Sila en el año 85 a. C., pero se sublevó de nuevo contra Roma en el 74. Pompeyo le venció definitivamente en el 66 a. C.

[95] Cf. *Mario* 35-45.

grande en relación al futuro, sino que hay un único final de los cambios de fortuna y del existir. Por eso también afirman al- 14
gunos que Tito no ejecutó eso por propia iniciativa, sino que fue enviado como embajador con Lucio Escipión[96], y que el objeto de la embajada no era otro que la muerte de Aníbal.

Puesto que no hemos averiguado con posterioridad a és- 15
tas ninguna acción política ni militar de Tito, sino que tuvo un final en paz, es el momento de que examinemos la comparación.

COMPARACIÓN ENTRE FILOPEMÉN Y TITO FLAMININO

En todo caso, por la importancia de los beneficios a los 22
griegos no es justo comparar a Filopemén ni a muchos de los hombres mejores que Filopemén con Tito. Pues las guerras 2
eran de griegos contra griegos, mientras que Tito, que no era griego, la hacía a favor de los griegos; y cuando Filopemén, dudando defender a sus conciudadanos que estaban en guerra, se fue a Creta, en ese momento Tito, tras vencer a Filipo en medio de Grecia, daba la libertad a los pueblos y a todas las ciudades[97]. Y si alguno examinara las batallas de cada 3
uno, a más griegos mató Filopemén como general de los aqueos que macedonios Tito ayudando a los griegos. Por tan- 4
to, los errores de uno procedieron de la ambición, los del otro de la afición a disputar; el primero era propenso a la cólera,

[96] Este Lucio Escipión, apodado Asiático, fue quien venció a Antíoco en la batalla de Magnesia de Sípilo en el año 189 a. C. Según Tito Livio (XXXIX 56, 7), siguiendo a Valerio Antias, fueron tres los embajadores a la corte de Prusias: Flaminino, L. Escipión Asiático y P. Escipión Nasica.

[97] Cf. *Filopemén* 13, 1. Filopemén estuvo en Creta por segunda vez entre los años 200 a 193 a. C., y la victoria de Flaminino en Cinoscéfalas fue en el 197.

5 mientras el segundo difícil de calmar. Pues Tito incluso a Filipo conservó la dignidad de la realeza y fue generoso con los etolios, pero Filopemén, por cólera, quitó a su patria la
6 asociación de los pueblos vecinos[98]. Además, uno siempre fue constante con sus beneficiados, pero el otro estuvo dispuesto por su temperamento a anular el favor. Pues siendo en un primer momento benefactor de los lacedemonios, después derribó sus murallas, devastó su territorio y, finalmente, cam-
7 bió y destruyó su constitución[99]. Parecía incluso que descuidó su vida por cólera y afición a disputar no con oportunidad, sino que se lanzó hacia Mesene con más temeridad de lo que se precisaba[100], no como Tito, que condujo todas sus expediciones militares con cálculo y seguridad.

23 Pero por la magnitud de las guerras y trofeos la experiencia de Filopemén es más sólida. Porque para Tito la campaña contra Filipo se resolvió en dos combates, pero Filopemén, tras tener éxito en mil batallas, no ha dejado discusión algu-
2 na contra su capacidad. Además, uno usó del poder romano cuando estaba en su plenitud, pero el otro tuvo fama por haber florecido cuando Grecia ya languidecía, de manera que la empresa próspera de uno fue particular, la del otro, colectiva; porque Tito mandaba buenos soldados, mientras que
3 Filopemén los hacía buenos bajo su mando. Sin embargo, el que los combates que éste sostuvo fueran contra griegos no es algo afortunado[101], pero proporciona una firme demostración de su excelencia; pues entre los que son iguales en todo
4 lo demás, es su valor superior lo que prevalece. Porque, después de combatir con los griegos más belicosos, cretenses y

[98] Cf. *Filopemén* 13, 8, y *Flaminino* 15, 6-9.
[99] Cf. *Filopemén* 16, 4-9.
[100] Cf. *Filopemén* 18, 3-7.
[101] Plutarco critica siempre las guerras entre griegos, como fratricidas.

lacedemonios, aventajó a los más astutos con astucia, y a los
más valerosos con audacia[102]. Además, Tito vencía a partir 5
de unas bases, utilizando armamentos y tácticas que heredó,
pero Filopemén las introdujó él mismo y cambió su organi-
zación, de forma que lo más apto para vencer, cuando no
existía, fue descubierto por él[103], mientras que al otro le ser-
vía de ayuda lo anterior. En la acción individual las hazañas 6
de Filopemén fueron muchas y grandes, pero las del otro nin-
guna; por el contrario, un etolio, Arquedamo[104], observó,
cuando él mismo corría con la espada desenvainada contra
los macedonios que luchaban y aguantaban firmes, cómo
Tito tendía al cielo las manos vueltas hacia arriba, inmóvil y
suplicante.

Y por cierto a Tito le ocurrió que realizó todas sus bellas 24
acciones como magistrado y embajador, pero Filopemén se
mostró para los aqueos no peor ni más inactivo como parti-
cular que como general. Pues, siendo un particular expulsó a 2
Nabis de Mesene y dio la libertad a los mesenios[105], y, tam-
bién como particular, cerró Esparta al general Diófanes y a
Tito que se acercaban, y salvó a los lacedemonios[106]. Al te- 3
ner una naturaleza tan apta para dirigir sabía mandar no sólo
según las leyes, sino también sobre las leyes, si ello conve-
nía; y no necesitaba tomar el mando de sus subordinados, si-
no que los utilizaba cuando la ocasión lo requería, por
considerar que el que piensa en su favor es más general que
el elegido por ellos. Por tanto, noble fue la conducta modera- 4

[102] Cf. *Filopemén* 13, 9.

[103] Cf. *Filopemén* 7, 4-6, y 9, 1-14.

[104] Arquedamo era uno de los comandantes del ejército etolio que luchó junto a los romanos en Cinoscéfalas. Sobre él nos informa Polibio, XVIII 21, 5.

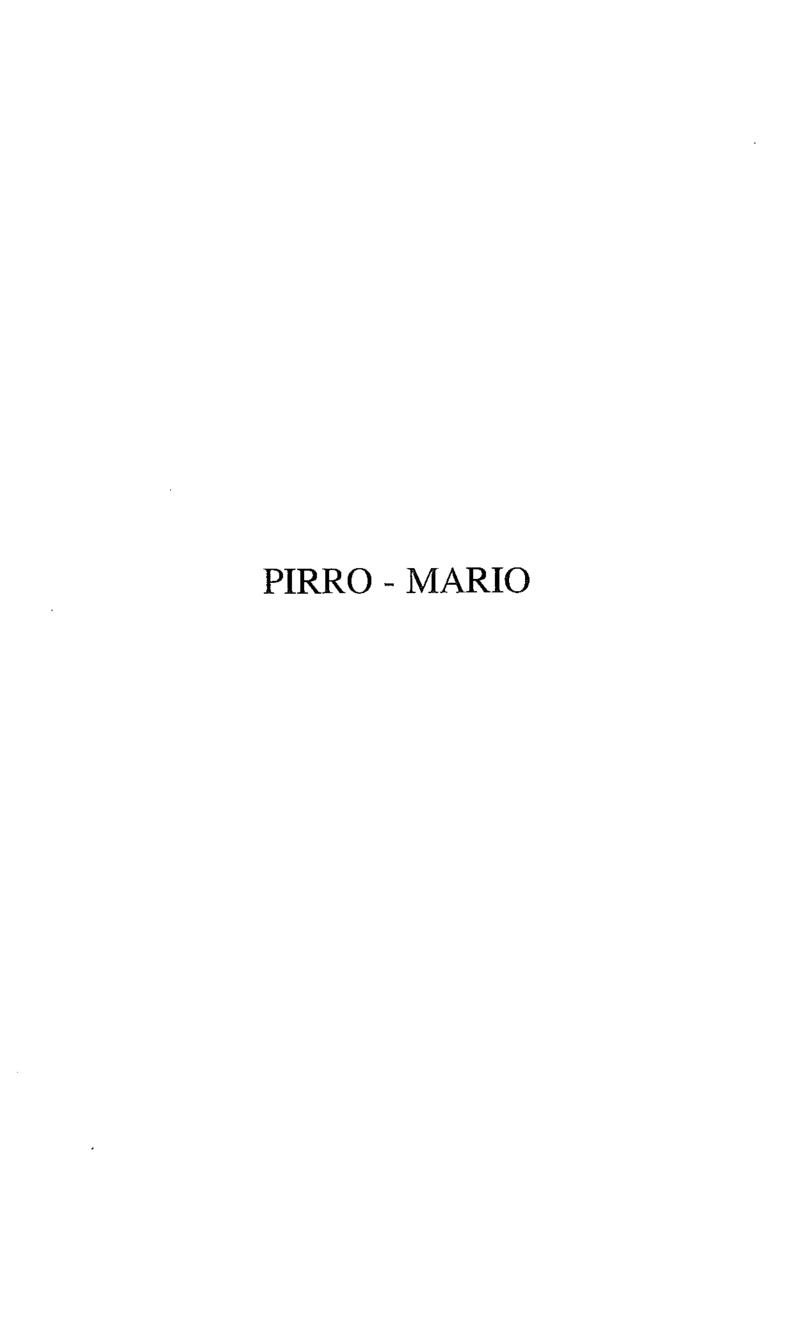
[105] Cf. *Filopemén* 12, 4-6.

[106] Cf. *Filopemén* 16, 3.

da y humanitaria de Tito con los griegos, pero más noble la fuerte y amante de la libertad de Filopemén con los romanos[107]; pues resulta más fácil hacer un favor a los que lo necesitan que disgustar, poniéndose en su contra, a los más poderosos.

Pero, como al examinarla así, es difícil de reconocer la diferencia, mira si parece un juicio aceptable que concedamos al griego la corona de la experiencia guerrera y de la estrategia, y al romano la de la justicia y de la misericordia.

[107] Cf. *Filopemén* 17, 2-7.



PIRRO - MARIO

INTRODUCCIÓN

I. PIRRO

«Nada a priori justifica una comparación (que Plutarco, por otra parte, no ha llevado a cabo) entre el brillante rey de Epiro que se creía a la vez un nuevo Aquiles y un nuevo Alejandro, y el romano de modesto origen, pero genial estratega, que fue siete veces cónsul y contribuyó más que ningún otro a arrojar su patria a las guerras civiles que habrían de provocar la ruina de la República. Nada sino una ambición desmesurada que los éxitos no acababan de saciar jamás, suscitando, por el contrario, nuevas "esperanzas"»[1]. En efecto, las de Pirro y Mario son una de esas pocas *Vidas* a las que Plutarco no reserva unas palabras para establecer su *sýnkrisis* o comparación, el punto en el que los destinos de sus biografiados, que hasta entonces habían discurrido por vías paralelas, entran en colisión. Sin embargo, aunque las vidas de Pirro y de Mario se desarrollan en contextos históricos marcadamente diferentes, sus destinos se presentan ante nosotros fuertemente ligados por dos factores desencadena-

[1] Cf. C. MOSSE, *Introduction: «Pirrhos-Marius»*, en *Plutarque*, *Vies parallèles*, Gallimard, París, 2001, pág. 722.

dos por esa continua búsqueda de «esperanzas a partir de esperanzas» *(elpídas ex elpídōn;* cf. *Pirro* 30, 3) que Plutarco no pierde ocasión de subrayar: la desmesura y el exceso, por un lado, y los vaivenes, por otro, de la *Týchē* helénica o la romana *Fortuna*, noción muy querida al escritor de Queronea.

Pirro de Molosia, rey de Epiro, nació en el año 319 a. C., esto es, cuatro años después de la muerte de Alejandro y reclamaba, entre sus ancestros la presencia de Aquiles; y sobre ambas figuras tratará de forjar su carácter. Contaba con sólo dos años cuando su padre fue destronado y tuvo que ser puesto bajo la protección de Glaucias, rey de los ilirios. Tras estos primeros años transcurridos en el exilio, Pirro es reclamado por los epirotas (306 a. C.), pero vuelve a ser despojado del trono aprovechando su presencia en las bodas del hijo de Glaucias. Hombre de acción, el joven destronado no perderá ocasión de tomar parte en la guerra que los viejos generales de Alejandro, los diádocos, librarán por los despojos de su vasto imperio; así pues, en la batalla de Ipso (301 a. C.), Pirro luchará del lado de Antígono Monóftalmos («el tuerto») y del hijo de éste, su cuñado Demetrio I de Macedonia, llamado Poliorcetes («el sitiador de ciudades»), quien con el tiempo se convertirá en su implacable enemigo por la posesión de Macedonia. A consecuencia de la derrota de Antígono, Pirro llega a Egipto en calidad de rehén de Ptolomeo, con quien acaba emparentando al casarse con su hijastra Antígona; de este modo, en el año 297 a. C. el todavía joven Pirro se apodera por segunda vez del trono de Epiro y fija su punto de mira sobre el reino de su antiguo aliado. Pero cuando Pirro tiene bajo su poder el trébol formado por la corona de Epiro, de Macedonia y de Tesalia, su ansia aventurera, esa suerte de *póthos* o anhelo irresistible a lo Alejandro, que en Pirro son sus *élpides* —verdadero *leitmotiv* de su *Vida*—, le llevará a embarcar rumbo a Italia respondiendo a la llamada de socorro de los tarentinos; es su

oportunidad de remedar la figura del gran conquistador, la ocasión de llevar a cabo los proyectos de expansión por Occidente que su prematura muerte le impidió realizar[2]. Plutarco mismo se hace eco de la emulación de Alejandro por parte de Pirro: «No en vano, pensaban que su porte, su agilidad y su forma de moverse evocaban los de Alejandro Magno, observando en él cierto reflejo y emulación en el ímpetu de aquél y en su fiereza en el combate. Mientras que los otros reyes solamente lo hacían con sus púrpuras, sus guardias de corps, su inclinación del cuello y la crudeza de su lenguaje, Pirro era el único que remedaba a Alejandro con los hechos y las armas» (*Pirro* 8, 2).

Allí, en Italia, con sus solas tropas y el apoyo de los tarentinos derrotará a los ejércitos romanos en la batalla de Heraclea (280 a. C.), ocasionando siete mil bajas en las fuerzas de la república romana y sufriendo él mismo la muerte de cuatro mil de sus hombres; con todo, no será ésta su famosa «victoria pírrica», sino la que conseguirá en Áusculo un año después («Una victoria más sobre los romanos y estaremos completamente perdidos»; cf. *Pirro* 21, 14). En su movimiento perpetuo, Pirro no es capaz de aprovechar las ventajas que sus victorias sobre los romanos le ofrecen y, embarcado en nuevas esperanzas, cruza el estrecho hasta Sicilia dispuesto a combatir contra los cartagineses, a los que logra arrebatar su más poderosa plaza fuerte, Érix.

Pero Pirro no es Alejandro, le puede su intemperancia y su desmesura; Antígono Gónatas supo leer excelentemente la naturaleza de su espíritu cuando le retrata como «un jugador de dados que, pese a sus buenas tiradas, era, sin embargo, incapaz de sacar partido a sus jugadas» (*Pirro* 26, 2). Pirro, an-

[2] Cf. R. Flacelière, É. Chambry, «Vie de Pyrrhos. Notice», en *Plutarchus. Vies. Tome VI: Pyrrhos-Marius; Lysandre-Sylla*, Les Belles Lettres, París, 1971, pág. 3.

tes bien, respira con el aliento de un viejo héroe épico; hay en él más de Aquiles que de Alejandro cuando, por ejemplo, toma al asalto la plaza de Érix, o cuando vence en combate singular a Pantauco, lugarteniente de Demetrio. Precisamente en este episodio Plutarco consigna la intención del propio Pirro de asemejarse al impulsivo héroe homérico[3]: «Pantauco, que por su bravura, destreza y fuerza física era, según el reconocimiento de todos, el mejor de los generales de Demetrio, dado que tampoco le faltaba arrojo y confianza, desafió a Pirro a un combate cuerpo a cuerpo. Por su parte, Pirro, que no cedía ante ningún rey ni en vigor ni en audacia y que ansiaba demostrar que participaba de la fama de Aquiles antes por valor que por cuestión de nacimiento, se fue abriendo paso al encuentro de Pantauco por entre las primeras filas de combatientes» (*Pirro* 7, 7).

La comparación con Aquiles se hace explícita en muchos otros pasajes y no son pocas las citas que el escritor toma de las composiciones homéricas para ilustrar su carácter; como apunta R. Flacelière[4]: «De Aquiles no sólo posee su bravura y su ímpetu, sino también todas sus debilidades y limitaciones, la impulsividad, la irreflexión...».

Impulsivo e irreflexivo, en un nuevo giro de la fortuna, Pirro se ve obligado a abandonar Sicilia y, expulsado también de Italia (275 a. C.), debe regresar a Epiro sin tesoro y sin hombres. Con todo, cayendo sobre Macedonia, a la sazón en poder de Antígono Gónatas, se hace con su corona por segunda vez; corría el año 273 a. C. y ya sólo le quedaba uno de vida. En una nueva llamada a la acción, Pirro parte en dirección a Grecia, hacia Esparta, donde se encuentra con la

[3] Su propio nombre, Pirro, es el apodo bajo el que era conocido Neoptólemo, hijo de Aquiles. Por otro lado, en la dinastía epirota abundan los nombres evocadores de la figura del héroe: Neoptólemo, Eácides, Ftía, Tróade...

[4] Cf. R. Flacelière, É. Chambry, «Vie de Pyrrhos...», pág. 5.

valiente oposición de los hombres y mujeres —nota ésta de las mujeres espartanas que Plutarco gusta de destacar— de la ciudad. En el Peloponeso, encuentra una nueva ocasión de interferir en los asuntos locales de otra ciudad, esta vez Argos, en cuyas calles, merced a una teja arrojada por una vieja mujer desde un tejado, cae derribado, lo que permite que un soldado de Antígono le pase a cuchillo.

Abatida por una mano temblorosa, la vida de Pirro llega a su fin, una vida cuyo signo es el de la agitación perpetua y el paso ininterrumpido de una empresa a otra; Pirro es el hombre de las esperanzas sucesivas, de aquellas que renancen sin cesar. Digámoslo con Montesquieu[5]: «La grandeza de Pirro no consiste sino en sus cualidades personales. Plutarco nos dice que se vio obligado a hacer la guerra de Macedonia porque no podía mantener inactivos seis mil soldados de infantería y quinientos jinetes que poseía. Este príncipe, señor de un pequeño Estado del que no se volvió a hablar tras él, era un aventurero que acometió emprensas continuas porque no podía sobrevivir sin emprenderlas».

Su memorable entrevista con el filósofo epicúreo Cíneas[6] pone de manifiesto, de manera más clara que nunca, cuál el impulso que mueve el espíritu de Pirro: «Con estos argumentos, Cíneas, antes que hacerle cambiar de opinión, lo que hizo fue atribular a Pirro, pues consciente de la dicha que dejaba atrás, fue sin embargo incapaz de renunciar a la esperanza de aquello que tanto ansiaba» (*Pirro* 14, 14).

La narración de su *Vida* por Plutarco sigue el siguiente esquema:

[5] Cf. *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence. Chapitre IV. De Pyrrhus* (1721).

[6] Este encuentro da pie a la obra de SIMONE DE BEAUVOIR titulada *Pyrrhus et Cinéas* (Gallimard, París, 1944).

1) Genealogía de Pirro: 1.
2) Infancia y adolescencia: 2-4.
3) Pirro, rey de Epiro: 5-12.
4) Campañas en Italia y Sicilia (280-274 a.C.): 13-25.
5) Vuelta a Grecia y últimos años (274-272 a.C.): 26.
6) En Esparta: 27-31.
7) En Argos; muerte de Pirro: 32-34.

II. MARIO

Cayo Mario, nacido en Arpino en el año 157 a. C., de familia perteneciente a la orden de los *equites* («caballeros»), es lo que se ha venido entendiendo modernamente como un *self-made man*. Su carrera militar comienza en Hispania, donde participa en el asedio de Numancia (133 a. C.), destacando ante los propios ojos del mismísimo Publio Cornelio Escipión Emiliano. Sus notables cualidades pronto le hacen granjearse una serie de protectores que, a pesar de su origen un tanto oscuro, le ponen en el camino primero del tribunado, luego de la pretura y finalmente en el del consulado, cargo que llegará a ostentar hasta en siete ocasiones. Como militar, se distinguió brillantemente en la guerra contra Jugurta, rey de los númidas, enfrentamiento que supone la primera fricción entre Mario y un todavía joven Sila. Pero su momento de gloria llega cuando una corriente de hordas de cimbros y teutones hacen acto de presencia en el norte de Italia. Primero en *Aquae Sextiae* y más tarde en Vercelas, Mario conjura la amenaza bárbara y la multitud lo aclama como el tercer fundador de Roma —tras Rómulo y Camilo—, y le convierte en objeto de culto: «La multitud lo aclamó como el tercer fundador de Roma, al entender que había conjurado un peligro en modo alguno inferior al de los celtas. Todo el mundo, en su alegría, ofrecía en su casa, en compañía de

sus mujeres y sus hijos, las primicias de la cena y hacían libaciones en honor tanto de los dioses como de Mario» (*Mario* 27, 9).

En la cumbre de su carrera militar, con alrededor de cincuenta y cinco años de edad, todavía le quedan quince por delante para mantenerse en el poder. Abolido por su propia mano el peligro externo, el campo en el que le toca librar las batallas es uno en el que se muestra menos dotado, el Foro: «Se cuenta que, de cara a las cuestiones políticas y las agitaciones populares, su apego al cargo le volvía completamente timorato, y que la inquebrantable resolución de la que hacía gala en las batallas le abandonaba por completo en el Foro, donde cualquier elogio o censura circunstancial le sacaban fuera de sí» (*Mario* 28, 2). Sometido a esta circunstancia, Mario eligirá buscar el apoyo del pueblo contra los nobles y el senado; él, que había remodelado las legiones hasta el punto de permitir en ellas a gente sin recursos, tampoco dudó a la hora de hacer entrar —hecho sin precedentes— soldados en la asamblea. Su rivalidad con Sila, a este punto, no hace más que aumentar, y con este último como dueño absoluto de los designios de Roma, el tercer fundador de la ciudad se ve obligado a huir de ella en un vuelco de Fortuna que sólo él y su obstinación eran capaces de superar. En su largo extravío por tierras itálicas y africanas, Mario pronuncia una frase que gozará de largo recorrido en la retórica ulterior: «Ve y dile que has visto a Mario en el exilio, sentado sobre las ruinas de Cartago» (*Mario* 40, 9)[7].

Sin embargo, en el año 87 a. C., aprovechando la presencia en Grecia de Sila, en lucha contra los generales de Mitrídates, Mario regresa a Roma dispuesto a dar razón a un oráculo de la niñez según el cual lograría alcanzar el séptimo

[7] Episodio recreado pictóricamente en un grabado de John Vanderlyn (1776-1852) titulado *Marius amid the Ruins of Carthage*.

consulado. Pero tras un primer momento en el que parece que no va a ver represalias políticas, Mario cubre la ciudad de un baño de sangre. La escena dibujada por Plutarco, fuente sin duda hostil, si bien justa a la hora de asignarle sus méritos, es terrible: «Hizo convocar al pueblo al foro, y antes de que tres o cuatro curias hubieran hecho efectivo su sufragio, dejó a un lado todo fingimiento y todo escrúpulo legal acerca de su destierro y entró en la ciudad con una escolta seleccionada de entre los esclavos que se habían unido a su causa y a los que llamaba bardieos; éstos, a una sola palabra o a un simple gesto de cabeza, asesinaron en masa a todos a los que Mario designaba. El hecho definitivo fue cuando Ancario, hombre de dignidad senatorial y pretorial, se encontró con Mario y éste no le devolvió el saludo; entonces, aquéllos se abalanzaron sobre él y le pasaron a cuchillo ante sus ojos. A partir de ahí, cada vez que alguien saludaba a Mario y éste no le dirigía la palabra o no le devolvía el saludo, esto era tomado como señal de acabar con ellos en ese mismo instante en la propia calle, de manera que incluso sus propios amigos, todos y cada uno, se encontraban llenos de angustia y de terror cada vez que se acercaban a saludarle» (*Mario* 43, 4-6).

Los ejemplos de crueldad siguen, y ponen bien a las claras el hecho de que el tiempo de la República tocaba a su fin. Corría el año 86 a. C. y, postrado en su lecho, Mario muere en la agonía de no poder prolongar su poder.

La narración de su *Vida* por Plutarco sigue el siguiente esquema:

1) Nombre, personalidad, origen y comienzos de Mario: 1-6.
2) Guerra contra Jugurta: 7-10.
3) Guerra contra teutones y cimbros: 11-27.
4) Sexto consulado y reveses políticos: 28-31.

5) Guerra social y enfrentamiento con Sila: 32-34.
6) Exilio de Mario: 35-40.
7) Regreso a Roma; séptimo consulado y muerte: 41-46.

Tomemos ahora solamente los instantes precisos del nacimiento y muerte de los dos hombres cuyas vidas pone Plutarco en paralelo; nada hay, a priori, que justifique la comparación: nacido el uno en la púrpura y reclamando para sí un ancestro de gloria imperecedera, y el otro en una aldea del Lacio, muerto el uno en el fragor del combate y el otro postrado en su lecho en edad ya avanzada, nada hay que la justifique, salvo la posibilidad de que si hubieran nacido en las circunstancias opuestas en nada hubiera variado su actitud ante los sucesos que les tocaron vivir; empleados siempre con la máxima energía en la grandeza de sus luchas y la esperanza de sus conquistas.

III. NUESTRA TRADUCCIÓN

Nuestra traducción se ha realizado siguiendo el texto establecido por R. FLACELIÈRE y É. CHAMBRY en *Plutarchus. Vies. Tome VI: Pyrrhos-Marius; Lysandre-Sylla* (Les Belles Lettres, París, 1971) pero sin dejar de contar con el que nos ofrece B. PERRIN en la acreditada Loeb Classical Library: *Plutarch. Parallel Lives, IX: Demetrius and Anthony. Pyrrhus and Gaius Marius*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.)-Londres, 1920, con numerosas reimpresiones. Hemos tratado de ajustarnos en todo momento al original griego sin intentar paliar las dificultades que éste propone, pero sin perder de vista que el sentido último de nuestra versión es el de la lectura, y que es, por tanto, al lector en castellano a quien concedemos prioridad. Con este

mismo propósito, el de no entorpecer el seguimiento de la acción narrativa, hemos tratado de limitar las notas a lo imprescindible, procurando, igualmente, despojarlas de todo viso de erudición. A efectos de anotación, hemos tenido también presente el volumen publicado bajo la dirección de FRANÇOIS HARTOG, *Plutarque, Vies parallèles*, Gallimard, París, 2001.

PIRRO

Cuentan que el primero que reinó sobre los tesprotos y los 1
molosos tras el diluvio fue Faetonte, uno de los que llegaron a Epiro junto a Pelasgo. Sin embargo, algunos sostienen que fueron Deucalión y Pirra quienes, tras fundar el santuario de Dodona, se establecieron en ese lugar entre los molosos[1].
Tiempo después, Neoptólemo, el hijo de Aquiles, condujo 2
hasta allí a su pueblo y se apoderó del país, dejando tras de sí un linaje de reyes que recibieron el sobrenombre de Pírridas en virtud del apodo de Pirro[2] con el que se le llamaba de pequeño; incluso había puesto ese nombre a uno de los hijos legítimos tenidos con Lanasa, hija de Cleodeo, hijo a su
vez de Hilo[3]. Es éste el motivo por el que Aquiles, bajo la ad- 3
vocación de Aspeto en la lengua del lugar, pasó a recibir ho-
nores divinos en Epiro. Pero tras estos primeros reyes —los 4
que vinieron después se convirtieron en bárbaros y su poder y modo de vida quedaron sumidos en la oscuridad—, fue

[1] Si bien el Epiro estaba ocupado por diversos pueblos, los molosos parecen haber mantenido una posición dominante gracias a la existencia dentro de su territorio del santuario oracular de Dodona, consagrado a Zeus.

[2] Esto es, «pelirrojo».

[3] Hijo de Heracles, por tanto, Pirro contaría entre sus ancestros con los grandes héroes míticos Aquiles y Heracles.

Tarripas el primero que, a decir de los historiadores, dejó fa-
ma de sí al civilizar las ciudades por medio de las costumbres
y escritura de Grecia, así como a través de sus leyes huma-
5 nas. Tarripas tuvo un hijo, Álcetas; a su vez Álcetas tuvo a
6 Aribas, y de Aribas y Tróade nació Eácides, quien desposó a
Ftía, la hija de Menón de Tesalia, un hombre que alcanzó una
notable reputación a raíz de la guerra Lamíaca[4] y gozó del
más alto prestigio entre los aliados que apoyaron a Leós-
7 tenes. Eácides tuvo dos hijas de Ftía: Deidamía y Tróade, así
como un hijo, Pirro[5].

2 Pero tras una revuelta, los molosos expulsaron a Eácides
y pusieron en el poder a los hijos de Neoptólemo. Por su par-
te, los amigos de Eácides fueron apresados y condenados a
muerte; sin embargo, los hombres de Androclides y Ángelo
lograron apoderarse de Pirro, todavía un bebé, al que busca-
ban los enemigos, y escaparon viéndose forzados a llevarse
consigo un puñado de sirvientes y algunas mujeres para ali-
2 mentar al pequeño, motivo por el cual la huida se hizo fati-
gosa y lenta. Así pues, cuando les dieron alcance, entregaron
el niño a Androcleón, Hipias y Neandro, tres jóvenes au-
daces y de confianza, con órdenes de que huyeran a todo
galope hasta llegar a Mégara, en la región de Macedonia,
mientras que ellos, en parte gracias a sus plegarias, en parte
gracias a la resistencia que opusieron, lograron frenar a sus
perseguidores hasta bien entrada la tarde; cuando por fin lo-

[4] Tras la muerte de Alejandro Magno en el año 323 a. C., el estratego Leóstenes llevó a Atenas a la guerra contra Macedonia; junto a los atenienses luchaban los beocios y los tesalios, coalición que logró derrotar a Antípatro, quien se vio obligado a refugiarse en Lamia. Esta guerra finaliza, no obstante, con la ocupación del Pireo por parte de una guarnición macedonia; cf. DIODORO SÍCULO, *Biblioteca histórica* XVIII 18.

[5] Sobre la figura de Pirro, cf. P. LÉVÊQUE, *Pyrrhos,* Boccard, París, 1957.

graron rechazarlos, se unieron a los que se encontraban cus-
todiando a Pirro. Para entonces el sol se había ocultado por 3
completo y se encontraban cerca del objeto de su esperanza
cuando ésta se vio repentinamente truncada al darse de bru-
ces con un río que discurría a lo largo de la ciudad; su aspec-
to era inaccesible y salvaje y, cuando intentaron atravesarlo,
comprobaron que era imposible de vadear ya que su caudal 4
corría crecido y violento a causa de las lluvias caídas. La os-
curidad volvía todo más tenebroso, de modo que habían ya
renunciado a intentarlo por sí mismos, al ir cargados con el 5
niño y las mujeres que lo cuidaban, cuando se percataron de
que, de pie, en la orilla opuesta, se encontraban unos lugare-
ños; entonces, mostrándoles a Pirro, les suplicaron con rue-
gos y a grandes voces que les ayudaran a cruzar. Éstos, sin 6
embargo, no podían oírlos a causa del ímpetu y el estruendo
de la corriente, por lo que perdían una gran cantidad de tiem-
po gritando los unos lo que los otros no eran capaces de es-
cuchar; hasta que a uno se le ocurrió lo siguiente: tras
arrancar un trozo de corcho de encina, inscribió sobre él con
una hebilla unas letras en las que refería la situación y el in-
fortunio del niño; a continuación, sujetando el corcho a una
piedra, que servía para dar fuerza al lanzamiento, lo arrojó a
la otra orilla. Hay quien sostiene que fue a una jabalina a lo
que ató el corcho y que luego la arrojó. Por consiguiente, 7
cuando los del otro lado leyeron el mensaje y comprendieron
lo apremiante de la situación, se pusieron a cortar troncos y
tras atarlos unos con otros pasaron al otro lado. Quiso la ca- 8
sualidad que el primero que cruzó y cogió a Pirro se llamara
Aquiles. Los restantes fueron transportando a los demás se-
gún les fue tocando.

De este modo, una vez que estuvieron a salvo y fuera del 3
alcance de sus perseguidores, acudieron en presencia de
Glaucias, rey de los ilirios, y, encontrándolo en palacio sen-

tado junto a su esposa, depositaron al crío en el suelo delan-
2 te de él. El rey, temeroso como estaba de Casandro, enemigo
de Eácides, comenzó a sopesar la cuestión, por lo que duran-
3 te un largo rato estuvo reflexionando en silencio. Entre tan-
to, Pirro se había ido acercando a gatas por su cuenta y,
asiéndose con sus manos a las ropas de Glaucias, se había al-
zado hasta sus rodillas, lo que en un principio provocó la
sonrisa del rey, pero luego pena al abrazarse a él llorando co-
4 mo un suplicante. Otros, no obstante, sostienen que no se
echó sobre Glaucias, sino que sujetándose con sus brazos al-
rededor del altar de los dioses se puso de pie, hecho que
5 Glaucias interpretó como un presagio. A raíz de esto, instan-
táneamente entregó a Pirro a su esposa con el encargo de que
lo criara junto a sus otros hijos. Cuando poco después los
enemigos fueron a reclamárselo, llegando incluso a ofrecer
Casandro doscientos talentos por él, no lo entregó, sino que
cuando alcanzó los doce años de edad lo condujo de vuelta a
Epiro con un ejército y lo restableció en el trono.

6 En la contemplación de su semblante, Pirro poseía una ma-
jestad que inspiraba más terror que respeto, pues no contaba
con una dentadura compuesta por varias piezas, sino que la hi-
lera superior consistía en un solo hueso continuo en el que la
separación de los dientes apenas estaba insinuada por leves sur-
7 cos. Era opinión común que podía curar a los enfermos de ba-
zo sacrificando un gallo blanco y aplicando un suave masaje
con su pie derecho sobre esta víscera con el paciente tumbado
8 de espaldas. No había nadie que fuera tan pobre o de tan baja
extracción que no pudiera acceder a sus servicios si así se lo pe-
día. Tras el sacrificio, recibía el gallo como pago, lo que le re-
9 sultaba absolutamente grato. Es más, se dice que el dedo gordo
de su pie poseía una virtud divina, hasta el punto de que a su
muerte, mientras que el resto del cuerpo quedaba reducido a ce-
nizas, se descubrió que el dedo había permanecido intacto y sin
sufrir daño alguno por el fuego. Pero eso ocurriría más tarde.

Hacia la edad de diecisiete años, creyendo que se encon- 4
traba firmemente asentado en el poder, partió de viaje en oca-
sión de las bodas de uno de los hijos de Glaucias con quien
se había criado, momento que aprovecharon los molosos pa- 2
ra rebelarse de nuevo y para, tras expulsar a sus amigos y ra-
piñar sus propiedades, ponerse en manos de Neoptólemo.
Tras perder de este modo el trono y viéndose privado de to- 3
das sus posesiones, Pirro recurrió a Demetrio, hijo de
Antígono[6], el marido de su hermana Deidamía[7], quien sien-
do aún niña había sido prometida como esposa a Alejandro,
hijo de Roxana; pero he aquí que, al abatirse la desgracia so-
bre ellos, fue Demetrio quien acabó casándose con ella cuan-
do tuvo edad suficiente. De este modo, en la gran batalla de 4
Ipso, en la que lucharon todos los reyes[8], también Pirro, a pe-
sar de su juventud, estuvo presente en las filas de Demetrio.
Entonces puso en fuga a cuantos venían a su encuentro y des-
tacó brillantemente entre el resto de combatientes. Es más, 5
cuando Demetrio cayó derrotado, no lo abandonó, sino que
siguió protegiendo las ciudades de Grecia que le había con-
fiado, e incluso navegó hasta Egipto en calidad de rehén tras
el acuerdo que Demetrio alcanzó con Ptolomeo. Una vez allí, 6
dio muestras a Ptolomeo de su vigor y resistencia tanto en la
caza como en el resto de actividades atléticas. Dándose cuen-
ta, además, de que Berenice era la más influyente de las es-
posas de Ptolomeo y la más destacada en cuanto a majestad
e inteligencia, pasó a colmarla de atenciones. Era, pues, tre- 7

[6] Se trata de Antígono el Tuerto (*ca.* 384-301 a. C.), uno de los diádocos o sucesores de Alejandro Magno.

[7] Cf. *Vida de Demetrio* 25, 2.

[8] Se refiere a la batalla que los diádocos libraron en la ciudad de Ipso, situada en Frigia, en el año 301 a. C. En ella, una coalición integrada por Casandro, Seleuco y Lisímaco, gobernadores respectivamente de Macedonia, Tracia y Babilonia y Persia, derrotaron a Antígono el Tuerto y a su hijo Demetrio I de Macedonia. Plutarco narra los pormenores de la batalla en la *Vida de Demetrio*.

mendamente hábil a la hora de granjearse el favor de los poderosos (al tiempo que se mostraba altivo con sus inferiores), así como comedido y prudente en lo tocante a su modo de vida, de modo que resultó escogido de entre un buen número de jóvenes príncipes para tomar como esposa a Antígona, una de las hijas de Berenice; la había tenido de Filipo[9] antes de contraer matrimonio con Ptolomeo.

5 Acrecentando su reputación a raíz de esta unión —Antí-
gona era una esposa idónea para él—, se las arregló para acu-
dir a Epiro provisto de una suma de dinero y un ejército con
2 el objeto de recuperar su reino. Su llegada fue acogida de
buena gana por la mayoría debido al odio que les inspiraba la
forma opresiva y violenta con que Neoptólemo se conducía
3 en su gobierno; pero ante el temor de que Neoptólemo recu-
rriera a la ayuda de algún otro rey, estableció una alianza y
una amistad con él con vistas a compartir el ejercicio del po-
4 der. Conforme pasaba el tiempo, algunos empezaron a sem-
brar cizaña secretamente entre ambos y a alimentar su mutua
desconfianza. Pero la causa principal que llevó a actuar a
Pirro, según se dice, tuvo su origen en el siguiente aconteci-
5 miento. De acuerdo con la tradición, los reyes, tras celebrar
un sacrificio a Zeus Areo en Pasarón, en la región de
Molosia, llevan a cabo una serie de votos junto a los epirotas
en los que aquellos juran solemnemente gobernar conforme
a las leyes y éstos proteger el reino también conforme a lo es-
6 tablecido. En consecuencia, dicha ceremonia fue llevada a
cabo en presencia de los dos reyes, que se encontraban acom-
pañados por sus respectivos amigos y se intercambiaban nu-
7 merosos presentes. He aquí, pues, que Gelón, uno de los
hombres de confianza de Neoptólemo, tomando a Pirro amis-

[9] Personaje desconocido; no se trata, pues, del padre de Alejandro Magno.

tosamente de la mano, le regaló dos yuntas de bueyes de labranza; entonces Mírtilo, su copero, que se encontraba por allí, se los pidió, pero como Pirro no se los dio a él, sino que se los entregó a otro, Mírtilo se lo tomó muy a mal. Este detalle no le pasó desapercibido a Gelón, quien le invitó a un 8
banquete en el que aparte de, como algunos dicen, aprovecharse entre copas de la juventud de Mírtilo, le estuvo aduciendo razones y exhortándole a que se uniera a Neoptólemo y asesinara a Pirro mediante un veneno. Mírtilo aceptó la 9
propuesta aparentando que la aprobaba y que consentía en ello, pero, en cambio, la puso en conocimiento de Pirro, quien ordenó a Mírtilo que presentara a Alexícrates, el jefe de los coperos, a Gelón en calidad de cómplice de ellos, pues Pirro deseaba el mayor número de testimonios como prueba del delito. De este modo, Gelón se vio completamente enga- 10
ñado, como engañado se vio también Neoptólemo, que, creyendo que su plan avanzaba por buen camino, no se contuvo, sino que presa de la alegría se lo reveló a sus amigos; así, en 11
ocasión de una fiesta en casa de su hermana Cadmea, lo comentó en una conversación pensando que nadie les escuchaba, pues, no en vano, no había nadie cerca salvo Fenárete, la 12
esposa de Samón, el hombre encargado de las ovejas y los bueyes de Neoptólemo. Ésta se encontraba recostada sobre un lecho de cara a la pared y parecía dormida; en cambio, en- 13
terada de todo, a la mañana siguiente acudió sin ser vista en presencia de Antígona, la esposa de Pirro y le contó todo lo que le había oído a Neoptólemo contar a su hermana. Informado de ello, Pirro permaneció tranquilo en ese mo- 14
mento, pero, llegada la ocasión de un sacrificio, le invitó a un banquete y lo mató, pues era consciente de que la nobleza epirota estaba de su parte y se encontraba deseosa de que se deshiciera de Neoptólemo y no tuviera que conformarse con poseer sólo una porción del reino, sino que, por el contrario, aprovechara sus impulsos naturales para acometer empresas

más ambiciosas y, ahora que habían aparecido motivos para la sospecha, se quitara de en medio a Neoptólemo anticipándose a él.

6 Con la mente puesta en Berenice y Ptolomeo, le dio el nombre de Ptolomeo al hijo que tuvo con Antígona y llamó Beronícida a la ciudad que había fundado en la península del
2 Epiro. Tras ello, comenzó a darle vueltas a varios y ambiciosos proyectos, cifrando en primer lugar sus esperanzas principalmente en los pueblos más cercanos. Para inmiscuirse en los asuntos de Macedonia encontró el siguiente pretexto:
3 Antípatro, el hijo mayor de Casandro, había asesinado a su madre Tesalónice y expulsado a su hermano Alejandro, que había mandado a pedir auxilio a Demetrio, llamando asimis-
4 mo en su ayuda a Pirro. Sin embargo, mientras que Demetrio se entretuvo con una serie de cuestiones, Pirro acudió a su llamada y le exigió como pago de su alianza las ciudades macedonias de Estinfea y Paravea así como Ambracia, Acarnania y Anfiloquia, de entre los pueblos recién conquistados
5 por los macedonios. El joven puso todo ello a su disposición y Pirro, una vez que tomó posesión de ellas, estableció allí guarniciones y le hizo entrega del resto del reino arrebatán-
6 doselo a Antípatro. Entonces, el rey Lisímaco[10], deseoso como estaba de socorrer a Antípatro y, a pesar de encontrarse él mismo envuelto en sus propios asuntos, sabiendo que Pirro no le haría ningún desaire ni le negaría nada a Ptolomeo, le remitió una carta falsa, como si fuera de su puño, en la que le instaba a que abandonara su campaña militar a cambio de
7 trescientos talentos que recibiría de manos de Antípatro. Pero he aquí que, nada más abrir la carta, enseguida descubrió

[10] Era uno de los diádocos y había tomado el título de «rey» en el año 306 a. C. En el reparto que había seguido a la batalla de Ipso recibió los territorios de Asia Menor y Tracia.

Pirro el engaño de Lisímaco, pues en ella no se leía el encabezamiento acostumbrado, ya que en lugar de: «Tu padre te saluda», aparecía: «El rey Ptolomeo saluda al rey Pirro».
Pero aunque censuró duramente a Lisímaco, sin embargo, 8
acordó la paz, para lo que se reunieron con el objeto de sancionarla mediante un juramento con la celebración de un sacrificio. Así pues, tras llevar un toro, un cerdo y un carnero, 9
el carnero cayó fulminado repentinamente, suceso que provocó la risa de los presentes, pero que hizo que el adivino Teodoto prohibiera a Pirro que llevase a cabo el juramento, sosteniendo que esta señal divina presagiaba la muerte de uno de los tres reyes. En consecuencia, Pirro se negó a ratificar la paz.

Una vez que la situación de Alejandro parecía ya bien 7
asentada, apareció Demetrio; llegaba, como enseguida se hizo evidente, sin que se lo hubiera pedido y provocando un cierto temor, por lo que apenas unos pocos días después de haberse encontrado, debido a su mutua desconfianza, comenzaron a conspirar el uno contra el otro. Así pues, Demetrio 2
aprovechó la primera ocasión y, anticipándose al joven, le quitó la vida, proclamándose rey de Macedonia.

Ya antes de aquella época había manifestado sus quejas 3
contra Pirro, quien por su parte había llevado a cabo incursiones en Tesalia; ello, sumado a la enfermedad innata a los poderosos, la ambición, convirtió su vecindad en objeto de miedos y sospechas, especialmente tras la muerte de Deidamía. Pero ahora que ambos se habían adueñado de una 4
parte de Macedonia y habían venido a chocar en un mismo punto de interés, sus diferencias hallaron argumentos más sólidos. De este modo, Demetrio, tras emprender una expedición contra los etolios y derrotarlos, dejó allí a Pantauco con un gran ejército y marchó contra Pirro, quien enterado de la maniobra, salió contra él. Pero he aquí que, debido a un error 5

de cálculo, se cruzaron por el camino, por lo que Demetrio, entrando en Epiro, lo arrasó, mientras que Pirro tropezó con
6 Pantauco y trabó batalla con él. Producido el choque de fuerzas, se entabló un combate terriblemente encarnizado, principalmente por parte de los dos caudillos. En efecto,
7 Pantauco, que por su bravura, destreza y fuerza física era, según el reconocimiento de todos, el mejor de los generales de Demetrio, dado que tampoco le faltaba arrojo y confianza, desafió a Pirro a un combate cuerpo a cuerpo. Por su parte, Pirro, que no cedía ante ningún rey ni en vigor ni en audacia y que ansiaba demostrar que participaba de la fama de Aquiles antes por valor que por cuestión de nacimiento, se fue abriendo paso al encuentro de Pantauco por entre las
8 primeras filas de combatientes. Primero hicieron uso de sus lanzas y a continuación se entregaron al cuerpo a cuerpo em-
9 pleando sus espadas con habilidad y fiereza. Entonces, Pirro recibió una herida, pero produjo dos a Pantauco, una en el muslo y otra en el cuello, lo que le hizo retroceder hasta que lo derribó, sin llegar, no obstante, a matarlo, pues fue resca-
10 tado por sus amigos. Los epirotas, alentados con la victoria de su rey y admirados de su valor, arrollaron y rompieron en pedazos la falange de los macedonios y, saliendo en persecución de los que huían, dieron muerte a muchos de ellos y tomaron vivos a cinco mil.

8 Este enfrentamiento no produjo en los macedonios tanta rabia contra Pirro y odio por las pérdidas que sufrieron como aprecio y admiración por su valor; antes bien, dio pie a que hablaran de ello tanto los que le habían contemplado en acción como los que se habían enfrentado con él en la bata-
2 lla. No en vano, pensaban que su porte, su agilidad y su forma de moverse evocaban los de Alejandro Magno, observando en él cierto reflejo y emulación en el ímpetu de aquél y en su fiereza en el combate. Mientras que los otros reyes solamen-

te lo hacían con sus púrpuras, sus guardias de corps, su incli-
nación del cuello y la crudeza de su lenguaje, Pirro era el úni-
co que remedaba a Alejandro con los hechos y las armas.
De su conocimiento y habilidad en el campo de las tácti- 3
cas militares y las estrategias, podemos tener constancia a
través de los escritos sobre la materia que nos dejó. Se dice 4
que Antígono[11], ante la pregunta de quién era el mejor de los
generales, contestó: «Pirro, si llega a viejo»; al decir eso, se
refería exclusivamente a sus contemporáneos. Pero Aníbal[12], 5
de entre todos los grandes caudillos, declaró a Pirro el prime-
ro de ellos por su destreza y habilidad, a Escipión el segun-
do y a él mismo el tercero, como se dijo en la *Vida de
Escipión*[13]. En definitiva, parece que Pirro estuvo ocupado 6
en esto continuamente y dedicó a ello sus reflexiones, como
si se tratara de la disciplina más vinculada a la realeza, con-
siderando el resto meras futilidades y sin concederlas el me-
nor aprecio. Se dice, en efecto, que, preguntado en una fiesta 7
acerca de quién le parecía mejor flautista, si Pitón o Cafisias,
contestó que Poliperconte era el mejor general, dando a en-
tender que eso era lo único que a un rey le convenía investi-
gar y conocer.

Era afable con sus allegados y moderado en su cólera, así 8
como impetuoso y vehemente en cuestiones de gratitud. De 9
ahí que cuando murió Aéropo no lo pudiera sobrellevar con
mesura. Sostenía que Aéropo había sufrido algo connatural al
hombre, pero se hacía reproches y se echaba la culpa porque,
por demorarlo y aplazarlo continuamente, no le había recom-
pensado un favor, pues las deudas que se deben a un acree- 10
dor pueden ser pagadas a sus herederos, pero la devolución

[11] Antígono Gónatas, hijo de Demetrio, que se convertiría en rey de Macedonia en el 276 a. C.

[12] El célebre general cartaginés que fue vencido por Escipión.

[13] *Vida* que ponía en paralelo a la de Epaminondas y que no ha llegado hasta nosotros.

de los favores, si no se hace a quien pueda apreciarlo, llena de
aflicción al hombre bueno y justo.
11 Estando en Ambracia, mientras que algunos opinaban que
debía desterrar a uno que iba difamándole y hablando mal
de él, Pirro dijo lo siguiente: «Mejor que se quede aquí entre
nosotros que somos pocos, a que vaya por ahí hablando mal
12 de mí ante todo el mundo». Del mismo modo, al interrogar a
unos jóvenes que, debido al vino, le habían insultado, cuando les preguntó si habían proferido tales insultos contra él,
uno de ellos contestó: «Esos mismos, soberano; y habríamos
dicho aún más, si hubiéramos tenido más vino». Soltando
una carcajada, les dejó marchar.

9 Tras la muerte de Antígona, se casó con varias mujeres
2 por razones políticas y de poder. Así es; tomó como esposa a
la hija de Autoleonte, rey de los peonios; a Bircena, hija de
Bardilis, rey de los ilirios; así como a la hija de Agátocles
de Siracusa, Lanasa, que aportó como dote la ciudad de Corcira,
3 que había sido conquistada por su padre. De Antígona tuvo a
Ptolomeo, de Lanasa a Alejandro y de Bircena a Héleno, el
4 más pequeño. A los tres los crio valientes y fogosos en las armas y a ello les incitó desde el mismo momento de su naci-
5 miento. Se dice, no en vano, que, preguntado por uno de ellos
cuando todavía era un niño acerca de a quién de ellos le dejaría el reino, le contestó: «A aquel de vosotros que tenga la
6 espada más afilada»; lo que en nada se diferencia de aquella
famosa maldición trágica dirigida a unos hermanos:

Con hierro agudo quede partido el palacio[14].

¡Así de crudos y salvajes son los fundamentos de la ambición!

[14] Se trata de la maldición que Edipo dirige a sus hijos Eteocles y Polinices; cf. EURÍPIDES, *Fenicias* 68.

Tras esta batalla, Pirro celebró su regreso al reino exul- 10
tante de gloria y orgullo. Así, aclamado bajo el nombre de «Águila» por los epirotas, les contestó: «Es gracias a vosotros por lo que soy un águila; ¿cómo no iba a serlo si son vuestros brazos los que me elevan como si fueran alas?».
Poco después, informado de que Demetrio se encontraba se- 2
riamente enfermo, se lanzó repentinamente sobre Macedonia con la intención de llevar a cabo alguna incursión y algún que otro saqueo, pero he ahí que fue poco lo que faltó para adueñarse de todo y hacerse con el país sin ningún tipo de oposición, llegando hasta Edesa sin que nadie les opusiese resistencia; antes bien, fueron muchos los que se unieron a él
y se sumaron a la expedición. El peligro puso a Demetrio en 3
un estado de excitación más allá de sus fuerzas. Sus amigos y generales, consiguiendo concentrar en breve tiempo un elevado número de efectivos, marcharon resuelta y animosa-
mente contra Pirro. Éste, que había venido con la sola 4
intención de hacerse con un botín, no les aguardó, sino que huyó perdiendo en la retirada parte de su ejército bajo los ataques de los macedonios. Sin embargo, el hecho de que lo hubiera expulsado de su territorio de una manera fácil y
rápidamente, no llevó a Demetrio a menospreciar a Pirro; así, 5
decidido a acometer grandes empresas y recuperar el reino de su padre con un ejército de cien mil soldados y una flota de quinientas naves, y dado que no estaba dispuesto a entablar un enfrentamiento directo con Pirro, ni a dejar a los macedonios un vecino tan incómodo y peligroso, y puesto que no se podía entretener en una guerra con él, resolvió alcanzar un acuerdo y pactar la paz, para, de este modo, concentrar sus fuerzas contra los otros reyes[15].

Llegados a este acuerdo por los motivos mencionados, el 6
plan de Demetrio pronto quedó al descubierto debido a la

[15] Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco.

magnitud de los preparativos. Los reyes, alarmados por ello, enviaron a Pirro emisarios y cartas en las que le manifestaban su sorpresa ante el hecho de que dejara pasar la ocasión que tenía en sus manos para declararle la guerra a Demetrio y que, por contra, esperase a que él tuviese la suya para hacerlo, y que, pudiendo echarle de Macedonia ahora que se encontraba enfrascado en numerosos asuntos, aguardara a que su adversario se viera libre de ellos y con mayor capacidad para forzarle a luchar por los templos y los sepulcros de los molosos, y todo ello cuando hacía poco que le había arre-
7 batado Corcira al tiempo que a su mujer. En efecto, Lanasa, enfadada con Pirro porque mostraba mayor predilección por sus mujeres bárbaras, se había retirado a Corcira, donde, deseosa de un matrimonio real, invitó a Demetrio, sabedora de que, entre todos los reyes, él era el que mostraba mayor disposición al matrimonio. De este modo, navegando a su encuentro, se casó con Lanasa y dejó una guarnición en la ciudad.

11 Al mismo tiempo que escribían estas cosas a Pirro, los reyes acosaban a Demetrio mientras se encontraba envuelto en
2 preparativos. Así, Ptolomeo se hizo a la mar con una gran escuadra para levantar en armas las ciudades griegas; Lisímaco, que había entrado por Tracia, asolaba el norte de Macedonia,
3 mientras que Pirro, que había pasado a la acción junto a ellos, marchaba contra Berea con la esperanza, como así sucedió, de que Demetrio, acudiendo a hacer frente a Lisímaco, dejara
4 desguarnecida la franja sur del país. Aquella misma noche le pareció que Alejandro Magno le llamaba en sueños, y que, aproximándose a él, le había contemplado tendido sobre su lecho, y éste le había prometido con palabras amables y amistosas su voluntariosa ayuda, ante lo que Pirro se atrevió a pre-
5 guntar: «¿Cómo podrías ayudarme, soberano, estando tú enfermo?». «Con mi solo nombre», contestó, y a lomos de un

caballo niseo marchó por delante de él. Esta visión le llenó de 6 coraje y, tras ponerse en marcha a toda velocidad, atravesó los territorios intermedios y se adueñó de Berea. Acto seguido, acantonó allí la mayor parte del ejército y sometió el resto del país por medio de sus generales.

Demetrio, al tener noticia de ello y al percibir en el cam- 7 pamento una inquietante agitación por parte de los macedonios, temió aventurarse más lejos, no fuera que, ante la proximidad de un rey macedonio de tan gran renombre como Lisímaco, se pasaran a su bando. Por este motivo, dio media 8 vuelta y se dirigió contra Pirro, en la idea de que era extranjero y los macedonios lo aborrecían. Pero una vez que establecieron allí el campamento, muchos de los procedentes de Berea se pasaron a Pirro y le celebraban como a un guerrero glorioso e invencible en el combate que, además, trataba a sus prisioneros de forma benévola y humana. Del mismo mo- 9 do, en el campamento había también algunos soldados que Pirro había infiltrado y que, haciéndose pasar por macedonios, iban diciendo que ésa era la oportunidad de desembarazarse de la severa autoridad de Demetrio y pasarse a Pirro, un tipo popular y amigo de los soldados. A consecuencia de es- 10 to, el grueso del ejército entró en un estado de agitación y los soldados buscaban la manera de dar con Pirro. En tal circuns- 11 tancia, Pirro se encontraba sin casco, pero en cuanto comprendió la situación, se lo volvió a poner y al instante fue reconocido gracias a su elevado penacho y a sus cuernos de macho cabrío. Entonces los macedonios corrieron hacia él para solicitarle la contraseña, mientras que otros se ceñían a modo de corona ramas de encina sobre la cabeza al ver que sus soldados las llevaban. Hubo quienes incluso se atrevieron 12 en ese momento a proponer al propio Demetrio que, al parecer, lo mejor que podía hacer era retirarse y ceder el mando. Así, al quedarle claro que tales palabras se correspondían con 13 la agitación del campamento, tuvo miedo y se escapó en se-

creto vestido con un sombrero ancho y un simple manto al-
14 rededor. De este modo, entrando en el campamento, Pirro se
apoderó de él sin oposición y fue proclamado rey de
Macedonia.

12 Sin embargo, Lisímaco hizo acto de presencia y alegó que
la derrota de Demetrio era obra común de los dos y que, por
tanto, el reino debía ser dividido entre ambos. En consecuen-
cia, Pirro, que aún no se sentía muy seguro del respaldo de
los macedonios, sino que se encontraba dudoso respecto a
ellos, aceptó la propuesta de Lisímaco y se repartieron las
ciudades y el país.
2 Esta medida les dejó conformes por el momento y evitó
el enfrentamiento entre ambos, pero al cabo de poco tiempo
se dieron cuenta de que el reparto no era una solución para su
enemistad, sino el origen de nuevos enfrentamientos y dis-
3 crepancias. Porque aquellos cuya ambición ni el mar, ni las
montañas ni los inhóspitos desiertos pueden contener, y a cu-
ya codicia ni siquiera son capaces de poner coto las fronteras
que separan Europa de Asia, ¿cómo van a contentarse con
sus circunstancias presentes sin hacerse daño uno a otro
mientras se encuentren en continuo roce y contacto?
4 Imposible es de decir. En efecto, siempre se encuentran en
guerra, pues poseen una natural inclinación a la conspiración
y a la envidia, por lo que para ellos guerra y paz no son sino
dos palabras que, como moneda corriente, son usadas en vis-
5 tas a lo que les conviene, en vez de a lo que es justo. El he-
cho es que son mejores cuando reconocen abiertamente que
están en guerra que cuando a los períodos de descanso y de
inactividad en sus agresiones les dan el nombre de amistad y
6 de justicia. Ejemplo claro de ello es Pirro, quien, erigiéndo-
se de nuevo como obstáculo ante el auge de Demetrio y en
un intento de reprimir su poder, que se iba recuperando co-
mo si de una grave enfermedad se tratara, acudió en auxilio

de los griegos y entró en Atenas[16]. Así, tras subir a la 7
Acrópolis, ofreció un sacrificio a la diosa y, volviendo a bajar el mismo día, dijo al pueblo que se encontraba muy agradecido con el afecto y la confianza que le habían mostrado, pero que, si eran sensatos, desde luego no volvieran a dejar que ningún rey entrara en la ciudad ni le abrieran sus puer-
tas. Tras ello, acordó la paz con Demetrio, pero al poco tiem- 8
po de que éste hubiera partido para Asia, instigado de nuevo por Lisímaco, hizo que Tesalia se sublevase y atacó las guarniciones que mantenía en Grecia; lo hizo en parte porque consideraba que los macedonios mostraban una mejor disposición cuando estaban en campaña que cuando se encontraban ociosos, y en parte porque su naturaleza le volvía reacio a la inactividad.

Finalmente, con la completa derrota de Demetrio en 9
Siria[17], Lisímaco, desaparecidos ya sus temores y sin ninguna empresa entre manos, marchó de inmediato contra Pirro,
que se encontraba acuartelado en Edesa. Así, cayó sobre los 10
convoyes de provisiones y, se apoderó de ellos, sometiendo el ejército a una gran escasez. Acto seguido, mediante cartas y conversaciones, comenzó a corromper a los oficiales macedonios, reprochándoles que hubiesen elegido como amo y señor a un extranjero, descendiente, para más señas, de aquellos que habían estado siempre sometidos a los macedonios, y que hubieran expulsado de Macedonia a los amigos y
parientes de Alejandro. Comoquiera que eran muchos los que 11
habían sido convencidos, a Pirro le entró miedo y partió con los epirotas y las fuerzas auxiliares, perdiendo Macedonia
del mismo modo que la había ganado. De ahí que los reyes 12

[16] Demetrio, que había hecho de Atenas la base de su poder sobre Grecia, había sido expulsado de allí en el 286 a. C. y trataba ahora de recuperar el dominio de la ciudad.

[17] Cf. *Vida de Demetrio* 46-52.

no tengan razón para quejarse de los pueblos si estos cambian de bando según su conveniencia, pues no hacen sino imitarlos en esto, ya que en la deslealtad y la traición son ellos sus maestros y quienes les enseñan que quien más se beneficia es el que en menor consideración tiene a la justicia.

13 Entonces, mientras Pirro se encontraba relegado a Epiro, y, después de haber tenido que ceder Macedonia, el destino le ofreció la ocasión de disfrutar de lo que poseía sin inquie-
2 tudes y de vivir gobernando en paz su reino; sin embargo el no ocasionar mal al resto y el no recibirlo de los demás lo consideraba una pérdida de tiempo repugnante; como Aquiles, no podía soportar la inactividad

sino que su corazón se consumía
allí esperando, y ansiaba el grito de guerra y la batalla[18].

3 Ávido de ella, encontró, pues, el siguiente pretexto para
4 nuevas empresas. Los romanos se encontraban en guerra con los tarentinos, quienes, al no poder hacer frente a ella ni ponerle fin debido al descaro y a la vileza de sus demagogos, decidieron convertir a Pirro en su caudillo y reclamarle para la batalla, en la idea de que era el más disponible de todos los reyes además de ser el más experimentado de los caudillos.
5 Los ciudadanos de mayor edad y más juiciosos se opusieron de plano a esta resolución, pero acabaron cediendo ante el clamor y la violencia de la multitud, mientras que otros, a la
6 vista de esto, abandonaron la asamblea. Únicamente un tal Metón, persona de talante serio, el día en que el decreto tenía que ser ratificado y mientras la gente se encontraba tomando asiento, cogió una corona de flores resecas y una antorcha y, como los borrachos, entró bailando en la asamblea al son de

[18] Cf. *Ilíada* I 491 y ss.

la flautista que le precedía. Como ocurre en este tipo de reu- 7
niones populares, en las que no hay ningún tipo de orden, al
verle, unos le aplaudieron, otros rompieron a reír, pero no hu-
bo nadie que le hiciera ningún reproche, sino que se pusieron
a animar a la mujer para que tocara y a él para que se pusie-
ra en el medio y comenzara a cantar; así, cuando parecía que
iba a hacer eso y todos se encontraban en silencio, dijo:
«Tarentinos, hacéis bien en divertiros y estar de fiesta mien- 8
tras ello sea posible, sin impedírselo a quienes así lo desean;
de modo que, si sois sensatos, seguid disfrutando de vuestra 9
libertad, ya que en cuanto Pirro se presente en la ciudad
vuestras ocupaciones y vuestros medios y condiciones de vi-
da serán otros». Estas palabras convencieron a la mayoría de 10
los tarentinos y recorrió la asamblea un murmullo de aproba-
ción ante lo que había dicho; sin embargo, aquellos que temían 11
que, de producirse la paz, quedarían en manos de los roma-
nos, comenzaron a colmar de improperios al pueblo por de-
jarse manejar de una manera tan sumisa e insolente por un
juerguista borracho, con lo que todos se unieron y echaron de
allí a Metón.

Ratificado de esta forma el decreto, enviaron embajado- 12
res a Epiro —no sólo en su nombre, sino también en el del
resto de griegos de Italia— con presentes para Pirro y con
el comunicado de que precisaban de un caudillo capacitado y
con reputación. Allí pondrían bajo su mando un número con-
siderable de fuerzas reclutadas de entre los lucanos, los me-
sapios, los samnitas[19] y los tarentinos, hasta un número de
veinte mil caballos y un total de trescientos cincuenta mil
soldados de infantería. Estas noticias no sólo excitaron el 13
ánimo del propio Pirro, sino que infundieron también deseos
y entusiasmo por la expedición en los epirotas.

[19] Poblaciones itálicas que se unían a las ciudades griegas contra el poder de los romanos.

14 Había por aquella época un tesalio de nombre Cíneas[20] que gozaba de una gran reputación como hombre inteligente y que había sido discípulo del orador Demóstenes. Se trataba del único de entre los oradores de su tiempo que, casi como una réplica, evocaba en los que le escuchaban la fuerza y
2 el talento de aquél. Se encontraba en compañía de Pirro, y enviado por él a las ciudades confirmaba el dicho de Eurípides de que

Todo lo conquista la palabra,
que hasta al hierro del enemigo podría igualar[21].

3 De hecho, Pirro solía decir que había conquistado más ciudades por la elocuencia de Cíneas que por sus propias armas, y continuaba honrándole y recurriendo a él más que a
4 los demás. En consecuencia, Cíneas, que veía que estaba dispuesto a partir hacia Italia, encontrándole en un momento de
5 descanso, entabló con él la siguiente conversación: «Dicen, Pirro, que los romanos son muy buenos soldados, y que gobiernan sobre muchas naciones belicosas; por tanto, si la divinidad nos concediese derrotarlos, ¿qué objeto tendría esa
6 victoria?». A lo que Pirro contestó: «Cíneas, me preguntas algo que es obvio: una vez vencidos los romanos, no nos quedará allí ninguna ciudad ni bárbara ni griega capaz de resistir, sino que de inmediato tendremos toda Italia, cuya extensión, excelencia y poder ningún hombre conoce mejor que
7 tú mismo». Tras una pequeña pausa, Cíneas continuó: «Pero una vez que tengamos Italia, soberano, ¿qué haremos?». Y
8 Pirro, que todavía no alcanzaba a ver a dónde quería ir a parar, replicó: «Al lado, Sicilia nos tiende los brazos; es una isla próspera, llena de habitantes y fácil de tomar, porque,

[20] Filósofo epicúreo de origen tesalio.
[21] Cf. EURÍPIDES, *Fenicias* 516 y ss.

Cíneas, desde que murió Agátocles todo allí son revueltas,
desgobierno de las ciudades y excitación demagógica».
«Tiene visos de realidad lo que dices —contestó Cíne- 9
as—, pero ¿supondrá la toma de Sicilia el fin de nuestra ex-
pedición?». «Que la divinidad nos conceda el triunfo y la 10
victoria —dijo Pirro—, que lo tomaremos como el preludio
de mayores empresas. Porque, ¿quién podría abstenerse de ir
sobre Libia y Cartago estando ésta tan a mano, cuando
Agátocles, que tuvo que huir a escondidas de Siracusa y cru-
zar hasta sus costas con unas cuantas naves, estuvo a punto
de tomarla? Y cuando seamos dueños de todo ello, ninguno de
esos enemigos que ahora nos tratan con insolencia serán ca-
paces de hacernos frente, ¿qué nos podrá objetar entonces
nadie?». «Nada —respondió Cíneas—; porque es evidente 11
que con una fuerza semejante recuperarás Macedonia y go-
bernarás Grecia con firmeza. Pero cuando tengamos todo en
nuestras manos, ¿qué haremos?». A lo que Pirro, echándose 12
a reír, contestó: «Nos tomaremos un largo descanso, mi que-
rido amigo, copa en mano cada día y entreteniéndonos char-
lando juntos». Cuando Cíneas hubo llevado a Pirro a este 13
punto de la conversación, le dijo: «¿Luego qué nos impide,
si es eso lo que queremos, disfrutar desde ya de la bebida y
de las conversaciones entre nosotros, ahora que tenemos de
forma pacífica aquello que habríamos de conseguir con san-
gre y con grandes penalidades y peligros, causando a los de-
más infinitos males y sufriendo otros tantos daños?».

Con estos argumentos, Cíneas, antes que hacerle cambiar 14
de opinión, lo que hizo fue atribular a Pirro, pues consciente de
la dicha que dejaba atrás, fue sin embargo incapaz de renun-
ciar a la esperanza de aquello que tanto ansiaba.

Así pues, comenzó por enviar a Cíneas al frente de tres 15
mil soldados en auxilio de los tarentinos. A continuación, 2
cuando trajeron de Tarento un gran número de barcos de

transporte para caballos, pontones y cargueros de todo tipo,
hizo embarcar veinte elefantes, tres mil caballos, veinte mil
soldados de infantería, dos mil arqueros y quinientos honde-
3 ros. En cuanto todo estuvo preparado, se hizo a la vela, pero
cuando se encontraba en medio del mar Jonio, fue sacudido
por un viento del norte que se había levantado fuera de esta-
4 ción. A pesar de la fuerte sacudida, pudo, gracias a la pericia
y al coraje de sus marinos y timoneles, alcanzar y llegar a tie-
5 rra en medio de infinitas fatigas y peligros. El resto de la flo-
ta, sin embargo, quedó desorientada y se dispersó, y
desviándose de la costa de Italia, algunas embarcaciones fue-
ron conducidas hasta los mares de Libia y Sicilia, mientras
que otras, al no ser capaces de doblar el cabo Iapigio[22] fue-
ron sorprendidas por la noche, momento en el que una mar
alta y embravecida las empujó contra playas inaccesibles y
6 cerradas, destruyendo todas salvo la del rey. Ésta, mientras
las olas la golpeaban por los lados, pudo resistir y contener
7 los embates del mar gracias a su tamaño y firmeza, pero tan
pronto como el viento empezó a soplar procedente de la cos-
ta, la nave comenzó a correr peligro de quedar reducida a pe-
dazos si continuaba con la proa puesta en dirección a la
marejada. Ahora bien, abandonarse de nuevo a un piélago
embravecido y a un viento que soplaba en todas las direccio-
nes parecía el más temible de todos los males que se les pre-
sentaban; con todo, Pirro se levantó y se arrojó mar adentro.
Al instante todo el empeño y esfuerzo tanto de sus amigos
8 como de su guardia se centraron en él, pero la noche y el oleaje,
con su inmenso fragor y su violenta resaca, hacían difícil el
rescate; de manera que sólo a duras penas, cuando se hubo
hecho de día y el viento hubo amainado, consiguió alcanzar
la costa. Se encontraba completamente desfallecido en lo que

[22] Actual cabo de Santa María de Leuca (Lecce), en el extremo meridional de la región de Calabria y al sureste del golfo de Tarento.

respecta al cuerpo, pero lleno de coraje y de energía en su espíritu, haciendo aún frente a su extrema situación.

Los mesapios, a cuyas costas había sido arrastrado, co- 9
rrieron voluntariosos a socorrerle de la mejor manera que pudieron; al mismo tiempo aparecieron algunas de las naves que se habían salvado, en las que había apenas unos cuantos soldados de caballería, menos de dos mil de infantería y dos elefantes.

Tras recoger a éstos, Pirro se dirigió a Tarento, donde 16
Cíneas, enterado de su llegada, salió a recibirlo con sus soldados. Así, una vez que entró en la ciudad, no empleó violencia ninguna ni hizo nada contra la voluntad de sus habitantes, hasta que sus naves no estuvieron a salvo del mar y tuvo reunida la mayor parte de sus efectivos. Entonces, al comprobar 2
que la muchedumbre era incapaz de salvarse a sí misma ni de salvar a otros, sino bajo estricta coacción, y que se encontraba dispuesta a que él luchara en su lugar, mientras ellos permanecían en casa entre baños y entretenimientos, Pirro cerró los gimnasios y los paseos en los que andaban de aquí para allá mientras libraban angustiados su propia guerra en torno a la política de la ciudad. Igualmente les prohibió los festines, los pasacalles y las celebraciones intempestivas, y lla- 3
mándoles a las armas, se mostró severo e inflexible a la hora de reclutar soldados para la batalla; de este modo, fueron muchos los que abandonaron la ciudad al no tener la costumbre de recibir órdenes y al considerar esclavitud todo lo que no fuera vivir a placer.

Cuando le informaron de que el cónsul romano Levino 4
marchaba contra él con un numeroso ejército, arrasando a su paso la Lucania, todavía las fuerzas aliadas no se habían unido a él. Con todo, se le hizo insoportable quedarse contemplando cómo se aproximaba el enemigo y salió con sus tropas, no sin antes despachar a los romanos un embajador

con la propuesta de si, antes de declarar la guerra, les parecía
bien obtener resarcimiento de los griegos de Italia empleán-
5 dole a él como árbitro y mediador: la respuesta de Levino fue
que los romanos ni lo aceptaban como mediador ni lo te-
mían como enemigo. En consecuencia, Pirro avanzó y esta-
bleció su campamento en la llanura que hay entre la ciudad
6 de Pandosia y Heraclea. Enterado de que los romanos se en-
contraban cerca y tenían colocadas sus tiendas al otro lado
7 del Siris, cabalgó hasta el río para observarlos. Al ver su dis-
ciplina, las facciones de guardia, el orden y la disposición
formal del campamento, quedó maravillado y, dirigiéndose a
su hombre de confianza que se encontraba más cerca, le di-
jo: «Megacles, la disciplina de estos bárbaros[23] no es de bár-
8 baros, y enseguida presenciaremos sus hechos». Así pues,
albergaba ya cierta preocupación por lo que habría de acon-
tecer, de modo que decidió esperar a los aliados, y por si en-
tretanto los romanos intentaban pasar a la otra orilla, apostó
9 una guardia junto al río para contenerlos. Pero los romanos,
corriendo a tomar la delantera a las fuerzas que Pirro había
resuelto aguardar, intentaron el paso —la infantería a través
de un vado y la caballería lanzándose al agua por diversos
10 puntos—, de manera que los griegos, temiendo quedar rode-
ados, se retiraron. Cuando Pirro se dio cuenta de la maniobra,
quedó conmocionado y al instante dio órdenes a los coman-
dantes de la infantería para que se pusieran en orden de
batalla y aguantaran arma en mano, mientras que él personal-
mente se lanzó con tres mil jinetes con la esperanza de
interceptar a los romanos mientras cruzaban dispersa y des-
11 ordenadamente. Así, en cuanto vio que un gran número de
escudos aparecía sobre las aguas del río y que la caballería

[23] En este caso, los bárbaros son los romanos. Nótese, asimismo, cómo Plutarco denomina griegos a los soldados de Pirro en la narración del combate que viene a continuación.

avanzaba en orden, cerró filas y cargó. Iba en cabeza, destacando desde el primer momento por la belleza y brillo de sus armas ricamente ornamentadas, asimismo demostrando con sus hechos que su valor no desmerecía de su fama; principalmente porque, entregado con brazos y cuerpo al combate, y rechazando con bravura a cuantos le acometían, no se le nublaba la razón ni perdía la serenidad, sino que dirigía la batalla como si la presenciara desde la distancia y corría de un lado a otro para socorrer en persona a los que pensaba que estaban siendo vencidos por el enemigo.

He aquí que un macedonio de nombre Leónato, al ver que 12
un guerrero italiano se lanzaba a caballo al encuentro de
Pirro y le seguía continuamente los pasos a cada movimien-
to, le gritó: «Soberano, ¿ves a aquel bárbaro que va a lomos 13
de un caballo negro de cabos blancos? Me parece como si es-
tuviera planeando algo grande y peligroso: tiene los ojos fi-
jos en ti, y contra ti se dirige lleno de ardor y de furia, sin
prestar atención a ningún otro. Permanece en guardia contra 14
ese hombre». A lo que Pirró contestó: «Leónato, es imposi-
ble escapar al destino, pero ni ese ni ningún otro italiano se
alegrará de tener un encuentro conmigo». Mientras intercam- 15
biaban estas palabras, el italiano echó mano a su lanza y,
aguijando su montura, se dirigió contra Pirro y con su arma
hirió el caballo del rey, al tiempo que Leónato, que había
acudido a su encuentro, hería el suyo. Con las dos monturas 16
en el suelo, sus hombres de confianza, rodeando a Pirro, lo
pusieron a salvo y dieron muerte al italiano, quien se defen-
dió hasta el final. Procedía del país de los ferentanos, y se tra-
taba de un comandante de escuadrón llamado Oplaco.

Este hecho enseñó a Pirro a actuar con mayor precaución, 17
y, viendo que la caballería cedía terreno, hizo acudir a la fa-
lange y la dispuso en orden de batalla. Dio entonces su clá-
mide y sus armas a Megacles, uno de sus compañeros, y,

ocultándose en cierta forma con las de éste, cargó contra los
2 romanos, quienes lo recibieron y se lanzaron a un combate cuyo desenlace resultó incierto durante bastante tiempo, pues se cuenta que hasta en siete ocasiones los dos ejércitos persi-
3 guieron y escaparon alternativamente. De hecho, el cambio de armas resultó muy oportuno para la salvación del rey, pero poco faltó para que arruinara su causa y le arrebatara la
4 victoria, ya que, en una carga masiva contra Megacles, el que en primer lugar lo alcanzó y lo derribó, de nombre Dexio, le quitó el casco y la clámide y galopó hacia Levino mostrándolos en alto, al tiempo que gritaba que había dado muerte a
5 Pirro. Conforme estos despojos eran llevados y exhibidos entre las filas, los romanos sintieron una gran alegría y alborozo, mientras que los griegos un gran desánimo y consternación; hasta que Pirro, una vez que se dio cuenta de lo que sucedía, recorrió su ejército con la cara al descubierto, tendiendo su mano a los combatientes y haciéndose reconocer
6 por la voz. Por fin, ante el empuje de los elefantes sobre los romanos, cuyos caballos salían en desbandada con sus jinetes a cuestas aun antes de que se aproximaran, Pirro lanzó a la caballería tesalia contra unos enemigos en plena confusión y los derrotó provocando una gran carnicería.

7 Dionisio[24] refiere que fueron un poco menos de quince mil los romanos que perecieron, mientras que Hierónimo[25] sostiene que tan sólo siete mil. En cuanto a los hombres de Pirro, Dionisio habla de trece mil bajas, mientras que Hie-
8 rónimo de menos de cuatro mil; con todo, se trataba de sus hombres más valiosos, y en particular Pirro perdió tanto a sus amigos como a los generales a los que más recurría y en los
9 que más confiaba. Sin embargo, se apoderó del campamento

[24] Cf. Dionisio de Halicarnaso, *Historia antigua de Roma* XIX 12.

[25] Se trata del historiador Hierónimo de Cardia. Tanto éste como Dionisio de Halicarnaso son sus principales fuentes.

que los romanos habían abandonado y se anexionó las ciudades aliadas; además arrasó buena parte del territorio y avanzó hasta llegar a una distancia de no más de trescientos estadios[26] de Roma. Tras la batalla se reunieron con él un 10
gran número de lucanos y samnitas, a los que reprendió por su tardanza, si bien daba muestras evidentes de encontrarse feliz y eufórico por haber derrotado al poderoso ejército de los romanos con el solo auxilio de un puñado de tarentinos.

Los romanos no despojaron a Levino de su magistratura; 18
con todo, se cuenta que Cayo Fabricio[27] dijo que no habían sido los epirotas los que habían vencido a los romanos, sino Pirro a Levino, dando a entender que la derrota no se debía al ejército, sino al mando. Así, completaron las líneas de las 2
legiones con el alistamiento de hombres de refresco voluntarios y comenzaron a hablar de guerra audaz y resueltamente, lo que dejó a Pirro lleno de preocupación. En consecuencia, 3
Pirro decidió enviar en principio una embajada para sondear a los romanos su disposición a llegar a un acuerdo, ya que tomar la ciudad y someterla por completo suponía un esfuerzo no pequeño con las presentes fuerzas, mientras que un tratado de paz y de amistad le reportaría, tras la victoria, una excelente reputación. Enviado, pues, Cíneas, se entrevistó con 4
los más importantes, llevando de parte del rey presentes para sus hijos y esposas; sin embargo, ninguno los recibió, sino 5
que hombres y mujeres respondieron que, una vez concluidos los tratados con la autoridad pública, ellos, por su parte, estarían encantados de manifestar su buena voluntad y amabilidad hacia el rey. Es más, aunque las propuestas de Cíneas 6

[26] Esto es, a una distancia de unos 55 km. El estadio equivale a 184 m. aproximadamente.

[27] Cayo Fabricio Luscino fue enviado ante Pirro a negociar el rescate de los prisioneros tras la batalla de Heraclea (279 a. C.).

ante el senado fueron absolutamente conciliadoras y llenas de cortesía, sin embargo no las acogieron con agrado ni buena disposición, por más que Pirro les ofrecía devolverles a todos los prisioneros que había tomado en el combate sin rescate alguno y ayudarles a someter Italia, pidiendo a cambio de ello tan sólo amistad para él mismo e inmunidad para los
7 tarentinos. No obstante, la mayoría de ellos se mostraban visiblemente inclinados a la paz, sobre todo tras la gran derrota sufrida en la batalla y ante el temor de una segunda a manos de una fuerza mucho mayor una vez unidos los italia-
8 nos a Pirro. En ese punto, Apio Claudio[28], hombre ilustre, pero que, a causa de su avanzada edad y de la pérdida de su visión, se había retirado de la práctica de la política, dadas las propuestas hechas por el rey y ante el rumor de que el senado estaba a punto de votar el cese de las hostilidades, no lo pudo soportar y ordenó a sus sirvientes que lo levantaran en brazos y lo condujeran en una litera a través del foro hasta el
9 senado. Llegado ante las puertas, sus hijos y sus yernos lo recogieron y se pusieron alrededor de él y le hicieron entrar. El senado, lleno de reverencia ante tal hombre, guardó un respetuoso silencio.

19 Así, desde el lugar en que se encontraba dijo: «Antes, romanos, soportaba con enojo la desgracia de mi ceguera, pero ahora lamento no ser también sordo además de ciego para no oír los vergonzosos decretos y mociones con que echáis por
2 tierra la gloria de Roma. ¿Dónde están ahora aquellas palabras vuestras, repetidas sin cesar ante todo el mundo, según las cuales si el mismísimo Alejandro Magno hubiera entrado en Italia y se hubiera enfrentado a nosotros cuando éramos

[28] Apio Claudio Caeco («el Ciego»), dos veces cónsul (en el 307 y el 296 a. C.), quien bajo su magistratura como censor, año 312 a. C., hizo construir la famosa Vía Apia.

jóvenes o a nuestros padres cuando se encontraban en la flor de la edad, a día de hoy no se le celebraría bajo el apelativo de invicto, sino que con su fuga o con su muerte en estas tierras habría reportado a Roma aún mayor gloria? El hecho es que 3
estáis demostrando que aquellas palabras no fueron sino estúpida arrogancia y vanidad, con vuestro temor a los caonios y molosos, presa constante de los macedonios, y temblando como estáis ante Pirro, que lo único que ha hecho ha sido velar y servir a uno, al menos, de los lugartenientes de Alejandro, y que ahora anda vagando por Italia no para ayudar a los griegos de aquí, sino para huir de sus enemigos de allí, y que incluso ha llegado a prometernos la hegemonía por medio del mismo ejército que no ha valido para conservarle un miserable trozo de Macedonia. Tampoco os penséis que vais 4
a deshaceros de él convirtiéndole en vuestro amigo, sino que, por el contrario, invitaréis a otros a que os miren con desprecio en tanto que gente a la que cualquiera podría someter, si Pirro se marcha no sólo sin rendir cuentas por sus ultrajes, sino con la recompensa de haber posibilitado que tarentinos y samnitas se rían de los romanos».

Una vez que Apio hubo hablado así, un deseo de guerra 5
prendió en todos los hombres, los cuales despidieron a Cíneas con la respuesta de que Pirro debía salir de Italia y de que, si así lo deseaba, ya hablarían de amistad y de alianza; pero que mientras permaneciera en armas, los romanos le harían la guerra con todas sus fuerzas, aun cuando fuera capaz de derrotar en combate aun a diez mil Levinos. Se cuenta que 6
Cíneas, mientras duraron las negociaciones, se entregó con celo a la tarea tanto de observar el modo de vida de los romanos como de comprender las cualidades de su forma de gobierno; mantuvo, además, entrevistas con las personalidades más importantes, y entre el resto de cosas de las que informó a Pirro, le contó que la impresión que extraía era la de que el senado era una especie de consejo de varios reyes; en cuanto 7

al pueblo, mucho se temía que fueran a enfrentarse contra una Hidra de Lerna[29], pues el cónsul ya había logrado reunir un número de soldados que doblaba el anterior y que podía multiplicarse a tenor de la cantidad de romanos capaces de portar armas que le daban.

20 Tras este episodio, se presentó una embajada para tratar
acerca de los prisioneros; estaba encabezada por Cayo Fa-
bricio, quien, a decir de Cíneas, gozaba de gran predicamen-
to entre los romanos, en tanto que hombre honorable y
2 excelente soldado, pero extremadamente pobre. Recibién-
dolo, pues, Pirro con la mayor consideración, quiso conven-
cerle en un aparte de que aceptara una suma de oro, no con
ninguna oscura intención, sino en nombre y como símbolo de
3 amistad y hospitalidad. Fabricio la rechazó y Pirro quiso en-
tonces dejarlo tranquilo, pero al día siguiente, con el objeto
de asustar a Fabricio, quien en su vida había contemplado un
elefante, ordenó colocar el más grande detrás de ellos, tras
una cortina, mientras se encontraran en mitad de la conversa-
4 ción. Así se hizo, y a una señal, se descorrió la cortina y la
bestia, levantando su trompa sobre la cabeza de Fabricio,
5 emitió un horrible y profundo barrito. Éste se volvió calma-
damente y con una sonrisa le dijo a Pirro: «Ni ayer me im-
6 presionó tu oro ni hoy tu marfil». A la hora de la cena,
mientras conversaban sobre diversos temas, principalmente
sobre Grecia y los filósofos, Cíneas trajo a colación a
Epicuro y expuso la doctrina de su escuela acerca de los dio-
ses, la política y de la finalidad de la vida del hombre, situan-
do dicha finalidad en el placer, rehuyendo los afanes de la
política en tanto que dañinos y molestos para la felicidad, y
colocando a los dioses completamente al margen de favor,

[29] Proverbial monstruo cuyas cabezas volvían a brotar cada vez que eran cortadas. Fue vencida por Heracles.

cólera o cualquier tipo de preocupación por nosotros, esto es, en una vida despreocupada y repleta de bienestar[30]. Aún no
había acabado de hablar, cuando Fabricio le apostrofó: «¡Por 7
Hércules; que éstas sean las doctrinas a las que Pirro y los samnitas se acojan mientras estén en guerra con nosotros!».

Tan admirado se encontraba Pirro por la inteligencia y el 8
temple de este hombre, que cada vez era mayor su deseo de concertar una amistad en lugar de una guerra con Roma. Tanto es así, que en privado le invitó a que, una vez que hubiera posibilitado el tratado, le acompañara y viviera en su compañía como el primero de todos sus compañeros y generales.
Propuesta a la que se dice que habría contestado con todo so- 9
siego: «Esto no sería conveniente para ti, soberano, porque cuando los que ahora te veneran y te admiran llegaran a conocerme, desearían ser gobernados antes por mí que por ti». Así
era Fabricio. Pirro, por su parte, encajó la respuesta no con ira 10
ni con sentimiento tiránico; antes bien, hizo partícipes de ella a sus amigos como muestra de la grandeza de ánimo de Fabricio, y sólo a él le confió los prisioneros de guerra, bajo la condición de que, si el senado no votaba en favor de la paz, se los enviara de vuelta una vez que hubieran saludado a sus alle-
gados y hubieran celebrado las Saturnales[31]. En consecuencia, 11
fueron enviados de vuelta tras la festividad, habiendo establecido el senado la pena de muerte para aquel que se quedase.

Tras estos hechos, cuando Fabricio asumió el consulado, 21
un hombre llegó a su campamento para hacerle entrega de una carta que había sido escrita por el médico del rey y en la

[30] Exacto resumen de la doctrina epicúrea.

[31] Popular festividad romana en honor de Saturno que se celebraba los días 17 y 23 de diciembre, coincidiendo con el solsticio de invierno. Durante estos días los esclavos gozaban de numerosos privilegios y se establecía una suerte de inversión social en la que el señor suplantaba al esclavo y viceversa en un ambiente carnavalesco.

que le proponía eliminar por medio de venenos a Pirro para, así, poner término a la guerra sin mayores riesgos, siempre que el recibiera una recompensa acorde con su servicio.
2 Fabricio, indignado ante la vileza de este personaje, hizo participar de los mismos sentimientos a su colega de cargo y despachó inmediatamente una nota a Pirro urgiéndole a que
3 estuviera en guardia contra una conjura. El escrito decía así: «Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules de los romanos, saludan al rey Pirro. Parece ser que no eres muy afortunado
4 a la hora de discernir entre los amigos y los enemigos. De la lectura de esta carta que nos ha sido remitida, colegirás que estás en guerra contra hombres honestos y justos, y que depositas tu confianza en hombres malvados y viles. Te ponemos al corriente de esto no por hacerte un favor, sino para que, si te ocurre algo, ello no nos ocasione una calumnia y parezca que hemos dado fin a la guerra por medio del engaño al no ser capaces de hacerlo por nuestro valor».

5 Cuando Pirro hubo leído la carta y obtenido pruebas de la conjura, castigó al médico, y en reconocimiento a Fabricio y a los romanos les devolvió a los prisioneros a cambio de nada y
6 envió nuevamente a Cíneas a que negociara la paz con él. Pero los romanos, negándose a aceptar sin rescate a sus prisioneros ya fuera como favor de un enemigo, ya fuera como pago por no haber actuado vilmente, le devolvieron el mismo número de tarentinos y samnitas, declarando, no obstante, que no mantendrían conversaciones sobre amistad o paz hasta que no sacara sus armas y su ejército de Italia y navegara de vuelta a Epiro con las mismas naves con que había llegado.

7 A raíz de esto, ya que las circunstancias exigían una nueva batalla, tras recuperar a sus hombres, puso en movimiento a su ejército y entabló combate con los romanos en las inmediaciones de Áusculo[32], donde se vio empujado a terre-

[32] La batalla tiene lugar en el 279 a. C.

nos impracticables para los caballos incluso y a una rivera boscosa y escarpada en la que los elefantes no encontraban acceso para cargar contra la falange, hasta que la llegada de la noche puso fin a un enfrentamiento en el que muchos resultaron heridos y muchos cayeron muertos. Al día siguien- 8
te, maniobrando para situar la batalla sobre un terreno llano y poder lanzar a los elefantes contra las líneas de los enemigos, Pirro envió un destacamento a que ocupara los puntos de difícil acceso y, después de haber apostado entre los elefantes un buen número de tiradores y de arqueros, lanzó vigorosa y violentamente a sus huestes en una formación compacta y bien ordenada. Los romanos, que no tenían como antes la 9
posibilidad de evitarlos y de contraatacar, se vieron obligados a luchar cara a cara sobre un terreno llano. Así, centrados 10
en rechazar a los hoplitas[33] antes de que llegaran los elefantes, sostuvieron un fiero combate con sus espadas contra las sarisas[34], sin preocuparse de su suerte y con la vista fija en herir y matar y sin prestar atención a los daños que recibían. Se cuenta que, al cabo de mucho tiempo, la derrota comenzó 11
a fraguarse en el punto en que el propio Pirro se batía encarnizadamente contra sus oponentes; con todo, los principales destrozos vinieron por el empuje imparable de los elefantes, al verse los romanos incapacitados para desplegar su coraje en este tipo de combate. Ante tal situación, como si se tratara de la irrupción de una tempestad o un seísmo, consideraron que debían retirarse antes que permanecer y aguardar la muerte sin poder hacer nada, padeciendo los males más terribles sin sacar de ello provecho alguno.

La huida hasta el campamento no fue larga, y sostiene 12
Hierónimo que por parte de los romanos cayeron seis mil

[33] Los hoplitas constituyen el cuerpo de infantería pesada, están dotados de casco, coraza, grebas, escudo, espada y lanza.

[34] Lanza extremadamente larga característica de las falanges macedónicas.

hombres, mientras que en el bando de Pirro, de acuerdo con las cifras consignadas en las *Memorias* del rey, murieron tres
13 mil trescientos cinco soldados. Dionisio, sin embargo, nada refiere acerca de dos batallas en Áusculo, ni admite que los romanos hubieran sufrido una derrota; según él, se enfrentaron una sola vez hasta la puesta del sol y, acto seguido, se separaron, resultando Pirro herido por una jabalina en un brazo y con los convoyes de equipaje saqueados por los daunios[35]. También según Dionisio, las bajas habrían sido de más de quince mil hombres entre el bando de Pirro y el de los romanos.

14 Con los dos ejércitos retirados, es fama que Pirro contestó lo siguiente a uno de los que habían acudido a felicitarle: «Una victoria más sobre los romanos y estaremos completa-
15 mente perdidos»[36]. No en vano había perdido buena parte del ejército que había llevado consigo, así como a todos sus amigos y generales, excepción hecha de unos pocos, a los que no era posible reemplazar por otros; veía además que sus aliados de allí daban señales de agotamiento, mientras que a los romanos, cuyo campamento se iba llenando de hombres rápida y fácilmente como si de una fuente que manara desde el interior de la ciudad se tratara, con las derrotas no les flaqueaba el valor, sino que, por el contrario, la ira les confería incluso nuevos bríos y ambición de cara a la guerra.

22 En medio de tales dificultades, se embarcó una vez más en nuevas esperanzas y empresas que le planteaban una disyuntiva, dado que de forma simultánea le llegaron dos emba-
2 jadas: una procedente de Sicilia que ponía en sus manos las ciudades de Agrigento, Siracusa y Leontinos bajo el ruego de que expulsase a los cartagineses y dejara la isla libre de tira-

[35] Tropas auxiliares de los romanos procedentes de Arpino.

[36] Origen de la expresión «victoria pírrica».

nos, y otra procedente de Grecia con la noticia de que Ptolomeo Cerauno había perecido junto a su ejército en un combate contra los galos y que ésa era la ocasión perfecta de acudir ante los macedonios, necesitados como estaban de un
rey. Le reprochó amargamente a la Fortuna que hubiera 3
amontonado en un mismo momento la oportunidad de acometer estas grandes empresas, y pensando que la existencia de las dos significaba la renuncia a una, se mantuvo indeciso
entre cálculos durante un largo tiempo. Finalmente, dado que 4
Sicilia parecía prestarse a empresas de mayor envergadura al hallarse cerca de África[37], se inclinó por éstas y, como solía, envió de inmediato a Cíneas para mantener conversaciones
preliminares con las ciudades. Por su parte, Pirro colocó una 5
guarnición entre los tarentinos, quienes mostraron su enojo y le exigieron que se dedicara a aquello para lo que había venido, esto es, a ayudarles a combatir contra los romanos, o que abandonara su territorio dejando la ciudad como la había encontrado. Su respuesta no fue en absoluto complaciente, sino que les dio órdenes de permanecer tranquilos y de que aguardaran la ocasión que él juzgara conveniente, y a continuación se hizo a la mar.

Apenas llegó a Sicilia, sus esperanzas fueron al punto 6
confirmadas, y las ciudades se pusieron voluntariamente en sus manos, mientras que allí donde se hacía preciso la fuerza y la violencia no hubo en principio ningún tipo de oposición. Con un ejército de treinta mil soldados de infantería, dos mil quinientos de caballería y doscientas embarcaciones en marcha atacó a los fenicios[38], los derrotó y se apoderó del terri-
torio bajo su control; a continuación decidió debelar las 7
murallas de Érix, la más poderosa de sus plazas fuertes y la

[37] Literalmente Libia, esto es, todo el norte de África.

[38] Esto es, a los cartagineses. Plutarco llama «fenicios» a los que para los romanos son «púnicos». Los fenicios habían fundado Cartago en el IX a. C.

8 que contaba con mayor número de defensores. Así, cuando el
ejército estuvo preparado, se armó completamente y, hacién-
dose al frente, hizo votos a Heracles de ofrecer juegos y sa-
crificios en su honor si le hacía aparecer a los ojos de los
griegos que habitaban en Sicilia como un guerrero digno de
9 su linaje y de sus recursos[39]. Una vez que, tras dar la señal
con la trompeta, dispersó a los bárbaros con sus disparos, hi-
zo arrimar las escalas y fue el primero en encaramarse sobre
10 el muro. Eran muchos los enemigos que le oponían resisten-
cia, pero a unos cuantos los rechazó arrojándoles por ambos
lados de la muralla mientras que la mayoría de ellos se amon-
11 tonaba a su alrededor muertos a golpe de espada. No sufrió
ni un rasguño: su solo aspecto inspiraba terror a los enemi-
gos, demostrando que Homero hablaba acertadamente y con
conocimiento de causa cuando dijo que, de todas las virtudes,
el valor era la única a la que a menudo acompañan raptos de
12 furia y delirio[40]. Una vez tomada la plaza, ofreció a Heracles
un espléndido sacrificio y una exhibición con competiciones
de todo tipo.

23 Los bárbaros de las inmediaciones de Mesina, los lla-
mados mamertinos, eran fuente de diversos problemas para
los griegos, ya que incluso a algunos de ellos les tenían suje-
tos a tributo; no en vano, eran numerosos e inclinados a la
guerra, de ahí que recibieran un nombre que en lengua latina
significa «marcial»[41]. Así pues, apresó a los recaudadores y
les dio muerte; a continuación, los venció en batalla y asoló
2 muchas de sus plazas fuertes. Por su parte, a los cartagineses,

[39] Pirro se proclamaba descendiente de Heracles (cf. 1, 2-3); por otra parte, Érix era llamada la «tierra de Heracles en Sicilia» (Cf. Heródoto, *Historia* V 43).

[40] Cf., por ejemplo, *Ilíada* V 185.

[41] Mamers es el nombre osco para el dios romano Marte. Plutarco los llama *Aréioi*.

que se mostraban partidarios de alcanzar un acuerdo y estaban dispuestos a aportar dinero y a despacharle una escuadra si se establecía una alianza, les respondió —pues sus aspiraciones eran mayores— que la única forma de que hubiera una tregua y una alianza con ellos pasaba porque abandonaran por completo Sicilia y pusieran el mar de Libia como frontera con los griegos. Espoleado por su buena suerte y por 3
el exitoso curso de los acontecimientos, y en persecución de las esperanzas por las que se había embarcado desde un principio, de inmediato puso sus miras sobre África. Como contaba con embarcaciones de sobra pero andaba escaso de tripulación, comenzó a proveerse de remeros, pero ya no se comportaba de manera cuidadosa y amable con las ciudades, sino despóticamente y por la fuerza, mediante amenazas y castigos. No había sido ésa su actitud en un primer momento, sino que, más que ningún otro, se los había sabido ganar por medio de un trato cordial, de su total confianza y a fuerza de no causar molestia alguna. Pero ahora, con su conversión de caudillo popular en tirano, añadió a la fama de su severidad, la de ser ingrato y poco digno de confianza.

Con todo, lo asumieron como necesario, aunque de mala 4
gana; entonces ocurrió lo de Tenón y Sosístrato. Se trataba de 5
dos personas con poder de decisión en Siracusa, los primeros que le convencieron para que entrara en Sicilia y quienes, tan pronto como estuvo allí, pusieron la ciudad en sus manos y fueron sus principales colaboradores en la mayoría de sus acciones en la isla. Pues bien, comoquiera que Pirro, por desconfiar de ellos, no quiso ni llevárselos consigo ni dejarlos atrás, Sosístrato, temiéndose lo peor, huyó de allí, mientras que a Tenón, al que acusaba de albergar las mismas intenciones, le dio muerte. Con esto, su situación cambió radicalmente, no poco a poco ni en un solo lugar, sino que surgió un violento brote de odio hacia su persona en todas las ciudades, unas se pasaron a los cartagineses, y otras recurrieron a los

6 mamertinos. Así, al tiempo que contemplaba sediciones por
todas partes, revueltas y una tremenda oposición a su perso-
na, recibió cartas de los samnitas y de los tarentinos, quie-
nes, expulsados por completo de su territorio, a duras penas
podían hacer frente a la guerra en sus propias ciudades y su-
7 plicaban auxilio. Esto supuso un buen pretexto para hacer de
su partida de la isla no una huida ni una renuncia desespera-
da a sus proyectos en ella. Pero lo cierto es que era incapaz
de gobernar Sicilia, como un barco en una tempestad, y bus-
caba antes bien una salida, por lo que enseguida se lanzó
8 nuevamente hacia Italia. Se cuenta que conforme se alejaba
volvió su mirada hacia la isla y dijo a los que se encontra-
ban a su alrededor: «Compañeros, qué buen campo de ope-
raciones dejamos a los romanos y a los cartagineses». Cosa
que, tal y como había intuido, sucedió no mucho tiempo
después[42].

24 Sin embargo, los bárbaros, aliándose contra él, le ata-
caron en cuanto hubo largado velas, con lo que se vio forza-
do a librar en el estrecho una batalla naval contra los
cartagineses en la que perdió un buen número de embarca-
2 ciones; con las restantes se refugió en Italia. Allí, los ma-
mertinos, quienes, en un número no inferior a los diez mil
efectivos, se habían anticipado en la travesía y no se atrevían
a combatirle frente a frente, se apostaron en los pasos difíci-
les y les sorprendieron desde ellos, lo que causó un gran des-
concierto en todas sus filas; dos de los elefantes cayeron, y
un gran número de soldados de retaguardia perdió la vida. En
3 consecuencia, Pirro acudió en persona desde la vanguardia
en socorro de los suyos y arriesgó su vida ante hombres ex-
perimentados en el combate y llenos de furor. He aquí que

[42] En la primera guerra púnica (264-241 a. C.), en la que los romanos se adueñaron de Sicilia.

tras recibir una herida en la cabeza de un golpe de espada,
Pirro se retiró por unos instantes de la batalla, con lo que se 4
acrecentó el coraje de los enemigos, de modo que uno de
ellos, un guerrero de tamaño gigantesco y provisto de es-
pléndidas armas, se destacó del resto y gritándole con voz
desafiante le retó a que saliera a su paso si aún estaba con
vida. Fuera de sí, Pirro se revolvió violentamente entre su 5
guardia de corps y, lleno de furia, empapado en sangre y
ofreciendo una espantosa visión, se abrió camino a través de
sus hombres y, acometiendo al bárbaro, descargó sobre su
cabeza un golpe de espada que, gracias a la fuerza de su bra-
zo y al excelente temple de su acero, le atravesó de arriba
abajo, de manera que a un mismo tiempo su cuerpo cayó por
uno y otro lado rajado en dos. Esta acción contuvo el avan- 6
ce de los bárbaros, quienes se quedaron paralizados, asom-
brados ante Pirro como si se tratara de un ser de naturaleza
superior.

De este modo, pudo continuar el resto del camino sin 7
oposición hasta llegar a Tarento en compañía de veinte mil
soldados de infantería y tres mil de caballería. Allí, una vez
se hubo reforzado con una tropa escogida de tarentinos, se
dirigió de inmediato contra los romanos, que se encontraban
acampados en territorio de los samnitas.

La situación de los samnitas era desesperada y su ánimo 25
se encontraba quebrantado a causa de las numerosas derrotas
que habían sufrido a manos de los romanos. Existía además
cierta animadversión hacia Pirro a consecuencia de su expe-
dición a Sicilia, de modo que no fueron muchos los que acu-
dieron a su lado. Con todo, Pirro dividió su ejército en dos 2
partes y despachó una a Lucania con el objeto de atacar a uno
de los dos cónsules de forma que no pudiera socorrer al otro.
En cuanto al segundo grupo, él mismo lo condujo contra
Manio Curio, quien se encontraba acampado en lugar seguro

junto a la ciudad de Benevento[43], donde aguardaba los re-
3 fuerzos procedentes de Lucania; éste permanecía sin actuar, en parte porque los augures, atendiendo al vuelo de las aves y a las entrañas de las víctimas, le habían disuadido. De este
4 modo, apresurándose a caer sobre estos antes de que aquellos llegaran, Pirro tomó a sus mejores hombres y a los elefantes más acostumbrados a la batalla y avanzó en medio de la no-
5 che hacia su campamento, pero al tener que dar un rodeo por un largo camino en mitad de un espeso bosque, las antorchas no aguantaron y los soldados se perdieron, lo que ocasionó una gran demora. Pasada, pues, la noche, con las luces del alba quedó completamente a la vista del enemigo conforme descendía de los cerros, aparición que originó en ellos un gran tumulto y agitación.

6 Sin embargo, como para entonces los sacrificios ya le eran favorables y la circunstancia le obligaba a defenderse, Manio, sacando sus tropas, se lanzó contra las primeras filas enemigas y las puso en fuga sembrando el terror en todo el ejército; mató a un número no pequeño de ellos y logro cap-
7 turar a algunos elefantes que habían quedado atrás. Esta victoria empujó a Manio a descender al llano a combatir, donde, tras cargar abiertamente, derrotó a parte de los enemigos, mientras que en otro frente se vio superado por los elefantes y empujado hacia su campamento, donde llamó al nutrido cuerpo de guardia que se encontraba apostado en armas so-
8 bre la empalizada como tropas de refresco. Éstos surgieron de sus plazas fuertes al tiempo que lanzaban sus proyectiles contra los elefantes, de modo que les forzaron a dar media vuelta y a retroceder entre las filas de sus propios compañeros, lo que provocó un desorden y una confusión tales que la victoria cayó de parte de los romanos y quedó asegurada su

[43] En el 275 a. C. Con esta batalla Pirro da por concluida su aventura occidental.

supremacía. Así, tras obtener, por mor de su coraje en estos 9
enfrentamientos, confianza, poder y fama de invencibles, en-
seguida se hicieron con el control de Italia y poco después
con el de Sicilia.

Fue así como fracasaron las esperanzas de Pirro sobre 26
Italia y Sicilia, tras desperdiciar seis años[44] en estas guerras
en las que, a pesar de salir derrotado en su empeño, supo con-
servar un coraje inquebrantable en medio las derrotas y fue
considerado por su pericia militar, su energía y su audacia el
primero, de lejos, de todos los reyes de su tiempo. Sin embar-
go, lo que conquistó con sus hazañas, lo perdió en sus vanas
esperanzas, ya que el anhelo apasionado de lo que no tenía le
impedía conservar nada de lo que poseía. Por este motivo, 2
Antígono[45] lo comparó con un jugador de dados que, pese a
sus buenas tiradas, era, sin embargo, incapaz de sacar parti-
do a sus jugadas.

De vuelta en Epiro en compañía de ocho mil soldados de 3
infantería y quinientos de caballería, dado que carecía de di-
nero, se puso a la búsqueda de una guerra con que nutrir a su
ejército. Así, tras unirse a él algunas fuerzas galas[46], llevó a 4
cabo una incursión en Macedonia, donde reinaba Antígono,
hijo de Demetrio, con la intención de saquear y conseguir un
botín; pero una vez que se hubo adueñado de un buen núme- 5
ro de ciudades y con dos mil soldados macedonios pasados a
su bando, comenzó a aspirar a algo más y marchó contra
Antígono, de modo que, cayendo sobre él en un angosto pa-
saje, provocó la confusión en todo su ejército. Por su parte, 6

[44] Desde el 280 hasta el 274 a. C.

[45] Nuevamente Antígono Gónatas; cf. n. 11.

[46] Mercenarios reclutados entre las bandas de galos que recorrían la Grecia septentrional y que, como se cuenta más abajo, también se ponían al servicio de Antígono.

el nutrido contingente de galos que formaba la retaguardia de Antígono aguantó vigorosamente, pero tras una encarnizada batalla, la mayor parte de ellos quedó reducida a pedazos, mientras que los que guiaban a los elefantes, al verse rodeados por todas partes, se rindieron y les entregaron todas
7 sus bestias. Entonces Pirro, fortalecido ante tales sucesos y recurriendo antes a su suerte que a la razón, cargó contra la falange de macedonios que se encontraba llena de descon-
8 cierto y terror a causa de la derrota. Por este motivo rehusaron cualquier acción o enfrentamiento contra él, mientras que él, con sólo extender su diestra y llamar por sus nombres a sus estrategos y oficiales, hizo que toda la infantería de
9 Antígono le abandonase en masa; éste, dándose a la fuga, apenas pudo conservar unas cuantas ciudades costeras. Por su parte, Pirro, al considerar que, de entre todos sus éxitos, el que más gloria le reportaba era su victoria sobre los galos, consagró los más magníficos y espléndidos de sus despojos en el templo de Atenea Itonia con la siguiente inscripción en versos elegíacos:

10 *Aquí Pirro de Molosia estos escudos,*
a los fieros galos conquistados, consagró en honor
de la Itonia Atenea tras destruir las huestes enteras de Antígono.
¿Qué sorpresa hay en ello? Tanto hoy como antaño
los descendientes de Éaco bravos lanceros siempre fueron[47].

11 Tras esta victoria se apresuró a ocupar las ciudades y, tras adueñarse de Egas[48], además de los distintos castigos que infligió a sus habitantes, dejó en la ciudad una guarnición de

[47] Epigrama atribuido a Leónidas de Tarento; cf. *Antología Palatina* VI 130.

[48] Antigua capital de Macedonia.

galos reclutados entre los que habían combatido con él. Estos 12
galos, gente de una codicia insaciable, se pusieron a excavar
las tumbas de los reyes allí enterrados, saquearon sus rique-
zas y desperdigaron sacrílegamente sus huesos. Parece ser 13
que Pirro se tomó este ultraje con ligereza e indiferencia, y o
bien pospuso su castigo por sus varias obligaciones, o bien,
por temor, se abstuvo por completo de castigar a los bárba-
ros, lo que le valió una severa reprobación por parte de los
macedonios.

Cuando su poder no había cobrado aún consistencia ni es- 14
taba firmemente establecido, su ánimo se inflamó una vez
más con nuevas ambiciones: insultaba a Antígono y le llama- 15
ba sinvergüenza por seguir vistiendo la púrpura en vez de un
manto corriente y, también por aquel entonces, durante una
visita del espartano Cleónimo, éste le invitó a marchar con-
tra Lacedemonia, invitación que aceptó de buena gana.

Cleónimo era de ascendencia real[49], pero, como parecía 16
tener un temperamento violento y arbitrario, no gozaba ni de
afecto ni de confianza, por lo que era Areo quien gobernaba,
siendo ésta la única y vieja queja que tenía contra los ciuda-
danos. Pero he aquí que, ya en edad avanzada, Cleónimo des- 17
posó a una hermosa mujer también de estirpe real, Quilónide,
hija de Leotíquides. Ésta, enamorándose perdidamente de 18
Acrótato, hijo de Areo, joven que se encontraba en la flor de
la edad, hizo de su matrimonio con Cleónimo, que la amaba,
una fuente de sufrimiento y deshonor, ya que ningún espar-
tano ignoraba el desprecio que sufría a manos de su mujer.
De este modo, añadiendo sus problemas personales a sus re- 19
sentimientos políticos, preso de ira y de indignación, condu-
jo a Pirro contra Esparta al frente de veinticinco mil soldados
de infantería, dos mil de caballería y veinticuatro elefantes.

[49] Cleónimo era hijo del rey espartano Cleómenes II. Sin embargo, fue su sobrino Areo quien ocupó el trono.

20 Pronto se hizo evidente que con un despliegue tal de efecti-
vos Pirro pretendía no tanto la conquista de Esparta para
Cleónimo como la del Peloponeso para sí mismo, por más
que se lo negara expresamente a los embajadores lacedemo-
21 nios que acudieron a él en Megalópolis. Sostenía, no en va-
no, que había acudido a liberar las ciudades sometidas a
Antígono y ponía a Zeus por testigo de que, si no había in-
conveniente, enviaría a Esparta a sus hijos pequeños con el
objeto de que fueran criados en sus costumbres para tener
22 con ello una ventaja sobre todos los otros reyes. Engañó con
estas mentiras a cuantos encontraba en su recorrido, pero tan
pronto como tocó territorio espartano comenzó a rapiñar y
23 saquear el país, y ante la protesta de los embajadores de que
les estaba haciendo la guerra sin haberla declarado previa-
mente, les respondió lo siguiente: «Bien sabemos que voso-
24 tros los espartanos jamás avisáis de vuestras intenciones»; a
lo que uno de los presentes, de nombre Mandriclidas, le con-
testó en dialecto laconio: «Si eres un dios, nada malo sufrire-
mos, porque no te hemos hecho ningún mal; pero si eres un
hombre, alguien habrá que sea más fuerte que tú».

27 A continuación bajó a Esparta. Cleónimo le instó a que
atacara tan pronto como llegara, pero Pirro, que temía, según
dicen, que sus hombres saquearan la ciudad en caso de que
cayeran sobre ella de noche, le contuvo diciéndole que lo ha-
2 rían al día siguiente. De hecho, había pocos hombres en la
ciudad y los cogerían desprevenidos por lo intempestivo de
la acción; se daba además la circunstancia de que Areo no se
encontraba allí, sino en Creta, adonde había acudido a soco-
rrer a los habitantes de Gortina, que se encontraban en guerra.
3 Fue precisamente esta circunstancia la que salvó la ciudad, al
ser subestimada a causa de su ausencia de hombres y su de-
4 bilidad. En efecto, Pirro, convencido de que nadie le presen-
taría batalla, acampó al raso, mientras que los amigos e

hilotas de Cleónimo habían acondicionado y dispuesto la casa para que Pirro acudiera a cenar con él.

Llegada la noche, los lacedemonios decidieron en prime- 4
ra instancia embarcar a las mujeres rumbo a Creta, a lo que
éstas se opusieron. Una de ellas, incluso, Arquidamia[50], se
presentó ante el Consejo espada en mano para reprochar a los
hombres, en representación de las mujeres, que pensaran que
ellas querrían sobrevivir a la caída de Esparta. Acto seguido, 5
decidieron abrir una fosa paralela al campamento de los ene-
migos y colocar de uno a otro lado unos carros enterrados
hasta la mitad de sus ruedas con el propósito de que, con
una sujección firme, sirvieran de obstáculo a los elefantes.
Acababan de ponerse manos a la obra cuando se acercaron 6
hasta ellos tanto las muchachas como las mujeres casadas,
las primeras con un manto sobre sus túnicas cortas y las se-
gundas vestidas únicamente con túnica; acudían a ayudar a
los ancianos. A los jóvenes que tenían que entrar en batalla les 7
instaban a que descansaran, y, haciéndose cargo de su por-
ción del terreno, ellas mismas se ocuparon de un tercio de la
zanja, que poseía seis codos[51] de anchura, cuatro de profun- 8
didad y ocho pletros[52] de longitud, según informa Filarco[53],
aunque Hierónimo da una medida menor. Cuando al llegar la 9
mañana el enemigo se puso en movimiento, las mujeres les
entregaron las armas a los jóvenes y pusieron la fosa a su car-
go, exhortándoles a protegerla y a defenderla, puesto que, si
dulce era vencer ante los ojos de la patria, glorioso sería mo-
rir en brazos de sus madres y esposas, cayendo con una
muerte digna de Esparta. Por lo que respecta a Quilónide, és- 10

[50] Arquidamia aparece también en la *Vida de Agis* (4, 1); se trata de su abuela. El valor de las mujeres espartanas es un tema recurrente en Plutarco.

[51] El codo equivale aproximadamente a 45 cm.

[52] Unidad de longitud equivalente a unos 30 m. aproximadamente.

[53] Historiador ateniense del siglo III a. C.

ta se había apartado del resto y se había colocado un lazo en torno al cuello para no caer en manos de Cleónimo si la ciudad era tomada.

28 Así pues, Pirro en persona se lanzó con sus hoplitas a un
ataque frontal contra la nutrida barrera de escudos espartanos
que se le oponían en línea, así como contra la infranqueable
fosa que no permitía a sus combatientes un apoyo seguro a
2 causa del barro. Su hijo Ptolomeo, al frente de dos mil galos
y las tropas de élite caonias, rodeando la zanja, trató de pasar
3 por donde se encontraban los carros, pero éstos estaban tan
hundidos y tan apiñados que no sólo les impedían avanzar a
ellos, sino que también ponían trabas a la defensa a los lace-
4 demonios. Los galos, no obstante, lograron sacar las ruedas
del suelo y arrastrar los carros hacia el río. Al ver el peligro,
el joven Acrótato atravesó la ciudad a la carrera en compañía
de trescientos soldados y rodeó a Ptolomeo sin ser visto gra-
cias a ciertos desniveles de terreno, hasta que se lanzó contra
los hombres de la retaguardia, forzándoles a dar media vuel-
ta para que combatieran contra él; éstos, empujándose unos a
otros hacia la fosa y cayendo entre los carros, acabaron ma-
5 sacrados, no sin dificultad, en una gran carnicería. Los ancia-
nos y todo el conjunto de mujeres habían contemplado cómo
Acrótato llevaba a cabo su hazaña, de modo que, cuando cru-
zaba de regreso a la ciudad para retomar su puesto en la for-
mación, bañado en sangre, pero orgulloso y exultante por la
victoria, todavía les pareció más alto y apuesto a las esparta-
nas, quienes sintieron envidia de Quilónide por tener un
6 amante tal. Un puñado de ancianos, incluso, le acompañaban
en su camino y le gritaban: «¡Muy bien, Acrótato, goza de
Quilónide y sólo haz para Esparta bravos varones!».

7 En la parte en que se encontraba Pirro tenía lugar un encarnizado combate, y eran muchos los espartanos que se batían brillantemente, en particular Filio, quien había resistido

más que nadie y había dado muerte a un mayor número de asaltantes. Éste, al verse perdido a causa de sus numerosas heridas, cedió su puesto a uno de los compañeros que se encontraban detrás y acudió a caer en el interior de sus filas para que su cadáver no quedara en manos del enemigo.

La noche puso fin a la batalla, y mientras dormía Pirro tu- 29
vo la siguiente visión: soñó que arrojaba rayos sobre Esparta
y que ésta ardía por entero para su regocijo. Despertándose 2
en mitad de esta alegría, ordenó a sus oficiales que tuvieran
al ejército preparado para la acción y relató el sueño a sus
hombres de confianza, dando a entender que habría de tomar
la ciudad por la fuerza. Todos quedaron asombrados y con- 3
vencidos, salvo Lisímaco, a quien no le alegraba aquella vi-
sión; éste expuso su temor de que acaso la divinidad le
estuviera anunciando a Pirro que no le permitiría la entrada
en la ciudad, toda vez que precisamente aquellos lugares que
reciben el impacto de los rayos son tenidos por inaccesibles.
La respuesta de Pirro fue que eso eran vulgares paparruchas 4
llenas de sinsentido; lo único que debían repetir una vez que
tuvieran las armas en la mano era que

El mejor y solo augurio es luchar por Pirro[54].

Acto seguido se levantó y, nada más despuntar el día, puso en movimiento al ejército.

Los lacedemonios se defendieron con un ardor y un cora- 5
je más allá de sus fuerzas, todo ello en presencia de las mu-
jeres, que les alcanzaban las jabalinas, les distribuían la
comida y la bebida a quienes lo necesitaban y se llevaban
a los heridos. Los macedonios, por su parte, intentaron cegar 6
la fosa, por lo que cargaban con gran cantidad de madera y

[54] Cf. *Ilíada* XII 243.

la arrojaban sobre las armas y los cadáveres que allí habían
7 caído. Así, cuando los lacedemonios acudían a impedir esta ac-
ción, al otro lado de la fosa y de los carros, apareció Pirro a lo-
mos de su caballo lanzándose al ataque contra la ciudad con
8 todo su ímpetu. Los soldados que protegían ese sector alzaron
un gran grito y las mujeres se echaron a correr entre alaridos,
y en el momento en que Pirro se estaba abriendo paso y em-
bestía a cuantos le salían al frente, su caballo recibió el dispa-
ro de una flecha cretense en el vientre y, saltando de un
costado, en sus estertores de muerte derribó a Pirro sobre un
9 terreno resbaladizo y en pendiente. Con sus compañeros des-
concertados a su alrededor, los espartanos acudieron a la carre-
ra contra ellos y, haciendo uso de sus armas arrojadizas,
10 pusieron a todos en fuga. A consecuencia de esto, Pirro hizo
cesar el combate en los distintos frentes, creyendo que los la-
cedemonios también cederían ya que la práctica totalidad de
ellos se encontraban heridos y muchos habían muerto. Pero la
11 buena fortuna de la ciudad, bien por haber tenido muestra de
la bravura de sus hombres, bien en su deseo de demostrar la
grandeza de su poder en las situaciones extremas, en el preci-
so momento en que las esperanzas de los espartanos estaban
cerca de la desesperación, les trajo al foceo Aminias, uno de
los estrategos de Antígono, quien llegaba en su auxilio desde
Corinto al frente de tropas mercenarias. Apenas acababa de ser
recibido en la ciudad, cuando su rey Areo llegó, procedente de
12 Creta, en compañía de dos mil soldados más. En ese mismo
instante, las mujeres se retiraron a sus casas, pues consideraban
que su intervención en la batalla ya no resultaba imprescindi-
ble, y los hombres, haciendo que dejaran las armas quienes a
pesar de no estar ya en edad militar habían tenido que tomarlas
por necesidad, se dispusieron en orden de combate.

30 La llegada de refuerzos hizo aumentar en Pirro el deseo y
la ambición de adueñarse de la ciudad. Sin embargo, como

no llegaba a nada, tras recibir una serie de reveses, desistió y se dedicó a saquear el país con la intención de pasar allí el in-
vierno. Con todo, su destino era inevitable: había en Argos 2
dos facciones que enfrentaban a Arísteas y a Aristipo y dado que Aristipo parecía gozar de la amistad de Antígono,
Arísteas, anticipándose a su rival, llamó a Argos a Pirro. Y 3
éste, que iba rodando sin cesar de esperanza en esperanza y tomaba cada éxito como el punto de partida de otros nuevos y además siempre estaba dispuesto a reparar sus fracasos por medio de otras empresas, de forma que ni la derrota ni la victoria ponían término a los afanes a los que sometía y a los que se sometía, éste, al punto, levantó el campamento y se di-
rigió a Argos. Pero Areo, mediante numerosas emboscadas y 4
ocupando los pasos más difíciles del camino, logró acorralar
a los galos y molosos que formaban la retaguardia. Por otro 5
lado, Pirro había sido advertido por uno de sus adivinos de que las entrañas de las víctimas sacrificiales estaban desprovistas de hígado, lo que presagiaba la pérdida de alguien cercano; pero he aquí que, habiéndose olvidado de la predicción de manera totalmente inoportuna a causa del tumulto y la agitación, ordenó a su hijo Ptolomeo que acudiera al rescate de aquellos en compañía de su guardia, mientras que él en persona sacaría al grueso del ejército y lo conduciría fuera del
desfiladero a toda velocidad. Alrededor de Ptolomeo se pro- 6
dujo una feroz contienda, pues las tropas de élite de los lacedemonios, al mando de Evalco, se trabaron en un cuerpo a cuerpo contra los combatientes que les salían al paso. Así, un cretense de Áptera de nombre Oreso, guerrero batallador y de veloces piernas, asaltó a la carrera al joven príncipe desde un costado mientras éste se batía bravamente, y, asestándole
un tajo, lo derribó. Con Ptolomeo caído sobre la tierra y sus 7
hombres en retirada, los lacedemonios, tras salir en su persecución y vencerles, no se dieron cuenta de que habían salido a terreno abierto, por lo que fueron cercados por la infantería

enemiga. En ese momento, Pirro, que acababa de enterarse
de la muerte de su hijo y se encontraba abatido, lanzó contra
8 ellos la caballería molosa. Encabezando la carga, masacró
hasta saciarse a los lacedemonios, y él, que se había mostra-
do en toda ocasión imbatible y fiero con las armas, en aquel
entonces sobrepasó en audacia y violencia sus anteriores ac-
9 ciones. A continuación, se lanzó a caballo contra Evalco,
quien, echándose a un lado, a punto estuvo de cercenar con
su espada la mano con que Pirro sujetaba las riendas, lugar
10 donde, en efecto, cayó el golpe y las cortó. En ese instante,
Pirro le atravesó de un lanzazo, y, bajándose del caballo, a pie
firme, dio muerte a todos y cada uno de los soldados de élite
11 que luchaban por el cuerpo de Evalco. Fue el exceso de ambi-
ción de sus comandantes lo que causó esta gran e inútil pérdi-
da para Esparta cuando la guerra ya tocaba a su fin.

31 Pirro, tras haber llevado a cabo esta especie de sacrificio
expiatorio y haber peleado un combate fúnebre tan glorioso
en honor de su hijo, una vez que hubo aliviado gran parte de
su dolor en su furia contra los enemigos, prosiguió su mar-
2 cha sobre Argos, e informado de que Antígono ya había to-
mado posiciones sobre los altos que dominaban la llanura,
estableció su campamento en las inmediaciones de Nauplia.
3 A la mañana siguiente despachó un heraldo a Antígono a tra-
vés del cual le tachaba de lacra y le desafiaba a descender al
4 llano para disputarse el reino, a lo que éste le respondió que
su estrategia en la guerra dependía menos de las armas que
de las ocasiones favorables, y que, si Pirro no deseaba seguir
viviendo, eran muchos los caminos que tenía abiertos y le
5 conducían a la muerte. Ante ambos se presentaron, igual-
mente, embajadores procedentes de Argos rogándoles que se
retiraran y que permitieran que su ciudad permaneciera neu-
6 tral, mostrándose bien dispuesta hacia ambas partes. En con-
secuencia, Antígono se mostró de acuerdo y entregó a su hijo

como rehén a los argivos, pero Pirro, aunque prometió la retirada, al no dar garantías, fue puesto bajo sospecha.

Recibió, además, Pirro un gran presagio: se acababa de 7
sacrificar unos bueyes cuando vieron que de sus cabezas, que
yacían en tierra, salían las lenguas y se lamían su propia sangre. Por otro lado, en la ciudad de Argos, la sacerdotisa de Apolo Licio salió del templo gritando que había visto la ciudad llena de cadáveres y muerte, y también un águila que volaba al combate y que al cabo desaparecía.

En plena noche, Pirro se aproximó a las murallas y, en- 32
contrando la puerta denominada Diámperes[55] abierta para
ellos de par en par por Arísteas, consiguió hacer entrar a los
galos que le acompañaban y ocupar el ágora sin ser visto. Sin 2
embargo, las puertas no dejaban que los elefantes pasaran,
por lo que se vieron obligados a desengancharles las torretas
y volvérselas a colocar en oscuridad y desorden, con la con-
secuente demora. De este modo, los argivos, que se dieron
cuenta de la situación, se echaron a correr en dirección al
Aspis[56] y a los lugares fortificados y mandaron llamar a
Antígono. Éste, avanzando personalmente hasta las inmedia- 3
ciones, permaneció allí apostado y envió a sus generales y a
su hijo al frente de una nutrida tropa de refuerzo. También 4
Areo se presentó al frente de un millar de cretenses y un con-
tingente conformado por los más ágiles de los espartanos,
quienes, unidos todos en el asalto contra los galos, sumieron
a éstos en una gran confusión. En ese momento Pirro entró 5
por el Cilárabis[57] entre alaridos y gritos de guerra, pero, al
percibir que los galos les respondían sin audacia ni ardor

[55] «De lado a lado».

[56] Significa «Escudo»; se trataba de una de las dos ciudadelas de Argos.

[57] Gimnasio situado al sur de la ciudad y al lado del ágora; cf. PAUSANIAS, *Descripción de Grecia* II 22, 8.

guerrero, entendió que se trataba de la voz de gente que se
6 encontraba en gran agitación y problemas. En consecuencia,
aceleró la marcha empujando hacia delante a los jinetes que
le precedían, que avanzaban con dificultad y arriesgadamen-
te por entre los sumideros de los que la ciudad se encuentra
7 repleta. Además, reinaba una absoluta confusión tanto en lo
que se debía hacer como en la transmisión de las órdenes en
el curso de ese combate nocturno; se producían extravíos y
pérdidas de orientación en las estrechas callejas, sin que la
actuación del mando sirviera de nada a causa de la oscuridad,
del confuso griterío y de lo angosto del lugar; de modo que
ambas partes tuvieron que esperar al día sin poder hacer na-
8 da. Pero con las primeras luces, la visión del Aspis repleta de
armas enemigas causó una gran conmoción en Pirro, pero lo
que le turbó por completo fue contemplar entre las diferentes
ofrendas votivas del ágora un lobo y un toro de bronce en ac-
titud de combatir uno con otro, lo que le trajo a la memoria
un viejo oráculo acerca de él que le vaticinaba la muerte
9 cuando viera a un lobo luchando con un toro. Cuentan los ar-
givos que esas figuras fueron erigidas en memoria de un su-
ceso acontecido entre ellos tiempo atrás, cuando a Dánao,
que pisaba por primera vez su territorio al pasar por Piramia,
en la Tireátida, cuando iba de camino a Argos, se le apareció
10 ante sus ojos un lobo que peleaba contra un toro. Convencido
de que el lobo le representaba a él —ya que tratándose de un
extraño atacaba a las gentes del lugar, lo mismo que él—, se
quedó a contemplar el desenlace; venció el lobo, y tras ofre-
cer votos en honor de Apolo Licio, pasó a la acción y resul-
tó vencedor en un levantamiento contra Gelánor, rey por
aquel entonces de los argivos. Ésa es la explicación de este
monumento votivo.

33 Frente a esta visión y dándose además cuenta de que nin-
guna de sus esperanzas salía hacia delante, Pirro cayó en el

desánimo y planeó la retirada. Pero temiendo la estrechez de las puertas, mandó en busca de su hijo Héleno, que había quedado fuera de las puertas de la ciudad con el grueso del ejército y le dio orden de que abriera brecha en la muralla y protegiese a los que fueran saliendo en caso de que el enemigo los hostigase. Sin embargo, con las prisas y la confusión, 2
el enviado no acertó a transmitir con claridad las órdenes, sino que el joven príncipe las malinterpretó y, tomando el resto de los elefantes y a sus mejores hombres, cruzó puertas adentro para ayudar a su padre. Por su parte, Pirro se encon- 3
traba ya en retirada, y, en la medida que el ágora le dejaba espacio para luchar mientras se replegaba, pudo defenderse de sus atacantes moviéndose de un lado a otro. Pero una vez que 4
se vio empujado desde el terreno abierto hasta el callejón que conducía a la puerta, se topó con quienes venían en su auxilio en dirección opuesta; unos eran incapaces de entenderle cuando les gritó que retrocedieran, mientras que los que trataban de obedecerle eran atropellados por los que, a sus espaldas, continuaban entrando por la puerta. Es más, el ele- 5
fante más grande se había desplomado de costado en mitad de la entrada y, bramando, yacía en el suelo obstaculizando a los que querían salir. Otro de los elefantes que se habían introducido en la ciudad, de nombre Nicón[58], tratando de recoger a su conductor, que había caído a consecuencia de sus heridas, avanzaba en sentido opuesto a los que buscaban la salida, y, embistiendo indistintamente a amigos y enemigos, 6
les hacía chocar a unos con otros. Finalmente, cuando halló su cadáver, lo recogió con la trompa y, tras sujetarlo con sus colmillos, dio media vuelta como si estuviera fuera de sí y comenzó a atacar y a destrozar a cuantos se encontraba a su paso. Aplastados y amontonados de este modo unos sobre 7
otros, ninguno era capaz de valerse por sí mismo, sino que,

[58] Esto es, «victorioso».

como si estuvieran ensamblados en un solo cuerpo, toda esa
masa de gente no dejaba de balancearse y dar vaivenes de un
8 lado a otro. Poca batalla se podía presentar a los enemigos
que no dejaban de penetrar entre sus filas ni de atacarles por
9 la espalda; antes bien, eran ellos mismos quienes se infligían
daños entre sí, ya que si alguien desenvainaba su espada o al-
zaba su lanza, no había modo de enfundarla o bajarla otra
vez, sino que estas mismas armas atravesaban a quienes en-
contraban por medio, y morían al chocarse los unos con los
otros.

34 Pirro, al contemplar el vendaval y la tempestad que le en-
volvía, se despojó de la corona que llevaba en su yelmo co-
mo distintivo y, se la dio a uno de sus lugartenientes y,
confiándose a su caballo, arremetió contra los enemigos que
le perseguían. Alcanzado a través de su coraza con una lan-
za, que le causó una herida no muy grave ni profunda, se re-
volvió contra su agresor; se trataba de un argivo, no de ilustre
2 linaje, sino del hijo de una vieja y menesterosa mujer. Ésta,
al igual que el resto de las mujeres, se encontraba contem-
plando la batalla desde una azotea, y al darse cuenta de que
su hijo estaba trabado en combate con Pirro, fuera de sí ante
el peligro que corría, cogió una teja con ambas manos y la
3 arrojó sobre Pirro. Ésta impactó en la cabeza, en la parte tra-
sera del casco, y le rompió las vértebras que se encuentran
junto a la base del cuello, por lo que se le nubló la vista y sus
4 manos dejaron de sujetar las riendas; derribado, pues, de su
caballo, fue a caer ante la tumba de Licimio, sin que la ma-
5 yoría le reconociera. Pero he ahí que un tal Zópiro, uno de los
soldados de Antígono, así como dos o tres más, acudieron co-
rriendo donde se encontraba y, al reconocer quién era, lo
arrastraron hasta un portal al tiempo que comenzaba a volver
6 en sí del golpe. Así, cuando Zópiro desenvainaba ya un cu-
chillo ilírico para cortarle la cabeza, Pirro le lanzó una mira-

da tan feroz que Zópiro se quedó aterrorizado, y, con manos temblorosas, trató de ejecutar su acción: lleno como estaba de miedo y turbación, no acertó con el tajo, sino que, cortando a la altura de la boca y del mentón, sólo a duras penas y lentamente pudo cortarle la cabeza.

Para aquel entonces la mayoría ya sabía lo ocurrido, y 7
Alcioneo, acudiendo veloz al lugar, pidió la cabeza para examinarla. Una vez en su poder, picó espuelas y, dirigiéndose hasta su padre, que se encontraba sentado con sus amigos, se la arrojó a los pies. Antígono, al contemplarla y reconocerla, 8
apartó a su hijo de sí con el cetro y lo llamó impío y bárbaro. Acto seguido, se cubrió los ojos con su clámide y se echó a llorar recordando a su abuelo Antígono y a Demetrio, su padre, paradigmas en su propia familia de los caprichos de la Fortuna[59].

Preparó convenientemente la cabeza y el cuerpo de Pirro 9
y lo mandó quemar. Luego, habiendo descubierto Alcioneo a 10
Héleno completamente abatido y vestido con un pobre manto, le trató con toda humanidad y le condujo hasta su padre. Antígono, al verlo, le dijo: «Has actuado mejor ahora que antes, hijo mío. Con todo, todavía no está bien del todo, al no despojarle de esas ropas, más humillantes para nosotros, sus vencedores, al parecer, que para él». Vistiendo y tratando a 11
Héleno con toda consideración, le envió de vuelta al Epiro. Con la misma gentileza se comportó también con los amigos de Pirro una vez que se hubo adueñado de su campamento y de todo su ejército.

[59] Cf. n. 8.

MARIO

No podemos decir cuál fue el tercer nombre de Mario[1], al 1
igual que tampoco sabemos el de Quinto Sertorio, el conquistador de Hispania[2], ni el de Lucio Mumio, el destructor de Corinto[3], ya que el sobrenombre de Acaico que se le da a Mumio deriva de sus éxitos, como el de Africano a Escipión[4]
y el de Macedónico[5] a Metelo. Es fundamentalmente por es- 2
ta circunstancia por la que Posidonio[6] refuta la opinión de los que sostienen que el principal nombre de los romanos es el tercero, como Camilo, Marcelo y Catón, porque en este caso carecerían de nombre propio aquellos que sólo tienen dos.

[1] Se inicia la *Vida* con una suerte de *quaestio* acerca del *cognomen* de los romanos, el tercero de los tres nombres que solían usar. Por su parte los griegos recibían un solo nombre completado por el nombre del padre o, en el caso de Atenas, su *dêmos* de origen. Junto a las *Vidas*, las *Cuestiones romanas* y las *Cuestiones griegas* constituyen la fórmula de la que se sirve Plutarco para establecer los paralelos entre los dos pueblos.

[2] Ocupó Hispania entre el 78 y el 73 a. C.

[3] En el año 146 a. C.

[4] A raíz de su victoria sobre Aníbal en el 202 a. C.

[5] Convirtió Macedonia en provincia romana en el año 148 a. C., en el curso de la cuarta guerra Macedónica.

[6] Filósofo estoico, viajero e historiador nacido en Apamea (Siria), vivió en torno a los años 135 y 51 a. C.

3 Sin embargo, no se da cuenta de que con este argumento son las mujeres quienes en esta ocasión se quedan sin nombre, puesto que ninguna lleva primer nombre[7], que es el que
4 Posidonio considera el principal para los romanos. En cuanto a los otros dos, uno es el común de la familia, los Pompeyos, los Manlios, los Cornelios, del mismo modo que
5 si un griego hablara de los Heraclidas y los Pelópidas, mientras que el otro se trata de un apelativo obtenido de un adjetivo que hace referencia a su naturaleza, a sus hechos o a su aspecto y particularidades físicas, como Macrino, Torcuato y Sila[8], igual que entre los griegos Mnemón, Gripo y Calinico[9]. Pero en lo que respecta a estas cuestiones, la variedad de costumbres da lugar a diversas explicaciones.

2 En lo tocante al aspecto físico de Mario, hemos visto una estatua de mármol que se encuentra en la Ravena gala que concuerda muy bien con la rudeza y aspereza de carácter que se le atribuye. De natural valiente y aguerrido, y habiendo recibido una educación más militar que civil, demostró siempre un temperamento intratable en los cargos que ostentó.
2 Se dice que nunca aprendió a escribir griego, ni usó nunca la lengua griega en asuntos de importancia en la idea de que resultaba ridículo aprender una lengua cuyos maestros eran esclavos de otras personas. De este modo, tras su segundo triunfo, cuando en ocasión de la consagración de un templo[10] ofreció un espectáculo griego, nada más llegar al teatro y

[7] Las mujeres prescinden de *praenomen* y toman el *nomen gentile* (el de la *gens* o familia a la que pertenecen) en femenino.

[8] Esto es, el *praenomen*, el *nomen gentile* y el *cognomen*. Macrino, Torcuato y Sila son, respectivamente, «delgado», «tocado con gorro» y «congestionado»; para Sila, cf. *Vida de Sila* 2, 2.

[9] A saber: «memorioso», «de nariz aguileña» y «bravo vencedor».

[10] El que dedicará a la *Virtus* tras su victoria sobre los cimbros, como se verá más tarde.

sentarse se volvió a ir enseguida. En consecuencia, así como 3
Platón le solía decir repetidamente al filósofo Jenócrates[11], que tenía fama de tener un carácter huraño, «Querido
Jenócrates, rinde tributo a las Gracias», si alguno hubiera 4
podido convencer a Mario de rendir sacrificios a las Musas griegas y a las Gracias, jamás habría coronado con un final tan vergonzoso una carrera tan brillante tanto en el campo de batalla como en el foro, ni se habría visto arrastrado por su colérico temperamento, por su inoportuno deseo de poder y su insaciable ambición hasta la más cruda y salvaje vejez. Pero todo ello se contemplará a la luz de sus hechos.

Nacido de padres completamente humildes, gente pobre 3
que se ganaba el sustento con su propio esfuerzo —Mario era el nombre de su padre, Fulcinia el de su madre—, no fue hasta tarde cuando vio por primera vez la ciudad y se recreó en las distracciones que ofrecía. Hasta entonces había pasado su vida en Cereatas, un pueblo de la región de Arpino, llevando una existencia bastante dura en comparación con el refinamiento y elegancia de la ciudad, pero sobria y en consonancia con la antigua educación de los romanos. Su primera 2
campaña militar fue contra los celtíberos, en la época en la que Escipión el Africano puso cerco a Numancia[12]; en aquella ocasión atrajo la atención del general al destacarse de entre los demás jóvenes de su edad por su bravura, así como por el entusiasmo con que acogió las reformas que Escipión tuvo que introducir en su ejército, que se encontraba adocena-

[11] Discípulo de Platón, dirigió la Academia desde el año 339 hasta su muerte en el 314 a. C. Maestro, asimismo, de Epicuro.

[12] Se trata de Publio Cornelio Escipión Emiliano Africano Numantino (185-129 a. C.), esto es, el Africano Menor, quien en el 133 a. C. acabó con la resistencia ibérica a la dominación romana con la toma de Numancia. En el 146 había conquistado y reducido Cartago a cenizas. Plutarco le consagró una *Vida* que no ha llegado hasta nosotros.

3 do por el lujo y la molicie. También se dice que en un combate cuerpo a cuerpo contra un soldado enemigo, lo derribó
4 ante la mirada del general. En consecuencia, recibió de parte de éste diversos signos de distinción, y en una ocasión, cuando en el curso de una charla después de cenar se abordó el tema de los generales, y uno de los asistentes —bien por sincero deseo, bien por ganas de adularle— le preguntó a Escipión dónde encontrarían los romanos un jefe y un defensor comparable después de él, éste, dándole una suave palmada en el hombro a Mario, que se encontraba reclinado a su
5 lado, le contestó: «Aquí, tal vez». Tal era la naturaleza de estos dos hombres: el uno demostrando su grandeza desde su más tierna juventud, y el otro sabiendo intuir el resultado desde el principio.

4 Así pues, cuentan que Mario, exaltado en sus esperanzas a causa principalmente de estas palabras, como si se tratara de una profecía divina, se lanzó a la vida política y se convirtió en tribuno de la plebe[13] gracias al apoyo de Cecilio Metelo, a cuya casa siempre había estado ligado por víncu-
2 los de patronazgo desde época de sus mayores. Durante su tribunado impulsó una ley sobre la forma de votar[14] que parecía restar a los poderosos el poder que éstos ejercían en las decisiones. El cónsul Cota se opuso a esta ley y convenció al senado para que la combatiese y convocara a Mario para que
3 rindiera cuentas por ella. Una vez que se hubo votado este senadoconsulto, Mario se presentó ante los senadores; sin embargo, no sintió los nervios de un joven que apenas acaba de

[13] Año 119 a. C.

[14] *Lex Maria de Suffragiis*, consistente en retirar las pasarelas que llevaban a los votantes a la urna durante los comicios; el objeto de esto era evitar las presiones de los hombres del partido conservador *(optimates)* sobre los plebeyos *(populares)*.

entrar en la carrera política sin tener todavía a sus espaldas
mérito alguno, sino que, adoptando enseguida la confianza
que sus logros posteriores le hicieron adquirir, amenazó a
Cota con llevarle a prisión si no derogaba su resolución.
Entonces, Cota se volvió hacia Metelo para demandarle su 4
parecer, y éste se puso de pie y mostró su adhesión al cónsul.
Acto seguido, Mario hizo venir de fuera al lictor y le ordenó
que acompañara a prisión al propio Metelo, quien solicitó el 5
apoyo del resto de los tribunos, pero como ninguno le respal-
dó, el senado cedió y retiró el decreto. Mario salió exultante 6
a donde se encontraba la muchedumbre e hizo ratificar su
ley, ganándose la reputación de hombre imperturbable ante la
intimidación, nada impresionable ante quienes infunden res-
peto y un terrible opositor del senado en beneficio del favor
popular. Sin embargo, no tardó en hacer cambiar esa opinión 7
con motivo de una segunda decisión política, ya que, una vez
que se propuso una ley para la distribución gratuita de trigo
entre los ciudadanos, Mario se opuso a ella con toda su de-
terminación y se salió con la suya, lo que le valió idéntica es-
tima entre los dos partidos, al no favorecer ni a uno ni a otro
a costa del bien público.

Tras su experiencia como tribuno de la plebe, se presentó 5
como candidato a la edilidad mayor, ya que hay dos órdenes
de ediles[15]: el primero el de los curules, que toma su nombre de 2
las sillas de patas curvas en las que estos magistrados se sien-
tan para ejercer sus funciones; el segundo, de inferior catego-
ría, al que denominan plebeyo. Una vez que se ha elegido a
los de mayor dignidad, se procede a una nueva votación pa-
ra la elección de los otros. Así pues, cuando se supo que 3

[15] El *cursus* oficial —del que en sentido estricto se encuentra fuera el cargo de tribuno de la plebe—, sería el de cuestor, edil (curul o plebeyo), pretor y cónsul. La edilidad garantiza a su titular la entrada en el senado.

Mario había salido derrotado en la primera categoría, cambió de inmediato de táctica y concurrió en la otra, actitud que fue juzgada insolente y presuntuosa, por lo que también fue derrotado. Sin embargo, aunque había sufrido dos derrotas en un mismo día, cosa que no le había ocurrido antes a nadie, ello no minó su orgullo en lo más mínimo, sino que, no mucho tiempo después, aspiró a la pretura, y poco faltó para que sufriera una nueva derrota: resultó elegido el último de todos y se le acusó de cohecho[16].

4 Fue sobre todo un esclavo de Casio Sabaco, que había sido visto dentro de los canceles junto a los que iban a votar, el que despertó la sospecha, ya que Sabaco se contaba entre
5 los amigos más íntimos de Mario. Convocado ante los jueces sobre este respecto, Sabaco declaró que había sentido sed a causa del calor, había pedido agua fresca y su criado le había
6 acercado un vaso, marchándose en cuanto hubo bebido. Así pues, Sabaco fue expulsado del senado por los censores que le sucedieron, siendo todos de la opinión de que se lo merecía, bien por falso testimonio, bien por no haberse sabido
7 aguantar[17]. Cayo Herenio fue también citado como testigo contra Mario, pero alegó que era completamente contrario a los usos patrios testificar contra un cliente ya que la ley eximía de esta obligación a los patrones (esta es la palabra con la que los romanos denominan a sus protectores) y tanto el propio Mario como sus padres habían sido de siempre clien-
8 tes de la familia de los Herenios. Los jueces aceptaron la alegación, pero fue el propio Mario quien se opuso a Herenio, replicándole que, desde el día en que había sido nombrado
9 magistrado, había cesado su condición de cliente, lo que no era enteramente cierto, puesto que no todas las magistraturas

[16] Corría el año 115 a. C.

[17] Se trataría de una conducta indigna de su rango, y lo censores los habrían consignado en su *album* con la correspondiente *nota censoria*.

liberan a quienes las detentan ni a su familia de sus relacio-
nes con su patrón, sino sólo aquella a la que la ley asigna la 10
silla curul. Sin embargo, aunque durante los primeros días de juicio Mario se encontró en dificultades y los jueces se mostraron severos con él, el último día, contra todo pronóstico, se produjo un empate en la votación y quedó absuelto.

Durante su pretura no conquistó sino templados elogios, 6
sin embargo, a su salida de ella le correspondió en suerte
Hispania Ulterior, que se trataba de una provincia de costum- 2
bres bárbaras y montaraz y de la que se dice que dejó limpia de salteadores, pues no en vano, en aquel entonces, los hispanos consideraban el bandidaje una ocupación absoluta-
mente honorable. Dentro ya de la vida política, no poseía ni 3
riqueza ni cualidades retóricas, las principales armas con las
que los prohombres de su tiempo dirigían al pueblo, pero la 4
rigidez de su carácter, su tesón en el esfuerzo y la llaneza de su forma de vida le granjearon una cierta estima entre sus conciudadanos, de modo que creció en honor e influencia, hasta el punto de lograr un brillante matrimonio con Julia, del distinguido linaje de los Césares y de la que sería sobrino César, quien con el tiempo se convertiría en el más grande de los romanos y que tomó como ejemplo a Mario en razón de
su parentesco, como ha sido escrito en su *Vida*[18]. Avalan 5
todos en Mario la templanza y el dominio de sí que demos-
tró en ocasión de una intervención quirúrgica. Al parecer, te- 6
nía las dos piernas cubiertas de varices, de modo que, contrariado con el mal aspecto que ello presentaba, decidió ponerse en manos de un cirujano. Sin atarse, le ofreció una pierna y, sin hacer ni un solo movimiento ni emitir un sonido, resistió los terribles dolores que le causaban las incisio-
nes sin un aspaviento y en silencio; pero cuando el cirujano 7

[18] Cf. *Vida de César* 1, 5-6.

iba a proceder con la otra, Mario ya no se la tendió, diciendo: «Observo que la cura no es digna de tanto dolor».

7 Cuando el cónsul Cecilio Metelo fue designado general en la guerra contra Jugurta, envió con él a Mario a África en calidad de legado. Allí, Mario, que tomó parte en grandes acciones y en brillantes combates, no se cuidó sin embargo de contribuir al ensalzamiento de Metelo, como los demás, ni
2 de poner su actuación política a su servicio. Así pues, sin considerar tanto el hecho de que Metelo le hubiera nombrado legado, como que la Fortuna le ofrecía una estupenda ocasión y un magnífico escenario para llevar a cabo sus acciones, hizo
3 alarde de todo su valor. Aunque esta guerra trajo aparejadas tantas dificultades, jamás retrocedió ante las tareas importantes, ni desdeñó las más pequeñas, sino que, superando a sus iguales tanto en buen juicio como criterio a la hora de abordar las situaciones, rivalizó con los soldados en sobriedad y capacidad de sufrimento, lo que le granjeó gran popularidad entre
4 ellos. Parece ser que en general las personas encuentran consuelo en sus fatigas cuando ven que hay quien las comparte voluntariamente, pues parece que así desaparece la idea de obligatoriedad. No hay una visión más agradable para el soldado romano que contemplar a su general comiendo el mismo rancho que él, acostado sobre un vulgar camastro o echando una mano a la hora de cavar un foso o levantar una empaliza-
5 da. Sienten menos admiración por los jefes que les distribuyen honores y soldada que por los que toman parte en sus esfuerzos y peligros, y sienten más aprecio por los que comparten sus labores que por los que les permiten no hacer nada.
6 Actuando constantemente de este modo se ganó así la voluntad de los soldados por lo que Mario no tardó en llenar África y Roma de su nombre y de su fama, pues los que se encontraban en campaña escribían a sus casas que no habría término ni cese de la guerra a no ser que eligiesen cónsul a Mario.

Todo esto causaba en Metelo un visible desagrado, pero 8
lo que más le disgustó fue lo referido a Turpilio; éste era
cliente de Metelo y se encontraba por aquel entonces en el
ejército como prefecto de obras; tenía además a su cargo la 2
guarnición de Vaga, una populosa ciudad. Pues bien, como
no trataba injustamente a sus habitantes sino que les dispen-
saba un trato amable y humano, confiaba plenamente en
ellos, por lo que sin darse cuenta cayó en manos de sus ene-
migos: acogieron en la ciudad a Jugurta, pero no hicieron da- 3
ño alguno a Turpilio, sino que intercedieron por él y le
dejaron partir a salvo; en consecuencia, fue acusado de trai-
ción. Mario, formó parte del consejo que había de juzgarle y 4
no sólo actuó por su cuenta de forma severa sino que indis-
puso a la mayoría de los demás contra el acusado, de modo
que Metelo se vio forzado, contra su voluntad, a condenarle
a muerte. Al cabo de poco tiempo, se demostró que la acusa- 5
ción era falsa y mientras todos los demás compartieron la
aflicción de Metelo, Mario, mostraba su contento y reivindi-
caba ese hecho como obra suya, sin avergonzarse de ir por
ahí diciendo que era él quien había puesto tras los pasos de
Metelo un espíritu vengador por la muerte de su cliente.

A raíz de esto, quedó establecida entre ellos una abierta 6
enemistad. Se dice que en una ocasión, en la que Mario esta-
ba presente Metelo dijo lo siguiente en tono de burla: «¿Así
que, mi noble amigo, te propones abandonarnos y poner rum-
bo a casa para solicitar el consulado? ¿No te sentirás afortu-
nado si llegas a tiempo para compartir el consulado con mi
hijo?». Para aquellas fechas el hijo de Metelo no era más que 7
un muchachito. Con todo, Mario insistió en que le dieran li-
cencia para marchar, y así, tras varios aplazamientos y cuan-
do apenas quedaban doce días para las elecciones consulares,
por fin le fue concedida. En el curso de dos días y una noche, 8
Mario cubrió el largo camino que conducía desde el campa-
mento a Útica, en la costa, donde llevó a cabo un sacrificio

antes de embarcarse. Cuentan que el augur anunció que la di-
vinidad le vaticinaba unos sucesos de una importancia ex-
traordinaria, más allá de cualquier expectativa, por lo que
Mario se hizo a la mar bajo los efectos de esta predicción, y
9 en tres días, con el viento a favor, llevó a cabo la travesía. La
muchedumbre enseguida lo acogió encantada, y tras ser pre-
sentado ante la asamblea por uno de los tribunos de la plebe,
se postuló al consulado tras verter numerosas acusaciones
contra Metelo y prometer que prendería a Jugurta vivo o
muerto.

9 Tras resultar triunfalmente elegido, enseguida procedió al
reclutamiento, cosa que hizo al margen de la ley y la costum-
bre al inscribir en él a un buen número de gente sin recursos
y también de esclavos, cuando los antiguos generales jamás
habían aceptado este tipo de gente, ya que sólo confiaban las
armas, así como otras marcas de honor, a quienes eran dig-
nos de ellas, dando por su puesto que cada uno respondería
2 con sus bienes como garantía. Sin embargo, no fueron estas
medidas las que principalmente expusieron a Mario a duras
críticas, sino sus osados discursos, llenos de arrogancia y so-
berbia, en los que ofendía a los hombres principales, claman-
do que su consulado era un despojo que él había tomado de
la dejadez de los patricios y los ricos, y que él presumía ante
el pueblo de las heridas que él mismo había recibido y no con
3 monumentos a los muertos ni imágenes ajenas. A menudo,
traía a colación a generales que habían sucumbido en África,
en concreto Bestia y Albino[19], hombres de ilustre linaje, que
habían fracasado por su poca aptitud para la guerra y su in-

[19] Lucio Calpurnio Bestia y Aulo Postumio Albino; el primero había cedido, acaso a cambio de oro, a ciertas pretensiones ventajosas para Jugurta, mientras que el segundo había sido derrotado en batalla (cf., respectivamente, SALUSTIO, *Guerra de Jugurta* 27-30, 36-39).

experiencia, y preguntaba a los presentes si no creían que los ancestros de éstos no habrían preferido dejar tras de sí a unos descendientes que se asemejasen a él, ya que ellos mismos se habían hecho célebres no por su nacimiento, sino por su valor y sus grandes hazañas. Esto no lo decía ni por vanidad ni 4
por jactancia, ni por deseos de atraerse inútilmente la ojeriza de los poderosos, pero la muchedumbre, encantada con las ofensas al senado y presta siempre a medir la grandeza de ánimo a través del énfasis de los discursos, le incitaba y le impelía a no respetar a la gente destacada, si quería ganarse el favor de la masa.

Tan pronto como estuvo de vuelta en África, Metelo era 10
incapaz de contener su envidia e indignación ante el hecho de que, después de haber llevado la guerra a su conclusión y sin que le quedara otra cosa que apoderarse de la persona de Jugurta, Mario —el hombre que había medrado gracias a su ingratitud para con él— llegaba en busca de la corona y el triunfo. De este modo, no aguantó hasta que Mario llegara donde él se encontraba y se retiró, por lo que fue Rutilio[20], 2
legado de Metelo, quien le entregó el ejército a Mario, sobre quien recayó una suerte de venganza divina al final de la campaña al arrebatarle Sila la gloria de la victoria, como él había hecho con Metelo. El modo en que ello ocurrió lo referiré de forma resumida, dado que ya he descrito con detalle tales circunstancias en la *Vida de Sila*[21].

Boco, rey de la Numidia interior[22], era suegro de Jugurta, 3
pero durante la contienda parece que no colaboró con él, po-

[20] Publio Rutilio Rufo (158-78 a. C.), político, militar e historiador romano.

[21] Cf. *Vida de Sila* 3.

[22] Boco es en realidad rey de Mauritania y no de Numidia, como se repite en 32 o en *Vida de Sila* 3, 2.

niendo como excusa su deslealtad y por temor al aumento de
4 su poder[23]. Pero cuando Jugurta, fugitivo y errante, acudió,
obligado por la necesidad y como última esperanza, a su pre-
sencia, Boco le recibió como suplicante más por escrúpulo
que por afecto. Así, cuando le tuvo en sus manos, Boco inter-
cedió abiertamente por él ante Mario y le dirigió un escrito
en el que, altivo, le decía que no se lo entregaría; sin embar-
go, en secreto, planeaba traicionarle, por lo que hizo llamar a
Lucio Sila, a la sazón cuestor de Mario, quien había presta-
5 do servicios a Boco a lo largo de esta guerra[24]. Cuando Sila,
fiándose de su palabra, acudió a su presencia, la duda y el
arrepentimiento se apoderaron del númida, y durante un buen
número de días se mantuvo indeciso en sus planes, tratando
de decidir si entregaría a Jugurta o mantendría retenido a
6 Sila. Finalmente, hizo valer su primigenio plan de traición y
puso vivo a Jugurta en manos de Sila[25].

7 Esta fue la primera semilla de aquel enfrentamiento impla-
cable y terrible entre Mario y Sila que estuvo a punto de lle-
8 var a la perdición a Roma. No en vano, hubo muchos que, por
su animadversión a Mario, quisieron atribuir el mérito de es-
te hecho a Sila, quien, por su parte, portaba un sello que se ha-
bía mandado labrar en el que aparecía grabada la imagen de
9 Boco entregándole a Jugurta; Sila usaba constantemente este
sello, lo que encolerizaba a Mario, hombre ambicioso, nada
dado a compartir la gloria y pendenciero. A ello contribuían
en gran medida los enemigos de Mario, que atribuían los pri-
meros y mayores logros de la guerra a Metelo y los últimos,
así como el fin de ésta a Sila, para que el común de la gente
dejara de admirarlo y de apreciarlo más que a ningún otro.

[23] Cf. Salustio, *Guerra de Jugurta* 97-101.

[24] Cf. *Vida de Sila* 3, 3 y Salustio, *Guerra de Jugurta* 103.

[25] Cf. *Vida de Sila* 2 y Salustio, *Guerra de Jugurta* 113.

Sin embargo, pronto esta envidia, estas animadversiones 11
y ataques contra Mario fueron disipados por el peligro que,
procedente de occidente, se cernía sobre Italia[26]. Desde el
preciso instante en que la ciudad tuvo la necesidad de un gran
general y comenzó a buscar a su alrededor a un timonel al
que encomendarse para escapar a la terrible tempestad de es-
ta guerra, nadie aceptó a ninguno de los miembros de las
familias de más noble o rico linaje que se presentaron a los
comicios consulares, sino que eligieron a Mario, aunque se
encontraba ausente. En efecto, apenas se hubo anunciado a 2
los romanos la captura de Jugurta, los rumores sobre los teu-
tones y los cimbros comenzaron a extenderse. En un princi-
pio estos rumores ofrecían datos poco fiables acerca de la
cantidad y la potencia del ejército que se aproximaba, pero
más tarde se confirmó que estas estimaciones se encontraban
por debajo de la realidad, ya que llegaba a los trescientos mil 3
el número de hombres armados que avanzaban, así como una
multitud todavía más numerosa —según dicen— de mujeres
y de niños que les acompañaban en busca de tierra que ali-
mentara una masa de gente tal y ciudades en las que estable-
cerse y vivir, del mismo modo que con anterioridad a ellos,
como tenían entendido, los celtas habían ocupado la mejor
parte de Italia despojando de ella a los etruscos[27]. El hecho 4
de que no se hubieran relacionado con otros pueblos y la gran
extensión de terreno que habían recorrido hacía que nadie su-
piera qué tipo de gente era ni desde qué lugar se habían pues-
to en movimiento para irrumpir sobre la Galia e Italia como
un nublado. La principal hipótesis era que provenían de 5

[26] Para la invasión de estos pueblos véase E. DEMOUGEOT, «L'invasion des Cimbres-Teutons-Ambrons et les Romains», *Latomus* 37 (1978), 910-938.

[27] En el siglo IV a. C. los celtas se encontraban asentados en el área de la llanura Padana.

Germania y que formaban parte de los pueblos que habitaban en el océano Boreal a tenor de su gran corpulencia, sus ojos claros y por el hecho de que los germanos dan a los ladrones el nombre de cimbros.

6 Pero hay quien dice que la Céltica, por su gran extensión y tamaño, se extiende desde el mar Exterior[28] y las regiones árticas hasta el oriente, junto a la laguna Meótida[29], hasta tocar la Escitia Póntica, lugar donde estas naciones[30] se ha-
7 brían mezclado. Éstos no se habrían puesto en marcha de una sola vez ni al mismo tiempo, sino que durante la primavera habrían avanzado con la fuerza de las armas año tras año, hasta, con el paso del tiempo, cruzar por entero el continente. En consecuencia, aunque tenían diferentes denominaciones para cada uno de los grupos, al conjunto del ejército le
8 daban el nombre general de celtoescitas. Otros sostienen que no se trataba sino de una pequeña partida de cimerios, gente conocida desde siempre por los griegos, un grupo de fugitivos o una facción que había sido expulsada por los escitas y que había pasado de la laguna Meótida hacia Asia bajo las ór-
9 denes de Ligdamis; mientras que la parte más numerosa y más belicosa de ellos continuaba habitando en los confines de la tierra a orillas del mar Exterior, sobre un territorio umbrío y boscoso, en el que no penetran en absoluto los rayos del sol debido a la frondosidad y espesura de sus bosques, que se extienden hasta el interior de los montes Hercinios. Por lo que respecta al cielo, les ha correspondido la parte en que el polo, a causa de la inclinación de los paralelos, toma una elevación que parece encontrarse a escasa distancia del cenit de ese país; allí los días, iguales a las noches tanto en su más larga como en su más breve duración, reparten el

[28] Mar del Norte.

[29] Mar de Azov.

[30] Esto es, celtas y escitas.

tiempo en dos partes iguales, lo que dio lugar a la narración 10
mítica que Homero expone en su *Evocación de los muer-* 11
tos[31]. Así pues, de esta región es desde donde habían partido en dirección a Italia estos bárbaros que en origen recibían el nombre de cimerios, pero, para aquel entonces, el de cimbros
merced a una ligera variación. Pero todo esto deriva más de 12
conjeturas que de una sólida investigación.

En cuanto al número que muchos historiadores proponen,
éste no es menor, sino mayor que la cifra ya referida. Su áni- 13
mo y su arrojo les hacía incontenibles, y el vigor de sus brazos en la batalla recordaba al fuego por su rapidez y violencia; de modo que nadie era capaz de contener su empuje, sino que todos aquellos sobre los que caían eran tomados y conducidos en calidad de botín. Varios y nutridos
ejércitos romanos, así como generales encargados de prote- 14
ger la Galia Transalpina, fueron vergonzosamente derrotados, lo que contribuyó de forma especial, con su pobre resistencia, a atraer contra Roma un torrente de bárbaros. Así, tras vencer a cuantos encontraban a su paso y apoderarse de gran abundancia de recursos, determinaron no establecerse en sitio alguno antes de haber destruido Roma y arrasado Italia.

Los romanos, enterados de estas noticias a través de todo **12**
tipo de fuentes, acudieron a Mario para que se pusiera al mando de la situación, de modo que fue elegido cónsul por segunda vez, aunque la ley prohibía elegir a nadie en su au-

[31] La *Nekuia* o *Evocación de los muertos;* cf. *Odisea* XI 13-18: «Al llegar a los confines del Océano, de profundas corrientes, donde se extiende la región y la ciudad de los cimerios, entre nieblas y brumas, hombres a los que los radiantes destellos del sol no deslumbran jamás, ni siquiera al ascender al cielo cubierto de estrellas, ni cuando baja de él buscando la tierra: sobre estos infortunados pesa una noche de muerte».

sencia y que una persona fuera reelegida hasta que no hubie-
ra pasado el tiempo establecido[32]. Sin embargo, el pueblo re-
2 chazó a los que se oponían porque consideraba que no se
trataba de la primera vez que la ley cedía ante el interés co-
mún, y la situación presente no era menos grave que la que
hizo que Escipión fuera designado cónsul contrariamente a
las leyes y no por temor a perder la propia ciudad, sino por
deseo de destruir la de los cartagineses, de manera que se
3 adoptó la medida[33]. Mario llegó de África con su ejército en
las calendas de enero, día que marca el comienzo del año
para los romanos, asumió el consulado y celebró su triunfo,
ofreciendo a los romanos el increíble espectáculo de ver a
Jugurta prisionero, pues nadie habría imaginado que con él
vivo se pudiera vencer al enemigo, tal era la capacidad de
adaptación de este hombre a las situaciones de la fortuna y
tan capaz de combinar su coraje con sus amplios recursos.
4 Sin embargo, cuando fue conducido en triunfo, dicen que
perdió la razón, y que cuando, tras el desfile, fue arrojado a
prisión, unos le despojaron violentamente de su túnica, mien-
tras que otros, con las prisas de quitarle por la fuerza sus are-
tes de oro, le arrancaron a la vez el lóbulo de la oreja;
después de dejarle desnudo, le arrojaron al pozo, completa-
mente turbado, entonces con una mueca amarga, dijo: «¡Por
5 Hércules, qué frías son vuestras termas!». Allí, luchando du-
rante seis días contra el hambre y aferrado hasta el último
momento a su voluntad de vivir, acabó recibiendo el castigo
que sus crímenes merecían.

6 Cuentan que en el curso de la marcha triunfal fueron
transportadas tres mil siete libras de oro, cinco mil setecien-
tas setenta y cinco de plata sin acuñar, y doscientos ochenta

[32] Esto es, dos años, un *biennium*.

[33] En el año 147 a. C., en el contexto de la Tercera Guerra Púnica. Se trata de Escipión Emiliano.

y siete mil dracmas en moneda. Concluido el desfile, Mario convocó al senado al Capitolio, adonde entró —bien porque no se dio cuenta, bien en un grosero alarde de su buena fortuna— luciendo sus ropas triunfales; mas en cuanto se percató de que los senadores se sentían ofendidos, salió y, tras vestirse la toga pretexta, volvió a entrar.

En campaña extenuaba a su ejército en el curso del cami- 13
no, les hacía ejercitarse en todo tipo de carreras y en largas marchas y obligaba a cada soldado a que transportara su propio bagaje y se preparara su rancho; de ahí que, en adelante, a los soldados abnegados que ejecutan las órdenes en silencio y sin rechistar se les haya dado en llamar «mulas de
Mario». Con todo, hay quien piensa que el origen de la 2
expresión es otro, a saber: cuando Escipión ponía sitio a Numancia quiso pasar revista no sólo a las armas y a los caballos, sino también a las mulas y a los carros con el objeto de que todos y cada uno tuvieran sus pertenencias preparadas y en perfecto estado. Mario, entonces, presentó un caballo que él mismo había cuidado excelentemente y una mula que destacaba entre las demás por su buen estado, su mansedum-
bre y su robustez. En consecuencia, el general quedó abso- 3
lutamente satisfecho con las bestias de Mario, de las que frecuentemente hacía mención, por lo que los soldados cuando elogiaban en tono de burla a alguien perseverante, paciente y esforzado le llamaban «mula de Mario».

Al parecer en esta ocasión la Fortuna quiso favorecer a 14
Mario. No en vano, al efectuar los bárbaros como una especie de reflujo en su curso e ir a desembocar en primer lugar sobre Hispania, tuvo tiempo tanto de adiestrar físicamente a sus hombres, como de fortalecer su moral para que tuvieran confianza y, lo que es aún más importante, demostrarles el tipo
de hombre que era. Efectivamente, su severidad en el mando 2

y su inflexibilidad en los castigos parecían cualidades justas y
saludables a quienes habían adoptado la costumbre de no co-
meter faltas ni desobedecer, y la violencia de su temperamen-
to, la aspereza de su voz y lo adusto de su semblante, una vez
que comenzaba a hacerse familiar, no les resultaba amenaza-
3 dor a sus soldados, sino a sus enemigos. Pero, sobre todo, era
la rectitud de sus juicios lo que más complacía a sus solda-
4 dos, rectitud de la que da muestras este ejemplo. Cayo Lusio,
un sobrino suyo, servía en su ejército como oficial; hombre,
por lo demás, en absoluto reprensible, pero con debilidad
5 por los jóvenes atractivos. Entre los soldados que se encon-
traban bajo su mando se hallaba un jovencito de nombre
Trebonio, a quien, por más que lo había intentado, no había
conseguido. Por fin, una noche, envió a un esclavo en busca
6 de Trebonio, llamada a la que el joven acudió porque no le
era posible desobedecer a un llamamiento; pero una vez que
se encontró dentro de la tienda, Lusio intentó forzarle, por lo
7 que aquel, desenfundando su espada, le dio muerte. Todo es-
to ocurrió en ausencia de Mario, pero a su regreso, llevó a
8 Trebonio a juicio. Dado que muchos eran los que le acusaban
y ninguno el que lo defendía, él mismo compareció resuelta-
mente y refirió todo el asunto, presentando testigos que con-
firmaron que eran muchas las ocasiones en que había
rechazado los intentos de Lusio y que, a pesar de las cuantio-
sas ofertas, jamás había concedido su cuerpo en ningún caso.
Mario, admirado y complacido ante su conducta, mando que
le trajeran la corona que, según el uso patrio, recompensa las
acciones valerosas, y, tomándola en sus manos, él mismo la
colocó en la cabeza de Trebonio indicando que en una época
tan carente de nobles ejemplos, él les había brindado una ex-
celente acción.

9 El recibimiento de esta noticia en Roma contribuyó en no
poca medida a la elección de Mario para su tercer consulado;
por lo demás, se esperaba la llegada de los bárbaros para la

primavera, y los soldados no deseaban poner en riesgo su vida contra ellos bajo el mando de ningún otro general. Sin 10
embargo, no llegaron tan pronto como se esperaba, y una vez más a Mario se le volvió a agotar el tiempo de su consulado. Como se acercaban las elecciones y su compañero 11
en el cargo había muerto[34], dejó el mando del ejército a Manio Acilio y se dirigió a Roma, donde eran muchos los 12
prohombres que optaban al consulado. Pero he aquí que Lucio Saturnino[35], el tribuno de la plebe que mayor influencia ejercía sobre el pueblo, persona a la que Mario siempre 13
había reservado atenciones, instó con sus arengas a la multitud a que lo eligieran cónsul. Mario, que se hacía de rogar, fingió que rechazaba esta magistratura alegando que no la necesitaba, ante lo que Saturnino le tachó de traidor a la patria por rehusar el mando en mitad de tamaño peligro. Y 14
aunque estaba claro que estaba interpretando de forma nada convincente un papel orquestado por Mario, con todo, la muchedumbre, viendo que la circunstancia precisaba tanto de su pericia como de su buena fortuna, le votó para su cuarto consulado, nombrando como compañero en el cargo a Lutacio Cátulo[36], varón que gozaba de la estima de los patricios y que no disgustaba al pueblo.

Informado de que los enemigos se aproximaban, Mario 15
cruzó los Alpes con premura y, tras establecer un campamen-

[34] L. Aurelio Oreste, muerto en 103.

[35] Lucio Apuleyo Saturnino, demagogo y tribuno. Aunque de orígenes aristocráticos, tomará partido por la opción popular, donde adoptará posturas radicales.

[36] Quinto Lutacio Cátulo, general romano y cónsul junto a Mario en el año 102 a. C. Habría dejado puesto por escrito tanto su período como cónsul y su papel contra cimbros y teutones en una obra titulada *Guerras cimbrias,* que no nos ha llegado. En su momento, se posicionará junto a Sila y contra Mario.

to fortificado a orillas del Ródano, introdujo en su interior gran
abundancia de víveres con el objeto de no verse obligados en
ningún momento a presentar batalla por falta de ellos en cir-
2 cunstancias que no le parecieran convenientes. El transporte
por mar de las provisiones que el ejército necesitaba, que an-
tes era largo y costoso, Mario lo convirtió en fácil y rápido. En
efecto, las bocas del Ródano, al quedar cubiertas, por efecto
3 del reflujo del mar, de una película de abundante limo y arena
que el oleaje amasa formando una espesa capa de cieno, vuel-
ven dificultosa, pesada y lenta la navegación de los barcos
4 abastecedores. Así pues, Mario llevó hasta allí a su ejército,
que aún permanecía inactivo, y abrió un gran canal sobre
el que hizo derivar buena parte del caudal del río, y lo desvió ha-
cia una ensenada adecuada, profunda y accesible para las gran-
des embarcaciones, suavemente abierta al mar y sin batir de
olas; todavía hoy este canal conserva el nombre que él le dio[37].

5 Los bárbaros se habían dividido en dos ejércitos, y a los
cimbros les había tocado avanzar contra Cátulo desde las al-
turas de la Nórica[38] para forzar por allí el paso, mientras que
teutones y ambrones debían atravesar la Liguria contra
6 Mario bordeando la costa. Los cimbros se demoraron y se
entretuvieron más tiempo, pero los teutones y los ambrones,
que se pusieron inmediatamente en marcha y cruzaron el
país que les separaba, aparecieron en número infinito, exhi-
biendo un fiero semblante, distintos a cualquier otro pueblo
7 en el habla y en el tumulto que organizaban. Así, tras ocupar
gran parte de la llanura y establecer allí su campamento,
desafiaron a Mario a una batalla.

16 Pero Mario no prestaba atención a sus provocaciones y
contenía a sus hombres dentro de las fortificaciones; repri-

[37] *Fossae Marianae*, actualmente Fos-sur-Mer.

[38] Provincia romana que limitaba al norte con el Danubio.

mía severamente a los temerarios y tachaba de traidores a la
patria a aquellos que, arrastrados por su furor, ansiaban el
combate, porque no era la hora de ambicionar triunfos y tro- 2
feos, sino de salvaguardar Italia y hacer desaparecer aquella
inmensa nube de guerra, aquella tempestad; esto era lo que 3
en privado comentaba con el resto de jefes y oficiales supe-
riores. En cuanto a los soldados, les hacía subir a las empali-
zadas por turnos y les ordenaba que observaran al enemigo
para, de este modo, acostumbrarlos a sostener su visión, a so-
portar su voz, que resultaba completamente extraña y fiera,
además de para hacerles observar sus armas y movimientos,
y, de este modo, conseguir que lo que les parecía temible, con
el tiempo se volviera familiar en sus mentes a fuerza de ver-
lo. Consideraba, en efecto, que la novedad hace pasar erróne- 4
amente por peligrosas muchas realidades, mientras que, con
la costumbre, las cosas que sí son terribles por su propia na-
turaleza pierden su capacidad de atemorizar. En su caso, la 5
visión cotidiana del enemigo no sólo mitigaba de algún
modo su impacto inicial, sino que además ante las amenazas
y la insoportable insolencia de los bárbaros, la cólera se
apoderaba de ellos, caldeando y prendiendo fuego a su
alma, ya que el enemigo, no contento con saquear y arrasar
todo el territorio circundante, también llevaba a cabo incur-
siones contra el campamento en las que hacía gala de una au-
dacia y desvergüenza extremas. He aquí, pues, que las voces 6
y las quejas de los soldados comenzaron a llegar a oídos de
Mario: «¿Qué falta de hombría ha observado Mario en nos- 7
otros para que nos aparte de la batalla encerrándonos a cal y
canto como a mujeres? Venga, comportémonos como hom-
bres libres, preguntémosle si acaso espera a que otros vengan
a pelear por Italia y si va a emplearnos todo el tiempo como
obreros cuando haga falta abrir canales, quitar el fango y des-
viar el curso de algún río. Parece que ése es el fin para el que 8
nos ha sometido a tantos trabajos, y que ésos son los logros

de su consulado que exhibirá ante a los ciudadanos a su regre-
9 so. ¿Es que teme correr la suerte de Carbón y Cepión, que fueron derrotados por los enemigos? Pero ellos eran, con mucho, inferiores a Mario en reputación y valor, y comandaban un
10 ejército bastante peor. Además, sería más honroso sufrir como ellos, después de haber entrado en acción que quedarnos sentados contemplando cómo nuestros aliados son saqueados».

17 Al oír estas quejas, Mario quedó complacido y trató de aplacar sus ánimos diciéndoles que no desconfiaba de ellos, pero que, a raíz de ciertos oráculos, estaba esperando la oca-
2 sión y el lugar oportunos para la victoria. De hecho, solía llevar solemnemente recostada sobre una litera a una mujer siria de nombre Marta, de la que se decía que era una profetisa y ba-
3 jo cuyas indicaciones Mario celebraba sacrificios. Con anterioridad había sido expulsada por el senado cuando quiso intervenir acerca de estos asuntos y predecir lo que iba a ocurrir. Luego, una vez introducida en el círculo de las mujeres, dio muestras de su habilidad, principalmente a la esposa de Mario, a la que, una vez que estaba sentada a sus pies en el curso de un combate de gladiadores, le predijo con éxito quién saldría victorioso; la esposa de Mario, la envió a su marido,
4 quien se mostró maravillado. Por lo general la hacía llevar en litera, de donde descendía para los sacrificios; acudía ataviada con un manto doble teñido de púrpura, y portaba en la mano
5 una lanza de la que pendían cintas y guirnaldas. Esta teatral puesta en escena sembraba en muchos la duda de si Mario estaba realmente convencido o si fingía y la presentaba en público como si estuviera participando con ella en una actuación.
6 He aquí el prodigio, digno de admiración, que Alejandro de Mindos[39], nos refiere acerca de unos buitres. Siempre, an-

[39] Escritor del siglo I a. C. natural de Caria; autor de tratados de zoología y adivinación.

tes de una campaña victoriosa, al salir del campamento, aparecían dos buitres junto al ejército y les acompañaban; se les 7
distinguía por unas anillas de bronce que los soldados les habían puesto en el cuello después de atraparlos y volverlos a soltar. A partir de entonces, cada vez que los soldados los reconocían, los saludaban, y siempre que aparecían en el curso de una expedición lo celebraban como señal de éxito.

Aparecieron muchos otros presagios, pero la mayor parte 8
eran de un carácter más común. Sin embargo, de Ameria y Tuderto, dos ciudades de Italia, llegaron noticias de que durante la noche se había visto caer cielo abajo lanzas llameantes y escudos que al principio se movían en distintas direcciones, pero que luego chocaban unos con otros y adoptaban la disposición y los movimientos de los soldados en combate; al final, con los unos cediendo y los otros saliendo en su persecución, todos acabaron desapareciendo en dirección a poniente.

Más o menos por aquel tiempo, llegó, procedente de 9
Pesinunte, Bataces, sacerdote de la Gran Madre[40]; anunciaba que la diosa le había revelado desde el fondo de su santuario que la victoria y la superioridad en la guerra estaría de parte de los romanos. El senado dio crédito a sus palabras y votó 10
que se levantara un templo a la diosa en caso de victoria; pero cuando Bataces se presentó ante el pueblo con la intención de contarles lo mismo, el tribuno de la plebe, Aulo Pompeyo, se lo impidió, llamándole impostor y echándole violentamente de la tribuna[41]. Sin embargo, esta acción sólo sirvió para 11
conceder más crédito a su historia, ya que, una vez que se hu-

[40] Pesinunte, en Frigia, es el lugar del santuario original de la Gran Madre, esto es, Cibeles. En el año 204 a. C. los romanos llevan hasta el puerto de Ostia la piedra negra sagrada que la representaba: los Libros Sibilinos habían revelado que la amenaza de Aníbal sobre Italia se disiparía si la Gran Madre llegaba a Roma.

[41] Frente a la diosa Ceres, Cibeles está asociada a los aristócratas.

bo disuelto la asamblea, de camino a casa, a Aulo le entró una fiebre tan virulenta que murió al cabo de una semana, suceso que fue conocido y estuvo en boca de todos.

18 Comoquiera que Mario permanecía inactivo, los teutones trataron de atacar el campamento, pero se encontraron con una nube de proyectiles lanzados desde las empalizadas que les hizo perder un cierto número de hombres. Decidieron, entonces, proseguir su marcha en la esperanza de poder cruzar
2 los Alpes sin oposición, por lo que, tras recoger sus bagajes, pasaron a lo largo del campamento romano. Fue entonces cuando se puso notablemente de manifiesto su gran cantidad por la extensión que ocupaban y el tiempo que tardaron en pasar; no en vano, se dice que estuvieron seis días desfilando sin interrupción a lo largo del campamento de Mario.
3 Pasaban a su lado y entre carcajadas preguntaban a los romanos si tenían algún encargo para sus mujeres, ya que en bre-
4 ve se encontrarían junto a ellas. Pero una vez que los bárbaros hubieron pasado y se encontraron a cierta distancia, Mario levantó el campamento y comenzó a seguirlos de cerca se instalaba siempre a escasa distancia de ellos, pero fortificaba sólidamente sus posiciones y buscaba la protección de emplazamientos seguros para poder pernoctar sin sobre-
5 saltos. Continuaron avanzando de este modo hasta que llegaron al lugar denominado Aguas Sextias[42], desde donde apenas quedaba un poco de camino por recorrer hasta llegar
6 a los Alpes, motivo por el que Mario llevó allí a cabo los preparativos para la batalla. Estableció el campamento en un lugar seguro pero mal abastecido de agua; su intención, dicen,
7 era que esa circunstancia espoleara a sus soldados. Así pues, como eran muchos los que mostraban su enojo y se quejaban

[42] Las aguas termales de *Aquae Sextiae* («Baños de Sextio»), actual Aix-en-Provence.

de sed, Mario, indicándoles con la mano un río que corría a
los pies de la fortificación enemiga, les dijo que allí había
agua, pero a precio de sangre. «¿Entonces por qué no nos lle- 8
vas de una vez —replicaron— contra ellos, ahora que toda-
vía nuestra sangre está fresca?». «Primero fortifiquemos el
campamento», les contestó con voz pausada.

Los soldados, aunque indignados, obedecieron. Pero el 19
grueso de los ayudantes de campo, que no tenían nada que
beber ni para ellos ni para las bestias, bajaron todos en masa
hacia el río, provistos unos de hachas, otros de segures e in-
cluso unos cuantos de espadas y lanzas además de los cánta-
ros; su intención era coger agua aunque tuvieran que luchar.
Al principio sólo se enfrentaron con éstos unos pocos enemi- 2
gos, ya que la mayoría se encontraba almorzando después del
baño o bien bañándose, pues en ese lugar brotan fuentes de
agua caliente; de este modo, los romanos cayeron por sorpre-
sa sobre parte de los bárbaros mientras disfrutaban y festeja-
ban juntos el placer y la maravilla del lugar. Al oír los gritos, 3
un número aún mayor de bárbaros corrió al lugar, por lo que
le fue ya muy difícil a Mario contener a sus soldados, quie-
nes ahora temían por sus sirvientes. Además, el sector de
bárbaros más belicoso, los que con anterioridad habían de-
rrotado a las tropas romanas de Manlio y Cepión —eran los
denominados ambrones, quienes por sí solos rebasaban la ci-
fra de treinta mil—, habían tomado sus armas y corrían hacia
allí. Aunque tenían los cuerpos abotargados por la comida y 4
sus mentes excitadas y disipadas por el fuerte vino, no acu-
dían llevados por una carrera desordenada y frenética, ni
emitían alaridos inarticulados, sino que golpeaban rítmica-
mente sus armas y saltaban al compás, sin dejar de repetir al
unísono su propio nombre, «¡Ambrones!»; bien para animar-
se unos a otros, bien para amedrentar al enemigo diciéndoles
quiénes eran. Los primeros italianos que bajaron al encuen- 5

tro de los bárbaros fueron los lígures[43], y cuando éstos oyeron sus voces y los entendieron, también ellos devolvían el grito y decían que se trataba de su patronímico, ya que los lígures se dan a sí mismos el nombre de ambrones a causa de
6 su origen. Así, este apelativo se repetía sin cesar y rebotaba de un bando a otro a expensas de que se produjera el choque, y como los dos ejércitos gritaban al mismo tiempo, buscando con vehemencia que su voz sonara por encima de la del enemigo, el griterío avivaba e inflamaba el ánimo de los combatientes.

7 La corriente desordenó las filas de los ambrones; en efecto, no les había dado tiempo a cruzar y volver a formarse, cuando, de repente, los lígures cayeron a la carrera sobre la vanguardia y entablaron combate cuerpo a cuerpo. Acto seguido, los romanos llegaron en auxilio de los lígures y se lanzaron desde lo alto contra los bárbaros, forzándoles a
8 retirarse; muchos ambrones, que se empujaban unos a otros hacia el río, resultaron heridos sobre el lugar, y la corriente rebosaba de sangre y cadáveres. Una vez que los romanos hubieron cruzado, los restantes, que no se atrevían a plantar cara, fueron masacrados hasta que en su huida llegaron al
9 campamento y a los carromatos, donde las mujeres salieron a su encuentro con las espadas y hachas en la mano, y con horribles chillidos de rabia repelían indistintamente tanto a perseguidos como a perseguidores, a unos por traidores y a otros por enemigos. Mezcladas con los combatientes, arrancaban los escudos a los romanos con sus brazos desnudos y se agarraban a las espadas, aguantando los golpes y los tajos de su cuerpo con un coraje inquebrantable hasta el final.
10 Cuentan, pues, que esta batalla junto al río fue más bien obra del azar, que de la decisión del general.

[43] Pueblo asentado desde antiguo en el noreste de la península Itálica.

Después de que los romanos, tras haber dado muerte a un 20
elevado número de ambrones, se retiraron, sobrevino la no-
che; pero el ejército no fue recibido —como se suele tras un
éxito de esa índole— con cánticos de victoria, brindis en las
tiendas, amistosas charlas de sobremesa o —lo más agrada-
ble para los soldados tras un victorioso combate— un sueño
reparador, sino que aquella noche la pasaron en inquietud y
en estado de alarma. No en vano, el campamento carecía de 2
empalizadas o muros y todavía quedaban decenas y decenas
de miles de bárbaros por vencer, a los que habían de sumar-
se los ambrones que habían logrado escapar. Durante toda la
noche se había escuchado un lamento que en nada se parecía
a los llantos o gemidos humanos, sino una especie de aullido
y bramido animal, mezclados con amenazas y quejidos que
se elevaban procedentes de esta gran multitud y que resona-
ba por las montañas circundantes y los bancos del río. Un eco 3
estremecedor se adueñaba de la llanura, así como el miedo lo
hacía de los romanos; el mismísimo Mario se veía preso de
la inquietud, pues temía un enfrentamiento nocturno lleno
de desorden y confusión. Pero el enemigo no atacó esa noche 4
ni durante el día siguiente, sino que se dedicaron a recompo-
ner sus filas y prepararse.

Entre tanto, Mario, dado que sobre la cabeza de los bár- 5
baros había cañadas en pendiente y barrancos poblados de
encinas, envió allí a Claudio Marcelo con tres mil soldados
de infantería, con la orden de que se ocultaran en emboscada
para surgir en mitad de la lucha sobre la retaguardia enemi-
ga. En cuanto al resto, una vez que hubieron cenado y 6
dormido convenientemente, Mario los sacó delante del cam-
pamento al despuntar el alba, los puso en formación de
combate y mandó a la caballería a la llanura. Cuando los teu- 7
tones los vieron, no fueron capaces de esperar a que los ro-
manos descendieran, lo que les hubiera permitido pelear de
igual a igual, sino que, armándose a toda prisa y llenos de ira,

8 se lanzaron ladera arriba. Mario, enviando a sus oficiales por
una y otra ala, dio orden a sus hombres de que aguantaran y
resistieran a pie firme, y que, cuando estuvieran a su alcan-
ce, les arrojaran sus picas, y que a continuación usaran sus
9 espadas y les rechazaran empujándoles con sus escudos. Así
es, ya que, al encontrarse los bárbaros situados sobre un te-
rreno resbaladizo, ni sus golpes tendrían fuerza ni podrían
cerrar filas con vigor, puesto que la irregularidad del suelo
10 afectaría a la estabilidad y equilibrio de sus cuerpos. Éstas
eran las órdenes que daba, y era él el primero al que se veía
ejecutarlas, pues en cuanto a la forma física no quedaba por
debajo de nadie, y a todos sacaba gran ventaja en audacia.

21 Así pues, los romanos les esperaron a pie firme y, una
vez que cayeron sobre ellos, contuvieron su subida, hasta
que, echándose contra ellos, les empujaron poco a poco a la
llanura. Allí, cuando los hombres de delante comenzaban
ya a tomar posiciones sobre el terreno, el griterío y la con-
2 fusión se adueñaron de los hombres de retaguardia. A Mar-
celo, en efecto, no se le pasó por alto la oportunidad, sino
que, en cuanto el clamor de la batalla hubo llegado a lo alto
de las lomas, puso a sus hombres en movimiento y cayó a
toda velocidad y entre grandes alaridos sobre la espalda del
3 enemigo, masacrando a los de las últimas filas, quienes se
apelotonaban con los que tenían delante y sembraron así rá-
pidamente la confusión en todo el ejército. Incapaces de re-
sistir por más tiempo dos ataques simultáneos, los bárbaros
4 se dieron a la fuga en completo desorden. Los romanos sa-
lieron en su persecución y abatieron o hicieron prisioneros a
más de cien mil de ellos, tomando posesión de sus tiendas,
carromatos y otras pertenencias; decretaron, además, que to-
do aquello que no había sido saqueado, quedase en poder de
5 Mario, y a pesar de que se trataba de una magnífica recom-
pensa, parecía, no obstante, bastante inferior al mérito de su

conducta al frente del ejército a tenor del gran peligro que
habían afrontado.
Algunos autores no se ponen de acuerdo ni sobre la divi- 6
sión del botín ni sobre el número de muertos. Sin embargo, 7
se cuenta que los masaliotas[44] cercaron sus viñas con los
huesos, y que la tierra, gracias a los cadáveres que se pudrie-
ron en ella y a las abundantes lluvias que cayeron ese invier-
no, quedó enriquecida de tal modo y tan llena de tanta
materia en descomposición que en la estación siguiente pro-
dujo una cosecha extraordinaria, lo que confirma el dicho de
Arquíloco de que con este tipo de abono se fertilizan los
campos[45]. Hay quien sostiene, no sin razón, que a las gran- 8
des batallas les siguen copiosas lluvias, ya sea porque algu-
na potencia divina quiera limpiar y purificar la tierra con
agua pura del cielo, ya sea porque la sangre y la putrefacción
exhalen vapores húmedos y pesados que condensen el aire,
elemento susceptible de sufrir grandes variaciones a partir de
las causas más nimias.

Después de la batalla, Mario escogió de entre las armas y 22
los despojos de los bárbaros los más espléndidos, los que es-
taban intactos y aquellos que pudieran resultar más impac-
tantes a la vista en el desfile triunfal, mientras que todo lo
demás lo amontonó en una pira y ofreció un magnífico sacri-
ficio. Todo el ejército se encontraba, armado y coronado, en 2
torno a la pira; Mario, ataviado, según el uso, con la toga pre-
texta, tomó una antorcha encendida y la elevó al cielo con
ambas manos; se disponía ya a prender la pira cuando avis- 3
taron a varios hombres de confianza que cabalgaban a galo-
pe tendido hacia él, lo que provocó en todos un gran silencio
y expectación. Cuando estos jinetes se encontraron ante 4

[44] De Massalia, actual Marsella.
[45] Fr. 301 Bonnard-Lasseure.

Mario, tras saltar de su montura, le tendieron su diestra y le comunicaron la buena nueva de su elección para un quinto consulado al tiempo que le entregaban los documentos que lo
5 certificaban. Esta gran alegría se vino a sumar a la de la victoria, y mientras los soldados, llenos de gozo, le aclamaban al son del choque y el batir de sus armas, los oficiales colocaron por segunda vez una corona de laurel sobre la frente de Mario, quien dio fuego a la pira y completó el sacrificio.

23 Pero la fuerza que no permite que en los grandes éxitos haya un gozo puro y sin mezcla, sino que entrevera bienes y males y expone la vida de los hombres a una constante variación —sea ésta la Fortuna, la Némesis o la perentoria Naturaleza de las cosas—, le hizo llegar a Mario, apenas unos pocos días después, noticias de su colega Cátulo, noticias que, como una nube en medio de un cielo apacible y sereno, envolvían a Roma en el temor de una nueva tormenta. No en
2 vano, Cátulo, que debía enfrentarse a los cimbros, había renunciado a guardar la cima de los Alpes —lo que le habría debilitado al tener que dividir sus fuerzas en varias partes— y había descendido rápidamente hasta Italia. Allí, tras haber puesto el río Adigio como barrera y haber fortificado los pasos con sólidas empalizadas a ambos lados, había construido un puente para poder socorrer a los de la orilla opuesta en caso de que los bárbaros atravesaran los desfiladeros y se abrie-
3 ran paso hacia las guarniciones. Pero éstos hacían tanto alarde de fanfarronería y desprecio hacia el enemigo que, más por mostrar su fuerza y su atrevimiento que por poner en práctica algo realmente necesario, se exponían completamente desnudos a las tormentas de granizo y escalaban a las cimas a través del hielo y las gruesas capas de nieve, para, desde lo alto, colocar sus anchos escudos bajo sus cuerpos y dejarse caer por los barrancos a lo largo de sus inmensos
4 y resbaladizos deslizaderos. Así, cuando hubieron estableci-

do su campamento en las inmediaciones del río y hubieron examinado la forma de pasarlo comenzaron a cegarlo; como gigantes[46], talaron las lomas vecinas y arrojaron al río árboles descuajados, fragmentos de rocas y montones de tierra con los que cortaban la corriente. También lanzaron contra la base del puente tremendas moles que, arrastradas por la corriente, hicieron que la estructura se estremeciera, hasta que, presos del pánico, la mayor parte de los romanos abandonaron el campamento principal y se retiraron.

En este punto, Cátulo demostró cómo debe actuar un 5
buen y consumado general, anteponiendo a su propia reputación la de sus conciudadanos, pues cuando se dio cuenta de 6
que no podía convencer a sus soldados de que resistieran y vio que se replegaban llenos de pavor, ordenó levantar el águila y corrió hacia las primeras líneas de los que estaban huyendo para ponerse al frente con la intención de que el deshonor recayera sobre él en lugar de sobre su patria, y que no pareciera que huían, sino que se retiraban siguiendo a su general. Entonces, los bárbaros asaltaron y tomaron la forta- 7
leza del otro lado del Adigio; llenos de admiración por los soldados romanos que allí se encontraban y que la habían defendido con gran valentía, afrontando el peligro como guerreros dignos de su patria, les dejaron marchar bajo palabra de honor, después de hacerles jurar por el toro de bronce[47]. Este toro, tomado más tarde en la batalla, según dicen, fue llevado a casa de Cátulo como premio de la victoria. De este modo, con la región desguarnecida de toda defensa, los bárbaros se propagaron por ella y la saquearon.

A la vista de estos sucesos Mario fue reclamado en Roma. 24
A su llegada, todo el mundo pensaba que celebraría el triun-

[46] Evocación de la Gigantomaquia hesiódica.
[47] De claro sentido religioso.

fo, pues el senado lo había votado por unanimidad; sin embargo, él no lo tuvo a bien, ya fuera porque no quería privar a sus soldados y compañeros de armas de este honor, ya fuera por dar confianza al pueblo ante la situación presente y depositar la gloria de su primer éxito en manos de la Fortuna de Roma, que la volvería más brillante aún en ocasión de una
2 segunda victoria. Tras pronunciar un discurso adecuado a las circunstancias, se apresuró a reunirse con Cátulo, a quien infundió confianza al tiempo que hacía venir a sus propios sol-
3 dados desde la Galia. Tan pronto como llegaron, tras cruzar el Erídano[48], cifró sus intentos en impedir el paso de los bár-
4 baros a la Italia Cispadana. Los bárbaros hacían por diferir la batalla; alegaban que esperaban a los teutones y mostraban sorpresa por su tardanza en llegar; o bien ignoraban realmente su derrota, o deseaban aparentar que no lo creían, pues, no en vano, maltrataban terriblemente a quienes llevaban este tipo de noticias. De este modo, enviaron a exigir a Mario territorio para ellos y sus hermanos, y ciudades en número
5 suficiente para asentarse. Cuando Mario preguntó a los embajadores quiénes eran sus hermanos, al mencionar éstos a los teutones, todos los presentes rompieron a reír, y Mario les respondió con sarcasmo: «Dejad ahora a vuestros hermanos,
6 que ya les hemos dado tierra nosotros y la tendrán para siempre». Los embajadores, captando la ironía, comenzaron insultarle y a amenazarle con una venganza inmediata por parte de los cimbros y, más tarde, en cuanto llegaran, con la de los
7 teutones. «Andan por aquí —replicó Mario— y no sería bonito por vuestra parte partir antes de dar un abrazo a vuestros hermanos.» Tras estas palabras, ordenó que condujesen encadenados a los reyes de los teutones, pues habían sido capturados por los secuanos mientras huían por los Alpes.

[48] Actual Po.

En cuanto los cimbros fueron informados, al instante 25
marcharon con todos sus efectivos contra Mario, quien, conservó la calma y procedió a defender su campamento. Se 2
dice que para esta batalla introdujo una innovación en la estructura de la jabalina; con anterioridad, la parte de madera 3
que entraba en el hierro quedaba fijada por dos clavijas metálicas, pero a partir de entonces Mario, dejando una como estaba, hizo reemplazar la otra por una de madera fácilmente rompible; con esta innovación, la jabalina, al impactar sobre el escudo del enemigo, no quedaba recta, sino que, al romperse la clavija de madera, se doblaba por el lado de la de hierro y el asta era arrastrada, clavada al escudo, por haberse curvado la punta.

Entonces, Beórix, el rey de los cimbros, cabalgó acompa- 4
ñado por una pequeña escolta hasta el campamento romano, y desafió a Mario a que fijara fecha y lugar para salir y combatir por la posesión del país, a lo que Mario respondió que 5
los romanos no tenían por costumbre consultar el parecer de sus enemigos a la hora de librar batalla, pero que, sin embargo, complacerían en eso a los cimbros. Así pues, fijaron la fecha para tres días después, y como lugar, la llanura de Vercelas[49], lo que permitía a los romanos hacer maniobrar su caballería y a los bárbaros el desplazamiento de su masa de gente.

Fieles a la cita, en la fecha acordada los dos ejércitos to- 6
maron posiciones uno frente a otro. Cátulo comandaba una fuerza de veinte mil trescientos hombres, mientras que Mario estaba al frente de treinta y dos mil soldados distribuidos en las dos alas, dejando el centro a Cátulo, según ha dejado escrito Sila, que tomó parte en aquella batalla. Asimismo, 7
sostiene Sila que Mario esperaba que el choque de las falan-

[49] Localidad cercana a Turín, en la que tendrá lugar la batalla también conocida como de *Campi Raudii* (30 de julio del 101 a. C.).

ges tuviera lugar sobre todo en los extremos, sobre las alas,
para que la victoria recayera por entero en sus hombres y que
Cátulo no participara de la lucha y ni siquiera llegara a trabar
combate con el enemigo al combarse la línea de batalla por el
centro, como suele suceder cuando los frentes están muy des-
plegados; he ahí el motivo por el que Mario habría dispuesto
8 así sus fuerzas. Cuentan que Cátulo se expresó en el mismo
sentido a la hora de rendir cuentas sobre este punto, y que
acusó a Mario de una gran malevolencia contra su persona.

9 La infantería de los cimbros salió calmadamente de sus
fuertes, en una formación cuya profundidad ocupaba la mis-
ma extensión que su frente; cada uno de los flancos de la for-
10 mación tenía treinta estadios de longitud. La caballería, que
avanzaba en un número de quince mil, presentaba una es-
pléndida apariencia: yelmos que remedaban las fauces y los
extrañísimos hocicos de las más terribles fieras, rematados
por penachos y plumas que les hacía parecer más grandes;
iban pertrechados de corazas de hierro y deslumbrantes escu-
11 dos blancos. Cada uno de ellos portaba un asta de doble pun-
ta, y para el combate cuerpo a cuerpo se servían de espadas
largas y pesadas.

26 La caballería, entonces, no cargó de frente contra los ro-
manos, sino que, volcándose hacia la derecha, trató de atraer-
los poco a poco con la intención de envolverlos entre ellos y
2 su infantería, que se encontraba alineada en la izquierda. Los
generales romanos se dieron cuenta de la estratagema, pero
no les dio tiempo a retener a sus soldados, ya que, al haber
gritado uno de ellos que el enemigo se daba a la fuga, se lan-
zaron todos en su persecución; entre tanto, la infantería
bárbara comenzó a avanzar como un inmenso mar en movi-
3 miento. Entonces, Mario, tras lavarse las manos en el agua
lustral, las alzó al cielo e hizo voto de ofrecer una hecatom-
be a los dioses; por su parte, Cátulo elevó igualmente las

manos al cielo y prometió que consagraría aquel día a la
Fortuna. Es fama que en el momento en que le mostraron las 4
entrañas de las víctimas del sacrificio, Mario exclamó a voz
en grito: «¡La victoria es mía!».
Sin embargo, Sila y los de su círculo refieren que, cuan- 5
do se produjo el choque, Mario fue víctima de la Némesis[50],
ya que, como cabía esperar, se alzó una inmensa nube de pol-
vo que cubrió prácticamente a los dos ejércitos. Mario, lan-
zando en primer lugar sus tropas a la carga, perdió de vista al
enemigo y pasó de largo sus filas, vagando durante largo
tiempo de un lado a otro del campo de batalla. Quiso enton- 6
ces el azar que el enemigo chocara con Cátulo, de suerte que
vino a originarse lo más fragoroso del combate con él y sus
hombres, entre los que afirma Sila que él mismo se encontra-
ba alineado. Añade éste que los romanos encontraron un alia- 7
do tanto en el sol, que daba de frente a los cimbros, como en
la canícula, pues éstos, absolutamente capaces de resistir el 8
frío, al haberse criado, como ya se ha referido, en umbrías y
glaciales regiones, sin embargo cayeron derrotados por el ca-
lor: empapados de sudor, jadeantes, obligados a colocar sus
escudos delante de sus caras. No en vano, la batalla tuvo lu-
gar después del solsticio de verano, tres días antes —según
el calendario romano— de la luna nueva del mes que ahora
llaman agosto, pero que entonces se llamaba sextil[51]. Tam-
bién la polvareda levantada, al ocultar a los enemigos, 9
contribuyó al arrojo de los romanos, ya que les impidió con-
templar su inmenso número, de modo que cada cual fue co-
rriendo al encuentro de aquellos que tenía enfrente y trababa
combate sin quedar aterrado ante la visión de tan gran multi-
tud. Sus cuerpos estaban tan acostumbrados al esfuerzo y tan 10

[50] Antigua deidad que castiga la *hýbris* o soberbia.

[51] 30 de julio de 101. La *noumēnía* marcaba el primer día del mes lunar, el día de las calendas para los romanos. El mes *Sextilis* pasó a llamarse *Augustus* en el año 8 a. C.

bien entrenados, que ninguno de los romanos fue visto sudando y jadeante a pesar del calor sofocante y la carga a la carrera, como dicen que el propio Cátulo dejó escrito en elogio de sus hombres.

27 La mayor parte y la más aguerrida de los enemigos fue reducida a pedazos en aquel lugar, ya que, para que no se quebrase la formación, los combatientes de la primera línea de batalla estaban ligados unos a otros por grandes cadenas ata-
2 das a sus cinturones. Los romanos persiguieron a los fugitivos hasta su plaza fuerte, donde les fue dado asistir a un trágico espectáculo: las mujeres, de pie sobre los carromatos y vestidas de negro, daban muerte a los fugitivos; unas a sus esposos, otras a sus hermanos, otras a sus padres, mientras que a los niños pequeños, ahogándoles con sus propias manos, los arrojaban a las ruedas y a los pies de las bestias de
3 carga, antes de abrirse la garganta. Cuentan que una de ellas se colgó del extremo de la pértiga de un carro con sus hijos
4 atados a cada uno de sus tobillos. Los hombres, a falta de árboles se ataban por el cuello unos a los cuernos de los bueyes y otros a sus patas para, a continuación, aguijonearlos, de modo que, fuera de sí, los arrastrasen y pisoteasen hasta la
5 muerte. Sin embargo, a pesar de que se quitaban la vida de esta forma tan terrible, los romanos tomaron más de sesenta mil prisioneros, a pesar de que, según dicen, fueron más del doble los que allí cayeron.

6 La impedimenta la saquearon los hombres de Mario, pero los despojos de la batalla, las enseñas y las trompetas, dicen que fueron trasladados al campamento de Cátulo, y que éste fue el principal argumento del que se valía para sostener
7 que la victoria le correspondía a él. Como es lógico, se originó una disputa en este sentido entre los soldados, por lo que se tomó como árbitros a unos legados de Parma que se encontraban presentes; a tal efecto los hombres de Cátulo los

condujeron por entre los cadáveres de los enemigos, y les
mostraron que éstos habían sido atravesados por sus picas,
las cuales eran reconocibles por la inscripción que habían
grabado en el astil con el nombre de Cátulo. Sin embargo, to- 8
do el honor de la acción recayó en Mario por cuenta de su
victoria anterior y su preeminencia en el mando. Es más, la 9
multitud lo aclamó como el tercer fundador de Roma, al entender que había conjurado un peligro en modo alguno inferior al de los celtas[52]. Todo el mundo, en su alegría, ofrecía en su casa, en compañía de sus mujeres y sus hijos, las primicias de la cena y hacían libaciones en honor tanto de los dioses como de Mario; consideraban, no en vano, que sólo a
él le correspondía el honor de ambos triunfos. Con todo, no 10
quiso que fuera así, sino que unió a la celebración a Cátulo, pues deseaba mostrarse mesurado en una circunstancia de tamaña fortuna. Por lo demás, puede que también sintiera miedo de los soldados de Cátulo, que, dispuestos a entrar en acción, no habrían permitido que celebrara el triunfo si su general era apartado de tal honor.

Así pues, cumplió su quinto consulado y pasó a aspirar al 28
sexto con el ardor que ninguno habría puesto por el primero. Trataba de ganarse la voluntad del pueblo por medio de atenciones y cedía ante la multitud en aras de obtener su favor; se empeñaba en aparecer como una persona complaciente y accesible —cosa que en absoluto iba con su naturaleza—, no sólo al margen de la gravedad y relevancia pública de esta magistratura, sino al margen también de su propio carácter.
En este sentido, se cuenta que, de cara a las cuestiones polí- 2
ticas y las agitaciones populares, su apego al cargo le volvía

[52] El primer fundador sería, lógicamente, Rómulo, mientras que el segundo sería Camilo, que a comienzos del siglo IV a. C. conjuró la amenaza gala sobre Roma; Plutarco le dedica una *Vida* paralela a la de Temístocles.

completamente timorato, y que la inquebrantable resolución de la que hacía gala en las batallas le abandonaba por completo en el Foro, donde cualquier elogio o censura circuns-
3 tancial le sacaba fuera de sí. A pesar de todo, cuenta que, cuando concedió la ciudadanía romana a unos mil habitantes de Camerino que habían combatido de manera más que notable en la guerra, ante las quejas de algunos, que consideraban la medida ilegal, él respondió que por culpa del ruido de
4 las armas no había podido oír la ley[53]. Sin embargo, lo que, al parecer, más le acobardaba y atemorizaba era el ruido de
5 las asambleas. En tiempos de guerra, la necesidad que tenían de él le confería autoridad y poder, pero en la política, cortado el camino a los primeros puestos, buscaba refugio en la simpatía y el favor de la muchedumbre; de este modo, por ser
6 el más grande, renunció a ser el mejor. En consecuencia, se atrajo la enemistad de todos los aristócratas, entre los que, por encima de todos, temía a Metelo, con quien se había mostrado tan desagradecido y que, hombre de honorabilidad genuina, era beligerante por naturaleza con todos aquellos que trataban de ganarse el favor del pueblo por cauces no ho-
7 nestos y con medidas tendentes a complacerlos. Mario, pues, conspiraba para echarle de la ciudad, y con este objetivo se procuró la amistad de Glaucia y Saturnino, dos personajes sin ningún tipo de escrúpulos que tenían a sus disposición una banda de menesterosos y agitadores, gracias a los cuales propuso nuevas leyes; igualmente puso en pie a la soldadesca y los mezcló en la asamblea para formar una facción hos-
8 til a Metelo. Rutilio, hombre por lo demás digno de crédito y honesto, pero enfrentado en lo personal a Mario, refiere que éste obtuvo su sexto consulado gracias al reparto de considerables sumas de dinero entre las curias, y que pagó otro tanto

[53] Hasta después de la llamada guerra social un magistrado no podía conceder ese privilegio a sus soldados.

para arruinar la candidatura de Metelo y conseguir a Valerio
Flaco más como subordinado que como colega en el consu-
lado. Nunca antes, el pueblo había concedido tantos consula- 9
dos a nadie con la única excepción de Valerio Corvino, pero
dicen que desde su primer consulado hasta el último pasaron
cuarenta y cinco años[54], mientras que Mario, tras su primer
consulado, recorrió los cinco siguientes empujado por un
único impulso de la Fortuna.

Fue precisamente en este último consulado cuando Mario 29
se volvió odioso al convertirse en cómplice de varios de los
delitos de Saturnino, entre los que se cuenta el asesinato de
Nonio, a quien Saturnino acuchilló porque concurría con él
en las elecciones a tribuno de la plebe[55]. Más tarde, ya como 2
tribuno, sacó adelante su ley agraria provista de un artículo
que obligaba al senado a jurar públicamente que se plegaba
a lo que el pueblo votara sin hacer ningún tipo de oposición.
Ante el senado, Mario fingió reprobar esta cláusula de la ley y 3
declaró que él no prestaría juramento, ni lo haría —pensaba—
nadie que estuviera en su juicio, pues aunque la ley de por sí
no fuera mala, era un insulto obligar al senado a aceptarla por
la fuerza en vez de a través de la persuasión y por propia vo-
luntad. Éstas eran sus palabras, aunque no su pensamiento, 4
ya que así tendía una trampa a Metelo de la que no podía es-
capar. Así es, ya que consideraba que el hecho de mentir for- 5
maba parte del talento y de la habilidad, Mario no tenía
intención de tomar en cuenta nada de lo acordado ante el se-
nado, pues sabía perfectamente, por otro lado, que Metelo,

[54] Marco Valerio Corvino, cónsul entre el 348 y el 299 a. C. Cf. Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* VII 26-42; VIII 3, 16; IX 17; X 9, 11, 31.

[55] Cf. la versión más circunstanciada de los hechos que ofrece Apiano, *Historia romana* I 127-129.

hombre totalmente íntegro, tomaba por principio el dicho de Píndaro de que «la verdad es el punto de partida de una gran virtud». Su plan, pues, consistía en inducirle de antemano a negarse ante el senado a pronunciar el juramento para, una vez rechazado, atraerle la enemistad implacable del pueblo,
6 que es lo que sucedió. Metelo, en efecto, se negó a tomar el juramento, con lo que el senado se disolvió. Unos pocos días después, Saturnino convocó a los senadores a la tribuna para forzarles a pronunciar el juramento; entonces, Mario se hizo al frente y, en medio de un absoluto silencio y con todas las miradas fijas en él, mandó a paseo todas las insolentes declaraciones que, sólo de boca, había manifestado en el senado y añadió que él no tenía las espaldas tan anchas como para, en lo sucesivo, tener que llevar el peso de una decisión tomada de una forma tan precipitada en un asunto de tanta importancia; antes bien, juraría y acataría la ley, siempre que se tratara de una ley, añadiendo esta hábil apostilla con el ob-
7 jeto de enmascarar su desvergüenza. Así, cuando prestó juramento, el pueblo comenzó a batir palmas lleno de gozo y entre aclamaciones, al tiempo que este giro radical de Mario hizo que una terrible indignación y odio hicieran presa en los
8 nobles, quienes, no obstante, fueron pronunciando el juramento uno tras otro por miedo al pueblo; hasta que llegó el turno de Metelo. Éste, por más que sus amigos le habían tratado de disuadir y le habían rogado que lo prestara para no exponerse a los implacables castigos que Saturnino tenía previstos para los que no jurasen, ni cedió en su propósito ni juró, sino que, fiel a su carácter y preparado para sufrir cualquier espantoso mal antes que llevar a cabo una acción vergonzosa, abandonó el Foro, mientras decía a los que le acompañaban que llevar a cabo una acción injusta era una bajeza, que hacer lo que se debe cuando no hay peligro, es lo común, pero que lo propio de un hombre de bien es obrar co-
9 rrectamente a pesar del peligro. En consecuencia, Saturnino

sometió a votación que los cónsules decretaran prohibirle a
Metelo fuego, agua y alojamiento[56], y no faltó, entre lo más
despreciable del populacho, quien se mostró dispuesto a dar-
le muerte. Los ciudadanos más cabales, sin embargo, se pu- 10
sieron de su parte y corrieron a cerrar filas en torno a Metelo,
pero él no permitió que por su causa se levantara una facción,
sino que abandonó la ciudad al dictado de este juicioso razo-
namiento: «O la situación mejora y el pueblo se arrepiente de 11
su decisión, en cuyo caso regresaré a petición suya, o las co-
sas siguen como están y, entonces, lo mejor es permanecer
alejado». Pero del aprecio y del honor de los que gozó 12
Metelo en su exilio y de la manera en que, allá en Rodas, se
entregó a la filosofía, hablaremos con más detenimiento en
una obra en torno a él[57].

A cambio de tal ayuda, Mario se vio obligado a hacer la 30
vista gorda ante todas las insolencias y abusos de poder a los
que Saturnino se entregaba, por lo que, sin darse cuenta, se
convirtió en el causante de un daño irreparable que conducía
directamente, a través de las armas y de los asesinatos, a la
tiranía y a la quiebra de la República. Comoquiera que Mario 2
quería mostrar su respeto a los nobles al tiempo que seguía
agasajando a la multitud, al final acabó por incurrir en un ac-
to completamente hipócrita e indigno de un hombre libre.
Una noche que habían acudido a su casa los prohombres de 3
la ciudad para incitarle contra Saturnino, hizo que éste entra-
ra por la otra puerta sin que ellos se dieran cuenta. A conti-
nuación, se excusó con unos y otros con el pretexto de que
tenía diarrea, se puso a correr de un lado a otro de la casa con

[56] Fórmula que acompaña a la sentencia de exilio.

[57] No existen noticias acerca de la *Vida de Metelo* que insinúan estas palabras. Por su parte, Rodas era un lugar de referencia para la educación de los romanos en cuestiones filosóficas; allí era donde el filósofo Posidonio había establecido su escuela.

unos y con otros, con la intención de irritarlos y enemistarlos
4 todavía más entre sí. Pero es más, cuando los senadores y los caballeros se aliaron entre sí e hicieron pública su indignación, introdujo hombres armados en el Foro y, tras perseguir a los insurgentes hasta el Capitolio, les sitió por sed cortándoles los suministros de agua. Cuando se habían dado por vencidos, le hicieron llamar y se entregaron a él bajo la de-
5 nominada fe pública. Mario hizo lo que pudo por salvarlos, pero todo fue en vano, ya que al bajar al Foro fueron masacrados. A raíz de este episodio, se hizo igualmente odioso tanto a los patricios como a los plebeyos, y cuando llegó el momento de las elecciones a censor, aunque era el más indicado, no se presentó, pues, por temor a un fracaso, permitió que salieran elegidos otros candidatos netamente inferiores a
6 él. Con todo, encontró una excusa decorosa a su actitud, declaró que no quería ganarse un sinnúmero de enemigos y que tenía por ello que examinar con severidad su vida y sus costumbres.

31 Una vez que presentaron un decreto para devolver a Metelo del destierro, Mario se opuso a ello vivamente, tanto de palabra como de obra, pero todo fue en vano, por lo que
2 finalmente tuvo que desistir. El pueblo aprobó con entusiasmo el decreto, y Mario, incapaz de poder contemplar la vuelta de Metelo, se embarcó con rumbo a Capadocia y Galacia con el pretexto de que tenía que celebrar los sacrificios que había prometido ofrecer a la Madre de los dioses. Sin embargo, su viaje tenía otro motivo que pasaba desapercibido para
3 el pueblo. En efecto, Mario era un hombre en absoluto dotado por la naturaleza para la paz y la política: todo su renombre se debía a las guerras, y entendía que su gloria y su poder se iban poco a poco desvaneciendo a causa de la inacción y la tranquilidad, de modo que se empeñó en dar pie a nuevas
4 empresas. Así pues, albergaba esperanzas de que, si sembra-

ba la zozobra entre los reyes y provocaba y soliviantaba a Mitrídates, a quien creía dispuesto a entrar en guerra, al instante saldría elegido general contra él, con lo que podría colmar la ciudad de nuevos triunfos y llenar su casa con los despojos del Ponto y las riquezas de su rey[58]. Por este moti- 5
vo, aunque Mitrídates le trató con toda deferencia y respeto, no por eso se dejó conmover ni ablandar, sino que dijo: «Rey, trata de ser más poderoso que los romanos o, por el contrario, haz sin rechistar lo que se te mande». El soberano se quedó completamente desconcertado, pues había escuchado muchas veces el habla romana, pero era la primera vez que la escuchaba en toda su franqueza.

De vuelta en Roma, Mario se hizo edificar una casa jun- 32
to al foro, bien porque, como él mismo decía, no quería molestar a sus clientes haciendo que se desplazaran lejos, o bien porque pensaba que esa era la causa de que no tuviera a su puerta más clientes que otros; pero la razón no era esa.
El motivo real era que, al ser inferior a los demás en facili- 2
dad de trato y en utilidad política, se le dejaba de lado en tiempos de paz, y se le reservaba como mero instrumento
para la guerra. Y si ya de por sí llevaba mal el hecho de ser 3
eclipsado por otros, lo que con más saña le mortificaba era el progreso de Sila, que debía su ascenso al poder a la envidia de los nobles contra él y hacía de su contraste con Mario

[58] Mitrídates VI Eupátor (132-63 a. C.), rey del Ponto (territorio al sureste del Ponto Euxino, mar Negro), sobre el que reinó desde el año 120 hasta la fecha de su muerte. Sus pretensiones sobre las posesiones romanas cercanas a su reino le convertirían en el enemigo de Roma por excelencia. La circunstancia de su prodigiosa memoria, gracias a la cual —según se cuenta— se dirigía a sus soldados por su nombre, es recogida en *Funes el memorioso* de J. L. Borges. Otra leyenda en torno a él refiere su costumbre de tomar pequeñas dosis de veneno con el objeto de volverse invulnerable a él, dato que aparece recogido en *El conde de Montecristo* de A. Dumas.

4 la base de su carrera política. De este modo, cuando Boco,
el númida, inscrito entre el número de los aliados de los ro-
manos, erigió en el Capitolio unas Victorias portadoras de
trofeos y junto a ellas una representación en oro de él mis-
mo poniendo a Jugurta en manos de Sila, Mario se volvió lo-
co de rabia y de furia al pensar que Sila se estaba arrogando
para sí aquella hazaña, por lo que se preparó para demoler
5 por la fuerza esas estatuas. Por su parte, Sila se le opuso ve-
hementemente, lo que estuvo a punto de originar un enfren-
tamiento civil, de no haber sido porque lo interrumpió de
6 forma repentina la guerra social que cayó sobre la ciudad.
Las naciones más belicosas y numerosas de Italia se coali-
garon contra Roma y estuvieron a punto de aniquilar su he-
gemonía, no sólo gracias al vigor de sus armas y sus
hombres, sino también a la audacia y admirable pericia de
sus generales, que podían rivalizar con los de Roma[59].

33 Esta guerra, tan rica en peripecias de todo tipo y que ex-
perimentó tantísimos vuelcos de fortuna, confirió a Sila tan-
2 ta gloria y poder cuanta le quitó a Mario, pues se mostró
lento en sus ataques, vacilante en todas las acciones y exce-
sivamente timorato, bien porque la vejez hubiera apagado su
energía y ardor de antaño —pasaba ya de los sesenta y cinco
años de edad—, o bien porque, como él mismo decía, con sus
fuerzas maltrechas y su estado físico en malas condiciones,
había emprendido aquella campaña al límite de sus posibili-
3 dades y por pundonor[60]. Con todo, resultó vencedor en una
colosal batalla en la que aniquiló a seis mil enemigos, sin
darles en ningún momento la menor opción, y aunque le cer-
caron en sus trincheras, le insultaron y le desafiaron, él no se

[59] La llamada guerra social (de *socii*, «aliados»), que tuvo lugar entre los años 91 y 88 a. C.

[60] Para una exposición más detallada, cf. *Vida de Sila* 7-10.

dejó provocar. Es fama también que Pompedio Silón[61], el 4
hombre que gozaba de mayor prestigio y autoridad entre los enemigos, le espetó lo siguiente: «¡Mario, si eres un gran general, baja y pelea!»; a lo que Mario contestó: «¡Si lo eres tú,
oblígame a hacerlo contra mi voluntad!». En otra ocasión en 5
la que el enemigo dio a los romanos la oportunidad de atacar, como éstos se acobardaron, Mario reunió en asamblea a sus
hombres y les gritó: «¡No acierto a decir quién es más cobar- 6
de, si el enemigo o vosotros, porque ni ellos han sido capaces de ver vuestra espalda, ni vosotros su nuca!». Al final, abandonó el mando del ejército alegando que se encontraba con sus capacidades físicas menguadas debido a su mala salud.

Cuando los itálicos se sometieron por fin, eran muchos 34
los que en Roma se postulaban, con el apoyo de los demagogos, para el mando en la guerra contra Mitrídates[62]. Sulpicio, tribuno de la plebe y hombre enteramente atrevido, presentó a Mario contra todo pronóstico y le propuso como general
contra Mitrídates en calidad de procónsul. Hubo división de 2
pareceres entre la gente: unos preferían a Mario, mientras que otros reclamaban a Sila e invitaban a Mario a que visitara los baños termales de Bayas y se curara de sus dolencias físicas, provocadas, según sus propias palabras, por la vejez
y el reúma. No en vano, allí mismo, cerca de Miseno, poseía 3
una suntuosa mansión, dotada de más lujos y refinamientos femeninos de los que parecerían propios de un varón que ha-
bía sido artífice de tales guerras y expediciones. Se dice que 4
Cornelia[63] había comprado esta casa por setenta y cinco mil denarios y que, no mucho tiempo después, Lucio Lúculo[64] la

[61] Quinto Pompedio Silón estaba al frente de las fuerzas aliadas del norte, los marsos, estando Papio Mutilo al frente de los del sur.

[62] La primera guerra mitriádica tuvo lugar entre los años 89 y 85 a. C.

[63] Hija de Escipión el Africano y madre de los Gracos.

[64] Véase la *Vida* a él dedicada.

había adquirido a un precio de dos millones quinientos mil, tal había sido la rapidez con que había aumentado su suntuosidad y tal el crecimiento que había experimentado el gusto
5 por el lujo. Sin embargo, Mario, empujado por un ansia adolescente y tratando de sacudirse de encima su vejez y sus limitaciones físicas, bajaba a diario al Campo de Marte para ejercitarse con los jóvenes y exhibir un cuerpo todavía ágil con las armas y dotado aún para los ejercicios ecuestres, a pesar de que con la edad se había embotado por la gordura,
6 pues había ganado en carnes y corpulencia. A algunos les complacía que se entregara a estos ejercicios y descendían al Campo para contemplar su entrega en esta suerte de porfías, mientras que los que le prestaban mayor atención se lamentaban por la ambición y sed de honor que hacían que aquel, que de pobre había pasado a ser inmensamente rico y de insignificante a ser tremendamente grande, fuera incapaz de establecer los límites de su buena fortuna o de contentarse con ser admirado y disfrutar con tranquilidad de lo que poseía. Como si todo le faltase, después de tantos triunfos y gloria, ansiaba arrastrar su avanzada edad hasta Capadocia y el Ponto Euxino con el objeto de hacer la guerra a Arquelao
7 y Neoptólemo, sátrapas de Mitrídates. Las justificaciones que Mario daba para esto parecían completamente ridículas, pues sostenía que quería participar en la campaña para adiestrar personalmente a su hijo en la guerra.

35 Estas cosas hicieron estallar la enfermedad silenciosa que desde hacía tiempo desgarraba la ciudad, Mario había encontrado el instrumento más indicado para la ruina común en la insolencia de Sulpicio, quien en todos los aspectos admiraba y emulaba a Saturnino, si bien le reprochaba su falta de atrevimiento y sus escrúpulos en sus acciones políticas; para
2 contrarrestar esto, tomó en torno a sí a seiscientos caballeros, como si fuera su guardia personal, a los que dio el nombre de

antisenado. De este modo, Sulpicio se presentó acompañado de hombres armados en medio de una asamblea pública que presidían los dos cónsules[65] y, prendiendo al hijo de uno de ellos, que había logrado huir del Foro, lo pasaron a cuchillo. Por su parte, Sila, que estaba siendo perseguido, al pasar por delante de la casa de Mario, hizo lo que nadie habría sospe-
chado e irrumpió en ella, sin que lo advirtieran sus persegui- 3
dores, quienes continuaron la carrera. Se cuenta que el propio Mario le acompañó a la otra puerta para que pudiera salir con
total seguridad y llegar hasta su campamento. Sin embargo, 4
Sila niega en sus *Memorias* que buscara refugio en casa de Mario, sino que fue llevado a ella con el objeto de deliberar sobre las cuestiones que Sulpicio le estaba intentando obligar a votar contra su voluntad, para lo que había sido rodeado por un círculo de hombres con las espadas desenfundadas y arrastrado a casa de Mario. Desde allí acudió al Foro, donde, como aquellos exigían, derogó el interdicto sobre la supre-
sión de las actividades[66]. Una vez que esto se llevó a cabo y 5
dueño ya de la situación, Sulpicio entregó el mando del ejército a Mario, quien pasó a disponer los preparativos para la expedición y envió a dos tribunos militares a que se pusieran
al frente de las tropas de Sila. Por su parte, Sila, sublevó a sus 6
hombres, que se contaban en un número no menor a los treinta y cinco mil soldados de infantería, y los condujo hacia Roma. Éstos cayeron sobre los tribunos que Mario había enviado y los pasaron a cuchillo[67].

Entre tanto, Mario había hecho matar en Roma a varios 7
de los amigos de Sila y había decretado la libertad de todo

[65] A la sazón —año 88 a. C.—, Quinto Pompeyo y Sila.

[66] Se trata del *iustitium* o «estado de excepción» que los cónsules habían decretado para tratar de controlar la situación; cf. *Vida de Sila* 8, 6; APIANO, *Historia romana* I, 244-246.

[67] Para una exposición más detallada de la marcha de Sila sobre Roma, cf. *Vida de Sila* 9, 2-5; APIANO, *Historia romana* I 250-263.

aquel esclavo que se alistara en sus filas, si bien dicen que só-
8 lo se presentaron tres. De este modo, tras resistir débilmente
la entrada de Sila, fue rápidamente vencido y tuvo que huir.
Tan pronto como abandonó la ciudad, los que se encontraban
a su alrededor se dispersaron, y como se había hecho la no-
che, buscó refugio en una de sus casas de campo, en Solonio.
9 Desde allí envió a su hijo a coger provisiones a la hacienda
de Mucio, su suegro, que no estaba muy lejos. Por su parte,
él bajó a Ostia, donde su amigo Numerio le tenía preparada
una embarcación; sin esperar a su hijo, tomó consigo a su
yerno Granio y levaron anclas.

10 El joven Mario llegó, pues, a las tierras de Mucio, pero
mientras recogía algunas cosas y llevaba a cabo los prepara-
tivos, le sorprendió el día y a duras penas pudo evitar ser vis-
to por los enemigos; no en vano, unos jinetes, guiados por la
11 sospecha, habían acudido cabalgando hacia el lugar. Sin em-
bargo, el guardabosque, que les había visto venir desde lejos,
ocultó a Mario en una carreta cargada de habas, unció los
bueyes y, fue al encuentro de los jinetes, simulando que con-
12 ducía el carro a la ciudad. Fue así como Mario llegó a la ca-
sa de su mujer y, tomando consigo cuanto necesitaba, llegó
por la noche hasta el mar, donde embarcó en una nave que
partía para África en la que completó la travesía.

36 En cuanto al viejo Mario, tras echarse a la mar, fue bor-
deando la costa italiana con el viento a favor, pero tam-
bién con temor a un tal Geminio, personaje influyente en
Terracina[68] y enemigo personal, por lo que dio aviso a los
2 marineros de que se apartasen de aquel puerto. Éstos trataron
de complacerle, pero el viento había cambiado de dirección
y, procedente ahora de alta mar, había levantado una gran
marejada por lo que no parecía que el barco pudiera aguan-

[68] Localidad al sur de Ostia.

tar el batir del oleaje; de este modo, dado que además Mario
se encontraba completamente indispuesto por el mareo, lo-
graron alcanzar a duras penas las inmediaciones del cabo
Circeo. Con la tempestad arreciando y los víveres empezan- 3
do a escasear, abandonaron la embarcación y comenzaron a
vagar sin rumbo fijo, tal y como suele ocurrir en las circuns-
tancias sumamente críticas, en las que se busca escapar de la
situación presente, como si fuera la más funesta de todas, y
se cifran todas las esperanzas en lo desconocido: hostil les re- 4
sultaba la tierra, hostil el mar; peligroso toparse con otras
personas, peligroso no hacerlo, ya que estaban necesitados
de todo. Finalmente, hacia la tarde, se encontraron con unos 5
cuantos pastores, que, aunque no pudieron proveerles de na-
da de lo que necesitaban, reconocieron a Mario y le aconse-
jaron que se fuera de allí lo antes posible, porque hacía
apenas un rato habían visto pasar por ese mismo lugar una
partida de hombres a caballo que iba en su busca. En medio 6
de una situación totalmente desesperada, principalmente por-
que sus acompañantes se encontraban desfallecidos a causa
del hambre, Mario se desvió del camino y se adentró en una
espesa foresta donde pasó la noche lleno de angustia. A la 7
mañana siguiente, agobiado por la necesidad y con el deseo
de aprovechar sus fuerzas antes de que se le agotaran por
completo, comenzó a marchar a lo largo de la costa, daba
ánimos a sus acompañantes y les rogaba que no se rindieran
y no destruyeran así su última esperanza, pues era en razón
de ella por la que, confiando en un antiguo augurio, resistía.
Así es, cuando era todavía un crío pequeño y vivía en el cam- 8
po, recogió en su manto, según caía, un nido de águila con
siete polluelos; al verlo, sus padres se quedaron asombrados
y fueron a consultar a los adivinos, quienes les dijeron que
Mario llegaría ser el más ilustre de los hombres y que estaba
destinado a ocupar siete veces el mando supremo y la más al-
ta magistratura.

9 Hay quien sostiene que realmente esto le ocurrió así a Mario, pero otros dicen que los que se lo oyeron contar en ésa y otras ocasiones en el curso de su huida, y le creyeron, pusieron por escrito una historia que no es sino pura inven-
10 ción, ya que el águila no pone más de dos huevos a la vez. De este modo, también se puede decir que Museo[69] incurre en un error cuando afirma que

pone tres, nacen dos, uno cría.

11 Sea como fuere, lo cierto es que, incluso en el exilio y en las circunstancias más adversas, Mario no dejó de repetir hasta la saciedad que obtendría el séptimo consulado.

37 Se encontraban ya a veinte estadios de distancia de Minturnas[70], ciudad de Italia, cuando divisaron a lo lejos una partida de jinetes que avanzaban hacia ellos a toda velocidad, al tiempo que, por casualidad, avistaron dos barcos de carga
2 que se aproximaban. En consecuencia, todos y cada uno se echaron a correr hacia el mar con toda la rapidez y fuerza que pudieron, y, tirándose al agua, nadaron hacia los barcos. Granio y los que iban con él alcanzaron uno de ellos y cruza-
3 ron a la isla que estaba enfrente, llamada Enaria, mientras que a Mario, cuyo cuerpo era pesado y difícil de manejar, dos esclavos, a duras penas y con muchas dificultades, lo sostuvieron sobre el agua y lograron subirlo a la otra embarcación, justo cuando los jinetes se encontraban ya encima y gritaban desde la costa a los marinos que atracasen o que echaran a Mario por la borda antes de continuar navegando a donde les
4 viniera en gana. Mario suplicaba con lágrimas en los ojos, y los dueños de la embarcación, tras mudar de parecer un sin-

[69] Mítico poeta supuestamente originario de Tracia.

[70] Colonia romana fundada en el 296 a. C.

número de veces en poco tiempo, acabaron por responder a
los jinetes que no entregarían a Mario, pero cuando los jine- 5
tes se hubieron alejado, llenos de rabia, de nuevo los marine-
ros volvieron a cambiar de idea y se dirigieron a la costa.
Allí, junto a la desembocadura del río Liris, un lugar en el
que se forma una ciénaga pantanosa, echaron anclas y le pi-
dieron que desembarcara para que tomara algún alimento en
tierra y reposara su estragado cuerpo hasta que se levantara
viento favorable; ello sucedía cuando, a la hora de costum- 6
bre, amainaba viento procedente de alta mar y desde el pan-
tanal comenzaba a soplar una brisa suficientemente fuerte.
Convencido Mario de ello, se aprestó a llevarlo a cabo, y 7
cuando los marinos le bajaron a tierra, se recostó sobre la
hierba y ni por lo más remoto se le pasó por la cabeza lo que
iba a suceder: tan pronto como estuvieron de nuevo a bordo 8
de la nave, levaron anclas y se escaparon de allí, en la idea
de que resultaba tan poco honorable entregar a Mario a los
que le perseguían como poco seguro salvarle. Así, solo, 9
abandonado de todos, permaneció tendido en la orilla duran-
te un largo rato sin abrir la boca, hasta que por fin, incorpo-
rándose a duras penas, comenzó a avanzar penosamente por 10
terrenos impracticables a través de profundos pantanos y
zanjas repletas de agua y cieno, hasta que se topó con el cha-
mizo de un viejo que trabajaba en el pantano: echándose a
sus pies, le suplicó que socorriera y salvara a un hombre que,
si salía con bien de aquella situación, le recompensaría más
allá de lo que pudiera esperar. El anciano, bien porque lo co- 11
nociera de antes, bien porque su visión le hiciera intuir, con
sorpresa, que se trataba de alguien importante, le contestó
que si lo único que necesitaba era reposar, su choza le basta-
ría, pero que si andaba errante huyendo de alguien, le oculta-
ría en un lugar más tranquilo. Mario le pidió que así lo 12
hiciese, por lo que le condujo hasta el pantano y le instó a que
se tumbase en una cavidad próxima al río, echándole por en-

cima un buen número de juncos y otro tipo de ramas lo suficientemente ligeras como para que pudieran cubrirle sin hacerle daño.

38 No había transcurrido mucho tiempo, cuando le llegó un
sonido y una especie de alboroto desde la cabaña. En efecto,
Geminio había enviado desde Terracina a varias personas en
su búsqueda, algunas de las cuales habían llegado hasta allí
por casualidad y, entre gritos, trataban de atemorizar al viejo
y le acusaban de haber cobijado y tener escondido a un ene-
2 migo de los romanos. En consecuencia, Mario se levantó de
su agujero y, desnudándose, se metió en el pantano, que se
encontraba lleno de aguas espesas y palustres. Ni siquiera allí
pudo ocultarse de sus perseguidores, sino que le sacaron de
allí desnudo y completamente cubierto de fango; a continua-
ción le condujeron hasta Minturnas y lo entregaron a los ma-
3 gistrados. No en vano, se había proclamado por todas las
ciudades un edicto que ordenaba perseguir a Mario en nom-
bre del estado y de darle muerte cuando se le capturara. Sin
embargo, las autoridades consideraron conveniente evaluar
primero la situación y poner a Mario a buen recaudo en casa
de una mujer llamada Fania[71], de la que se pensaba que no le
guardaba ninguna simpatía a causa de una vieja afrenta. El
4 caso es que Fania se había casado con Titinio, pero, tras se-
pararse de él, le reclamó su dote, que era cuantiosa. Éste en-
tonces la acusó de adulterio y Mario, que se encontraba en su
5 sexto consulado, actuó de juez. Durante la instrucción del
proceso quedó puesto de manifiesto que Fania había obser-
vado una conducta inmoral, pero que su marido, a pesar de

[71] La de los Fanios es una *gens* influyente en Roma, como indica el hecho de que un Fanio fuera cónsul en el año 122 a. C. En consecuencia, es de suponer que en una localidad sin fuerzas del orden, Fania, por patrimonio, tuviera los medios para impedir que el fugitivo se escapara.

saber cómo era, la había tomado como esposa y había vivido con ella durante mucho tiempo. En consecuencia, Mario, indignado con ambos, le ordenó al marido que restituyera la dote, y a la mujer le impuso una multa de cuatro ases por impudicia.

Sin embargo, en esta ocasión, Fania no reaccionó como 6
una mujer agraviada, sino que, tan pronto como vio a Mario, apartó de si todo tipo de resentimiento y se ocupó de él en la medida de sus posibilidades, tratando de reconfortarle. Él, 7
por su parte, se lo agradeció y le dijo que se sentía con confianza, porque había recibido un augurio favorable, que era el siguiente: cuando era conducido a casa de Fania y se encontraba ya muy cerca, las puertas se abrieron y, de dentro, salió un burro a la carrera que acudía a beber a una fuente próxima. Después de dirigirle una mirada vivaz y animada, 8
se había detenido en primer lugar frente a él y, a continuación, tras emitir un sonoro rebuzno, había pasado brincando ufanamente junto a él. A modo de interpretación de esto, 9
Mario dijo que la divinidad le estaba señalando la salvación antes por mar que por tierra, dado que el burro no prestaba atención al forraje seco, sino que había dado media vuelta desde él para ir hacia el agua.

Tras comentar este hecho con Fania, se fue a descansar 10
solo, dando orden de que le cerraran la puerta de su estancia.

Entre tanto, reunidos los magistrados y el consejo de 39
Minturnas, decidieron no demorarse más y ejecutar de inmediato a Mario. Sin embargo, como ninguno de los ciudadanos 2
quería asumir tal cometido, un soldado de caballería, de origen galo o cimbro —se dan las dos versiones[72]—, se dirigió espada en mano en su busca. El rincón de la habitación en la 3

[72] Según la versión que da Apiano, se trataba de un galo; cf. APIANO, *Historia romana* I 273-274.

que Mario se encontraba acostado no estaba muy iluminado,
sino que estaba más bien en penumbra, y se cuenta que al sol-
dado le pareció que los ojos de Mario despedían una intensa
llama y que de las sombras surgía una poderosa voz que de-
cía: «Desdichado, ¿es que te atreves a asesinar a Cayo
4 Mario?». En ese mismo instante el bárbaro se dio a la fuga y,
tirando el puñal en mitad de la estancia, atravesó las puertas
de la casa sin clamar otra cosa que esto: «No puedo matar a
5 Cayo Mario». La estupefacción se apoderó de todos, sensa-
ción a la que siguió un estado de compasión, de arrepenti-
miento por la decisión tomada y de reproche a ellos mismos
por haber adoptado una medida tan ilegal como ingrata con-
tra una persona que había salvado Italia y a la que no haber-
6 la socorrido constituía un hecho abominable: «Que marche,
pues, en exilio, allá donde crea y que sea allí donde sufra lo
que el destino le reserve. Roguemos nosotros que los dioses
no nos castiguen por echar a Mario de la ciudad menestero-
7 so y desnudo». Tras estas reflexiones, se dirigieron todos en
tropel a su habitación y, rodeándole, le condujeron a la orilla
del mar; pero, aunque todos se empeñaban en servirle de uno
u otro modo y ponían todo el celo que podían, se perdió una
8 cantidad de tiempo considerable. Es más, el bosque consa-
grado a la ninfa Marica, que era objeto de veneración por
parte de ellos y del que vigilaban que nunca volviera a salir
de allí nada que hubieran introducido, se alzaba como un
obstáculo en su camino hacia el mar, por lo que era preciso
rodearlo, con la consiguiente demora. He aquí, sin embargo,
que entonces uno de los viejos exclamó que no había cami-
no inaccesible o intransitable cuando se trataba de salvar a
9 Mario. Y fue él mismo el primero que cogió uno de los baga-
jes que llevaban al barco y atravesó el bosque.

40 Gracias a una diligencia tal, todo estuvo rápidamente preparado, e incluso un tal Beleo le procuró una embarcación.

Con posterioridad, este hombre hizo representar en un cuadro estas escenas y las consagró en el santuario del lugar desde el que Mario embarcó y zarpó con viento favorable. De este modo, llegó por azar hasta la isla de Enaria, donde se encontró con Granio y el resto de amigos, y con ellos puso rumbo a África, pero al agotárseles el agua, se vieron forzados a 2
recalar en Sicilia, en la región del monte Érix. Se daba la cir- 3
cunstancia de que el cuestor romano se encontraba vigilando el lugar, y poco faltó para que capturara a Mario en el mo- 4
mento de desembarcar; con todo, sí que dio muerte a unos dieciséis hombres que habían bajado a por agua. Mario, pues, zarpó a toda prisa puso mar de por medio y cruzó a la isla de Méninx[73], donde en primer lugar se enteró de que su hijo había logrado ponerse a salvo junto con Cetego y se encontraban de camino hacia el palacio del rey de los númidas, Hiempsal, con la intención de solicitar su ayuda[74]. Un tanto 5
aliviado con estas noticias, se aventuró a pasar de esta isla a Cartago.

Por aquel entonces, el pretor de África era el romano 6
Sextilio, un hombre que no había recibido de Mario ni perjuicio ni beneficio, y del que esperaba recibir algún tipo de ayuda, aunque sólo fuera por compasión. Pero apenas hubo 7
desembarcado con un pequeño retén, un lictor salió a su encuentro y, cerrándole el paso, le dijo: «Mario, el pretor Sextilio te prohíbe poner el pie en África; en caso contrario, afirma que ejecutará el decreto del senado, y se te tratará como enemigo de Roma». Al oírlo, Mario se quedó sin pala- 8
bras, presa de la tristeza y la indignación, y durante un largo tiempo permaneció inmóvil con su terrible mirada fija en el

[73] Ménix, o Girba, se encuentra en la costa oriental de Túnez, a la altura de Tacape (Gabés).

[74] Mario había concedido a Hiempsal II el reino de Numidia tras su victoria sobre Jugurta.

9 lictor. Cuando éste, a su vez, le preguntó qué debía comuni-
carle al pretor, Mario le respondió con un profundo suspiro:
«Ve y dile que has visto a Mario en el exilio, sentado sobre
las ruinas de Cartago». Y no estaba mal puesta, a título de
ejemplo, la comparación entre el devenir de aquella ciudad y
la mudanza de su fortuna.

10 Entre tanto, Hiempsal, rey de los númidas, sin saber qué
postura tomar, aunque trataba con honores al joven Mario y
sus acompañantes, sin embargo, cada vez que mostraba sus
deseos de partir, le retenía con algún pretexto y quedaba com-
pletamente claro que el fin de esta retención no apuntaba a na-
11 da bueno. Pero he aquí que ocurrió una circunstancia —algo,
por otro lado, dentro de lo previsible— que le trajo la salva-
ción. Así es, el joven Mario, atractivo como era, inspiró en
una de las concubinas del rey un sentimiento de compasión al
verlo injustamente tratado, sentimiento éste que derivó en ori-
12 gen y causa de amor. En un primer momento, el joven recha-
zó su presencia, pero cuando se dio cuenta de que no existía
otra vía de escape y que sus ofrecimientos obedecían a algo
más que a un mero capricho pasajero, acabó por abrirse a sus
sentimientos. De este modo, ayudado por ella, emprendió la
huida con sus amigos y acudió a reunirse con su padre.

13 Tras un emotivo abrazo, padre e hijo se pusieron a cami-
nar a lo largo de la costa y se encontraron unos escorpiones
que combatían entre sí, lo que Mario interpretó como un mal
14 presagio. De inmediato, subieron a un barco de pesca y cru-
zaron a Cercina, isla a no mucha distancia del continente.
Apenas se habían alejado de la playa, cuando avistaron a
unos jinetes enviados por el rey que galopaban hacia el lugar
15 del que acababan de partir, por lo que Mario pensó que ha-
bían escapado a un peligro en nada inferior a los anteriores.

41 Entre tanto, en Roma corrían noticias de que Sila se en-
contraba en Beocia inmerso en una guerra contra los genera-

les de Mitrídates, mientras que los cónsules, que entonces habían entrado en conflicto, recurrieron a las armas. En la ba- 2
talla que se produjo, Octavio resultó vencedor y echó a Cinna[75] de la ciudad por haber intentado imponer un poder tiránico, nombrando cónsul en su lugar a Cornelio Merula. Pero Cinna reunió tropas del resto de Italia y se levantó nuevamente en guerra contra ellos. Informado de estos hechos, 3
Mario juzgó conveniente zarpar lo antes posible; de este modo, tomó de África una tropa de jinetes mauros, así como otra procedente de Italia, hasta completar entre unos y otros un número no superior a los mil efectivos, y se hizo a la mar. Una vez llegado a Telamón, en Etruria, nada más pisar tierra, hizo proclamar la libertad para los esclavos; igualmente, mu- 4
chos de los labradores y pastores del lugar —hombres libres— acudieron corriendo a la costa junto a él atraídos por su fama; así, tras persuadir a los que estaban en su máxima plenitud, en pocos días reunió una gran tropa y llenó cuarenta embarcaciones.

Conocedor de que Octavio era un hombre virtuoso y que 5
deseaba gobernar del modo más justo posible, mientras que Cinna no era de la confianza de Sila y se había declarado contra el poder vigente, decidió unirse a Cinna con sus fuerzas. En consecuencia, le envió mensajeros para infor- 6
marle de que estaba dispuesto a obedecerle en todo como cónsul. Aceptando su propuesta, Cinna le nombró procónsul y le envió las fasces y demás insignias de mando, a lo que Mario respondió que tales ornamentos no eran acordes a su presente infortunio, de modo que, ataviado con ropas raídas, con el pelo sin cortar desde el día de su huida, con una edad que pasaba ya de los setenta, fue acercándose a pie con la in-

[75] Lucio Cornelio Cinna fue nombrado cuatro veces cónsul de forma consecutiva (87-84 a. C.). Murió víctima de un motín mientras embarcaba a sus tropas para acudir a Tesalia contra Sila.

tención de suscitar la pena ajena. Sin embargo, esta compasión iba mezclada con el sentimiento innato que despedía su propio semblante, más terrible que nunca, y su aspecto abatido mostraba, no obstante, bien a las claras que su carácter no se había humillado, sino exasperado ante los reveses de la fortuna.

42 Así, tras saludar a Cinna y presentarse a los soldados, en-
seguida se puso en acción y dio un giro radical a la situa-
2 ción. En primer lugar interceptó con sus naves los barcos de
provisiones y, abordando los cargueros, se hizo con el con-
trol de los suministros; a continuación, puso rumbo a los en-
claves costeros y se apoderó de ellos, hasta que, por último,
3 se adueñó de la misma ciudad de Ostia mediante una trai-
ción. Se apropió de sus riquezas y pasó a cuchillo a buena
parte de sus habitantes, después trazó un puente sobre
el río[76] y cerró por completo el tráfico de provisiones que el
4 enemigo obtenía por mar. Poniéndose en marcha, avanzó
con su ejército hacia la ciudad y ocupó el monte llamado
Janículo. Así las cosas, Octavio contribuyó al desastre de la
situación no tanto por falta de pericia, cuanto por observar
un apego excesivamente escrupuloso a la justicia, apego que
le hizo renunciar, en contra del interés común, a una serie de
medidas eficaces. De este modo, cuando la mayoría le acon-
sejaba llamar a la libertad a los esclavos, respondió que no
haría a los esclavos partícipes de los derechos de la misma
patria de la que había expulsado a Cayo Mario en estricta
defensa de las leyes.

5 Cuando Metelo —hijo del Metelo que había estado al mando de las operaciones en África y al que Mario había hecho exiliar— llegó a Roma y dio muestras de poseer unas dotes de mando muy superiores a las de Octavio, los soldados abandonaron a este último y, acudiendo a su encuentro, le ro-

[76] A saber, el Tíber.

garon que se pusiera al frente de la situación y salvara la ciudad; no en vano, combatirían con denuedo y saldrían victoriosos si conseguían un general experimentado y audaz. Cuando, indignado, Metelo les conminó a que regresaran con 6 el cónsul, éstos se pasaron al enemigo, y Metelo dio por perdida la ciudad y acabó por retirarse.

Por su parte, a Octavio un grupo de caldeos, sacrificado- 7 res e intérpretes de los Libros Sibilinos[77] le convenció de que permaneciera en la ciudad en la idea de que la situación iría a mejor. Este hombre, que por lo demás era el más recto de los romanos y el que más que ningún otro había preservado la dignidad del consulado y la había mantenido al margen de las adulaciones y en consonancia con las costumbres y leyes patrias como si se tratara de preceptos inamovibles, mostraba, sin embargo, debilidad por este tipo de asuntos, ya que empleaba más tiempo con charlatanes y adivinos que con los políticos y los hombres de guerra. En consecuencia, antes de 8 que entrara Mario en la ciudad, fue arrojado de la tribuna y asesinado por una avanzadilla de soldados. Es fama que, a su muerte, se le encontró entre los pliegues de su ropa un horóscopo caldeo. Esta circunstancia conlleva una gran contradic- 9 ción: el que, de estos dos gloriosos generales, a Mario le salvase el hecho de no despreciar los augurios, mientras que a Octavio este mismo hecho le llevara a la perdición.

Tal era el estado de la situación, cuando el senado se reu- 43 nió y envió una delegación al encuentro de Cinna y de Mario

[77] Los caldeos, originarios del Próximo Oriente, eran tenidos como consumados adivinos y, en Roma, esta palabra, así como la de «sacrificadores» acabó designando a toda aquella persona que predecía el futuro. En cuanto a los Libros Sibilinos, se trataba de tres libros (de los nueve originales) escritos en griego que la Sibila de Cumas habría vendido a Tarquinio el Soberbio; se encontraban custodiados en el templo de Júpiter por diez sacerdotes, y eran consultados en tiempos de crisis.

en la que se les pedía que hicieran su entrada en Roma y res-
2 petaran la vida de los ciudadanos. Cinna, en calidad de cónsul, les recibió sentado en la silla curul y contestó a los delegados con palabras cordiales; Mario, que se encontraba de pie junto a la silla curul, no dijo nada, pero la gravedad de su rostro y la crueldad de su mirada dejaron bien a las claras que, en
3 breve, la ciudad quedaría sumida en un baño de sangre. Una vez que la delegación se levantó y se marchó a la ciudad, Cinna entró en ella acompañado de su guardia, pero Mario se detuvo ante las puertas y, con una ironía de la que emanaba ira, dijo que él era un exiliado y que había sido expulsado de su patria en virtud de una ley, y que, si ahora se deseaba su presencia, era preciso disolver con otro decreto la ley que le desterraba, como si en realidad se tratara de un escrupuloso observador de las leyes y fuera a entrar en una ciudad libre.
4 Así, pues, hizo convocar al pueblo al Foro, y antes de que tres o cuatro curias hubieran hecho efectivo su sufragio, dejó a un lado todo fingimiento y todo escrúpulo legal acerca de su destierro y entró en la ciudad con una escolta seleccionada de entre los esclavos que se habían unido a su causa y a los que
5 llamaba bardieos[78]; éstos, a una sola palabra o a un simple gesto de cabeza, asesinaron en masa a todos a los que Mario designaba. El hecho definitivo fue cuando Ancario, hombre de dignidad senatorial y pretorial, se encontró con Mario y éste no le devolvió el saludo; entonces, aquellos se abalanza-
6 ron sobre él y le pasaron a cuchillo ante sus ojos. A partir de ahí, cada vez que alguien saludaba a Mario y éste no le dirigía la palabra o no le devolvía el saludo, esto era tomado como una señal para acabar con ellos en ese mismo instante en la propia calle, de manera que incluso sus propios amigos, todos y cada uno, se encontraban llenos de angustia y de terror
7 cada vez que se acercaban a saludarle. Era tanta la carnicería

[78] Nombre de una tribu bárbara de Iliria.

que Cinna se mostraba ya agotado y hastiado de los asesina-
tos, mientras que Mario, cuya ira y sed de sangre aumentaba
día a día, iba en busca de todo aquel que incurriera en sospe-
cha. Así, toda calle y toda ciudad estaban llenas de hombres 8
a la persecución y caza de la gente que huía a esconderse; es
más, la confianza que los hombres depositaban en los lazos 9
de hospitalidad y amistad demostraron no ser una base fiable
ante los golpes de la fortuna, pues muy raros fueron los que
no entregaron a los perseguidores a aquellos que habían bus-
cado refugio en sus hogares. Por este motivo, son merecedo- 10
res de alabanza y admiración los siervos de Cornuto, quienes,
después de haber escondido a su amo dentro de casa, colga-
ron por el cuello el cuerpo de uno de los muchos cadáveres y
le colocaron un anillo en el dedo; a continuación se lo mos-
traron a los esbirros de Mario, y le prepararon y enterraron
como si aquel fuera su amo. Nadie sospechó del engaño, por
lo que, pasando desapercibido, Cornuto fue conducido a la
Galia por sus esclavos[79].

También el orador Marco Antonio[80] contó con un amigo 44
honrado, pero la fortuna le fue esquiva. No en vano, se tra-
taba de un pobre plebeyo que, acogiendo a uno de los pro-
hombres de Roma, quiso comportarse a la altura de las
circunstancias, por lo que envió a un esclavo a una taberna
cercana para que comprara vino. Comoquiera que el esclavo 2
lo degustó con más cuidado que de costumbre y reclamó otro
de mejor calidad, el tabernero le preguntó qué le pasaba y por
qué no compraba el vino joven y barato de siempre, sino uno 3
bueno y caro, a lo que éste respondió ingenuamente, como
quien habla con un viejo conocido, que su amo tenía hospe-

[79] Marco Cecilio Cornuto; la historia también es referida por Apiano en su *Historia romana* (cf. I 336).

[80] Marco Antonio Orator, abuelo del triunviro.

dado a escondidas a Marco Antonio. Nada más marcharse el
esclavo, el tabernero, persona impía y abyecta, se dirigió a
toda prisa al encuentro de Mario, que ya se encontraba ce-
nando, y, llevado a su presencia, le ofreció poner a Antonio
4 en sus manos. Cuentan que cuando Mario oyó esto, lanzó un
gran grito y comenzó a aplaudir de alegría, y que poco faltó
para que saltara de su asiento y acudiera al lugar en persona,
de no ser porque sus amigos lo contuvieron. De este modo,
envió a Anio en compañía de algunos soldados con la orden
5 de traerle la cabeza de Antonio a toda velocidad. Cuando lle-
garon a la casa, Anio permaneció junto a la puerta, mientras
que los soldados subieron por las escaleras hasta la habita-
ción donde estaba Antonio. Al verlo, cada cual comenzó a
exhortar y a empujar a su compañero a que cometiera el cri-
6 men en su lugar. Tan grande era, según parece, el encanto y
la gracia de las palabras de este hombre, que, en cuanto co-
menzó a hablarles rogándoles que no le dieran muerte, nadie
se atrevió a ponerle la mano encima, ni tan siquiera la vista,
7 sino que bajaron la mirada y todos rompieron a llorar.
Debido a la tardanza, Anio fue escaleras arriba y vio que
Antonio hablaba a los soldados, quienes lo atendían fascina-
dos y absortos. Así, tras colmarlos de insultos, se abalanzó
8 sobre él y le cortó la cabeza. En cuanto a Lutacio Cátulo, que
había sido cónsul con Mario y había compartido con él el
triunfo sobre los cimbros, cuando fueron a interceder por él
y a rogarle que lo dejara con vida, Mario se limitó a respon-
der lo siguiente: «Debe morir». En consecuencia, Cátulo se
encerró en su habitación y, prendiendo una gran cantidad de
carbón, se dejó morir asfixiado.

9 Los cuerpos decapitados, arrojados y pisoteados por las
calles ya no suscitaban pena, sino terror y escalofríos a
los ojos de cuantos los contemplaban. Pero eran las atrocida-
des de los denominados bardieos lo que provocaba principal-
10 mente el odio de la gente, porque después de asesinar en sus

propias casas a los padres de familia, ultrajaban a sus hijos y violaban a sus mujeres sin que nadie pusiera freno a sus robos y matanzas, hasta que Cinna y Sertorio llegaron a un acuerdo y sus hombres, cayendo sobre ellos mientras dormían en el campamento, los atravesaron a todos con la lanza.

En esto, como si de un cambio de viento se tratara, por to- 45
das partes aparecieron mensajeros que anunciaban que Sila,
tras haber dado fin a la guerra contra Mitrídates y haber re-
cuperado las provincias, había zarpado con un gran ejérci-
to[81], noticia que trajo un breve respiro y una pequeña 2
interrupción a tanta inefable desgracia, al pensar que la gue-
rra se echaría sobre ellos. Mario fue proclamado cónsul por 3
séptima vez, y en el momento de su aparición en las mismas
calendas de enero, al comienzo del año, arrojó a un tal Sexto
Licinio por la Roca Tarpeya, lo que tanto para aquellos como
para la ciudad pareció ser un clarísimo presagio de nuevos
males. El propio Mario, agotado ya de tantas penalidades y, 4
de alguna manera, abatido y abrumado por las preocupacio-
nes, era incapaz de calmar su alma, que temblaba ante la
perspectiva de una nueva guerra y nuevas confrontaciones,
así como de peligros y sufrimientos que sabía terribles por
experiencia. No en vano, tenía en mente que la suerte de la
contienda no se la jugaría contra Octavio ni contra Mérula,
que habían estado al frente de una turba estrepitosa y una
banda de facinerosos, sino que era el propio Sila quien venía
hacia él, el mismo que le había echado de la patria tiempo
atrás y que ahora acababa de confinar a Mitrídates en las cos-
tas del Ponto Euxino. Quebrantado ante tales pensamientos, 5
se le pasaban ante los ojos su largo peregrinaje, sus huidas y
los peligros afrontados por tierra y por mar, por lo que cayó
presa de una tremenda desesperación, terrores nocturnos e

[81] Cf. *Vida de Sila* 27, 1.

inquietantes pesadillas, pareciéndole oír siempre una voz que le decía:

Terrible es la guarida del león, aun cuando él esté ausente[82].

6 Y como lo que más temía de todas las cosas eran las noches de insomnio, se entregó a la fiesta y a las borracheras a destiempo y fuera ya de edad, tratando así de conciliar el sue-
7 ño como evasión de sus preocupaciones. Finalmente, con la llegada de alguien que traía noticias del mar, se apoderaron de él nuevos temores, y en parte por miedo al futuro y en parte por una suerte de angustia y hastío del presente, le bastaba el menor empujón para caer en una enfermedad, de modo que contrajo una pleuritis, como relata el filósofo Posidonio, quien sostiene que le visitó y habló con él acerca de algunos asuntos relativos a su embajada cuando ya se encontraba en-
8 fermo. Pero el historiador Cayo Pisón[83] cuenta que, una vez, mientras caminaba con sus amigos después de cenar, Mario comenzó a hablar de los avatares de su vida, remontándose
9 hasta sus comienzos, y que, después de hacer recuento de las muchas vicisitudes de su suerte, dijo que no era propio de un hombre sensato ponerse en manos de la Fortuna una vez más. A continuación, se despidió de los presentes, se fue a acostar y, tras permanecer en cama durante siete días seguidos, mu-
10 rió. Hay quien dice que su naturaleza ambiciosa se reveló en toda su extensión durante su enfermedad, cuando cayó presa de un extraño delirio: se imaginaba a sí mismo como general en la guerra contra Mitrídates, y adoptaba todas y cada una de las posturas y movimientos que él solía ejecutar en los combates, acompañados de violentos aullidos y continuos

[82] Verso de autor desconocido.

[83] Historiador desconocido.

gritos de guerra, ¡tan terrible e inexorable era el deseo por dirigir esta guerra que le habían inspirado su envidia y sus ansias de poder! 11
Por este motivo, a pesar de haber vivido 12
setenta años, de ser la primera persona que se proclamó cónsul en siete ocasiones, y de contar con una mansión y un número de riquezas que hubieran bastado a varios reyes, todavía se lamentaba de su fortuna, pensando que moría en la necesidad y sin ver cumplidos sus deseos.

Por el contrario, Platón, cuando estaba a punto de morir 46
dio las gracias tanto a su demon como a la Fortuna por haberle hecho, en primer lugar, hombre —y además griego en vez de bárbaro— y no un animal, ser irracional por naturaleza; y en segundo lugar, por haber coincidido su nacimiento con los tiempos de Sócrates. Se cuenta también, por Zeus, que 2
Antípatro de Tarso, cuando estaba asimismo al borde de la muerte, mientras repasaba la cuenta de los sucesos dichosos que le habían tocado en suerte, no olvidó mencionar la feliz travesía que le llevó de su patria a Atenas y reconoció que habían sido grandes favores todos los bienes que la Fortuna, amiga de la gente de bien le había concedido y que los conservaba hasta el final en su memoria, que es el depositario más seguro con que el hombre cuenta para sus bienes. Por el 3
contrario, a los desmemoriados e insensatos los sucesos se les desvanecen con el tiempo; sin mantener ni conservar nada, se encuentran siempre vacíos de cosas buenas, llenos de vanas esperanzas y con las miras puestas en lo por venir, al tiempo que se les escapa el presente. El hecho es que mien- 4
tras que el futuro puede impedirlo la Fortuna, el presente es imposible de arrebatar, y a pesar de ello, rechazan estos dones de la Fortuna como si no les concernieran y sueñan con ese porvenir incierto. Y es lógico, ya que antes de haber 5
encontrado en la razón y en la educación una base y un fundamento sólido a los bienes externos, los amasan y los acu-

mulan, por lo que son incapaces de colmar la insaciable ambición de sus almas.

6 Así pues, Mario murió a los diecisiete días de su séptimo consulado[84] e instantáneamente se apoderó de Roma una inmesa alegría y confianza, pues creían que se libraban así de
7 una cruel tiranía, pero a los pocos días se dieron cuenta de que no habían hecho sino cambiar a un amo viejo por otro en la flor de la edad, ¡tan grande fue la crueldad y la fiereza que demostró su hijo Mario mandando asesinar a los mejores
8 y más señalados ciudadanos! En un principio, su reputación de hombre intrépido y audaz en la guerra le valió el sobrenombre de «hijo de Marte», pero enseguida, su censurable conducta le hizo ganarse el nuevo nombre de «hijo de
9 Venus». Finalmente, cuando fue sitiado por Sila en Preneste, y tras haber intentado repetidamente salvar su vida en vano, cuando, tomada la ciudad, vio que ya no había esperanzas de huida, se quitó la vida con su propia mano[85].

[84] El 17 de enero del año 86 a. C.

[85] Cf. *Vida de Sila* 32, 1. Su cabeza fue expuesta en el Foro, sobre la tribuna de los *Rostra*.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL